MARIE LE VAILLANT

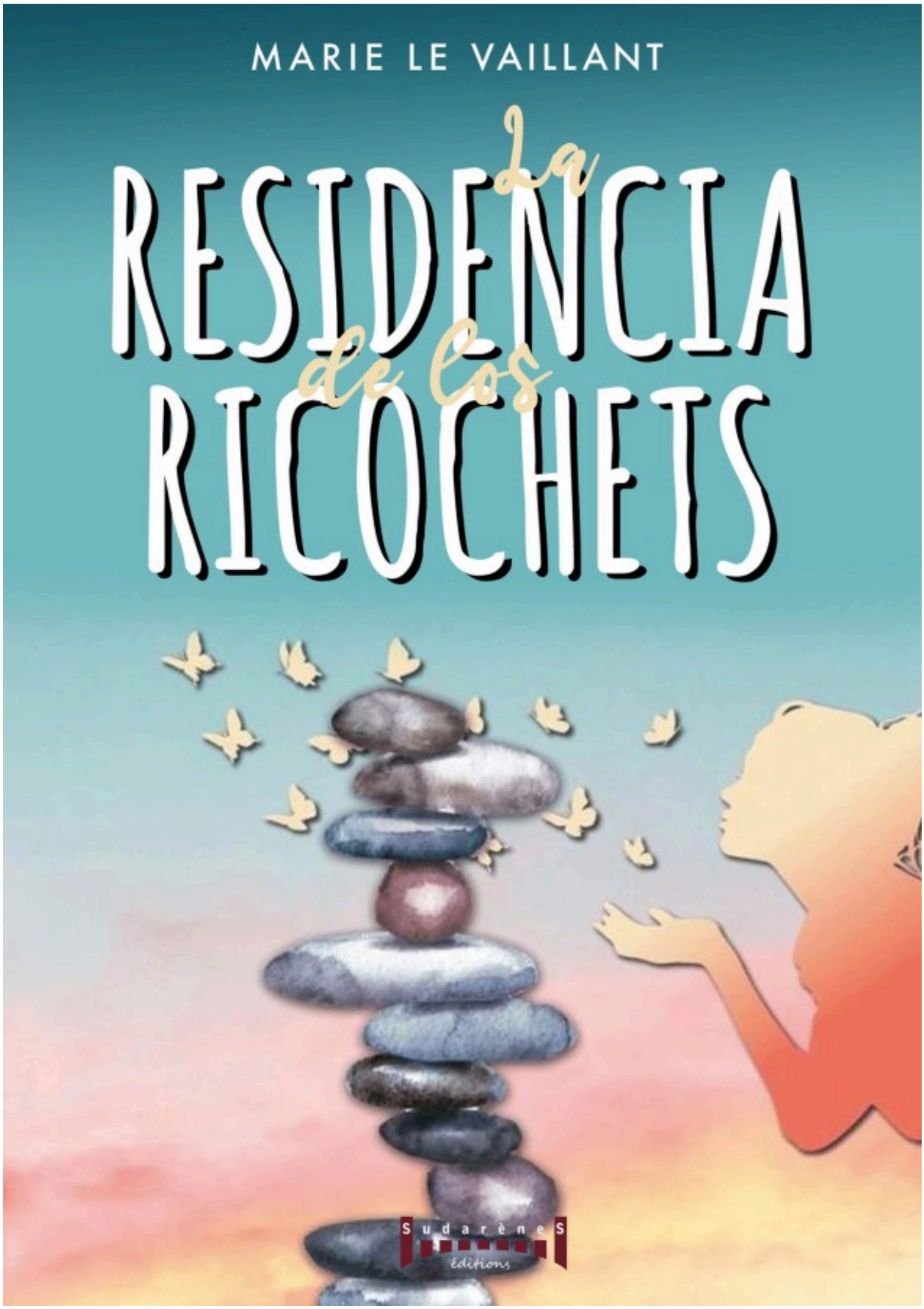
La Residencia de los Ricochets



Sudarènes Éditions

MARIE LE VAILLANT

la RESIDENCIA de los RICOCHETS



Sudarènes Éditions

LA RESIDENCIA DE LOS RICOCHETS

Marie Le Vaillant

Sudarènes
éditions

A todos aquellos que han perdido la confianza,
A todos aquellos que dudan,
Incluso en los peores momentos, el sol sigue brillando..

Prólogo

Sur de Francia, finales de agosto

El inconveniente de las fotografías es que siempre resurgen en el momento menos esperado. Rara vez son oportunas, y a veces incluso inoportunas. Este es el caso de esta.

Cuando cayó a mis pies, di un respingo al verla. Por un instante, incluso pensé que era fruto de mi imaginación. Pero, ¡ay!, no, es completamente real.

No quiero volver a verla. No quiero seguir pensando en ella. Con los dientes apretados, me inclino y la recojo con la punta de los dedos. Abro la ventanilla a mi derecha y, sin pensarlo, lanzo la foto al exterior. Los tres niños, dos niñas y un niño pequeño, desaparecen a lo lejos, girando en el viento.

— ¿El medio ambiente, la contaminación, todo eso no le dice nada? —protesta el conductor.

Parpadeo para contener las lágrimas, y él activa el mecanismo de cierre mientras me hundo en mi asiento con las manos temblorosas. A través de la ventana ligeramente empañada del taxi, observo el paisaje con atención. El sol brilla y me deslumbra. Cierro los ojos e inspiro lentamente por la nariz, intentando calmarme.

La impaciencia que bulle en mi estómago se mezcla con otro sentimiento, más oscuro, casi paralizante, una angustia difusa que no me abandona. Es el tipo de miedo que se siente al pasar página, al estar a punto de sumergirse en lo desconocido. Lo desconocido siempre me ha aterrorizado. Tengo la sensación de estar al borde del abismo, a merced de un oscuro y profundo precipicio en el que estoy a punto de saltar.

Me siento a la vez emocionada y aterrada, entusiasmada y deprimida. Este nuevo comienzo no lo he elegido, pero lo necesitaba.

La mirada condescendiente de Sebastien vuelve a mi memoria y aprieto los dientes. Incluso en la foto tenía ese aire altivo. ¿Cómo pude siquiera esperar que funcionara?

Inspiro profundamente. Un nuevo comienzo. Eso es lo que necesito. Lejos de Sebastien, lejos de los recuerdos que me asfixian.

Con los ojos aún fijos en el paisaje, observo cómo los grandes edificios se suceden. Muy pronto desaparecen para dar paso a encantadoras casitas. Algunas incluso tienen pequeños jardines. Un nuevo comienzo. Dejo París por un pequeño pueblo del sur, cambio la contaminación por el sol, las humillaciones por una esperanza que espero no sea en vano.

¿Y qué es lo que deseo exactamente? No estoy segura. Poder cumplir mis nuevas resoluciones ya sería una gran victoria... «Demasiado buena, demasiado tonta», murmuro para mí misma, recordando mi mantra.

Fue Sebastien quien me enseñó esta lección. Los recuerdos giran en mi cabeza, amenazando con ahogarme. He tomado una decisión y pienso cumplirla. Se acabó la Clara amable, la simpática, la servicial. No quiero volver a oír hablar de ella.

No volveré a ser agradable, complaciente, atenta ni simpática. Se acabó. La nueva Clara es fría y distante y, sobre todo, sobre todo, nada servicial.

Me repito esta frase con la esperanza de que se me quede grabada. La Clara que prestaba sus apuntes, daba consejos o incluso preparaba la clase de un colega está muerta y enterrada. Sebastien se encargó de ello. La sepultó a dos metros bajo tierra, sin darle la menor oportunidad de salir.

La nueva Clara no es servicial ni amable.

— Hemos llegado. ¿Quiere ayuda con su maleta?

La voz del conductor me sobresalta. Frente a mí se alza un gran edificio de piedra grisácea, cuyas paredes están cubiertas por largos entrelazados de hiedra. Alrededor, en el césped, florecen encantadoras flores. Una puerta de madera marrón delimita la propiedad. Una extraña sensación de calma flota en el ambiente, una serenidad que parece llamarme.

Al leer el nombre de la propiedad, que se alza orgullosamente en letras doradas, siento, sin embargo, que el estómago se me encoge.

La buena noticia es que el alquiler es muy, muy barato. Y créanme, eso es un eufemismo.

La mala es que se paga con servicios. Servicios... para ayudar. Por supuesto. Lo cual está totalmente en contra de mi nueva mentalidad...

La residencia de los Ricochets corre el riesgo de destruir todo lo que aún no he construido.

Porque en la residencia de los Ricochets, se ayuda como en ningún otro lugar, decía el anuncio.

Ellos aún no lo han entendido.

Demasiado buena, demasiado tonta.

Capítulo 1 - El pavo de la guardería o la ingenua de la broma

Cuando leí el anuncio por primera vez, la redacción me intrigó. La forma en que se describía el apartamento, los adjetivos utilizados —encantador jardín, acogedora habitación—, todo parecía sobrevalorado. La persona que había publicado el anuncio parecía haber elegido las palabras en función del efecto que tendrían en el lector, y no de la realidad. Sin embargo, un vistazo a las fotografías ofrecidas parecía confirmar esa encantadora descripción.

Al descubrir mi nuevo hogar, debo reconocer que el anuncio era completamente objetivo. Pero seamos honestos: no fue por esa descripción perfecta que elegí el apartamento. Podría haber sido descrito como lúgubre y ruinoso. Solo tres pequeñas palabras captaron realmente toda mi atención.

«Muy barato.»

Eso venía de maravilla, dado que mi cuenta bancaria estaba casi vacía. Con el corazón latiendo con fuerza, llamé por teléfono. Tenía que saberlo. ¿Qué significaba exactamente «muy barato»? Aún no sabía hasta qué punto iba a sorprenderme.

Es a esas tres pequeñas palabras a las que debo estar aquí, plantada en medio del apartamento en el que estoy a punto de instalarme.

No he traído muchas cosas. Por suerte, además de ser muy barato, el apartamento también está amueblado. Un verdadero alivio: cuando acepté vivir con Sebastien, me convenció de vender la mayoría de mis pertenencias. En ese momento, parecía una buena idea... Así que solo tengo conmigo una gran maleta negra. Es pesada, repleta de ropa y algunas chucherías.

— ¿Le gusta? —pregunta la propietaria detrás de mí.

Con unos sesenta años, el cabello teñido de un cobrizo brillante recogido en un extravagante moño en lo alto de su cabeza, parece a la vez sorprendentemente elegante y excesivamente original. Lleva un vestido negro muy largo con volantes, muy sobrio, sobre el que luce un pañuelo rosa chillón cuya punta cae delicadamente hasta su cadera. Muy maquillada, lleva pestañas postizas de una longitud impresionante y un pintalabios a juego con el color de su cabello.

Con mis vaqueros desgastados y mi viejo jersey manchado, no puedo evitar sentir una vaga vergüenza.

— Me parece bien —confirmo.

— ¡Perfecto!

Su voz entusiasta sube de tono, como cuando se presentó al recibirme: «Me llamo Madame Flaubert, como Gustave Flaubert, pero sin relación alguna. ¡Por desgracia, no tenemos el menor parentesco! Me permito aclararlo antes de que se lo pregunte», había proclamado. La pregunta nunca se me habría pasado por la cabeza, pero me guardé mucho de decírselo.

Agita impacientemente una mano para captar mi atención, y noto que lleva guantes negros de encaje de otra época.

— Hablemos ahora del alquiler, si le parece bien —añade con una sonrisa.

El alquiler. «Muy barato», decía el anuncio. Y había un asterisco al principio: «**Anuncio dirigido a un posible inquilino servicial, agradable y abierto*».

No le presté atención. Parecía tan absurdo, de todos modos... Sin embargo, cuando llamé, entendí que era completamente serio.

Yo era servicial, agradable y abierta. Antes. Antes de esa terrible idea de volver a vivir con Sebastien.

Ahora ya no. No quiero serlo más. Demasiado buena, demasiado tonta. He terminado de ser el pavo de la guardería, la ingenua de la broma, la tonta de turno. Tampoco seré más el pavo de la guardería o la ingenua de la broma. De todos modos, las bromas ya no me hacen gracia, y los pavos pueden irse a dormir a otro lado. ¡Buen viaje!

La nueva Clara no es servicial.

Así que ignoré deliberadamente la pequeña precisión que añadía el asterisco. Sin embargo, por teléfono entendí que tal vez no tendría elección...

Entonces fingiré, una o dos veces, y luego pararé. Me mezclaré con la multitud. No voy a creer que todos los inquilinos son serviciales, agradables y abiertos, ¿verdad? Sería absurdo.

Sin decir una palabra, sigo a Madame-Flaubert-como-Gustave-Flaubert-pero-sin-relación fuera de mi nuevo hogar.

Bajamos los trece escalones que conducen a la planta baja, giramos a la izquierda y atravesamos la puerta corredera adornada con un cartel de madera: «Cálida bienvenida de los Ricochets». Madame Flaubert avanza tan rápido que casi tengo que correr para seguirla.

Llegamos finalmente a una sala espaciosa y luminosa, con las mismas paredes revestidas de madera barnizada que en mi apartamento. Un gran candelabro en el techo llama la atención e intenta competir con la magnífica mesa de madera tallada que preside el centro. Sin embargo, no es eso lo que capta mi atención.

La pared del fondo está completamente cubierta por una pizarra negra. A un lado, un pequeño cuenco está lleno de tizas de colores: verdes, amarillas, rosas, rojas. En la parte superior de la pared, se puede leer, con una hermosa escritura estilizada y de todos los colores:

Vuestras misiones, si decidís aceptarlas
(¡hay que aceptarlas!)

Reconozco una cita de una película de acción, aunque no consigo recordar el nombre. Un idiota incluso se ha divertido añadiendo un *smiley* al final de la inscripción. Frunzo el ceño. Demasiado buena, demasiado tonta. ¡Por Dios, no es tan difícil de entender!

Bajo ese título ridículo, están dispuestas en columnas varias misiones, con una pequeña casilla a la izquierda destinada a ser

marcada. Las escrituras y las formulaciones varían según el autor, los colores se mezclan en un alegre ballet.

— Como sabe, no le pido ningún alquiler por el apartamento, solo una pequeña ayuda de vez en cuando. Complete algunas de estas misiones cada mes, ayude a sus vecinos, sea servicial y agradable, ¡y el apartamento es suyo!

Contemplo la pizarra con asombro, un poco aturdida. ¿Realmente todos los inquilinos cumplen esta extraña regla? A juzgar por las casillas marcadas en la pizarra, parece que sí.

Pero carece de sentido. Nadie ayuda sin esperar nada a cambio, salvo las idiotas como yo antes, y se arrepienten. Así que luego paran.

Demasiado buena, demasiado tonta.

No quiero volver a caer en ese círculo vicioso. Ayudar sin esperar nada a cambio, y que te tiren como un trapo viejo, que te cierren la puerta en las narices en cuanto dejas de ser útil.

La nueva Clara no se deja tirar como un trapo viejo. Es ella quien cierra las puertas en la cara de la gente. Y es mucho mejor así.

Pero claro, la nueva Clara también necesita un techo.

Así que aprieto los dientes, fuerzo una sonrisa tensa.

— Es estupendo.

En mi voz hay tanta convicción como en la de Sebastien cuando me decía que estaba feliz de que volviéramos a estar cerca. Y no debo ser tan ingenua como para haberme creído eso, ya que mi mentira pasa como una carta por el correo.

Capítulo 2 - El monstruo de la maceta

¿Y ahora qué?

La pregunta se impone de repente en mi mente. De pie en medio de mi nuevo hogar, me pregunto qué será lo siguiente. Desde mi precipitada salida de París, mientras huía de mi antigua vida, nunca tuve tiempo de reflexionar. Hubo que explicar la situación a Chloé, mi hermana, quien aceptó acogerme unos días, y luego buscar lo más rápido posible un nuevo empleo y un apartamento.

Ahora que la urgencia ha pasado, que la situación se ha calmado, que estoy lejos de Sebastien, por fin, un gran vacío me invade. Sin restricciones ni obligaciones. No empiezo a trabajar hasta dentro de unos días. Y este repentino tiempo libre que se me concede me resulta completamente extraño...

Giro lentamente sobre mí misma. Mi mirada recorre mecánicamente el apartamento. *Mi* apartamento.

Lo primero que me llama la atención es que, efectivamente, es acogedor. El salón, lleno de colores cálidos, cuenta con un montón de cojines mullidos, sillones acolchados, mantas de felpa muy suaves. La lámpara de pie emite una bonita luz anaranjada, que refuerza esta atmósfera apacible y confortable.

El resto del apartamento está construido siguiendo el mismo modelo. Las almohadas esponjosas sobre la cama parecen llamarme, y un bonito ramo de flores perfuma mi habitación.

Todo lo contrario del hogar de Sebastien, frío e incómodo.

Sonrío. Es mi apartamento. ¿Me sentiré por fin en casa? En esta habitación que parece envolverme como un capullo, que finalmente calma mi ansiedad, me parece que sí. Mi mirada se detiene en mi maleta, último vestigio de mi vida anterior. ¿Cuánto tiempo he perdido intentando ser otra persona, esperando el reconocimiento de un hombre que no le importaba en absoluto?

Tres golpes en la puerta me sobresaltan de repente. Durante unos horribles segundos, pienso que es Sebastien. Me ha encontrado. Vendrá a disculparse, a decirme que no tuvo nada que ver, que le importo. Y yo, pobre tonta que soy, siempre incapaz de resistirme a él, me tragaré todo.

La puerta se abre. Si es él, lo noqueo con mi maleta. Inconsciente, será mucho más soportable. Y si es Chloé quien le dio mi dirección, meto a Sebastien en la maleta y se lo envío por correo. Por supuesto, primero borraré mis huellas. Ya veremos quién ríe el último.

— ¿Todo bien, Clara? ¿Te estás acomodando?

Conozco esa voz. No es la de Sebastien.

Muy digna con su vestido negro, Madame Flaubert me mira con insistencia. Esbozo una sonrisa forzada que no debe parecer gran cosa y me esfuerzo por recuperar la compostura.

— ¡Muy bien! —exclamo—. Mis marcas también, muy bien, ¡todo va muy bien!

Debe pensar que estoy loca. Si estuviera en su lugar, me haría internar.

— ¡Perfecto! —se entusiasma dando una alegre palmada con sus manos enguantadas—. Solo quería asegurarme de que estabas bien instalada. Y entregarte la llave.

Me la tiende, y la meto en el bolsillo de mis vaqueros.

— Tenga cuidado, la puerta solo se abre desde dentro sin la llave. Su predecesora, una encantadora joven, se quedó fuera muchas veces —me confía con una sonrisa cómplice.

Asiento con una pequeña mueca tensa.

— Ya que estoy, —continúa—no olvides la pizarra. Marca dos o tres casillas al mes, y consideraré tu alquiler pagado.

Asiento con la cabeza. La idea de ayudar así a completos desconocidos me revuelve el estómago. Eso es lo que hacía la antigua Clara, a la que pisoteaban sin dudar. Y si la nueva se rebaja a hacerlo de nuevo...

Pero no voy a tener elección, lamentablemente.

Dicho esto, inconsciente del conflicto que acaba de provocar, Madame Flaubert insiste en mostrarme cómo funciona la cerradura:

— Es un poco caprichosa, pero ya verás, te acostumbrarás.

Eso espero, porque sus explicaciones me confunden. Sin prestar atención, me desea un buen día y desaparece por las escaleras. Me quedo en el rellano, justo frente a mi puerta que se ha cerrado, con las llaves en la mano. Mientras lucho con la cerradura, veo por primera vez a una de mis vecinas. Pasa frente a mí sin darse cuenta, ignorándome por completo.

Le lanzo una mirada vagamente molesta. La chica, de unos dieciséis años, golpea tres veces la puerta frente a la mía. Su largo cabello castaño está recogido en una coleta baja, lleva un chándal demasiado grande para ella y una camiseta gris claro que parece un pijama. Nerviosa, frota sus manos una contra otra mientras espera que se abra la puerta.

— Morgana, entra —la saluda mi vecino al verla.

No me ha notado. Aprovecho para observarlo rápidamente. El hombre es bastante alto y delgado, casi esbelto. Tiene el cabello castaño claro cortado demasiado corto, lo que le da remolinos en la parte superior de la cabeza. Mira a la adolescente con una benevolencia casi paternal. Su porte lo hace parecer imponente y le adivino cierto carisma, detrás de su traje oscuro impecablemente cortado que lo favorece.

La adolescente, Morgana, pues, se balancea de un pie al otro. Cuando entra en su casa, sigue pareciendo nerviosa. Mi vecino cierra la puerta detrás de ella.

Me quedo sola en el rellano. ¿Qué habrá ido a hacer allí? La pregunta me deja un instante perpleja. ¿Y si mi vecino fuera un asesino en serie? ¿Un peligroso criminal que descuartiza adolescentes? ¿O algo peor? Todo un escenario toma forma en mi mente. Me preocupo por la chica. ¿Y si estuviera en peligro?

En el silencio del pasillo, el sonido de mi respiración me parece ensordecedor. Seguramente estoy imaginando cosas, pienso. Estoy nerviosa, agotada, no he dormido en casi dos días, lo he dejado todo, mi vida, mi apartamento, Seb, he perdido mi trabajo, ya no

tengo nada. Estoy agotada, mental y físicamente. Mi cerebro no da más de sí, así que se desboca, me cuenta cualquier cosa, inventa historias sin pies ni cabeza, eso es todo.

De repente, oigo un roce en el suelo de madera. Me sobresalto violentamente y giro lentamente sobre mí misma. Nada. No hay nadie.

Pero el ruido, inquietante, se amplifica. Con la garganta seca, dudo. En el pasillo, colocado sobre una bonita columna blanca, la maceta de flores de repente se estrella contra el suelo con un ruido sordo. Contengo un grito de sorpresa.

Sin embargo, no hay nada ni nadie. La maceta, milagrosamente intacta, rueda sobre sí misma y se detiene no muy lejos de mí.

Hay un momento para el altruismo y otro para el egoísmo. Con el corazón latiendo a mil por hora, me lanzo hacia mi puerta, lucho con la cerradura. Ya me imagino una oscura criatura detrás de mí, lista para destrozarme. Con la respiración entrecortada, lucho contra el pánico.

La cerradura finalmente cede, y me precipito dentro de mi casa sin mirar atrás.

Me lleva varios segundos recuperar la calma. Para darme cuenta de que acabo de reaccionar como una niña que tiene miedo a la oscuridad. Para pensar que los monstruos solo existen en las películas. Que la caída de la maceta debe tener una explicación completamente racional.

Armándome de valor, echo un vistazo por la mirilla. No distingo mucho, salvo la puerta de mi vecino y una parte del suelo de madera. De repente, aparece una forma blanquecina. Entorno los ojos.

— ¿Piñón? ¿Piñón, estás ahí?

La voz infantil me sobresalta de nuevo. La forma blanca desaparece, y la silueta de un niño pequeño aparece. Golpea unas cuantas veces en la puerta de mi vecino gritando:

— ¡Morgana, sabes dónde está Piñón?

— ¡No, no lo sé, y no soy su madre ni la tuya, que yo sepa! —grita la adolescente desde el otro lado de la puerta.

Entorno los ojos. Evidentemente, es esa cosa, Piñón, la que debió hacer caer la maceta.

— Grosera —murmura el niño en represalia.

Gira la cabeza en dirección a la maceta. Su rostro se ilumina de inmediato. Por la mirilla, lo veo arrodillarse llamando:

— ¡Piñón! ¡Piñón, sé que estás ahí, cobarde! ¡Vamos, vuelve aquí!

En el lugar de Piñón, yo no me habría movido. Pero la criatura no debe tener un ego muy desarrollado, ya que la forma blanquecina que vi antes corre hacia su dueño.

Es entonces cuando veo que Piñón, el monstruo de la maceta que me dio el susto de mi vida, es un pequeño conejo blanco.

***

Con mi cabello rubio despeinado, mis ojos verdes terriblemente ojerosos, mi nariz ligeramente respingona y mis pómulos un poco demasiado altos, tengo un vago aspecto de zombi. Al otro lado de la pantalla, sé que mi hermana fingirá no darse cuenta, por supuesto. Quizás incluso mienta y diga que tengo buen aspecto. Me costará mucho creerlo. La cámara también. Me devuelve mi imagen sin adornos, dejándome todo el tiempo del mundo para observar mis defectos. Contengo un suspiro.

Me enderezo para enfrentarme bien a la cámara, para evitar que mi hermana vea mi atuendo informal, que ella calificaría más bien de abominable. Hay que decir que Chloé siempre está impecable. Ya le he hecho notar que no necesita seducir a nadie, ya que Nathaniel le ha puesto el anillo en el dedo, pero ella me respondió que una mujer digna de ese nombre debe estar presentable en todo momento.

— Clara, ¿qué hay de nuevo? —exclama mi hermana al fin al contestar—. ¿Has llegado bien? ¿El piso está bien?

— Sí, sí, todo bien —murmuro, todavía bajo el impacto de mi encuentro con Piñón—. El apartamento podría albergar a dos como

yo, el alquiler se paga marcando casillas con tizas de colores y sospecho que mi vecino de rellano es un pedófilo. Aparte de eso, la propietaria no es familia de Flaubert y el monstruo de la maceta es un conejo. Que se llama Piñón. Francamente, ¿tú habrías llamado Piñón a tu conejo?

— Yo lo habría hecho en estofado —responde Chloé—. ¿Cómo es tu vecino? ¿Del tipo moreno misterioso o bajito y enclenque?

Me encojo de hombros, lo que ella no puede ver porque he ajustado la cámara lo más alto posible, de modo que solo filme mi rostro.

— Del tipo psicópata asesino, tal vez.

Chloé se echa a reír.

— ¡Eres una aguafiestas! ¿Qué es eso de las tizas?

Le explico rápidamente lo de la pizarra, los servicios, todo el asunto.

— Es un concepto bastante chulo —comenta, ignorando la mirada asesina que le lanzo.

Chloé está al tanto de mi nueva política *demasiado-buena-demasiado-tonta,* y no la aprueba. Según ella, siempre se recibe lo que se da. Me pregunto dónde estará mi recompensa. Sebastien debió quedársela, junto con el apartamento y mi trabajo.

— De todos modos, no tienes elección. Escoge la tarea más sencilla y rápida, ¡y te libras!

Frunzo el ceño. Parece más fácil decirlo que hacerlo. ¡Se nota que no es ella quien se ha metido en este lío! Recuerdo la pizarra. Descargar una caja de suministros, participar en el mantenimiento del jardín, ayudar con un deber de matemáticas, enseñar a coser a Morgana. Incluso hay una tarea que se reduce a una sola palabra: fotos. ¿Qué se supone que significa eso? ¿El autor quiere comprar una cámara? ¿Convertirse en un experto en fotografía?

Sacadas de contexto, para mí, que no sé nada de mis vecinos, estas peticiones me parecen muy extrañas. Los demás habitantes de los Ricochets son desconocidos con actividades peculiares. ¿Qué abastecen? ¿La adolescente que vi antes realmente quiere aprender

a coser? Yo tampoco sé coser, me costará enseñarle siquiera un punto. Los puntos sobre las «íes» los conozco, los puntos de cruz, es otra historia.

Capítulo 3 - A la defensiva

Sentada frente a una taza de café humeante, lamentando la ausencia de pan para llevarme a la boca, intento organizar mi día. El problema es que, para organizarse, hay que tener cosas que hacer. Y aparte de espiar a mi vecino por la mirilla para asegurarme de que no es un psicópata peligroso, no tengo nada que hacer.

¿Cómo voy a llenar los días que me separan de mi nuevo trabajo? Estoy decidida a esperar un poco antes de intentar tachar una tarea de ese maldito cuadro, sobre todo porque espero que la propietaria se olvide de mí.

Antes, habría corrido hacia el cuadro de Madame Flaubert y me habría apresurado a ayudar a mis vecinos. Pero ya no. La nueva Clara no es servicial, y ya no se apresura a ayudar a nadie.

Cuando salgo de casa, vestida con la misma ropa del día anterior, con una bolsa bajo el brazo, echo una mirada desconfiada a la puerta de mi vecino. Está cerrada. ¿Todavía estará durmiendo? ¿Y la adolescente que entró ayer? No dejo de preguntarme qué significaba todo aquello...

Intento apartar esos pensamientos como puedo y me concentro en lo que sigue. Hacer la compra siempre ha sido un suplicio para mí. Por mucho que haga una lista, siempre termino yendo y viniendo varias veces. En la sección de lectura, compro un libro al azar, sin siquiera leer la sinopsis.

Cargada con tres enormes bolsas, cojeo como puedo hasta la residencia y luego me las arreglo para arrastrarlas por las escaleras. Finalmente llego a mi piso y suspiro aliviada. Con las tres bolsas a mis pies, lucho con la cerradura de la puerta.

— ¿Necesitas ayuda? —pregunta de repente una voz masculina a mis espaldas.

Doy un respingo y giro la cabeza hacia él. Siento que el corazón se me acelera. Mi vecino me observa con su mirada azul gélida.

— James —se presenta, tendiéndome la mano—. Tu vecino. ¡Bienvenida!

— Clara —murmuro con una sonrisa tensa.

Tomo nerviosa su mano. Su apretón es firme. Como el día anterior, su porte me impresiona, y retrocedo instintivamente. Mi espalda choca contra la puerta.

— ¿Necesitas ayuda? —repite, señalando mi cerradura.

— Puedo arreglármelas sola —respondo fríamente.

— Espero que no me guardes rencor por no haberme presentado antes. Me habría gustado venir ayer, pero estaba ocupado —se disculpa con un tono encantador.

Me estremezco. Parece sincero. Sebastien también siempre parecía sincero. Eso no significa nada. Quizás esté actuando. Este tipo no me da buena espina. Está demasiado erguido, lleva un traje demasiado impecable. No me inspira confianza. Sacudo la cabeza.

— Lo sé —dejo escapar sin pensar.

Ante su mirada interrogante, mis mejillas se encienden. Maldigo en silencio mi tendencia a decir cualquier cosa cuando estoy nerviosa.

— Vi a la chica entrar en tu casa ayer —murmuro.

James alza las cejas, sorprendido.

— ¿Hablas de Morgana? —entiende.

Asiento en silencio. ¡Ojalá se marche ya!

— Sí, la sesión de ayer fue complicada —suspira—. Muy intensa.

Lo miro con los ojos muy abiertos. ¿Intensa? ¿Cómo que intensa? La angustia me oprime la garganta. ¿Y si mi vecino es realmente peligroso?

— Ah, bueno —balbuceo—. Pero, ¿estás seguro de que es… eh… bueno… legal?

La pregunta se me escapa sin querer. La mirada perpleja de mi vecino se posa en mí. Me pongo roja como un tomate. Dios mío, ¿qué acabo de decir? Cuando me pongo nerviosa, las palabras salen solas, sin que pueda controlarlas.

— ¿Cómo que legal? ¡Es mi trabajo!

— Ah, bueno —repito.

— Bueno, más o menos. No se supone que hagamos esto en mi casa, pero como ella no paga, no se puede considerar una sesión real. Es más bien una ayuda que le doy a una amiga, ¿entiendes?

No, no entiendo. Pero para nada. Este tipo está loco.

— Pero ella… Bueno, tú…

Cállate, Clara, pienso. Cállate. Te estás hundiendo. Si este hombre es tan peligroso como parece, mejor no enfadarlo. Su mirada pesa sobre mis hombros, pero parece distante. Tengo la extraña sensación de que está repasando toda nuestra conversación en su cabeza, lo cual no me tranquiliza en absoluto.

— Oh —suelta de repente, como si acabara de entender algo—. Oye, no estoy seguro de que estemos hablando de lo mismo.

Le dedico una sonrisa tensa. ¿Quién sabe de qué es capaz?

— ¿No estarás insinuando que yo… bueno, ya sabes?

Sacudo la cabeza, con los ojos bajos. No, no sé. ¡Solo quiero que se marche!

— ¿De pedofilia? —completa.

Pone una cara extraña. ¡Dios mío, sabe que lo he descubierto! ¿Y si me ataca, qué hago?

— ¿No? —intento, en un vano intento de escapar.

Por desgracia, mi afirmación suena como una pregunta. Mi vecino abre los ojos como platos y aprieta los labios. No me cree.

— ¡Estás completamente loca, te lo digo! ¡Dios, nunca le haría daño a Morgana!

Estoy muda, paralizada. Quiero desaparecer.

— Soy psiquiatra, Clara. Morgana es solo mi paciente. Eso es todo.

Clara ya no está. Se ha derretido de vergüenza sobre las baldosas, lo que le ha permitido deslizarse bajo la puerta y escapar por las alcantarillas. Adiós, vecino.

— Ah —gimoteo, escarlata—. Ah, sí. De acuerdo.

Me muerdo el labio, terriblemente avergonzada. Dios mío, ¿qué pensará de mí? ¿Y si le pide a Madame Flaubert que me eche?

Quiero disculparme, decirle que lo siento, que mi salida precipitada de París me ha dejado agotada, que nunca quise ofenderlo. Que me gustaría empezar de nuevo, que perdí a todos mis amigos por culpa de Sebastien, pero que esperaba que todo cambiara aquí, que esperaba conocer gente. Pero no me atrevo. Estoy paralizada, incapaz de hablar o moverme. Nuestra conversación da vueltas en mi cabeza. ¡Qué idiota soy!

James me observa con atención. No parece enfadado. No, sus ojos están llenos de dulzura y compasión, lo que me hace sentir aún más ganas de llorar. Inspiro suavemente para contenerme.

— ¿Qué te ha traído aquí? —pregunta con amabilidad, como si no acabara de acusarlo de un crimen horrible.

Mortificada, deseando escapar de su mirada intensa, me vuelvo hacia mi puerta. Yo también puedo hacer como si nada hubiera pasado, ¿verdad? Intento realizar la maniobra que me mostró Madame Flaubert. Mis manos tiemblan.

— El trabajo.

Es solo una media verdad. Sin embargo, siento que no me cree.

— El trabajo —repite—. Clara, si temes a alguien...

La llave se me escapa de las manos. Me giro hacia él. Mi mirada se cruza con la suya, y de repente tengo la aterradora sensación de que puede leerme como un libro abierto.

— ¿Qué? —balbuceo—. Pero, ¿de qué estás hablando?

— Estás nerviosa, a la defensiva, como si...

— ¡Deja de psicoanalizarme!

Mi corazón late con fuerza. James guarda silencio y esboza una ligera mueca.

— Perdona —dice finalmente—, deformación profesional. Déjame abrirte la puerta para compensarlo.

Prácticamente lo he acusado de pedofilia y él considera que el culpable es él. La antigua Clara se habría disculpado mil veces. La nueva querría desaparecer de la faz de la Tierra. En su defecto, como para empezar de nuevo, recojo la llave y se la tiendo mientras

me aparto. Él pasa por encima de mis bolsas y la introduce en la cerradura. Unos segundos después, la puerta se abre.

— Gracias —murmuro, bajando la mirada para no sostener su inquisitiva mirada.

— De nada. No dudes en buscarme si necesitas algo.

Pues sí, claro. Morirme de vergüenza una vez ha sido suficiente, no pienso intentarlo de nuevo. Puede que sea lenta para aprender, pero he entendido la lección.

***

Mientras guardo mis compras, dejo el libro sobre mi mesilla de noche. ¿Desde cuándo no leo por puro placer? Me dejo caer en un sillón y abro el libro. Con una leve sonrisa en los labios, dejo que las palabras me arrullen, me cuenten una historia, me lleven lejos del presente. Por primera vez en mucho tiempo, me siento segura, en paz.

Los libros siempre han tenido ese poder sobre mí. En unas pocas palabras, unas pocas líneas, me transportan, me ayudan a escapar. De niña, era capaz de pasar días enteros sumergida entre sus páginas.

Más tarde, incluso había considerado escribir. Hice algunos intentos, se los mostré a Sebastien. Se rio en mi cara: «Le falta estilo y el contenido es plano, ¿no crees?», comentó. No quería ser cruel, solo honesto. Profundamente herida, abandoné toda pretensión de escribir.

Las horas pasan sin que me dé cuenta, inmersa en la historia. Río, lloro, lo olvido todo. Solo me detengo para comer algo a la hora del almuerzo.

De repente, el timbre del apartamento me devuelve a la realidad. Dejo el libro a regañadientes. Decidida a no entrar en pánico como el día anterior, solo me permito un rápido vistazo por la mirilla. Me lleva unos segundos reconocer al niño del conejo. Abro la puerta.

— ¿Sí?

Me mira sorprendido.

— Se me olvidó que Sofía se había ido —dice frunciendo el ceño—. Yo soy Zack.

Lo observo. Debe tener unos diez años, no más.

— Clara. ¿Puedo hacer algo por ti?

— ¿Sabes dónde está Piñón? Piñón es...

— No, no he visto a tu conejo —lo interrumpo sin pensar.

— ¿Cómo sabes que es un conejo?

Abro la boca y la cierro. Difícilmente puedo decirle que lo espié ayer...

— ¡Porque Piñón es un nombre de conejo! —exclama de repente.

Asiento con la cabeza.

— ¡Exacto! ¡Tenía que ser un conejo!

Él asiente con la mayor seriedad.

— Se escapa todas las tardes a esta hora. Iré a buscarlo en otro lado, entonces. Adiós.

Justo cuando cierro la puerta, escucho a alguien gritar:

— ¡Zack, tu conejo idiota se ha escondido bajo mi tocador! ¡Sácalo de ahí o le hago un brushing!

El niño estalla en carcajadas. Una risa sincera, como solo los niños saben hacerlo, una risa que me conmueve, que me remueve, una risa como no había escuchado en mucho tiempo.

— Morgana está loca —se ríe, guiñándome un ojo.

Y se marcha corriendo en busca de su animal.

Me quedo plantada en el umbral, con la puerta entreabierta, una vaga sonrisa en los labios. La cierro y me apoyo en ella.

Al final, quizás venir aquí no haya sido tan mala idea.

Capítulo 4 - Narcoléptica

Como la mujer adulta, madura y responsable que soy, he pasado los últimos tres días evitando a mis vecinos. Me las he arreglado bastante bien, salvo por la visita diaria de Zack buscando a su animal todas las tardes. No entiendo cómo se puede perder un conejo que tiene un horario tan regular...

Me he quedado encerrada en mi apartamento, saliendo solo para hacer algunas compras adicionales, asegurándome de no cruzarme con nadie. Creo que, después de tanto tiempo con Sebastien y luego viviendo con mi hermana, necesito un poco de soledad, tiempo para encontrarme a mí misma. Cualquiera lo necesitaría después de unas horas soportando a Seb, así que después de un año...

Terminé el libro que había comprado, luego leí todos los demás de ese autor. Me he cuidado, algo que no hacía desde hace demasiado tiempo. Me siento mejor. Lo del cuadro me angustia menos, aunque sigo decidida a ayudar lo menos posible a mis vecinos. Por eso los evito tanto como puedo.

En unos días empiezo a trabajar. Mi nuevo puesto no está tan bien pagado como el que Sebastien me robó, pero parece igual de interesante. Tengo que ocuparme de algunos niños de la escuela considerados demasiado introvertidos. No sé mucho más, salvo que la directora tiene un proyecto muy concreto en mente.

Deseando dar la mejor impresión, he pedido cita en la peluquería. Quiero causar una buena impresión.

Con el mayor sigilo posible, pego mi ojo a la mirilla y compruebo que el camino está despejado. Desde mi encuentro con James, me aseguro de no volver a cruzármelo. He notado que sale temprano por la mañana y regresa a horas variables por la noche. Morgana volvió a su casa ayer. Zack le pregunta todos los días si ha visto a su conejo, siempre antes de llamar a mi puerta.

Salió hace unas horas, así que estoy segura de no cruzármelo. El camino está despejado. Sin hacer ruido, salgo de casa y bajo las escaleras lo más silenciosamente posible. Para mi alivio, la planta baja también está desierta. En unos segundos, alcanzo la puerta de entrada y me deslizo fuera.

Solo me lleva unos diez minutos llegar al centro del pueblo. La iglesia se alza frente a mí. En las calles adyacentes, unos pocos comercios cubren las necesidades de los habitantes. Estoy muy lejos de París: el centro, diminuto, cuenta con apenas una decena de tiendas, una farmacia, una peluquería, un supermercado donde hago mis compras, una panadería, un bar y un consultorio médico.

Paso frente a este último cuando un nombre llama mi atención. Tres placas indican a los transeúntes los nombres de los profesionales que trabajan allí. Una de ellas me resulta familiar:

«Dr. James Donb, psiquiatra».

Me lleva un momento hacer la conexión. ¿Qué probabilidades hay de que este psiquiatra sea mi vecino? Dado el tamaño del pueblo, deben ser bastante altas...

Nuestra primera y última conversación vuelve a mi memoria, y acelero el paso con una mueca. Unos instantes después, me detengo frente al escaparate de la peluquería. Echo un vistazo a los sillones donde ya están sentados algunos clientes, a las peluqueras que trabajan, e inspiro profundamente. ¿Desde cuándo no me doy el gusto de un nuevo corte de pelo?

— Hola, ¿tienes cita? —pregunta una de las dos peluqueras cuando finalmente me decido a entrar.

Asiento, y casi de inmediato me encuentro sentada en un sillón de cuero negro. Algunos mechones de cabello caen a mi alrededor mientras evito mirar al espejo por inercia.

— Eres nueva.

La voz me saca de mis pensamientos. Mi vecina, una anciana con la cabeza llena de rulos, me mira con una curiosidad descarada.

— Acabo de llegar —confirmo.

— Es la nueva de los Ricochets —interviene otra mujer, que debe tener unos diez años más que yo.

Su cabello está cubierto de una pasta marrón. Espera, dejando que el tinte haga efecto, con una revista en la mano.

— ¿De verdad? —se sorprende la anciana de los rulos—. Dicen que rechazaron a tres candidatos antes de aceptarte.

— A mí me rechazaron —sisea la segunda mujer.

Incómoda, me muerdo el labio.

— Con la excusa de que no tenía el perfil adecuado. Me pregunto qué perfil buscaban. ¿El estilo descuidado, tal vez? —continúa, mirando con evidente desprecio mis viejos vaqueros desgastados y mi sudadera raída.

Solo quiero salir corriendo. Pero la peluquera no ha terminado, y no me gustaría quedarme con el lado derecho mucho más largo que el izquierdo...

— Vamos, Josiane —la reprende la anciana—, ¡sé un poco más educada! Madame Flaubert habrá preferido traer un poco de aire fresco, eso es todo.

Detrás de mí, la peluquera asiente con una sonrisa incómoda. Parece no saber dónde meterse. La presencia de Josiane y la anciana no debe ser muy buena para el negocio.

— Desde la muerte de su marido —que en paz descanse—, no es más que una sombra de sí misma, de todos modos —responde Josiane, que aparentemente no ha terminado de criticar—. Está claro que ya no tiene toda la cabeza. Ninguna persona en su sano juicio habría inventado algo como esa residencia.

Al escucharla, tengo la impresión de que la residencia de los Ricochets es un lugar de perdición y depravación, y que la propietaria está involucrada además en lavado de dinero o tráfico de drogas. La amabilidad de Madame Flaubert, que no tiene nada de peligrosa, vuelve a mi memoria, y lanzo instintivamente una mirada gélida a Josiane.

— Madame Flaubert me pareció una mujer encantadora —replico con sequedad.

— Nadie dice lo contrario, querida —interviene la anciana de los rulos en un intento inútil de apaciguar los ánimos.

— Se puede ser encantadora y no tener toda la cabeza. Una cosa no quita la otra. Y admitamos que la residencia de los Ricochets es bastante... peculiar.

La última palabra suena como un insulto.

— Bueno, si le divierte malgastar así la fortuna de su difunto marido —que en paz descanse—, supongo que es asunto suyo. Él tampoco estaba muy cuerdo, de todos modos. Algunos incluso dicen que esa estúpida residencia fue idea suya, y que murió —que en paz descanse—antes de poder llevarla a cabo.

— Que en paz descanse —repite la anciana de los rulos con una cierta devoción que me resulta un poco ridícula.

A pesar de todo el fastidio que me provoca esta mujer, ha despertado mi curiosidad. Los orígenes de la residencia me parecen bastante misteriosos, y me gustaría saber más. Dudo en preguntarle, pero el desprecio en su mirada me disuade.

Para alguien que ha decidido no volver a ayudar a nadie, la idea de crear una residencia como la de Madame Flaubert me parece completamente inconcebible. ¿Qué pudo llevarla a hacerlo? ¿Y qué llevó a mis vecinos a vivir allí, si no es por la ausencia de alquiler? Tantas preguntas sin respuesta que me rondan la cabeza.

Con mi nuevo corte terminado, empujo la puerta de la residencia y empiezo a subir las escaleras cuando alguien me llama:

— ¡Señorita! ¡Señorita!

Me detengo en seco. ¡Qué idiota! He olvidado por completo comprobar que el camino estaba despejado. Los gritos se vuelven más insistentes y me doy la vuelta a regañadientes.

— ¡Se-ño-ri-ta! ¡Por fin! ¡Pensé que ibas a escabullirte como ese granuja de Zack!

Mi interlocutor es un hombre calvo, con el rostro surcado de arrugas. De unos ochenta años, me mira con profundo disgusto mientras golpea el suelo con su bastón.

— Estaba distraída.

La sonrisa que le dedico parece calmarlo por un momento.

— ¿Eres la nueva? Soy Eduardo, vivo en el apartamento debajo del tuyo.

Parpadeo, sin saber qué responder.

— Supongo que Madame Flaubert te ha puesto al tanto, ¿no?

— ¿Al tanto?

Alza los ojos al cielo al percibir la incredulidad en mi voz.

— El cuadro, supongo que te habló de él, ¿no?

— Sí, sí, claro —me apresuro a responder.

— ¡Bien! En ese caso, aquí tienes tu primera misión: ¿sabes usar un teléfono?

Me quedo helada al entender a dónde quiere llegar. ¡Quiere obligarme a hacerle un favor usando el cuadro como excusa! *Demasiado buena, demasiado tonta,* resuena la voz de Sebastien en mi mente, como un mantra. Ayuda a los demás y lo lamentarás. Se volverá en tu contra.

— No mucho —suelto sin pensar—. Ya sabes, la tecnología me supera.

Veo en su mirada desconfiada que no me cree.

— Puedes echarle un vistazo, de todos modos.

— Quizás en otro momento. Estoy agotada, pensaba irme a dormir.

El estrés me hace decir cualquier cosa, y él me mira con asombro.

— ¿Te vas a dormir a las seis de la tarde?

Parpadeo.

— Estoy seguro de que puedes esperar unos minutos antes de embarcarte en una noche de sueño de...

Se interrumpe, echa un vistazo a su reloj.

— ...trece horas consecutivas —completa—. Suponiendo que te levantes al amanecer.

— No, en realidad yo...

Necesito una excusa, rápido. Una vieja película me viene a la mente y digo sin pensar:

— ¡Soy narcoléptica!

Se rasca la cabeza, perplejo. Soy un caso perdido. Primero me ridiculizo ante mi vecino de rellano, y ahora parezco una loca ante este anciano. Si no me echan de la residencia antes de que termine la semana, será un milagro.

— ¡Tengo que irme! ¡Hasta la próxima! —concluyo apresuradamente.

— Buenas noches —dice automáticamente, mirándome desaparecer con una expresión de profunda estupefacción en el rostro.

Capítulo 5 - Édoucation

— Clara, me gustaría decirte unas palabras.

La petición de Madame Flaubert me toma por sorpresa. Me giro hacia ella, con las llaves en la mano. Una vez más, la puerta de mi apartamento se resiste. Es imposible entrar. Me pregunto cómo se las arreglaba la anterior inquilina para lidiar con esto.

— Por supuesto, ¿qué ocurre?

Mi voz suena firme, pero por dentro no estoy tan segura. Madame Flaubert me quita las llaves de las manos. Esta vez lleva guantes de encaje de un rojo intenso, un vestido blanco muy sencillo y un gran sombrero con plumas cuyos bordes ocultan su rostro. Una rosa roja parece mantenerse milagrosamente en su pecho. Una vez más, frente a Madame Flaubert, tengo la desagradable sensación de no estar a la altura.

A la propietaria le bastan unos segundos para abrir la puerta rebelde. Sin pedirme permiso, entra en mi apartamento, se quita el sombrero, lo deja sobre la mesa de centro y se sienta en el sofá. Con su mano enguantada, da unas palmaditas en el sillón frente a ella, invitándome a sentarme en mi propio salón. Le dedico una sonrisa tensa.

— Por favor, Clara, siéntete como en casa, me dice.

La mirada atónita que le lanzo pasa desapercibida. ¡Estoy *en* mi casa!

— Clara, si te acepté como nueva inquilina, fue porque me aseguraste que estabas dispuesta a ayudar a tus vecinos y, de esa forma, pagar tu alquiler —comienza—. Me pareciste una mujer altruista, llena de compasión y sentido común.

Esa descripción corresponde, sin duda, a la antigua Clara. Una chica tonta y crédula, dispuesta a todo para agradar. Ridículamente

bondadosa. No puedo volver a ser esa chica débil de la que todos se aprovechan.

Siento un nudo en la garganta. Eduardo debió quejarse de mi comportamiento de ayer. ¡Y yo que pensaba que había creído esa historia de narcolepsia! La angustia se apodera de mí. Necesito este apartamento. Si lo pierdo...

— Por eso me sorprendió mucho escuchar que te negabas a participar... Y esa historia de narcolepsia, ¡francamente! —me reprende Madame Flaubert, mirándome directamente a los ojos.

Bajo la cabeza. Sin saber por qué, siento que la vergüenza me invade. Probablemente sea una reacción de la antigua Clara, que a veces sigue resurgiendo. Bajo la mirada escrutadora de la propietaria, siento que me pongo roja como un tomate.

— ¿Por qué te negaste a ayudar a Eduardo? Es una buena persona, ¿sabes? Merece un poco de atención, y no será su familia quien se la dé...

Con el ceño fruncido, las manos juntas sobre las rodillas y la espalda recta, Madame Flaubert espera mi explicación con una seriedad mortal.

Respiro hondo.

— ¿Por qué hace esto? —pregunto—. ¿Por qué empujar a los demás a ayudarse así? En la vida real, eso no pasa...

Madame Flaubert se sobresalta. Lleva una mano a la rosa de su pecho.

— ¿Que no pasa? —repite, incrédula—. ¡Por todos los santos! ¿Pero qué estás diciendo? Clara, si realmente piensas eso, entonces me temo que este no es tu lugar...

— ¡Necesito este apartamento!

Es un grito del corazón, y ella lo sabe. Me he levantado de un salto y me retuerzo las manos mientras la miro.

— Haré un esfuerzo, se lo prometo —digo rápidamente, presa de una intensa ansiedad—. Marcaré las casillas del cuadro, ayudaré a Eduardo, lo que sea, pero por favor, Madame Flaubert, ¡deme una oportunidad!

Ella duda. Con el miedo en el cuerpo, espero. ¿Voy a perder el hogar que acabo de encontrar? ¡No he recorrido tantos kilómetros, huido tan lejos, para perderlo todo de esta manera!

— Considéralo una segunda oportunidad, Clara —dice finalmente, levantándose con porte altivo—. Los que viven aquí nunca dudarán en ayudarte, en acogerte como es debido, pero si no estás dispuesta a hacer por ellos lo que ellos harían por ti, entonces no tienes cabida aquí. Somos como una familia, Clara. Estamos aquí los unos para los otros, y depende de ti formar parte de ello.

***

Tras la partida de Madame Flaubert, me dejo caer sobre la cama. Rejuego la escena en mi mente y siento que las lágrimas comienzan a brotar. Cierro los párpados con fuerza, intentando contenerlas, sin éxito. Estoy perdida, vulnerable. Sacudida por los sollozos, agarro mi almohada y la abrazo, buscando en vano consuelo.

Sebastien jugó conmigo. Me hizo creer que le importaba, pero en realidad, fuera consciente o no, se aprovechó de mí. Estaba dispuesta a todo para ganarme un lugar en su corazón. Probablemente ni siquiera se dio cuenta.

Sin quererlo, Seb me enseñó que ayudar es un signo de debilidad, que todos se aprovechan de ti, pero que, al final, estás sola.

Y Madame Flaubert está convencida de lo contrario.

No tengo elección. Debo ayudar a Eduardo y a los demás. La idea me desagrada profundamente. Va en contra de mi decisión. Quería ser más fuerte, cambiar, dejar de ayudar a todos los que luego se aprovechan de mí. Pero esa resolución es imposible aquí, y siento que estoy traicionando esa promesa silenciosa que me hice.

Me incorporo y me seco las mejillas empapadas de lágrimas. No puedo permitirme perder este apartamento. Sin embargo, puedo oír a Sebastien diciéndome: «Sabía que no aguantarías ni dos semanas. La gente no cambia, deberías saberlo». Sin duda, remataría con algún teorema para probarlo o un estudio científico. ¿Qué podría

responderle? Aprendí por las malas que el amor no se compra, que ayudar no es, en absoluto, una forma de ser aceptada.

En cambio, los apartamentos sí se compran. Me echo agua fría en la cara, esperando borrar las huellas de las lágrimas, y salgo de casa. Bajo las escaleras hasta el apartamento de Eduardo, temiendo cambiar de opinión si espero más. Tengo las manos sudorosas de nerviosismo, pero no tengo otra opción. Llamo a la puerta.

Eduardo abre. Vestido con un traje muy elegante, arquea una ceja. Su atuendo, aunque muy clásico, me parece perfectamente acorde con el de Madame Flaubert. Su bastón de madera barnizada, además, le da un aire muy aristocrático.

— ¿Sí? —dice fríamente.

Respiro hondo.

— Señor Eduardo, quería disculparme por mi comportamiento de ayer. No debí mentirle ni negarme a ayudarle.

Me observa durante un largo momento.

— Hace al menos diez años que nadie me llama señor Eduardo — comenta.

Siento que me sonrojo. Él recupera la seriedad.

— ¿Habla en serio?

La pregunta me sorprende. No sé si hablo en serio. Necesito conservar mi apartamento, y hago lo que es necesario. Eso es todo.

— Puedo ayudarle, si lo desea —esquivo.

En su mirada tormentosa, leo que no se deja engañar.

— Supongo que será más clara que esos dos pilluelos —declara, señalando con un gesto de la barbilla el interior de su apartamento.

Veo a Zack y Morgana susurrando en voz baja. Los dos niños salen corriendo, y Zack se gira para gritar:

— ¡No hay nadie más clara que Clara!

Ante nuestra expresión perpleja, añade:

— ¿Lo pilláis? Clara, clara...

Eduardo niega con la cabeza, molesto.

— ¡Fuera de mi vista! —gruñe.

Zack obedece sin rechistar.

— Esos dos traviesos, con la excusa de explicarme, intentaron inscribirme en no sé qué página absurda.

Me hace un gesto para que lo siga al interior. Su apartamento es más oscuro que el mío, los muebles parecen más antiguos. Me resulta frío, casi lúgubre. No hay fotos, ni un toque personal que demuestre que vive aquí. Todo está impecablemente ordenado. Sobre una mesa redonda de madera hay un ordenador.

— Siéntese.

Obedezco y nos encontramos a ambos lados del ordenador. Me muevo inquieta en mi silla, incómoda.

— ¿Qué desea aprender exactamente? —pregunto.

Él duda un instante. Su mirada se ha oscurecido.

— Mi hija me envía fotos en una de esas páginas que usan los jóvenes, ya sabe, Facebook. No sé cómo hacer para recibirlas.

Asiento, aliviada. Esto, al menos, está dentro de mis capacidades.

— ¿Zack y Morgana le crearon una cuenta? —pregunto.

Niega suavemente con la cabeza.

— No lo sé. No paraban de hablar de perfil, de portada, no entiendo nada.

— Voy a echar un vistazo.

Me inclino hacia la pantalla. La página de Facebook está abierta y Eduardo está conectado bajo el seudónimo *Édoucation*, con Piñón como foto de perfil, seguramente una broma de los niños.

— Voy a coger a uno para golpear al otro —murmura el anciano.

Le explico el funcionamiento, cambio su foto de perfil. A pesar de lo que le aseguró su hija, no ha recibido ningún mensaje. Me lleva varios minutos entenderlo: Eduardo no recibe fotos de sus nietos. Su hija no se ha molestado en enviarle nada, considerando que su padre debería seguirla en Facebook, donde cuenta toda su vida. Sin embargo, debía saber que él no entendería nada...

— ¿Por qué no le pidió a su hija que le enseñara? —pregunto.

— Está muy ocupada.

— ¿La ve a menudo?

— Está muy ocupada —repite con insistencia.

Cruzo su mirada. Por primera vez, no veo al anciano irascible que se divirtió denunciándome, sino a un hombre solo que busca un poco de compañía en una familia que solo ve en fotos. Sebastien me traicionó y me abandonó, mientras que la familia de Eduardo lo deja de lado. Siento que se me encoge el corazón. La nueva Clara no debería compadecerse, pero no sentirme conmovida por este anciano solitario me resulta simplemente imposible.

— ¿Lo ha entendido? —pregunto al final de mis explicaciones.

Parpadea.

— Yo... Sí, creo que sí.

Miente. Lo sé. Entrecierra los ojos de la misma manera que mi abuela, con la misma chispa interrogativa en la mirada.

— Sabe, a mi edad, las explicaciones de este tipo se olvidan rápido. ¿Por qué cree que Zack y Morgana abandonaron hace tiempo la idea de ayudarme?

La amargura en su voz me conmueve. Podría ser mi abuelo. Me doy cuenta de que ha hecho que olvide todas mis reticencias a la idea de ayudarle. Me siento cómoda con él. En cierto sentido, se parece a mí. Entiendo su soledad.

Le sonrío. La nueva Clara puede esperar. De todos modos, ya casi me hace perder mi apartamento. Creo que la antigua Clara necesita volver un poco. Quiero ayudar a Eduardo, y qué más da Sebastien y sus comentarios.

Así que repito todo, tantas veces como sea necesario. Pasamos varias horas repasando los pasos, escribiéndolos en un viejo cuaderno donde él suele anotar de todo.

Cuando finalmente logra abrir por sí mismo las fotos, en las que dos niños, un chico y una chica, ríen a carcajadas, Eduardo me mira.

— Gracias —susurra.

Toda la gratitud del mundo brilla en sus ojos. Esa era la razón por la que antes me gustaba ayudar a los demás. Por esa chispa en su mirada. Solo que no todos la tienen.

— De nada. Sus nietos son adorables.

Eduardo parece dudar.

— Me habría gustado tener una hija como tú —murmura tras un largo silencio.

Capítulo 6 - Eliana la paja y Damien el pedernal

Cuando Eduardo me acompaña hasta la puerta, escuchamos murmullos ahogados y risas contenidas. Le lanzo una mirada sorprendida, él alza los ojos hacia el techo.

— Zack, Morgana, ¿cuántas veces tengo que deciros que no hay nada más maleducado que los cuchicheos?

Unas risas escapan desde la esquina del pasillo, y los dos niños aparecen con miradas traviesas.

— Clara —dice Zack con aire malhumorado—, acabas de hacerme perder el último trozo de chocolate.

Parpadeo.

— ¿Ah, sí?

A su lado, Morgana se ríe con orgullo y extiende la mano para reclamar el dulce. Eduardo cruza los brazos sobre el pecho.

— ¿Qué habéis inventado ahora?

— Aposté que Clara no aguantaría ni diez minutos intentando desesperadamente explicarte Facebook —resume Zack con un mohín.

Alzo las cejas. ¿Los dos niños apostaron que no sería capaz de ayudar a Eduardo? Siento que la irritación empieza a asomar. ¿Qué les hace pensar que soy una inútil? Sí, perdí mi trabajo, mi vida en París, pero, ¡por Dios!, he encontrado un nuevo empleo, un apartamento, y estoy reconstruyendo todo. ¿Por qué siempre tienen que dudar de mí? ¿No entienden que ya dudo bastante, probablemente más que todos ellos juntos?

— ¿De verdad? —digo con sequedad—. ¿Y qué os hacía pensar eso? ¿Porque soy mujer? ¿O porque solo soy una maestra especializada? ¿O porque...?

— No, porque eres odiosa —responde Morgana—. ¿Crees que no escuché cómo le hablaste a James la última vez? ¿O que no sé que te negaste a ayudar a Eduardo ayer? Eres egoísta, y ni siquiera deberías vivir aquí.

Me quedo boquiabierta.

— Señorita Laroche, ¡eso es suficiente! —reacciona Eduardo—. ¡Fuera de aquí, los dos!

Suspira profundamente y se gira hacia mí.

— A los adolescentes no les gusta nadie, ¿sabe? Si escuchamos a Morgana, Madame Flaubert es una bruja, Zack es un idiota de primera, y compara a sus padres adoptivos con objetos. Eliana es una paja y Damien un pedernal.

Lo miro con asombro. ¿Eliana la paja y Damien el pedernal?

— ¿Sus padres adoptivos? —repito finalmente—. ¿Zack y Morgana son adoptados?

— Por Eliana y Damien, sí —confirma Eduardo—. Esos dos pilluelos son hermanos de corazón, por así decirlo. Pero ya lo sospechabas, ¿no? ¡No se parecen en nada!

Pensándolo bien, es cierto que Morgana es tan morena como Zack es rubio como el trigo, y que parecen tan hermanos como James y Piñón. Pienso que ni siquiera me he molestado en interesarme por mis vecinos. Ni siquiera me he preguntado si Zack y Morgana tenían algún parentesco, ¡ni siquiera si tenían padres!

¿Es algo bueno? Mantenerse alejada de los demás para evitar decepciones me parecía una idea salvadora. Sin embargo, el tiempo que pasé con Eduardo me hace dudar.

— Todo esto para decir —continúa Eduardo—que Morgana dice odiar a todo el mundo. No eres la primera en sufrir sus ataques. ¿Qué le dijiste a James?

Me sonrojo al recordarlo.

— Eh... —murmuro—. Nada importante. Tengo que...

— ¿irme?

La voz burlona del anciano me arranca una sonrisa. No se deja engañar por mi intento de huida. Inclina la cabeza.

— Ha sido un placer, señorita Clara —dice.

— Lo mismo digo, señor Eduardo.

Se ríe por lo bajo. Es extraño este vínculo que se está formando entre nosotros. No tenemos nada en común, salvo la soledad...

Me siento turbada al regresar a mi apartamento. No se puede cambiar por completo solo porque uno lo decida, soy consciente de ello. Cuando tomé la decisión de dejar de ser la antigua Clara, de dejar de ayudar sin pedir nada a cambio y de no ser comprensiva ni atenta, pensé que sería sencillo. Pero no lo es. No se elige quién se es, no del todo.

No puedo volverme fría y distante solo porque me convendría. Todo ese tiempo en el que tenía a Sebastien en tan alta estima, solo veía lo que quería ver. Estaba ciega.

El amor ciega.

Cuando Chloé se enteró de lo que me había hecho, lo llamó. Le gritó durante horas por teléfono. Él no daba crédito. Ella lo insultó de todas las formas posibles, y él no respondió. No sabía qué decir.

Se aprovechó de mí, me utilizó, pisoteó la poca confianza en mí misma que tenía, destruyó lo poco que quedaba de mi autoestima. Sin siquiera darse cuenta.

Suspiro profundamente. Sé que el mundo no está hecho solo de Sebastiens. También hay Chloés, Eduardos, quizá incluso algunos James. Pero, ¿cómo reconocer a los Chloés y a los Eduardos entre todos los Sebastiens? ¿Cómo saber quién es sincero y quién no lo es? Es tan fácil mentir, interpretar un papel... ¿Cómo saber en quién confiar, a quién apegarse sin riesgos?

¿Es que acaso necesitamos apegarnos a alguien?

Estoy perdida entre quien era y quien me gustaría ser. Aunque ya no estoy segura de saber quién es esa persona... Confío en el futuro para reconstruirme. Pero, ¿realmente vale la pena? ¿Y si solo está lleno de decepciones y desilusiones, como el pasado?

Hay tantas preguntas sin respuesta, o al contrario, tantas preguntas con respuestas innumerables... Creo que para cada

pregunta, existen tantas respuestas como personas en este mundo. Entonces, ¿cómo saber cuál es la correcta?

***

Cuando llaman a mi puerta, alrededor de las seis de la tarde, sé que es Zack. Como todas las noches, viene a preguntarme si sé dónde está Piñón, su extraño conejo que se pierde a horas fijas.

Sin embargo, cuando abro la puerta, Zack está acompañado de dos adultos. Seguramente sus padres adoptivos. Vamos, ¿es que Zack tiene otros conejos y todos se han escapado? ¿Hace falta todo un equipo para encontrarlos antes de que Chloé los convierta en civet? ¿O Piñón ha tenido crías y el edificio está infestado de gazapos? ¿Los gazapos roen los enchufes? Si encuentro uno en mi cama, lo tiro por la ventana. O compro un gato. Los gatos comen gazapos, ¿no?

— Buenas tardes —dice el hombre—. Damien, el padre de Zack y Morgana, y esta es Eliana, mi esposa.

Les devuelvo el saludo. Si resulta que Piñón ha muerto, ¿vienen en delegación a darme la noticia?

— ¿Sabes dónde está Piñón? —pregunta Zack.

Fallo. El animal sigue vivo.

— No.

— Bueno, voy a preguntarle a James.

El niño corre hacia el apartamento frente al mío y golpea la puerta.

— Zack nos contó lo que Morgana te dijo, y queríamos disculparnos —comienza Damien con calma.

Sorprendida, guardo silencio, sin saber qué decir.

— Está un poco difícil últimamente —continúa—. Supongo que es cosa de la edad. En fin, espero que no te lo tomes a mal. Es una buena chica, ¿sabes? No siempre piensa lo que dice.

Pienso en las barbaridades que le solté a James, sin siquiera conocerlo.

— Creo que eso nos pasa un poco a todos —observo con una pequeña sonrisa.

Damien me tiende la mano.

— ¿Sin rencores?

Parpadeo, insegura. He visto escenas como esta en películas, nunca en la vida real. Sebastien es más del tipo que guarda rencor. ¿Y la nueva Clara, entonces? *Demasiado buena, demasiado tonta*... Pero, ¿es eso realmente lo que quiero?

— Sin rencores —confirmo, estrechándole la mano, un poco nerviosa.

Su esposa sonríe.

— Gracias —susurra suavemente.

Recuerdo las palabras de Eduardo. ¿Una paja, eh? Me pregunto qué querrá decir Morgana con eso...

— Hay otra cosa de la que queríamos hablarte —retoma Damien —. Estamos organizando una pequeña reunión de bienvenida por tu llegada. ¿Vendrás?

Me pregunto cómo planea organizar una reunión de bienvenida si la persona a la que quieren dar la bienvenida no asiste. Dudo. Los miro. ¡Parecen tan esperanzados!

— Por supuesto —aseguro, rezando para no echarme atrás en el último momento.

En mi mente, mi mantra se repite en bucle, como una advertencia que intento desesperadamente ignorar.

Demasiado buena, demasiado tonta.

Demasiado buena, demasiado tonta. Tres cortos, tres largos, tres cortos. *Demasiado buena, demasiado tonta.* Aprieto los dientes. No necesito un SOS, soy una mujer adulta, puedo manejarlo.

— ¡Perfecto! —se entusiasma Damien—. Por cierto, no te preocupes por Piñón, Zack siempre lo encuentra.

Cierro la puerta con perplejidad. Desde luego, no estaba preocupada por el animal. Es solo un conejo, después de todo. En el

peor de los casos, siempre se puede comprar otro en el supermercado, en la sección de frescos. Será menos problemático de cuidar y no se escapará. Al fin y al cabo, un conejo, incluso sin pelo ni entrañas, sigue siendo un conejo, ¿no?

Capítulo 7 - Escucha atenta

En París, trabajaba en una escuela para niños con altas capacidades intelectuales. Ofrecíamos a los alumnos un ciclo adaptado, un ritmo que se ajustara mejor a sus necesidades. Me encargaba de una clase de doce niños, todos con un gran potencial. Durante varios años, los vi crecer, cambiar, aprender.

Dentro de un programa de integración, mi clase, externalizada, estaba ubicada en una escuela pública. Era un experimento, un intento. ¿Podrían integrarse con los demás alumnos, cuando algunos de ellos eran tan retraídos, desconfiados, poco dispuestos a acercarse a los demás? Era un desafío, y funcionó. Enseñar a esos niños era simplemente apasionante. Amaba mi trabajo. Lo elegí cuando era apenas una niña, y nunca cambié de idea. Quería ayudar a esos niños, trabajar a su lado.

Lo que estoy a punto de hacer ahora será muy diferente. Los niños, mi papel, todo cambia. Frente a la puerta de mi apartamento, con la llave aún en la cerradura, intento controlar mi ansiedad. Odio los cambios. Tendré que enfrentarme a un nuevo centro, nuevos compañeros, un nuevo rol, nuevos alumnos. ¿Y si no lo consigo? Los niños que estarán a mi cargo, extremadamente tímidos, tendrán que llevar a cabo un proyecto cuyo objetivo es "sacarlos de su caparazón", como dijo la directora. Creo que los ha confundido con caracoles.

¡Ni siquiera sé de qué tipo de proyecto se trata! Suspiro, jugueteando con la llave. Por primera vez desde que dejé París, dudo. Quizás debería haberme quedado, luchar por recuperar mi puesto, en lugar de huir.

— ¿Puedo ayudarla?

Doy un respingo. Detrás de mí, mi vecino, James Donb, me sonríe.

— No, estaba cerrando.

Esforzándome por recuperar la compostura, saco la llave de la cerradura y cojo mi bolso del suelo.

— ¿Todo bien? Parece nerviosa.

Quizás debería mandarlo a paseo. O a las coles. O incluso a las coles y a los paseos.

— Es mi primer día de trabajo hoy —revelo con una pequeña mueca tensa.

¿Será posible que realmente esté prestando atención a lo que digo? Seb, en cambio, siempre fue un pésimo confidente. Mis problemas no le interesaban, no realmente. Se esforzaba por escucharme, pero yo veía claramente que su mente ya estaba a kilómetros de distancia. Así que desistía. ¿Qué hay de mi nuevo vecino?

— Los comienzos en un entorno nuevo siempre son angustiosos.

— Dígamelo a mí...

— Todo saldrá bien —declara con una sonrisa.

Me pregunto por qué es tan amable conmigo después de nuestro último encuentro.

— ¿Qué es lo que tanto le preocupa?

Lo miro. En sus ojos azul glaciar no veo más que honestidad y simpatía. Lleva un traje similar al de la última vez. En su mano derecha sostiene un maletín de cuero tan lleno que parece a punto de estallar. Su rostro abierto y su expresión sonriente invitan a la confianza. No es psiquiatra por casualidad.

— Todo. ¡Hay tantas cosas que pueden salir mal!

Con la mirada, me anima a que me explique. Normalmente, es a Chloé, mi hermana, a quien le cuento este tipo de angustias. De hecho, hablé con ella por teléfono ayer, pero su pequeño había cogido un resfriado tremendo. Chloé no estaba más atenta que él, demasiado ocupada ayudándole a sonarse la nariz. La conversación, salpicada de "¡Vamos, sopla!" y "¡Por Dios, haz un esfuerzo! Perdona, Clara, sigue", fue francamente caótica. Cuando mencioné mis dudas, Chloé respondió vagamente que todo iría bien, que no estaba preocupada por mí (mejor para ella, porque yo sí lo estoy por

mí misma), y que, de todos modos, no podría ser peor que trabajar con Sebastien. En eso, supongo que tiene razón, pero no me consoló mucho. Terminó la conversación soltando un juramento cuando su querido hijo volcó y rompió un vaso. En esos momentos, la educación del pequeño me preocupa un poco.

— Podría perderme. No encontrar mi clase. Quizás todos mis compañeros sean odiosos y los niños que debo cuidar me odien. La directora me dará una tarea imposible, fracasaré, mi carrera estará arruinada —aún más de lo que ya está—y...

— ¿Siempre lo ve todo tan negro?

Parece vagamente divertido. Aprieto los labios.

— Prefiero prepararme para lo peor.

— Quizás debería prepararse también para lo mejor. Si solo contempla lo peor, acaba viéndolo en todas partes.

Prefiero hablar con Chloé. La conversación se está volviendo demasiado filosófica para mi gusto.

— Todo saldrá bien —añade—. Verá, esta noche estará aliviada. Imaginar lo peor es una forma de protegerse, pero en el fondo...

— ¿James? —lo interrumpo, exasperada.

Habría preferido llamarlo por su apellido, pero nunca me lo ha dicho. No hace falta que sepa que espié la placa de su consulta.

— ¿Sí?

— ¿Nunca deja de psicoanalizar a la gente?

Me observa un momento. Sus labios se curvan en una amplia sonrisa.

— Es más fuerte que yo —admite.

Niego con la cabeza. Su expresión apenada me divierte. Me guiña un ojo.

— Debería irse antes de llegar tarde, o uno de sus escenarios catastróficos podría hacerse realidad.

Miro mi reloj y un escalofrío de ansiedad me recorre.

— ¡Maldita sea! —gruño—. ¡Ni siquiera había pensado en eso!

Sin despedirme de mi vecino, y presa del pánico, bajo las escaleras de cuatro en cuatro. ¡Nada causa peor impresión que llegar tarde el

primer día!

Capítulo 8 - PIEI para los habituales

Desde que era pequeña, siempre he evaluado el tamaño de una escuela en función del tamaño de su patio de recreo. Mi escuela infantil era bastante pequeña: un patio que se podía recorrer corriendo en diecisiete segundos, pero que tenía un tobogán y una casita de madera. El de mi escuela primaria ya era más grande: cuarenta y dos segundos corriendo, una portería de fútbol y una mesa de ping-pong. El del instituto era algo más reducido: treinta y ocho segundos y una canasta de baloncesto. No sé en cuánto tiempo podría recorrer el patio de recreo de la escuela Dumas, pero tiene un campo de fútbol y un tobogán.

En los pasillos, el olor a pintura aún no se ha disipado del todo, señal de que el lugar ha sido pintado recientemente. Las aulas han sido renovadas, los juguetes para el recreo se acumulan en un almacén abarrotado y los maestros y maestras tienen una sala solo para ellos, perfectamente equipada. Las paredes claras y modernas, el aroma a nuevo, la cálida bienvenida de la directora, todo parece hecho para hacerme sentir cómoda.

— ¡Y aquí está su guarida! —comenta la señora Dartran.

A pesar de su severo moño y su atuendo muy sobrio, un conjunto de blusa y falda bastante oscuro, la directora sonríe y está entusiasmada. En su tono lleno de energía, en sus movimientos alegres, adivino que le encanta su trabajo.

— Como el programa de integración de alumnos introvertidos — PIEI para los habituales—está en sus inicios, solo tendrá tres alumnos este año. Pero si todo va bien, esperamos aumentar el número en los próximos años. ¿Qué le han contado sobre su misión?

Recorro con la mirada la sala donde pasaré la mayor parte de mis días durante el próximo año. Me gusta. Luminosa, acogedora, son adjetivos que invitan a sentirse a gusto. Tres pequeños pupitres están dispuestos frente a otro más grande, que supongo será el mío.

Una pizarra de tiza me recuerda a la de Madame Flaubert. El centro de la sala, vacío, me permitirá organizar lo que desee.

— No mucho, por ahora.

— Eso me imaginaba.

Menos mal, ya que fue ella quien me lo mencionó por teléfono. Parece no recordarlo y continúa:

— Los tres niños que estarán a su cargo son extremadamente retraídos, le pasaré sus expedientes. Pasarán las tardes aquí con usted y las mañanas en sus respectivas clases. Dado sus necesidades, sus padres han dado su consentimiento para este régimen algo inusual. Su misión consiste en ayudarles a abrirse a los demás, a ganar confianza en sí mismos. ¿Le hablé también de la elección del proyecto?

— Creo que no...

— ¡Eso me parecía! Este año, nuestra escuela trabajará sobre el tema del teatro. Por lo tanto, deberá preparar para diciembre una obra de teatro, inventada por usted o adaptada, y representada por los niños. ¡El equipo pedagógico y yo pensamos que sería un gran paso para ellos actuar frente a la escuela y los padres!

No me esperaba esto. La miro, contengo mi mandíbula que amenaza con desencajarse. ¿Tengo menos de cuatro meses para ayudar a niños cuya timidez alcanza niveles insospechados a actuar en público?

— ¿Qué edad tienen los niños? —pregunto con voz apagada.

— Entre ocho y once años, pero hemos seleccionado a los mejores alumnos entre los candidatos, no tiene de qué preocuparse. Solo hay que ayudarles a superar su timidez, y verá que la representación no será un problema real. Además, dispone de todas las mañanas para preparar su clase de la tarde, así como los miércoles y los fines de semana. ¡Y ni le hablo de las vacaciones escolares!

Claro, cómo no. Lo que estos niños necesitan es un psicólogo, no escribir, aprender y actuar en público una obra de teatro.

— ¿Alguna otra pregunta? —pregunta la señora Dartran, con una gran sonrisa.

Decenas. Empezando por saber si el equipo pedagógico y ella han perdido la cabeza.

— No, todo está claro.

— En ese caso, podemos dar por terminado el recreo, ¡va a conocer a sus alumnos!

***

Sebastien decía que lo importante con los alumnos es el primer contacto. Parecer autoritario pero accesible desde el primer día, para asegurarse de ganarse su respeto y poder controlar la clase. Pero mientras observo a los tres niños sentados tranquilamente en sus sillas, entiendo que, esta vez, podría tropezar con una alfombra o sentarme sobre una pieza de Lego y no cambiaría nada.

Los niños no dicen ni una palabra. Ni una. Nada.

Los tres me observan en el más absoluto silencio. Estoy tentada de esperar, para ver quién pierde la paciencia y habla primero, si ellos o yo, pero algo me dice que no serán ellos.

Honestamente, me gustan los niños, y en general, ellos me corresponden. Puedo manejar crisis nerviosas de magnitud trece, disputas interminables, niños gritando o llorando a mares. Sin pestañear.

Pero esto... Nunca he tenido que ocuparme de niños tan tranquilos y silenciosos. Me inquieta.

— ¡Hola a todos! —digo finalmente—. Soy Clara, estaremos juntos todas las tardes. Para empezar, vamos a hacer una ronda de nombres, ¿os parece bien? Me diréis vuestro nombre, vuestra edad y vuestra clase.

Los miro. La niña a mi izquierda se ha puesto pálida, el niño a su lado frunce el ceño. El último, un niño pequeño, tiene los ojos cerrados. Señalo al que parece mayor:

— ¿Quieres empezar tú?

Me mira con expresión sombría. No se mueve ni un milímetro. Un mechón de cabello castaño le cae sobre los ojos.

— Maxime. Once años. Cuarto de primaria.

Sobre todo, no mostrar sorpresa ante una actitud tan lacónica. Lo más extraño, sin embargo, es que habla con seguridad, con una voz firme.

— ¿Repetiste curso?

— Cuarto de primaria.

— De acuerdo, gracias. Ahora tú.

La niña a su lado se muerde el labio. Su respiración se acelera. Su coleta se balancea de un lado a otro al ritmo de sus inspiraciones algo entrecortadas.

— Me llamo Anaé —susurra tan bajo que casi tengo que dejar de respirar para oírla—. Tengo nueve años. Estoy en tercero de primaria. No me gusta hablar delante de la gente.

— Lo haces muy bien, Anaé. ¿Y tú?

El niño pequeño, que parece el más joven del grupo, abre unos ojos de un verde profundo. Traga saliva y sigue mirándome fijamente. Espero. Finalmente, se levanta. Sin decir nada, va directo a la pizarra, coge una tiza. Con una escritura torpe y temblorosa, escribe: *«Liam. 8 años. Segundo de primaria.»*

Asiento con la cabeza, con un nudo en la garganta. ¿Por qué no habla? ¿Es mudo? ¿O simplemente no quiere hablar? Y, maldita sea, ¿por qué la señora Dartran no me avisó?

Debió ver la sorpresa en mis ojos, porque escribe: *«No hablo.»*

— ¿Porque no puedes?

Nuevo chirrido de la tiza.

«Porque no quiero.»

Asiento con la cabeza. Se inclina para escribir de nuevo.

«No me obligues. Por favor.»

La chispa de pánico en sus ojos me conmueve. Con la cabeza llena de preguntas, me esfuerzo por sonreír.

— Tú decides, Liam.

Capítulo 9 - Como un halcón sobre un conejo indefenso

La tarde con los tres niños me ha dejado sin energía. Sin embargo, nunca había vivido una tan tranquila. Resultado: tuve la sensación de hablar al vacío, como si cada palabra desapareciera antes de ser escuchada.

Mañana será peor: habrá que ponerse manos a la obra. Dado el proyecto disparatado de la directora, más vale que empecemos cuanto antes... Me inquieta esta idea absurda. No sé si seré capaz. No sé nada de estos niños...

Exhausta, guardo mis cosas y pongo un poco de orden en mi clase cuando la directora aparece de repente. Echa un vistazo a mis zapatos de tacón, a mi pantalón negro muy elegante y a la chaqueta a juego, mucho menos convincente ahora que está manchada de tiza.

— ¿Qué tal su primer día?

Parece vagamente escéptica, lo cual no es ni halagador ni muy tranquilizador.

— Muy bien. Me dijo que tenía expedientes sobre los niños, ¿podría...?

— ¿No se los he dado? —me interrumpe, visiblemente sorprendida.

Niego con la cabeza.

— No...

— Ah, bueno, pensaba que...

Mientras habla, rebusca en su bolso.

— ¡Aquí están!

Levanta un montón de papeles arrugados y me los tiende. Intento disimular mi sorpresa ante su estado.

— Gracias —digo lo más naturalmente posible.

— ¡De nada!

Y con esas palabras, se da la vuelta. Me quedo un momento inmóvil, hasta que el timbre de mi móvil me saca de mi ensimismamiento. Es un mensaje de Chloé.

«Clara, mamá quiso darle tu nuevo número de móvil a Sebastien, le eché una bronca, creo que lo ha entendido.»

Trago saliva con dificultad. Una vez más, mi madre está de su lado, por supuesto. Como siempre. Aprieto los dientes, reprimiendo mi amargura. Solo quiero una cosa: volver a casa. Debería ir a ver a mis compañeros, presentarme, lo sé, pero estoy al límite.

De vuelta en mi apartamento, me dejo caer en el sofá como un peso muerto. Mis pensamientos me llevan inexorablemente a mi antigua vida, mi antigua escuela, a Sebastien. ¿Qué me pasa? ¿Qué me impulsa siempre a querer hacer más, a buscar la aprobación, la simpatía? Soy muy consciente de que eso es lo que una parte de mí siempre ha esperado. La aprobación, la simpatía y, sobre todo, que Seb me apreciara.

Hace casi un año que se impuso en mi antigua escuela y cambió todo. Perdí a los compañeros con los que me llevaba bien cuando él empezó a brillar ante ellos. Quería que Seb me quisiera, que me viera como yo lo veía a él. Cedía a todas sus peticiones, todos sus caprichos. Por desgracia, cuanto más hacía, más me pedía. Era un círculo vicioso. Y lo peor es que ni siquiera se daba cuenta.

Solo soy una pobre ingenua incapaz de imponerse, eso es todo. Cojo un cojín y lo abrazo contra mí. ¿Dónde está el punto medio? ¿Cómo saber si se puede pedir, o si se está pidiendo demasiado? Y, sobre todo, ¿cómo encontrar la fuerza para decir no, cuando los demás abusan del poder que ejercen sobre nosotros?

¿Se puede lograr que te quieran sin ser útil para el otro? ¿O, por el contrario, hay que ser siempre la más útil para asegurarse de no ser reemplazada?

No lo sé, ya no sé nada. Lágrimas de rabia me suben a los ojos, las seco bruscamente. Demasiado buena, demasiado tonta, el círculo vicioso del que no se puede salir. Si tienes la desgracia de ayudar a alguien, estás perdida, simplemente.

Pero, ¿cómo se supone que voy a cambiar, a convertirme en otra persona, alguien que no ayuda nunca, viviendo aquí? ¿Cómo no caer de nuevo en este círculo vicioso, si el alquiler se paga con servicios?

No hay respuestas, simplemente porque no se puede.

Estoy acabada, perdida, hundida, en un buen lío. Es el fin.

Con la cabeza bajo el cojín, me sobresalto cuando llaman a mi puerta. Sé quién es. Me incorporo sobre un codo y grito:

— ¡No sé dónde está tu conejo idiota, déjame en paz!

Y ahí vamos de nuevo. Descargo mi rabia sobre un inocente. Menos mal que el conejo no está aquí, porque no sobreviviría. Chloé estaría encantada.

El niño no debe haberse dado por vencido, porque insiste. Es persistente, el chaval.

— ¡No! ¡Está! ¡Aquí!

A pesar de mis gritos, no se rinde. Exasperada, me levanto de un salto, cruzo mi salón como una furia y abro la puerta de golpe. Tan fuerte que la hoja golpea la pared, rebota y vuelve hacia mí. Miro con asombro cómo mi puerta se abalanza sobre mí como un halcón sobre un conejo indefenso. Incluso mi puerta me abandona. ¡Es el colmo! Un golpe más.

Por suerte, mi vecino —¿pero qué demonios hace aquí, por cierto? —debe tener más reflejos que yo, o tal vez conoce tan bien mi puerta que, además de saber abrir la cerradura, puede prever sus movimientos. Se lanza hacia mí. Bueno, no, se interpone entre la hoja y yo y la detiene con las manos desnudas. Desde mi punto de vista, al menos, porque Zack no parece tan impresionado. Supongo que parece mucho menos heroico cuando no eres la pobre torpe a punto de ser aplastada por una puerta.

Digamos entonces que James simplemente dio un paso adelante y atrapó mi puerta antes de que me aplastara la nariz.

— ¿Todo bien? —pregunta.

¿Qué crees, Superman? Debe leer la respuesta en mi cara, porque deja escapar una ligera risita. Lo fulmino con la mirada. Es el momento que Zack elige para estallar en carcajadas.

Me voy a cargar a su animal peludo si sigue así.

No tengo tiempo de ponerle la mano encima a Piñón porque James pierde a su vez la compostura. Zack y él ríen a carcajadas. El hielo parece derretirse en los ojos azules de James, que brillan de diversión. Hay algo enternecedor en ver a este hombre de traje, este adulto serio, reír con tanta intensidad.

— Perdón —jadea James mientras se seca los ojos—. Perdón, no es muy...

Siento que las comisuras de mi boca se levantan ligeramente. A pesar de mi mal humor, su hilaridad es contagiosa.

— Perdóneme —intenta de nuevo mi vecino—, es que...

Evita cuidadosamente mirarnos, a Zack y a mí. No aparta los ojos de la puerta detrás de mí, tomando profundas inspiraciones para intentar mantener la seriedad. No es muy convincente.

Zack, por su parte, ni se molesta. Cada vez que me ve, a mí o a mi puerta, vuelve a empezar. Tiene una risa de niño, una risa que no se preocupa por las apariencias, una risa de pequeño. Si James no estuviera tan avergonzado, creo que se reiría de la misma manera que él.

Un nuevo resoplido escapa del psiquiatra, que se tapa la boca con una mano.

— Lo siento, Clara, pero debo admitir que esta escena...

Esta vez, sonrío abiertamente. James parece un niño pillado en falta. Y cuando pierde la batalla y vuelve a estallar en carcajadas, lo sigo. Yo también río, con los hombros sacudidos por espasmos, el vientre dolorido. Por primera vez en mucho tiempo, me siento libre. Libre de esperar, de reír, de ser yo misma, sin que nadie tenga nada que reprocharme, libre de compartir este momento con otras personas que, aunque no las conozco, de repente me parecen muy

cercanas. Y de pronto me sorprendo creyendo que, por una vez, todo irá bien.

Capítulo 10 - Se me hace la boca agua

Es la primera vez que veo a Piñón tan de cerca. El conejo tiene un pelaje marrón salpicado de manchas blancas y la punta del hocico oscura. Sus pequeñas patas, negras y blancas, raspan contra la jaula, como si esperara lograr abrirla. Lo observo con cautela. Es mono, eso es cierto, con su hocico que se arruga. ¿Pero de ahí a querer cuidarlo? ¿Todos los días, además? Gracias, pero no, gracias. Me pregunto por qué Zack lo ha traído a la recepción de bienvenida.

Yo, por mi parte, empiezo a arrepentirme de haber venido. El evento tiene lugar en el gran salón de la planta baja. Frente a mí, gigantesca, la pizarra de tiza reina alegremente. La observo rechinando los dientes. Tres casillas han sido marcadas desde la última vez que pasé por aquí. Yo solo tengo una en mi haber. No sé quién la marcó por mí.

En el centro de la sala, la gran mesa de madera tallada está abarrotada de comida. Hay bebidas de todo tipo: coca-cola, granadina, pero también rosado y champán. La comida, casera, hace la boca agua. Repaso los platos con la mirada. Un paté en costra, tres bizcochos salados, dos ensaladas de arroz, otra de pasta, rillettes, paté, aperitivos, embutidos... Me cuesta creerlo.

Alrededor de la mesa, mis vecinos charlan alegremente, interrumpiéndose regularmente para llenar sus estómagos. Eduardo parece enfrascado en una conversación particularmente animada con Zack, Morgana asiente a lo que dice James, mientras sus padres, Eliana y Damien, ríen con Madame Flaubert.

Un poco apartada, los observo. Han hecho todo esto por mí. Todos estos preparativos, todo el esfuerzo que han tenido que hacer, únicamente por mí. Y, sin embargo, ni siquiera me conocen.

— Me alegra que haya venido, Clara —me dice Eliana acercándose.

Su marido se une a nosotras y me tiende una copa de rosado.

— ¡Propongo que brindemos por nuestra nueva vecina! —exclama con su voz potente.

Abro los ojos de par en par mientras los demás se acercan. Morgana y Zack beben granadina y coca-cola, James y Damien levantan sus copas de champán, y Eliana, Eduardo y Madame Flaubert sus vasos de rosado. Los adultos me dan la bienvenida en un alegre desorden, mientras los dos más jóvenes se escabullen discretamente para brindar con Piñón. El ambiente es cálido, distendido, risueño. Las edades de cada uno se desvanecen, sus pasados retroceden para dejar solo a individuos felices de estar reunidos, sin que sus diferencias representen el menor obstáculo.

— Por usted, Clara —me susurra Eduardo.

Le sonrío al anciano. Desde que descubrí el rostro de sus nietos y la frialdad de su hija, me pregunto. ¿Hasta qué punto se siente solo, lejos de los suyos que lo han dejado de lado?

— ¿Ha podido mirar las fotos de su familia?

Asiente con la cabeza. Sus ojos brillan un poco.

— Tengo la impresión de ver a mis nietos crecer a ojos vista —me confiesa—. Me pregunto qué altura tendrán la próxima vez que los vea.

Una nota de tristeza se asoma en su voz, a pesar de la sonrisa que muestra.

— ¿Vendrán pronto a visitarle?

— ¡Probablemente no hasta que esté en mi lecho de muerte! — intenta bromear.

No sé qué decir, así que me limito a una mueca apenada.

— Hablemos de otra cosa, por favor —me pide Eduardo—. ¿Madame Flaubert ya le ha hablado de su proyecto?

Al oír su nombre, la propietaria se gira hacia nosotros. Su vestido rosa pálido ondea alrededor de sus caderas, realzadas por un cinturón dorado. Lleva guantes de un blanco roto y su cabello está recogido en una trenza elaborada. Su atuendo no es común, pero está encantadora.

— ¡Estaba a punto de hacerlo! Clara, no sé si lo sabe, pero trabajo en el hospital como enfermera.

Me mira, visiblemente esperando una señal, y aprieto los labios. Espero que no vaya a pedirme otro favor. ¡El objetivo es endurecerme, dejar de ayudar a los demás, no socorrer a todo el mundo!

— Para el fin de año que se acerca, queremos crear tarjetas de felicitación para todos aquellos que no podrán participar en las fiestas desde sus camas de hospital. Eduardo y James se han comprometido a hacer algunas. Morgana y Eliana se encargan de fabricar juguetes y muñecas para los niños. ¡Su ayuda con las tarjetas de felicitación nos sería muy valiosa!

Hay momentos, como este, en los que me gustaría desaparecer bajo tierra. Convertirme en una hormiga y ¡zas! ¡desaparecida, Clara! Desafortunadamente, no tengo ese poder, y no me veo declarando a Madame Flaubert que tengo que pensarlo dos veces. Y, sin embargo, es una cuestión que requiere reflexión. No sé qué hacer. Si acepto, siento que estoy renunciando a mis resoluciones, traicionando a la nueva Clara que intento ser. Pero, ¿puedo realmente negarme? Una parte de mí, probablemente la antigua Clara, no puede decidirse a hacerlo. Sin embargo, sabe bien que ayudar a los demás solo trae problemas...

— Podríamos hacerlas juntos.

La sugerencia de James, que acaba de aparecer junto a Eduardo, parece entusiasmar al anciano.

— ¡Nos reuniríamos en tu casa una noche! —se entusiasma.

— ¡Exactamente!

Noto que se tutean. ¿Se conocen bien? Ahora que Eduardo está tan feliz con este momento compartido, negarme me parece casi cruel. Echo un vistazo a James. Tengo la impresión de que el hombre rígido y serio que parece ser a primera vista podría resultar ser algo completamente distinto.

Al final, ya no se trata solo de esas tarjetas. También se trata de mis vecinos, de Eduardo, de James y de Madame Flaubert, que me han acogido tan bien.

Capítulo 11 - Gato escaldado, agua fría teme

Revisar los expedientes de mis tres alumnos no me ha servido de nada. Solo contenían sus boletines y las valoraciones de los profesores, que repetían lo que ya sabía: su clase, su edad, su mutismo.

Vaguamente desanimada, decido dar un paseo. A diferencia de la vez que fui a la peluquería, no me dirijo directamente al centro. Con la nariz al aire, localizo el campanario de la iglesia y me adentro al azar por las pequeñas callejuelas. Solo me hacen falta unos minutos para caer rendida ante su encanto.

En París, pasear por las calles nunca me ha gustado realmente. Demasiados edificios grises que se alzan hasta donde alcanza la vista, demasiados vehículos que contaminan, demasiado ruido, demasiado de todo. Pero aquí, en este pequeño pueblo perdido en el sur, todo es diferente. Los grandes edificios haussmannianos han dado paso a encantadoras casas con pequeños jardines perfectamente cuidados. En esta época, los árboles aún están en flor, y los colores se mezclan alegremente. A esta hora, todo está tranquilo y silencioso. Solo escucho el trino de los pájaros y el susurro del viento en mi cabello. Es reconfortante.

Giro al azar y me encuentro con un parque. La hierba está recién cortada, un pequeño estanque llama mi atención. Me acerco. Detrás, un área de juegos para niños alberga un tobogán y un columpio. Frente al estanque, muy cerca, unos bancos invitan a los paseantes a descansar.

Eso es lo que hago. Con la espalda apoyada en el respaldo, las piernas estiradas frente a mí, respiro profundamente. Me siento bien. Solo este lugar podría ser una razón suficiente para quedarme a vivir aquí y no en París. Escucho la calma que me rodea, el suave chapoteo del agua. A veces, una criatura se mueve en el estanque y

me llega el sonido de un chapuzón. Me pregunto de qué se trata. ¿Un coipo? ¿Peces?

Un ruido me saca de mis pensamientos. Es como un roce, seguido a menudo de un leve chirrido. Sin moverme, observo atentamente. No tengo que esperar mucho.

Una pequeña bola de pelo gris y blanco se acerca al estanque sin hacer ruido. Con el lomo arqueado, las patas delanteras flexionadas, el pequeño gato fija el agua con determinación. Contengo la respiración para no asustarlo, pero ni siquiera parece haberme visto. Sigue avanzando. Su trasero se mueve suavemente: está a punto de saltar.

De repente, se lanza. Sus patas se despegan de la orilla. Por un instante, parece suspendido en el aire. Luego cae. Directamente en el estanque.

Observo la escena, boquiabierta. Pensaba que el gato se limitaría a atrapar un pez. Nunca he tenido una mascota, pero me parece que a los felinos no les gusta el agua...

¿He dado con el único ejemplar que disfruta nadando? Gato escaldado, agua fría teme, dicen. ¿Quizás este gato nunca ha sido escaldado?

La respuesta no tarda en llegar, en forma de maullidos desesperados. El pequeño gato no sabe nadar. Agita el agua con sus patas, pero se hunde cada vez más. Maúlla, aterrorizado.

Me pongo de pie de un salto y me acerco. Arrodillándome en la orilla, meto la mano en el agua y lo agarro por la piel del cuello.

— Tranquilo, todo está bien —murmuro mientras lo dejo en el suelo.

Da pena verlo. Empapado hasta los huesos, con el pelaje pegado al cuerpo, no se atreve a moverse. Pobre criatura. Me da lástima. Si no estaba escaldado antes, ahora debe estarlo, a pesar de la temperatura helada del agua. Seguramente está vacunado. Nada de más chapuzones en estanques.

Miro al pequeño ser. Ha estado a punto de no pasar el día...

Demasiado buena, demasiado tonta. Ya van varias veces que me salto voluntariamente esta regla. Primero con Eduardo, luego con lo de las tarjetas de felicitación. Pensaba que era una regla justa y lógica, pero empiezo a dudar. Me siento perdida. Yo, que tenía fe en mi mantra, ya no sé qué pensar. Extiendo la mano hacia el animal. Ninguna regla estúpida me habría convencido de dejarlo ahogarse.

Él me mira a su vez y lanza un maullido desgarrador. Su pelaje mojado está todo erizado. Maúlla de nuevo y, de repente, se da la vuelta. Se dirige sin hacer ruido hacia el estanque. Lo miro sin entender. Sigue su camino, con el lomo arqueado, las patas delanteras flexionadas.

Va a saltar. Otra vez. ¿Pero qué le pasa? ¿Una vez no fue suficiente?

— ¡Para! —grito interponiéndome—. ¿Pero estás loco? ¡Ya casi te ahogas!

Me mira, ladeando la cabeza. Maúlla de nuevo. Y muy tranquilamente, intenta rodearme. Rápidamente, doy unos pasos hacia un lado para situarme entre él y el estanque. Me agacho y le tiendo la mano.

— Tranquilo, todo está bien. Vamos, ven aquí, ven.

No me entiende, pero debe captar el tono. Se dirige perezosamente hacia mí, olfatea mis dedos y luego se frota contra mi mano. Hago una mueca al sentir su pelaje mojado contra mi piel. Sin embargo, dejarlo ahí, cuando parece decidido a saltar de nuevo, es totalmente imposible.

Lo agarro y lo tomo en mis brazos. Está todo pegajoso. Empiezo a alejarme, el pequeño gato acurrucado contra mi pecho. No protesta. Voy a dejarlo un poco más lejos, donde el estanque ya no esté a la vista.

Demasiado buena, demasiado tonta, recita Sebastien en mi mente. *Cállate*, le respondo mentalmente. Es la primera vez que le hablo en ese tono. Se calla. Resisto, y sabe que esta vez no tendrá la última palabra.

Soy maestra. Enseño a los niños que para toda regla, hay al menos una excepción. La excepción que confirma la regla. Debería

haber sabido que para la mía también la había.

Eduardo, mis alumnos, el pequeño gato, ellos son mis excepciones.

Capítulo 12 - Los Tres Cerditos: la verdadera historia

— ¿Alguna idea?

Como sospechaba, mi pregunta se encuentra con un muro de silencio. Liam, Maxime y Anaé me miran sin decir una palabra. Mi propuesta de elegir un cuento para convertirlo en una obra de teatro parecía haberles gustado: los chicos asintieron con la cabeza y Anaé sonrió.

Me levanto para apoyarme en mi escritorio.

— Liam, puedes ir al tablero y escribir las historias que te gusten. Anaé, Maxime, levantad la mano cuando tengáis una idea.

El marco que les impongo parece tranquilizarlos un poco. Liam va a buscar una tiza y duda un instante entre los diferentes colores. Finalmente, elige una de un azul profundo y escribe: «*Capitán América, Thor, Iron Man, Star Wars*».

Miro el tablero levantando una ceja.

— Bueno, ¿por qué no? Pero esos no son cuentos...

— ¿Pulgarcito? —lanza Maxime, olvidándose de levantar la mano.

Estoy tan feliz de que hable que lo dejo pasar. Anaé niega con la cabeza enérgicamente.

— ¿No te gusta, Anaé?

Vuelve a negar con la cabeza.

— ¿Otra idea, entonces?

Hace una mueca. No. Maxime vuelve a tomar la palabra.

— ¿Baba Yaga?

Anaé cruza los brazos con una mueca de rechazo. Trago mi frustración. Siento que esto va a ser largo. Liam levanta su tiza: «*Pokémon*».

— Eso no es un cuento —responde Maxime.

— ¿Y si hacemos una lista de cuentos? —propongo—. Liam, ¿te encargas?

Asiente con la cabeza. No dice una palabra, pero escribe sorprendentemente bien para su edad.

— Entonces, apunta: *La Bella Durmiente*, *Caperucita Roja*, *El Gato con Botas*, *Cenicienta*. Perfecto, y añádeme una segunda «t» en «Botas». ¿Se os ocurren otros?

— *Aladino* —dice Maxime—. *Ali Babá*.

— ¡También!

Liam se gira hacia nosotros, con las manos llenas de tiza, esperando más propuestas. Anaé se agita en su silla. Tiene un nombre en la punta de la lengua, apostaría mi mano a que sí. En lugar de preguntarle delante de los demás, me acerco a ella y me agacho junto a su silla.

— Dime —le digo.

Se inclina hasta pegar su boca a mi oído y me susurra, como un secreto:

— Me gusta *Rapunzel*.

Le sonrío.

— ¡Excelente idea! ¿Se la cuentas a los chicos?

Mi cumplido parece animarla, pero aún así mira a sus dos compañeros con desconfianza. Liam le sonríe y le hace un gesto indicando que está listo para escribir.

— *Rapunzel* —susurra.

Maxime asiente con seriedad y repite para que Liam, que está más lejos, pueda oírlo. El pequeño lo anota de inmediato.

— ¿Hay alguno que os guste? —pregunto observando la lista.

Los niños dudan. Maxime se encoge de hombros, Anaé hace una mueca.

Liam nos mira. Su atención pasa de uno a otro de sus compañeros, y se gira para escribir: «*Los Tres Cerditos*».

Con la punta de su tiza, rodea el «tres». El mensaje es claro. Tres cerditos, tres niños. Anaé observa el tablero un momento y luego sonríe muy levemente.

— ¿El lobo? —pregunta Maxime.

Liam se gira hacia mí, con una pregunta muda en la mirada.

— ¿Quieres que yo haga de lobo?

Asiente con la cabeza, imitado por los otros dos niños. Me muerdo el labio. Una cosa es hacer que los niños actúen frente a todos, otra muy distinta es tener que subirme yo misma al escenario...

— ¿Por qué *Los Tres Cerditos*? —pregunto.

Liam hace un gesto con el brazo para englobarlos a los tres.

— Tres, como nosotros —explica Maxime.

— Como nosotros —susurra Anaé en eco—. El lobo es malo. Quiere obligarlos.

— ¿Obligarlos a qué?

No entiendo, y sin embargo, parece claro para ellos tres.

— A hablar —suelta Maxime mirándome con aire desafiante.

Siento que el corazón se me encoge.

— No estoy aquí para obligaros a nada —objeto.

Liam baja la cabeza. «*Obra de teatro*, escribe, *hay que hablar*».

Los miro. ¡Parecen tan frágiles!

— Es cierto, sí, habrá que hablar —admito—. Pero sois capaces, los tres. El objetivo no es obligaros, sino ayudaros. No tenemos que seguir la historia al pie de la letra ni hacer largos monólogos.

No parecen convencidos. En su lugar, yo tampoco lo estaría.

— Lo único que nos piden es contar una historia. La que vosotros queráis.

Maxime frunce el ceño.

— ¿Podemos cambiarla?

— ¡Claro que podemos cambiar la historia!

— ¿Tú haces de lobo? —murmura Anaé señalándome con el dedo.

Siento que me voy a arrepentir, pero asiento con la cabeza.

— Haré de lobo.

— Malo y luego bueno —propone Maxime.

Anaé asiente con entusiasmo, Liam anota la idea en el tablero:

«El lobo quiere obligarlos a hablar. Luego entiende que es una tontería, así que se hacen amigos.»

— Luego los cerditos hablan —concluye Maxime.

Los tres me miran con orgullo. Les gusta la idea. No estoy segura de que a la directora le parezca lo mismo, pero el objetivo es ayudar a los niños, no complacerla.

— De acuerdo —declaro mientras cojo un cuaderno y un lápiz—. ¡Vamos a escribir esta historia!

Anaé sonríe, Liam levanta ambos brazos en señal de victoria.

— ¡Genial! —exclama Maxime.

— Pero tendréis que esforzaros —les advierto—. Al principio de la historia, los cerditos no hablan...

— ...o hablan poco —completa Maxime.

— O hablan poco —confirmo—. Pero al final, tienen que hablar.

Maxime asiente con la cabeza, pero Anaé parece menos confiada de inmediato. Liam se encoge de hombros. Una chispa de desafío brilla en su mirada. En ese momento, tengo la certeza de que puede hablar, y de que es perfectamente consciente de ello. Entonces, ¿por qué guarda silencio?

Liam coge el borrador y borra todo lo que no tiene que ver con nuestra idea. En el centro, escribe, en mayúsculas: «*Los Tres Cerditos: la verdadera historia*».

Capítulo 13 - Da mala suerte

— ¡Porque da mala suerte, pedazo de tonto! ¡Todo el mundo lo sabe!

— Todo el mundo lo sabe, todo el mundo lo sabe, ¡anda ya! ¡Eres una supersticiosa!

— ¿Yo, supersticiosa? ¿Yo? Recuérdame quién no quiso adoptar a Tyrion porque era negro.

— ¡No lo quería porque era horroroso! ¡Le faltaba una oreja y destrozó el sofá!

En el umbral de la puerta, dudo. Parece que la Tercera Guerra Mundial está teniendo lugar en la sala de profesores... Yo, que quería presentarme antes de volver a casa, tal vez debería reconsiderar mis planes sabiamente. Con esos gritos, incluso un poderoso general de guerra como Napoleón estaría de acuerdo conmigo. Hay un momento para luchar y un momento para retirarse.

— Basta ya, los dos —gruñe una voz masculina.

La fuerza tranquila, la autoridad indiscutible de la voz me sorprenden. La disputa cesa. Estoy segura de que, en la sala, podrían oír volar una mosca.

— ¡Él empezó, lo sabes bien! —protesta la mujer, con tono burlón.

— Estáis asustando a la señorita que está en la puerta.

— ¿La nueva está aquí? Pobrecilla, le ha tocado lidiar con el mimo... —exclama el maestro, olvidándose de sus historias del sofá.

— ¡Marc, por favor, no lo llames así!

— Oh, venga, «la nueva», no es nada malo. De todos modos, sabe que es nueva.

Ya no puedo retroceder. Aferrada a mi bolso como Napoleón a su fusil, pongo una sonrisa en mi rostro y entro valientemente en el campo de batalla. La guerra no ha terminado, la tregua no ha durado mucho. El maestro y la maestra muestran los dientes. Los

dos bandos, apostados frente a frente, se miran como perros de presa. El primero que dispare desencadenará una nueva oleada. La maestra, aparentemente inconsciente del peligro, lanza su granada:

— ¡Hablaba de Liam, Marc, de Liam! ¡No lo llames «el mimo»!

Ya está, es el fin. Debería retirarme corriendo, pero el hombre de la voz autoritaria me mira con tanta curiosidad que ya no me atrevo a moverme.

— ¡Da igual, no habla, no va a venir a quejarse!

— ¿Pero te escuchas? ¡Es un niño, por Dios!

— ¿Estás segura de que no da mala suerte...?

— ¡Basta!

El hombre-que-hace-cesar-las-disputas acaba de intervenir. Ni siquiera ha alzado la voz, pero los dos adversarios se callan de inmediato. Esta vez, creo que es el fin de la guerra, a pesar de las miradas furiosas que se lanzan. El negociador escucha un instante el silencio, sonríe y se gira hacia mí.

— ¿Señorita Delatour, verdad?

— Soy yo. Perdón, no quería interrumpir...

— No interrumpe nada. Me llamo Éric, llevo la clase de quinto de primaria.

— Encantada. Yo soy Clara.

El hombre que gritaba hace unos minutos me tiende la mano. Está nuevamente perfectamente tranquilo. Su cabello rubio es un poco largo, y un mechón le cae sobre los ojos. Sopla para apartarlo. Al igual que la mujer, parece tener unos treinta años. Éric, en cambio, me parece mayor.

— Marc —se presenta estrechándome la mano con firmeza—. Estoy con primero y segundo de primaria.

La formulación me arranca una sonrisa.

— Perdona a mi prometido, tiene tendencia a decir tonterías —dice la mujer fulminándolo con la mirada—. ¿Te importa si nos tuteamos? Yo soy Lea, la maestra de tercero y cuarto de primaria.

Tiene una sonrisa franca y una mirada honesta. A pesar del enfado en su rostro, adivino el profundo afecto que siente por Marc.

Ahora que los gritos han cesado, el ambiente de la sala me parece diferente. Hay un delicado aroma a café y chocolate. Éric hace girar un bolígrafo entre sus dedos a una velocidad impresionante, Lea juega con la punta rubia de su cabello escalonado. Se conocen, se aprecian. No percibo ninguna rivalidad entre ellos. Es reconfortante. El ambiente es distendido, amable.

— ¿Qué tal han ido tus dos primeros días? ¿Los alumnos se han portado bien?

Los ojos de Marc brillan con picardía cuando añade:

— Espero que no hayan sido demasiado habladores.

Lea deja escapar un suspiro exasperado. Me contengo para no sonreír.

— Todo ha ido bien. Los niños son adorables. ¿Tú tienes a Liam por las mañanas, verdad?

— Ni idea. Es tan silencioso que ya ni me doy cuenta de si está o no.

Me pregunto si es posible tener una conversación seria con él.

— ¿Sabéis por qué no habla? —pregunto.

— Nadie lo sabe —suspira Éric—. Nunca ha sido muy hablador, sus padres incluso lo llevaron a un psicólogo para intentar solucionarlo. No funcionó, porque al final dejó de hablar.

— ¡Ni te imaginas lo complicado que es hacerle recitar una poesía! —bromea Marc.

— ¿Has podido comunicarte con él? —me pregunta Lea.

— Escribe en el tablero. Me gustaría encontrarle una pizarra para que pueda llevarla consigo.

— ¿Y funciona? —se atraganta el maestro de primero y segundo.

Frunzo el ceño, un poco sorprendida.

— Sí, ¿por qué? ¿Tú cómo te comunicas con él?

Parece incómodo.

— Nos comunicamos en silencio —murmura.

— No se comunican —aclara Lea.

Marc hace una mueca.

— ¡Lo de la pizarra no es mala idea! Tiene una bajo su escritorio, le diré que la coja para mañana por la tarde, si quieres.

— Me harías un gran favor, gracias.

— Más bien debería darte las gracias él —reacciona Lea—. Lleva meses lidiando con Liam, ¡y tú, en dos días, encuentras la solución!

— En realidad, fue Liam quien lo encontró solo —observo.

El maestro abre los ojos de par en par y hace una mueca de disgusto.

— Pero, entonces, ¿por qué no lo hizo conmigo?

Capítulo 14 - No puedo, tengo piscina

Aunque acepté hacer las tarjetas de felicitación con Eduardo y James, debo confesar que he pasado las últimas dos semanas intentando evitarlos, con más o menos éxito. He estado muy ocupada, absorbida por mis alumnos. Cada tarde, excepto los miércoles, divido la clase en dos partes: durante la primera mitad, hacemos ejercicios para aprender a hablar en público. Los progresos no son muy evidentes, pero intento convencerme de que necesitan tiempo. Por desgracia, todavía no consigo que Liam hable…

Se acerca octubre, y con él, las reuniones con los padres. La directora me ha pedido que esté presente. Conoceré a los padres de mis tres alumnos, y no sé si eso me satisface o me inquieta.

Anaé, siempre tan tímida, rompe a llorar casi todas las tardes, por no decir en cada ejercicio. Hace esfuerzos, intenta seguir mis indicaciones, pero está paralizada por el miedo cuando tiene que hablar delante de los demás. ¿Qué dirán sus padres?

Maxime, en cambio, el mayor de los niños, se ha mostrado especialmente entusiasta. Le encanta la idea de la obra de teatro. Aunque sigue siendo lacónico en las conversaciones, participa activamente en los ejercicios. No duda en soltar largos monólogos cuando le pido que invente una réplica o imite a un personaje. Es sorprendente. Creo que tiene algo que demostrar. Cuando le pregunté, se encogió de hombros y declaró: —Es más fácil ser otro que ser uno mismo. Creo que no le falta razón, pero el desafío ahora es que se atreva a hablar también cuando no esté interpretando un papel.

La segunda mitad de la tarde la dedicamos a escribir nuestro cuento teatral. Los niños adoptaron la idea con una rapidez asombrosa. Se identificaron con los tres cerditos silenciosos con una facilidad que no me sorprendió demasiado.

Yo, en cambio, tengo un poco de dificultad para asumir el papel del lobo. Sin embargo, creo que me iría como anillo al dedo. Soy solitaria, dispuesta a mostrar los dientes ante el menor intento de mis vecinos o colegas de aprovecharse de mí. Por ahora, no ha sido necesario. Éric, Marc y Lea no necesitan mi ayuda. Me llevo bien con ellos. El humor de Marc es refrescante después de un día pensando intensamente en la obra y en los niños. Éric es un pilar de estabilidad en el que todos tienden a apoyarse. Marc se ríe de ello y finge aprovecharse, pero siempre con humor. Éric es la solución a los problemas, sean cuales sean. No es el director, pero lo buscan más que a la señora Dartran. Probablemente porque esta última está a menudo ausente y dirige la escuela con cierta distancia.

En cuanto a Lea, la prometida de Marc, está llena de vida. Nunca se queda sin ideas para divertir a los niños mientras trabajan. Los dos profesores hacen buena pareja.

Por las noches, después de la escuela, aunque evito a mis vecinos, no puedo evitar observarlos discretamente. Me gustaría entenderlos. Entender qué les llevó a vivir en esta residencia, entender qué los une, entender por qué se ayudan tanto entre ellos. Todavía no he encontrado la respuesta.

Zack sigue llamando a mi puerta todos los días buscando a su conejo. Todavía no sé por qué su mascota se escapa tan a menudo. Morgana visita a James dos veces por semana, por una razón desconocida. Lo sé porque los oigo. No puedo evitar aguzar el oído, escuchar los ruidos de los habitantes de esta extraña residencia.

Eduardo y James cenan juntos todos los jueves por la noche. El mayor le muestra fotos de sus hijos al más joven. Las paredes de la residencia son finas. Cuando hablan alto, desde el apartamento de James, a veces los escucho.

Conozco sus pequeñas rutinas, y aun así, no los entiendo mejor. ¿Por qué querer ayudar a los demás? ¿Qué los impulsa a hacerlo? ¿La compasión? Pero James es psiquiatra, debe agotar su compasión a lo largo del día. ¿El dinero? Ninguno de ellos parece necesitarlo. Entonces, ¿qué?

Para entenderlo, tendría que hablar con ellos, pero hablar implica abrirse, y no estoy segura de ser capaz. Sebastien me enseñó a desconfiar, y aprendí la lección. A pesar de todo, tendré que cumplir mi promesa de redactar esas dichosas tarjetas de felicitación…

James debe haber llegado a la misma conclusión, porque este viernes por la noche, cuando regreso tras unas horas agotadoras con los niños, está plantado frente a mi puerta. ¡Qué mala suerte! Por un momento, considero dar media vuelta, quitarme los zapatos y bajar silenciosamente las escaleras en calcetines. Si soy lo bastante rápida y discreta, tal vez no me vea.

Es demasiado tarde, me ha visto. Mejor, llevo calcetines ridículamente desparejados. Al menos, esos no los verá.

— Buenas noches, Clara —me saluda con su voz profunda.

Tiene un tono calmado que inspira confianza. Una voz de psiquiatra, pienso.

— Buenas noches, James. ¿Me estaba esperando?

En su lugar, pillada in fraganti frente a la puerta de mi vecino soltero, me habría puesto roja, tartamudeado y perdido los nervios. Sé que es soltero porque nunca sale y ninguna chica viene a su casa. O, si lo hace, también anda en calcetines y es tan habladora como Liam. Ambos viven como en un monasterio. Quizá ella haya hecho voto de silencio.

James, aunque sorprendido frente a la puerta de su vecina soltera (¿pero tal vez lo ignora?), se mantiene perfectamente sereno. Me dedica una sonrisa tranquila, llena de seguridad.

— Hace ya unos días que intento hablar con usted, pero nunca está disponible.

Me muerdo el labio. Por favor, que no adivine que lo he hecho a propósito. Es cierto que lo evito para no hacer las tarjetas de felicitación, pero ni loca lo admitiría. No quiero arruinar mis posibilidades de algún día llevarme bien con mis vecinos.

— No es un reproche —aclara al verme casi derretirme en el sitio —. Solo que Eduardo proponía que nos reuniéramos esta noche para hacer las tarjetas. Nos preguntábamos si le venía bien.

¿Si me viene bien? ¿Espera que me coma las tarjetas? En todo caso, podría intentar leerle el futuro con ellas…

— ¿Esta noche? ¿Viernes por la noche, quiere decir?

Pero ¿qué estoy diciendo?

— Sí, esta noche, viernes por la noche…

— Ah, sí, esta noche… Pues, lamentablemente, no puedo, tengo…

— ¿Piscina? —sugiere James, con un brillo divertido en la mirada.

Lo miro sin entender mientras sonríe con una diversión nada disimulada.

— Es una broma muy popular entre los adolescentes. Incluso hay una canción sobre ello. *No puedo, tengo piscina.*

— Ah, bueno. Si usted lo dice. Pero iba a decir que tenía…

— Clara, si no quiere hacer estas tarjetas con nosotros, debería decírmelo directamente —me interrumpe de repente.

En sus ojos ya no hay rastro de diversión. Me mira con toda la seriedad del mundo, y tengo la sensación de que lee en mí como en un libro abierto. Sin saber por qué, de repente siento ganas de contarle todo, de soltarle todos mis problemas. Así dejaría de interrogarme, y yo de tomarlo por tonto inventándole excusas. ¡No es para tanto!

Pero en lugar de eso, digo sin pensar:

— ¡Para nada! Estoy encantada de hacer estas tarjetas con ustedes.

Miento descaradamente. Tiene un aire tan escéptico que me siento obligada a añadir algo más.

— Es algo que une, las tarjetas de felicitación, y nos permitirá conocernos mejor. ¡Es genial!

Estoy exagerando. Nadie va a creer que soy un lobo. Soy la peor actriz de todos los tiempos, y pronto me lanzarán tomates podridos.

— Que une —repite él, como buen psiquiatra acostumbrado a que le cuenten historias.

Entre mis tomates podridos y sus historias, juntos podríamos montar un huerto.

— ¡Exactamente! Y como parece tan urgente para usted, me veo obligada a liberar mi agenda esta noche… A ver, puedo posponer mi cita al mes que viene…

No esperaba esa respuesta (ni yo tampoco, debe de ser el lobo hablando), y ahora parece incómodo. Casi me da pena. Pero no lo suficiente como para dejar de fingir que estoy reorganizando mi cita imaginaria.

— ¡Listo! Ya está pospuesta. Dígame la hora y estaré disponible.

— ¿Estará disponible para mí? —repite él de nuevo.

Siento mis mejillas arder de vergüenza.

— Quiero decir que vendré a hacer las tarjetas —aclaro rápidamente.

Me mira. Se ríe. Creo que ha entendido que miento.

— ¿A las siete le parece bien?

No, no me parece bien. Pero si insistes, puedo reprogramarte para el treinta de febrero.

Capítulo 15 - ¡Para ser un viejales, molas!

El apartamento de James es acogedor y relajante. El salón es amplio y luminoso, el sofá cómodo invita a acurrucarse entre los mullidos cojines. Sin embargo, no hay ni una sola foto, lo cual es bastante raro como para destacarlo. No hay familia presidiendo su salón para hacerle compañía. No hay novia en la mesa del salón, ni una amiga mirándole desde la gran estantería de la pared del fondo. A pesar de todas sus bonitas palabras, de repente tengo la impresión de que está más solo de lo que deja entrever…

La estantería está llena de libros de todo tipo, y distingo varios sobre psicología. En las paredes, algunas citas llaman la atención: «Amarse a uno mismo es el principio de una larga vida feliz (Oscar Wilde)», «No hay éxitos fáciles ni fracasos definitivos (Marcel Proust)», «Haz de tu vida un sueño, y de un sueño, una realidad (Antoine de Saint-Exupéry)». ¡Incluso su hogar refleja su profesión! Es bastante curioso, además, porque al observar bien, su escritorio está perfectamente frente al sofá y a un sillón más pequeño, como si estuviera preparado para recibir a un paciente. Sin embargo, tiene un consultorio en el centro del pueblo.

Sentado perfectamente recto en el sofá, Eduardo extiende la mano hacia la cita de Proust.

— ¿Otra cita nueva? Me gustaba la anterior.

James asoma la cabeza por la puerta de la cocina.

— A mí también, pero Morgana la encontraba demasiado cursi, según sus palabras.

¿Cambia su decoración para agradar a una adolescente? Me hundo en el sillón, perpleja.

— James daba sus consultas aquí antes —me explica Eduardo inclinándose hacia mí—. Por eso todo parece tan «de psiquiatra».

Eso explica muchas cosas. Ha elevado el tono para que mi vecino, que ha vuelto a los fogones, lo escuche igualmente.

— Acogedor —corrige James, con una nota de diversión en la voz.

— Si tú lo dices…

James reaparece, trayendo una gigantesca pizza sobre una tabla de madera.

— ¡Cuatro quesos, hecha en casa! —anuncia.

Yo, que pensaba que no podría comer nada, siento cómo el hambre hace rugir mi estómago.

— Y para acompañar… ¡Tarjetas de felicitación del estanco —un milagro que las vendan tan pronto en el año—y bolígrafos del supermercado!

Levanta un paquete rectangular sujeto con una goma elástica y unos bolígrafos. Sonrío. Me siento bien. La inquietud que me había invadido sobre esta velada ha desaparecido. De acuerdo, voy a hacer un favor, pero nadie lo usará en mi contra. Sebastien no está aquí para meter baza, al contrario que Eduardo y James, que participan de buen grado. El ambiente es acogedor y cálido, mis vecinos están relajados y disfrutan del momento compartido.

— ¡Esto abre el apetito! —bromea Eduardo.

— ¡Muy apetitoso! —añado, tomando las tarjetas que me tiende.

Mientras quito la goma elástica, James corta la pizza y Eduardo reparte los bolígrafos. Abro los ojos con asombro.

— ¿James? —pregunto con voz incierta mientras examino las tarjetas.

Debe notar que algo no va bien, porque deja inmediatamente el cortador de pizza. Le muestro el problema mordiéndome los labios. Al verlas, James se queda boquiabierto y Eduardo deja caer su bolígrafo.

— «Que te mejores», «Mis condolencias», «¡Cien años y todos los dientes!», pero, vamos a ver…

— Y no has leído todo —añado, reprimiendo las ganas de reír ante su expresión atónita—. También están: «¡Para ser un viejales,

molas!», «Cita con la Parca aplazada», «La muerte llegará… pero no hoy», «Tan viejo como una momia y aún mejor conservado».

Eduardo no puede contener una risita. El anciano mira a su amigo con tal diversión que resulta contagiosa.

— ¡Esta vez te has superado!

Con estas palabras, estalla en carcajadas.

— Para mi cumpleaños quiero «¡Para ser un viejales, molas!».

James deja escapar un gemido de desesperación y se cubre la cara con las manos.

— ¡Les pedí tarjetas de felicitación, por Dios!

— ¡Imagínate la reacción de los pacientes de Madame Flaubert al abrir sus sobres el uno de enero!

Eduardo está tan desternillado que se le saltan las lágrimas. Resisto unos segundos más antes de estallar en risas yo también.

— Pero ¿qué vamos a hacer? —se lamenta el psiquiatra.

Eduardo hace un esfuerzo por recuperar la compostura.

— Deberíamos empezar por comer esta pizza. Siempre se piensa mejor con el estómago lleno.

Tiene razón, por supuesto. Con la boca llena de queso, pregunto:

— James, ¿tienes cartulina o papel grueso, algo así? ¿Y papel de colores?

Frunce el ceño.

— Cartulina, sí, pero no de colores.

— Yo tengo en casa. ¡Podríamos fabricar las tarjetas nosotros mismos!

James me mira sin decir nada, pero el brillo de sorpresa en sus ojos habla por él.

— Voy a buscar la cartulina —dice finalmente, levantándose.

En un mismo movimiento, me dirijo a la puerta para volver a mi apartamento. Cuando regreso, con los brazos cargados de papeles de colores que compré para mis alumnos, los dos hombres esbozan una sonrisa.

— Es perfecto —comenta James sin apartar la mirada de mí.

Aparto la vista, incómoda. James tiene esa manera de hablar como si cada pequeña frase tuviera importancia, como si cada cumplido fuera el más sincero del mundo.

— Ya no estoy para recortar, gruñe Eduardo, y con mi artrosis, mal vamos…

— ¡Lo haré por usted!

Apenas he pronunciado esta frase cuando me doy cuenta de lo que está pasando. Inspiro bruscamente. ¿Pero qué estoy diciendo? ¡Qué idiota! Esa es la antigua Clara, la que hacía las cosas por los demás, no la nueva. Si estuviera aquí, Seb me endosaría las suyas, y yo, tonta como soy, sería capaz de agradecérselo. No debo, *no puedo* permitirme hacer el trabajo de Eduardo. Si empiezo hoy, me pedirá cada vez más cosas. Vuelta al círculo vicioso. *De buena, tonta.*

Tiemblan mis manos. Yo, que me llevaba bien con los dos hombres, que ya me veía teniendo relaciones de vecindad cordiales, incluso amistosas, acabo de estropearlo todo. El equilibrio de poder está amenazado, Eduardo me aplastará como a una crepe.

— Es muy amable por su parte, Clara. ¿Le parece si usted se encarga de recortar y yo de escribir?

Levanto la cabeza para mirarlo. El anciano mantiene un rostro impasible, con una cierta dulzura. Dudo, luchando contra las dudas y la ansiedad que me asaltan. Eduardo debe notar mi inquietud, pero se limita a dedicarme una sonrisa tan cálida que me encoge el corazón.

¿Qué hacer, sino aceptar? ¿Correr el riesgo? El equilibrio de mi nueva vida me parece tan frágil… Me siento como un funámbulo en la cuerda floja. Intento mirar hacia adelante para mantenerme en pie, con los brazos extendidos, pero bastaría un pequeño movimiento para que todo se tambalee. Con el corazón latiendo con fuerza, acepto con un gesto de cabeza, rezando para no perder el equilibrio.

Una vez reunido el material, se pone en marcha una curiosa cadena. James, aparentemente incapaz de cortar recto, se encarga de pegar y doblar, mientras yo manejo las tijeras. Intento dar forma

a mis recortes. Una estrella, un árbol de Navidad, el año dos mil diecinueve, un muñeco de nieve…

— Lo siento, no soy muy buena en esto —me disculpo, tendiéndole a James una flor de papel rosa.

Echa un vistazo rápido, imitado de inmediato por Eduardo.

— Está bastante bien —me responde James, como buen psiquiatra acostumbrado a valorar a sus pacientes.

— ¡Se parece! —me felicita Eduardo, aunque hay que decir que está bastante lejos de mí, es miope y se ha quitado las gafas para escribir.

A pesar de todo, son sinceros y me calientan el corazón. Un poco de confianza en mi mundo de dudas.

Eduardo, cuando no escribe, da su opinión sobre los colores o la disposición de los papeles de colores.

— A ver, James, ¡esto queda fatal! —exclama de vez en cuando.

Con aire un poco perdido, mi vecino mira con perplejidad los colores que coloca al azar. No puedo evitar acudir en su ayuda para intercambiarlos. Eduardo se limita a una mirada de aprobación y un asentimiento.

James y yo creamos las tarjetas, Eduardo las rellena con eficacia. Mejor así, porque yo habría sido incapaz de saber qué escribir. Trabajamos en silencio, concentrados, con la sensación de estar llevando a cabo una tarea de lo más importante. Nuestras tarjetas no son perfectas, los colores no combinan bien, el estilo deja que desear, el pegamento se sale un poco. ¿Qué importa? No siempre son bonitas, pero son originales. Solo con mirarlas, se adivina el esfuerzo que han requerido. Creo que si yo fuera uno de los pacientes de Madame Flaubert, me sentiría mucho más conmovida por estas tarjetas torpes que por unas compradas, escritas en un momento y metidas en un sobre.

Cuando terminamos, unas horas después, los tres sonreímos como niños. Estamos orgullosos. Es feo, es torpe, pero lo hemos conseguido. Eduardo recorre nuestro trabajo con la mirada, satisfecho. Ha valido la pena.

James se levanta y recoge las tarjetas. Cuando abre el mueble del salón para guardarlas, golpea un marco que cae al suelo. Lo recojo. En la foto, dos jóvenes, adolescentes, ríen abiertamente. La chica está colgada del cuello del chico y finge saltar sobre su espalda. Se parecen. Miro a James con curiosidad, pero es Eduardo quien responde a mi pregunta muda.

— Es James de joven —afirma, señalando al adolescente.

Lo observo. No hay rastro de la seriedad cálida que muestra continuamente el James de hoy. El James adolescente es despreocupado; el James adulto ha aprendido demasiado para seguir siéndolo.

— ¿Es su hermana?

Tengo la impresión de que evita mi mirada. Se inclina para recoger el marco, que vuelve a colocar, apartando de paso una caja de infusiones que estaba por ahí.

— Ni siquiera les he ofrecido algo caliente para beber. ¡Qué falta de modales! ¿Quieren algo? ¿Una infusión?

Esquiva. Y con la sutileza de un elefante, además. Justo cuando estoy a punto de insistir, cruzo la mirada de Eduardo. El anciano niega suavemente con la cabeza, muy despacio. Es entonces cuando noto la expresión dolorosa de James.

Lucha contra los recuerdos, y no parecen agradables.

— No, gracias, nunca antes de dormir.

James asiente. En sus ojos, percibo un agradecimiento silencioso.

— Yo tampoco —responde tranquilamente Eduardo—. Clara, si no le importa acompañarme, estoy cansado.

Sonrío.

— Por supuesto, Eduardo.

Capítulo 16 - A salvo en el estruendo

— ¡Clara, espere!

Madame Flaubert, jadeando, me alcanza *in extremis*. Su vestido violeta con volantes arrastra por el suelo, y lo recoge con un gesto amplio.

— Hay algo de lo que quiero hablarle —retoma.

— ¿Nada grave, espero?

Esta vez, no me he negado a ayudar a nadie. Al contrario, incluso. La velada de las tarjetas de felicitación, hace dos días, quedó grabada en mi memoria.

— ¡No, no, para nada! James me dijo que habían terminado las tarjetas y que habían sido muy originales, aunque no quiso explicarme aún qué significaba eso. En fin, confío en usted. ¡Debería pensar en ir a marcar la casilla en el tablero!

Asiento con la cabeza. Ya lo había considerado, pero no me atreví a ir sola. Después de todo, fue un trabajo en equipo.

— He notado que nunca lo ha rellenado —observa Madame Flaubert.

— ¿Rellenado qué?

— ¡El tablero, claro! Me alegra verla marcar las casillas, pero usted también tiene derecho a pedir servicios.

La miro. Nunca lo había pensado. La nueva Clara está decidida a no pedir ayuda, nunca, para no deberle nada a nadie. Pero lo que Madame Flaubert me propone... es diferente. Los servicios se devuelven con sencillez, con complicidad. Aquí, nadie queda en deuda, a pesar de la ayuda recibida. No se trata de deudas, sino de apoyo mutuo. Es también lo que Eduardo me ofreció hace dos días. Apoyo mutuo.

— ¿Escribirá algo?

— Es que... no sé qué pedir.

— ¡Seguro que hay algo que necesita! ¿Una estantería que montar? ¿Ayuda para preparar una cena gigantesca entre amigos?

Si tan solo tuviera suficientes amigos para preparar una cena gigantesca...

— Puede pensarlo —añade, con un aire apenado por mi falta de entusiasmo.

Quizás me está tomando el pelo. Me ve esforzándome por salir adelante, y ha decidido llevar su barco con toda la malicia posible. Una vez que me hayan ayudado, creeré haber llegado a buen puerto y me hundirá, o me pedirá un riñón a cambio. O todos mis ahorros. Dado el estado de mi cuenta bancaria, el riñón sería más rentable para ella; siempre podría venderlo en el mercado negro.

— Claro, lo pensaré.

— ¡Perfecto! ¡Que tenga un día maravilloso, Clara!

Se da la vuelta y se aleja, toda alegre. Me quedo perpleja. Más aún que con mis vecinos, me pregunto qué la motiva. ¿Qué la impulsa a crear un lugar como este, donde promueve la ayuda mutua? Al final, ¿qué sé de ella? Muy poco, por desgracia. Sé que es la propietaria de esta misteriosa residencia. Sé, desde mi visita al salón de peluquería, que es viuda. Sé que algunos piensan que la idea fue de su marido, al igual que el dinero del que dispone. Eso es todo. Nada más.

¿Y James? Él también es un misterio. Sé que es psiquiatra, sé dónde está su consulta e incluso conozco su apellido (que, por cierto, también está escrito en el timbre de su apartamento). Sé que tiene una hermana de la que no se debe hablar, que cocina bien las pizzas, que se toma su trabajo muy en serio y que corta fatal. Nunca se niega a echar una mano y no le teme a nada. Eso es todo. Sin embargo, me gustaría saber más de él. El psiquiatra de mirada un poco demasiado seria y risa tan contagiosa me intriga más de lo que estoy dispuesta a admitir...

Al final, ¿qué sabemos realmente de los demás? Nada más que lo que aceptan mostrarnos, confiarnos, dejarnos descubrir. Los demás son cajas fuertes agujereadas que solo dejan escapar lo que quieren. ¿Se puede realmente conocer a alguien? ¿Se puede

encontrar la llave de la caja y abrirla por completo, o estamos condenados a mirar por el ojo de la cerradura?

***

— Vamos a cantar —declaro.

Mi idea no entusiasma al grupo, eso lo veo claro. En general, mis alumnos se someten más o menos a todos mis ejercicios, desde los más simples hasta los más extraños. Todavía no he conseguido que Liam hable, pero estoy convencida de que llegará. Sin embargo, creo que hay que buscar más allá. ¿Por qué estos tres niños tienen tantas dificultades para comunicarse? ¿Es una llamada de auxilio o una forma de hacerse notar?

— Aquí está el plan: vamos a poner la música a todo volumen. ¡Así podremos cantar las letras sin que nos escuchen!

Tres pares de ojos incrédulos me miran fijamente.

«*No sirve de nada cantar si no nos oyen*», escribe Liam en la pizarra que Marc, su maestro, le dijo que trajera.

Sonrío.

— Es como hablar con uno mismo.

— Tonto —murmura Maxime.

— Al contrario: tengamos o no un interlocutor, hablar, cantar o incluso maldecir son formas de expresarnos, de liberarnos. No siempre podemos guardarlo todo dentro. Algunas emociones necesitan salir. Hay que expresarlas.

— Me gusta cantar —susurra Anaé.

Ha progresado ligeramente desde que la conocí. La niña habla un poquito más alto. Apenas audible, pero ahí está. Como los dos chicos, la siento cada vez más cómoda en nuestro pequeño grupo.

— A mí no —suelta Maxime.

Liam no dice nada.

Les reparto una hoja con las letras, aunque estoy casi segura de que ya las conocen. Para la ocasión, he traído el altavoz que Lea me

prestó. Observo a los niños. Anaé lee las letras con aire concentrado, Maxime está enfurruñado en silencio, y Liam tiene la mirada perdida.

— ¿Estáis listos?

No hay respuesta, pero ya me estoy acostumbrando. Es lo mismo con cada actividad. De hecho, casi todas las anteriores han terminado en fracaso... Anaé no se atreve a hablar cuando la escuchan, Maxime economiza sus palabras como si pronunciarlas le cortara la lengua, y Liam permanece obstinadamente callado. He intentado hacerles hablar de todas las maneras: susurrando, gritando, incluso imitando sonidos de animales. Por desgracia, imitar al caballo no les entusiasmó más que intentar ser quien habla más agudo. A Maxime no le gusta nada más que ganar, pero su espíritu competitivo desaparece en cuanto se trata de hablar, a menos que esté interpretando el papel de su cerdito. Cantar debe ser la única forma de expresarse que aún no he intentado.

De todos modos, no tengo nada que perder.

Pongo la música. Subo el volumen al máximo.

El cantante grita como para dejarnos sordos.

Los niños no se mueven.

Maxime se tapa las orejas con las manos. Parece horrorizado. Anaé, en cambio, parece más relajada. La observo con atención. Los labios de la niña se mueven. Primero suavemente, luego más rápido, más fuerte. ¡Está cantando! ¿Y Liam? Liam parece perdido, completamente ausente. Me acerco a él. Lo miro. Percibiendo las dudas que lo atormentan, pongo una mano en su hombro.

— ¡Puedes cantar, Liam, no nos oímos!

Mi grito obviamente no le llega. Pero ha observado mis labios moverse. Sonríe, como si fuera la confirmación que esperaba.

Vuelvo mi atención a Maxime. Si la experiencia parece positiva para Anaé y Liam, no es el caso para el pequeño. Está pálido y sigue tapándose las orejas. Le tomo el brazo para llamar su atención y le hago señas de que puede salir a esperar fuera de la puerta. Me lanza una mirada aliviada antes de desaparecer.

El cantante sigue desgañitándose, y la batería no se queda atrás. La guitarra eléctrica tampoco. Mis tímpanos dudan entre declararse en huelga o huir.

Y en mi clase, dos niños habitualmente silenciosos ahora se lo están pasando en grande.

Anaé salta en su sitio y mueve los brazos mientras canta, con los ojos fijos en las letras. Todavía duda, tiene miedo de equivocarse. Pero canta. No puedo oírla, pero creo que esta vez está usando realmente su voz. Ya no susurra.

Liam, por su parte, ha cogido la botella de agua de mi escritorio y la levanta como si fuera un micrófono. Plantado en sus piernas en una postura de *rock star*, también canta.

El niño que se niega a decir una palabra canta. Canta fuerte, si me guío por la energía con la que parece formar las palabras. A salvo en el estruendo, finalmente se deja llevar y se expresa.

Los observo sonriendo, conmovida. Sospecho que cuando la música se detenga, los niños volverán a quedarse callados.

Pero es una victoria.

Como estaba previsto, la canción termina. El silencio invade de nuevo la sala. Anaé me mira. Liam está sin aliento de tanto cantar. Unos aplausos desde la entrada nos hacen dar un respingo a los tres.

— ¡Por Dios, Clara, casi me dejas sordo! —exclama Marc.

En su voz no hay reproches, solo sorpresa. El maestro no me mira. Fija la vista en Liam, que aprieta la botella de agua como si fuera un micrófono.

De repente me doy cuenta de que, si el estruendo era infernal en mi aula, probablemente no ha dejado en paz a las demás clases.

— Lo siento, espero que el ruido no te haya molestado demasiado.

— Sí... Pero siempre he estado molesto.

Alarga la primera palabra. Creo que no me está escuchando realmente.

— Perdona, de verdad, no pensé...

— ¿Clara? —me interrumpe.

Me muerdo los labios.

— ¿Sí?

Mi voz tiembla un poco. Él se da cuenta y finalmente aparta la mirada de Liam.

— Pensaba que estas tardes para que fueran menos introvertidos eran una tontería. Ya sabes, ese tipo de cosas que hacen las escuelas solo para presumir de que las hacen, porque es muy útil para quedar bien. Pero no. Realmente les estás ayudando.

No sé qué decir. ¿Gracias? ¿Nunca debiste dudar de mí, idiota presuntuoso? ¿Tu clase te espera?

— En serio, Clara, enhorabuena.

Y con esas palabras, da media vuelta y desaparece por el pasillo.

— De acuerdo —murmuro, atónita, mientras hago entrar a Maxime.

De nuevo, reina el silencio.

— ¿Qué os ha parecido?

— ¡Horrible! —reacciona Maxime.

— Ha estado bien —susurra Anaé—. Me gusta cantar cuando no me escuchan.

La última frase la dice tan bajito que me pregunto si no la habré imaginado. Pero no. Liam asiente. Escribe: «*¿Podremos repetirlo?*»

— ¡Ah, no, por favor! —gime Maxime.

Sonrío.

— Lo repetiremos, lo prometo. Maxime, te prepararé otra actividad. Liam, Anaé, me gustaría que pensaseis en canciones que os gusten.

Maxime pone mala cara, molesto. Los otros dos aceptan con entusiasmo.

— Y ahora, volvamos a nuestros corderos... bueno, ¡cerditos! Dijimos que el lobo intentaba obligarlos a hablar y que tiene más de un truco bajo la manga. ¿Ideas?

Mis tres cerditos ya deben haberse enfrentado a un lobo de ese tipo. Tienen bastantes ideas, y algunas no son nada agradables...

Capítulo 17 - Como a veces uno toma agua

— Espera, ¡no lo entiendes!

El grito rasga la calma de la residencia. A punto de entrar, me detengo. Mejor evitar los conflictos. Cuando alguien alza la voz, me licúo en el sitio. Todas mis réplicas huyen despavoridas y me quedo incapaz de pronunciar una palabra para defenderme.

— No, efectivamente, no lo entiendo.

La segunda voz es baja y tronante. Un tono masculino vibrante de ira. No presagia nada bueno.

— Te lo suplico, Romain...

— ¿No me dabas tu confianza? ¿No éramos cercanos?

— Pero, por supuesto que...

— Entonces, ¿por qué me mentiste?

— Romain, te lo suplico...

Esta vez, no hay respuesta. Solo pasos que vienen hacia mí. ¡Viene hacia mí! Siento cómo sube la inquietud. ¿Y si es peligroso? ¿Violento? ¡Podría pensar que los estoy espiando!

Reacciono por instinto. En un movimiento fluido digno de una película de espionaje, me zambullo entre las begonias, justo delante del portal. Caigo con fuerza sobre los codos y hago una mueca. Oculta así, contengo la respiración. Oigo los pasos pesados del hombre que me supera. ¡Se fue! Aún así cuento hasta diez antes de levantarme. James Bond seguro no lo haría así; él es profesional. Yo apenas empiezo. Todavía no domino bien las acrobacias entre los begonias.

Hago una mueca al ver el alcance del desastre. Las plantas están medio aplastadas. Ramas arrancadas por mi clavada cuelgan en mi cabello.

— ¿Pero qué haces?

La voz es agresiva, todavía bañada en lágrimas. Y, sobre todo, no me es desconocida...

— Hola, Morgana, murmuro a la adolescente que me fulmina con la mirada. ¿Todo bien?

Sé que no es la mejor réplica; ni de lejos. Hacer como si la situación no fuera extraña es estúpido, tanto como preguntar a una chica que está llorando si "está bien". Y ni hablar de mi ridícula zambullida entre las begonias.

— ¿Qué haces aquí?

— Oh, ya sabes, nada especial, estaba podando las begonias — balbuceo vagamente.

Ella me mira.

— ¿Ah, sí? ¿A mano limpia o con los dientes? Deja de tomarme por tonta. Nos estabas espiando, ¿verdad?

— ¡Para nada!

Creo que no le creo. Se frota los ojos, intentando en vano borrar las huellas de las lágrimas. De pronto, me recuerda a mis tres alumnos. No sé qué le causa tanto dolor, pero compadezco su pena.

— ¿Todo va a ir bien? —pregunto más suavemente.

— Sí, no hace falta que finjas ser simpática y eso, no quiero hablar contigo.

Y con esas palabras, como si acabara de derribar por sí misma el frágil muro que la separaba del caos, estalla en sollozos.

La observo, de pronto desarmada. La audacia súbita que me llevó a mi heroica zambullida entre las begonias ha desaparecido. Ahora soy la mala de la historia. Viendo que me quedo sin planes maquiavélicos, me doy a la fuga. Me largo.

O, más exactamente, le paso el marrón a otro.

¿Quieres que llame a tus padres?

— ¡No!

El grito es desgarrador. Tiembla un poco.

— ¿Entonces a James?

— ¿James?

— Ya sabes, mi vecino. ¿El psico? bromeo.

Ella duda un momento antes de asentir con la cabeza.

— Vamos a ver a James, sí, murmura.

James, lo siento, pero te voy a encargar este asunto. Entiéndeme, compadezco su situación, pero mi salud mental está en juego. Pensándolo bien, prefiero lanzarte a la jauría y quedarme a salvo.

Arrastro a la adolescente sollozante por las escaleras. Tira nerviosa de las mangas de su sudadera mientras suena su nariz. Encantador.

Cuando llamo a la puerta, rezo para que James esté en casa. Por la hora y el día, debería estarlo. ¡Bingo! Mi vecino abre y abre los ojos.

— ¿Morgana?

Un sollozo sacude los hombros de la chica.

— Romain sabe lo de mis padres, solloza.

No sé qué sabe él, pero James parece estar al corriente, pues una luz de comprensión ilumina su mirada.

— Pasa, dice con calma.

Inclina la cabeza en mi dirección en señal de agradecimiento silencioso y cierra la puerta.

Me impresiona. No dudó un segundo en encargarse de la adolescente empapada en lágrimas y mocos. No sé si pedirá algo a cambio. Espero que no.

Creo que me cae bien.

James no tiene nada que ver con Sebastien. Es compasivo, abierto, cálido, atento. Todo lo contrario a Seb. Durante mucho tiempo consideré a Sebastien un modelo: un hombre fuerte, dominante. Alguien que no mide las palabras, que obtiene lo que quiere sin importar las consecuencias. Pensé que su insensibilidad lo hacía más fuerte, que esa capacidad de desapegarse era una libertad que yo no tendría jamás. Para él, la compasión era una debilidad, un enemigo a abatir.

Ahora dudo. Creo que se equivoca. James es compasivo sin ser débil. Es benevolente sin ser débil.

Caí muy bajo antes de comprender que ser demasiado benevolente es correr el riesgo de que te pisoteen. Ahora, en el

fondo del pozo, intento remontar la pendiente como puedo. Lamentablemente, mi caída me rompió algunos huesos, me tronchó tendones. Mi corazón también está dañado, y ha empezado a dudar, como a veces uno toma agua. Empieza a llenarse, a ahogarse. Ahogado por la duda.

Intenten subir la pendiente en ese estado. ¡Sébastien, aun ausente, sigue sepultándome con incertidumbres y decepciones! Pero ahora está James, están mis vecinos, están los niños a los que cuido. Sin saberlo, empujan a Sébastien hacia atrás. Son mi mascarilla de oxígeno. Incluso con la duda ahogándome, vuelvo a respirar. Algún día lograré moverme y agarraré la cuerda para salir del abismo.

Algún día. No hoy. Hoy he ayudado a mi vecino a socorrer a una adolescente desolada. Ya es algo, ¿no?

Capítulo 18 - Morgane me mató

— Tendremos que susurrar, Clara —me advierte Chloé frunciendo el ceño hacia la cámara—, mi criatura duerme. Hay que mantenerlo así. Un niño está bien, pero ¿sabes qué es mejor?

Meneo la cabeza.

— ¡Un niño dormido! —susurra ella intentando transmitir su entusiasmo en voz baja, lo que, por pantallas y en susurros, resulta un poco complicado.

Me río. Su expresión es cómica. Despeinada y con el maquillaje corrido, mi hermana da miedo.

— ¡Shhhh! protesta.

— Baja el volumen de tu ordenador, Chlo, para que pueda hablar bien sin despertarlo.

— Buena idea, dice poniéndose a ello. Una pena que no pueda hacer lo mismo conmigo. Bajaría el volumen en la habitación del pequeño para que no me oyera. Vale, puedes hablar.

— ¿Cómo estás?

— Mi querido marido está desaparecido esta semana, y mi querido niño parece decidido a llevar a su madre al burnout. Pero todo bien por aquí. Hugo ha redescubierto el chocolate, lo cual no sorprendió a nadie salvo a él, y la niñera engaña a su novio, lo cual, de nuevo, no sorprende a nadie salvo al pobre hombre.

— Ya veo, digo riendo. Todo normal, entonces.

— Exacto, confirma mi hermana. ¿Y tú?

— ¡Liam habló! Bueno, casi. Cantó, y como la música estaba a tope no lo oí. Pero se expresó.

Chloé parece perpleja.

— ¿Estamos contentas de que cantara o decepcionadas por no haberlo escuchado?

Me muerdo el labio. Me conoce demasiado.

— La primera, por supuesto, intento decir.

Con ella no cuela. Cruza los brazos y me lanza una mueca de desaprobación.

— Admito que me hubiera encantado oírlo, pero ya es un enorme progreso. ¡Solo espero convencerle de hablar de verdad antes del espectáculo!

— Si no, siempre puedes darle el papel del cerdo-mimo. Le puedo enseñar a fingir que está encerrado en una caja invisible, ¡mira!

Buscando mantenerse en el encuadre de la cámara, mi hermana hace la demostración.

— ¡Tachán! Aprendí eso para hacer reír a Hugo.

— ¿Funciona?

— No, mi hijo está por encima de eso, pone mala cara.

— No creo que haga mucha gracia a Liam tampoco...

Me interrumpo en seco. Chloé acaba de darme una idea. Tras el canto, ¡las risas! ¿Estarán los niños preparados? Sin que ella note mi súbita agitación, la hermana sigue:

— ¿Y tus vecinos, todo bien?

— Son majos. La velada con James y Édouard fue agradable. Y además me permitió tachar una casilla de la lista.

— ¿James? ¿Tu vecino sexy?

Abro los ojos como platos.

— ¿Sexy?

—Lo busqué en internet. Un psico llamado James Donb no es común. ¿Has visto que Donb al revés es Bond? ¡Como 007! Es una locura, ¿no? En fin, el tío tiene web y está buenísimo.

— ¿Lo buscaste en internet? ¿Por qué?

— Porque es tu vecino y tenía que saber en qué categoría colocarlo: "psicópata asesino" o "buen partido".

— Ah...

Sé lo que dirá a continuación.

— ¡Y está en "buen partido"! se pavonea, antes de acordarse y bajar la voz.

— Encantada, respondo secamente, pero fíjate que me da igual.

— Podrías intentar seducirle.

Abro los ojos como platos. La voy a matar.

— ¿Estás loca?

Chloé estalla en carcajadas ante mi cara de horror. Una risa atronadora que la sacude entera. Demasiado ruidosa... La llamada de Hugo la hace detenerse. Se tapa la boca, mortificada.

— ¡Oh no, otra vez!

Se gira en la silla.

— ¡Mamá no está! intenta decir.

Le lanzo una sonrisa burlona.

— Eso, hermanita, es karma.

***

Tumbada en el sofá, vuelvo a las palabras de Chloé. Guapo. Sexy. Para ser honesta, no le había prestado atención. ¿Cuánto tiempo hace que no tengo una relación de verdad? ¿Sé siquiera cómo hacerlo? Tengo miedo, miedo a intentar y fallar. Sin embargo, hay que admitir que James no está mal: soltero, atento, con trabajo estable y, para colmo, agradable a la vista...

Voces interrumpen mis ensoñaciones. Vienen de la casa de James. Las paredes finas dejan pasar el sonido, y la discusión algo subida con Morgane me llega.No me lo puedo evitar: contengo la respiración para escuchar mejor.

— Yo sé... idiota... padres... no es mi culpa...

— ... verdad... sincera... base...

Me pregunto de qué hablan. Sin pensar, me acerco al muro, me pongo de rodillas y pego la oreja. Mejor así.

— ¡Pero soy sincera! ¡Fue solo una mentirijilla!

— ¿Por qué?

— ¿Por qué qué?

La voz de James es tranquila. No la de Morgane, que parece al borde de la histeria.

— ¿Por qué mentiste? Esa es la verdadera pregunta, Morgane. ¿Por qué?

— ¡Yo no sé!

Creo que las paredes van a temblar.

— Creo que sí lo sabes, le contradice James.

Parece un poco suicida, o totalmente inconsciente. Ella va a acabar estrangulándole.

— ¡Te equivocas!

Noto que conmigo es mucho más vulgar que con él.

— ¿Has mentido a todo el mundo, no? Ninguno de tus amigos conoce la verdad sobre tus padres.

— ¿Y eso? ¡No necesitan saberlo!

— ¿Pero por qué ocultarlo?

— ¡No. Lo. Sé!

Es seguro: ha cogido un cuchillo de cocina y está a punto de rajarlo. Lo encontraremos mañana, bañando la acera con su sangre. Si le queda tiempo, escribirá "Morgana me mató", sin faltas, porque aunque muera no olvidará la gramática. ¡Qué tipo!

En lugar de gemidos moribundos, llegan sollozos. Morgana ha cedido. Y palabras de consuelo de James atraviesan el muro. Me siento de pronto incómoda. No debería estar escuchando esto.

Entonces aparto la oreja del muro y bajo del sofá, un poco avergonzada.

Capítulo 19 - ¡Huye, vieja cabra!

Es una tontería, pero estoy un poco emocionada. Me siento rara. Es como si estuviera a punto de recibir una medalla, una condecoración o tal vez un trofeo. La multitud está eufórica. Es una pequeña victoria para ellos, pero una gran victoria para mí. Eduardo me tiende el rotulador:

— El honor es suyo, Clara.

Madame Flaubert asiente con la cabeza, lo que casi hace que su sombrero de plumas se caiga.

Con el corazón latiendo a toda prisa, cojo el bolígrafo. ¿Quién habría pensado que llegaría tan lejos? ¿Quién habría imaginado que, solo unos meses después de dejar París, sería capaz de ayudar a los demás de nuevo? Y, sobre todo, ¿quién habría creído que podría sentirme útil y orgullosa de ello? Desde luego, yo no.

Sonriendo, marco la casilla. Ya está, es oficial, ¡hemos cumplido la misión! James entrega las tarjetas de felicitación a Madame Flaubert, quien las observa detenidamente. Lleva lentes de contacto de colores. Un destello de sorpresa brilla en sus iris violetas. No apartamos la vista de ella mientras examina nuestras creaciones con atención. Esperamos su reacción. No soy la única nerviosa: Eduardo se retuerce las manos con inquietud. Hay que decir que nuestras tarjetas están lejos de ser profesionales... Solo James permanece impasible y seguro de sí mismo. ¿Es que nunca duda de él mismo?

— Bueno, vuestras tarjetas son muy...

Estamos pendientes de sus labios.

— ...¡muy atípicas! Pero es perfecto: se nota que habéis dedicado tiempo a hacerlas, y siempre es muy conmovedor saber que alguien se ha esforzado por nosotros.

Sonríe, y nosotros también. Eduardo lanza una mirada amable a James, quien le aprieta el hombro con afecto.

— Ha sido un buen trabajo —comenta James cuando Madame Flaubert se aleja un poco.

— En efecto —aprueba Eduardo, orgulloso como un pavo real—. Formamos un buen equipo.

Asiento con la cabeza. Tengo un nudo en la garganta. Los dos hombres me incluyen en su dúo con una sencillez que me conmueve. El sentimiento de pertenecer a su pequeño grupo me remueve por dentro.

— ¿Todo bien, Clara? —pregunta Eduardo, percibiendo mi cambio de humor.

Me esfuerzo por sonreír.

— Quería daros las gracias —digo—. Gracias por vuestra acogida y por esta velada.

James parece sorprendido. Eduardo asiente con la cabeza y me dedica una cálida sonrisa.

— He cambiado la cita —suelta James de repente—. En mi pared. Me hizo pensar en ti, Clara. Deberías venir a verla.

Lo miro. Está serio. Trago saliva con dificultad. ¡Dios mío, ¿me está tirando los tejos?! ¿Es una forma de invitarme a tomar algo? ¡No estoy preparada para esto! A pesar de mis intentos por olvidar la conversación con mi hermana, sus hipótesis descabelladas me han calado hondo. Ella me habla de ligar con James, tal vez él piense que puede conquistarme. Yo, que nunca lo había visto de esa manera, de repente desconfío. No había considerado que pudiera plantearse tener conmigo una relación más allá del vecindario, o, como mucho, de la amistad.

— ¿Otro día, tal vez? —balbuceo—. ¡Tengo que irme, voy a llegar tarde al colegio!

James pone una cara extraña. Eduardo parece pensativo. Me escapo sin mirar atrás, pero aún tengo tiempo de oír el comentario perplejo del anciano:

— ¿Los niños van al colegio los miércoles por la tarde?

***

— ¿Claire? ¿Clara? ¿Cómo era? ¿Claire? ¿Clarine?

Me lleva unos segundos entender que esa lista de nombres femeninos va dirigida a mí. Con la bolsa de la compra bajo el brazo, me doy la vuelta. Al ver a mi interlocutora, reprimo un suspiro.

— ¡Clarine, qué alegría volver a verte, hija mía!

¿Clarine? ¿Hija mía? Parpadeo y trato, en vano, de mostrar una expresión algo más amable.

— Es Clara —corrijo.

Josiane, la odiosa mujer del salón de peluquería, ignora mi comentario con un gesto de la mano.

— ¿Cómo estás?

La pregunta podría parecer amable si no estuviera sazonada con una buena dosis de condescendencia y una pizca de curiosidad malsana.

— Muy bien, gracias, ¿y usted?

— Entonces, ¿qué tal en la Residencia de los Ricochets? ¿Te estás acostumbrando?

Hay una nota de desprecio en su voz que me pone los pelos de punta.

— Perfectamente.

— ¿Y los demás residentes? —insiste—. ¿No son demasiado... ya sabes?

— No, no sé —respondo fríamente.

— Bueno, para aceptar un arreglo así... En fin, supongo que tienen poco dinero o son extremadamente tacaños. No debe de ser fácil vivir con vecinos así... ¡Pobrecita, te compadezco! Y esa Madame Flaubert... Una auténtica desequilibrada, si quieres mi opinión. Algunos dicen que actúa como si su difunto marido —que en paz descanse—aún estuviera entre nosotros. ¿Te lo puedes creer? Pone la mesa para dos, prepara la comida para dos... ¡Pobre mujer! Y ese James, el psiquiatra del centro... Fui a verlo una vez. ¡Qué grosero! Me cobró la consulta para decirme que no tenía nada que decirle a viejas arpías como yo. Y los Laroche, con sus dos niños adoptados...

No debe de ser fácil querer a hijos que no son tuyos, ¿no crees? Bueno, es su problema. Y tú, Claire, ¿qué te trajo aquí?

La miro con los ojos como platos. Nada me había preparado para semejante torrente de odio. ¿Cómo puede ser tan odiosa con personas que ni siquiera conoce? Una rabia sorda me invade. Gente como ella, que se cree por encima de todo y de todos, hay en todas partes, pero esta mujer bate récords.

— Es Clara —repito, helada.

— ¿Qué te trajo aquí, hija mía?

Voy a hacer que se trague su falda larga. Le dedico una gran sonrisa hipócrita.

— ¡El idealismo, por supuesto! Vamos, *querida*, ¿no cree que el mundo sería mejor si nos ayudáramos unos a otros? Hay tantas personas estúpidas en este mundo que solo piensan en sí mismas mientras se ríen de los demás... Si tan solo todos tuvieran el sentido de la solidaridad que tienen los residentes de los Ricochets, ¡el mundo sería tan maravilloso! ¿No está de acuerdo?

La miro directamente a los ojos. Estoy rígida, plantada sobre mis piernas. Parezco segura de mí misma, pero en el fondo, sueño con salir corriendo.

No sabe cómo reaccionar. Tira maquinalmente de su horrible blusa verde mostaza, como si quitara una mota de polvo imaginaria. Espero que no insista ni replique, porque mis piernas tiemblan. Mi corazón late con fuerza.

— Por supuesto —dice finalmente, con los labios apretados—. Me encantaría seguir charlando contigo, hija mía, pero tengo que irme.

Eso es, huye, vieja cabra.

Capítulo 20 - Enterrada hasta el cuello

No sé por qué razón absurda acepté, pero me arrepiento. ¿Qué mosca me picó? ¿Y mis resoluciones, qué? *Demasiado buena, demasiado tonta*. Admito que puede haber excepciones, pero hay que mantener los límites. ¡Se supone que debo negarme a hacer favores, por Dios!

Pero claro, fue Eduardo quien me lo pidió. Con una mirada seria, un aire sombrío, el anciano me pilló desprevenida. Cuando me pidió ayuda, no pude negarme. Además, me permitirá marcar otra casilla en el cuadro. ¡Ya van dos este mes, y octubre apenas ha comenzado! Estaré tranquila durante varias semanas.

Lo que no había previsto es que Eduardo consiguió la ayuda de todos los demás residentes de los Ricochets. Están Eliana y Damien, sus dos hijos también, al igual que James y Madame Flaubert. ¡Y eso no me hace sentir más cómoda! James sabe que le mentí cuando me invitó a su casa, y Madame Flaubert sigue esperando que escriba algo en su tablón.

— ¡Eh, Clara, ¿cómo se llama una pera que se moja? —me grita Zack desde el otro extremo del pequeño huerto.

— ¿Un puerro? —adivino.

— ¡Morgana te lo ha dicho, ¿verdad?! —protesta.

Sonrío, divertida.

— O quizá lo he adivinado sola porque estamos recogiendo puerros, ¡listillo! —responde Morgana—. ¿No puedes guardarte tus chistes malos?

— ¡La mala eres tú! —replica su hermano.

— Un poco de calma, jóvenes —reclama Eduardo.

Sentado en una silla de plástico, el anciano nos supervisa a todos. Con un gesto, indica a Morgana que se aleje.

¿Sabíais que existen varios tipos de puerros? Los puerros de invierno, los de verano... y los de otoño, que se recogen en octubre. No es mi único descubrimiento del día: ¡hay un huerto en el jardín de la residencia! Aún no había tenido tiempo de visitar el terreno exterior, lo que explica que nunca lo hubiera visto. Solo Eduardo se ocupa de él, y solo planta puerros de otoño. Cuando pregunté por qué, noté un extraño silencio. Zack se encogió de hombros y soltó:

— Aparte de James y Madame Flaubert, nadie tiene derecho a saberlo.

No me atreví a insistir. Y así es como me encuentro arrodillada en el suelo recogiendo puerros, vestida con un viejo chándal y unas zapatillas. Tengo las manos llenas de tierra, pero el olor de la tierra no es desagradable. Oigo a James charlar con Eliana y Damien, y a Madame Flaubert conversar con Morgana. La joven parece menos agresiva de lo habitual. Ha perdido su energía.

— ¡Vaya festín te vas a dar, Eduardo! —comento para iniciar una conversación.

No me mira. Su rostro se endurece ligeramente, sus hombros se tensan.

— A tu derecha hay más, Clara —dice simplemente con voz fría.

Me inclino para recogerlos, incómoda por su reacción.

— ¡Madre mía! ¡Eres la reina de las meteduras de pata!

Miro a Zack, que se ríe a carcajadas, y frunzo el ceño.

— ¿Qué quieres decir?

— ¡Eduardo nunca come los puerros! —explica el niño, recuperando la seriedad—. Cada año, le ayudamos a plantarlos y recogerlos, pero siempre se deshace de ellos sin probarlos.

Estoy perpleja.

— ¿Quieres decir que los vende?

Niega con la cabeza.

— No, los tira.

Froto mis manos para quitarme la tierra. ¿Se está burlando de mí? Sin embargo, el niño parece muy serio...

— ¿Por qué?

— No lo sé. Solo James y Madame Flaubert lo saben. Nadie más está en el secreto.

El pequeño no sabe nada más. La curiosidad me pica. ¿Por qué plantar puerros si luego los va a tirar? ¿Cuál es el propósito?

— ¿Sabes cuál es la actividad favorita de los puerros? —lanza Zack.

— Ni idea —murmuro, sin prestarle mucha atención, absorta en mis pensamientos.

— ¡Hacer el «puerro»! ¡Obvio!

— Claro —sonrío—. Oye, hay algo que me intriga... ¿Cómo hace Piñón para escaparse todas las noches de su jaula? ¡Y siempre a la misma hora!

Zack tira de un puerro y lo saca de la tierra antes de responder. Me dedica una sonrisa algo traviesa.

— Ese es un gran misterio. Todas las noches, a la misma hora, desaparece. Incluso intenté quedarme frente a la jaula para vigilarlo, ¡pero siempre consigue escaparse!

— Pero, ¿cómo...?

— ¡Nadie sabe cómo! Morgana intentó averiguarlo, estudió la jaula muy de cerca —más cerca y habría tenido que meterse dentro—, ¡y no encontró nada!

Me pregunto si se está burlando de mí, pero llama a su hermana, quien lo confirma.

— Es raro... —comento.

— ¡Ya lo creo! Hablando de cosas raras, ¿por qué evitas a James?

Sorprendida por la pregunta, tiro demasiado fuerte del puerro que intento sacar de la tierra. Con el impulso, caigo de espaldas con un pequeño grito ridículo. A mi lado, Zack se parte de risa. ¿Va a ayudarme a levantarme? No, claro, está demasiado ocupado riéndose.

— ¡Maleducado! —murmuro entre dientes, levantándome como puedo.

He agarrado el puerro, pero mi dignidad, esa, se ha enterrado. Enterrada a seis pies bajo tierra. En primavera, brotará de nuevo, y

no tendré más remedio que desenterrarla como si fuera un puerro.

— ¿Entonces? —insiste el niño, decidido a no soltar el tema.

Le lanzo una mirada fulminante.

— ¿Entonces qué? No lo evito. Te lo estás inventando.

Zack se ríe.

— ¡Sí que lo evitas! ¿Qué te ha hecho?

— No me ha hecho nada, y de todos modos, no es asunto tuyo.

— Un poco sí, sois mis vecinos. Entonces, ¿por qué lo evitas?

— No lo evito.

— ¡Mentirosa! ¡Mentirosa! ¡Mentirosa! —canta.

Me lo voy a cargar, a él o a su conejo mago que se escapa de las jaulas. Lo fulmino con la mirada. Él se ríe tontamente y sigue canturreando «¡Mentirosa!» a pleno pulmón, hasta el punto de que siento que me arden las mejillas. Va a acabar alertando a Madame Flaubert o, peor aún, ¡a James! Pienso en el niño que viene a llamar a mi puerta todas las noches para preguntarme si sé dónde está Piñón. Detrás de su aire inocente de niño modelo, se esconde en realidad un monstruo despiadado.

— ¡Basta ya! —me enfado.

Zack niega con la cabeza.

— Entonces, ¡respóndeme! ¿Por qué lo evitas?

Aprieto los dientes, y él finge tomar una profunda inspiración para volver a cantar.

— ¡Vale, vale, ya está! Cállate.

Sonríe y espera.

— Creo que James está intentando acercarse a mí, y como habrás notado, mi objetivo es mantenerme lejos de la gente —cedo finalmente.

— ¿Acercarse a ti? ¿En plan amigos?

— Sí —digo en voz baja.

No sé mentir. Incluso Zack se da cuenta. Frunce el ceño.

— ¿James te ha tirado los tejos? —pregunta, abriendo los ojos como platos—. ¿En plan cena romántica y todo eso?

Me sonrojo aún más.

— Me propuso ir a ver una cita a su casa.

Zack suelta el puerro que intentaba desenterrar para mirarme con una expresión extraña.

— ¿Y...?

— Y nada, le dije que no, eso es todo.

— Pero qué tonta eres —ríe el niño—. ¡James le propone eso a todo el mundo! ¡Incluso a mí! ¿Qué te crees, que también me está tirando los tejos?

No respondo, atónita.

— James, las citas son lo suyo. Debe de pensar que tienen poderes mágicos o algo así. Las tiene por todas partes, en su casa, en su consulta, ¡en todas partes! Y las cambia según las personas que conoce. ¡Eso es todo! Así que puedes dejar de evitarlo, porque lo único que quiere es ayudar a los demás. Es un buen *samaritano*.

— Buen samaritano —corrijo maquinalmente.

De repente, no deseo otra cosa que transformarme en un puerro, para ser enterrada a seis pies bajo tierra junto a mi dignidad, donde nadie pueda ver mi cara de avergonzada.

Capítulo 21 - Garabatos

Los agradecimientos sinceros de Eduardo, tras nuestra cosecha de puerros, me calientan el corazón. El anciano ha ido a hablar con cada uno, invitándonos a tomar algo en su casa. Es extraño ver cómo la ayuda de los habitantes de los Ricochets parece haberle conmovido, él que debería estar acostumbrado a escribir en la pizarra. Sus ojos brillan más de lo habitual, sus manos tiemblan un poco mientras estrecha calurosamente las de los jardineros por un día. Ante su solemnidad, incluso Zack olvida hacer bromas. Madame Flaubert y James lo monopolizan un momento, hablándole en voz baja. Solo ellos saben por qué nos esforzamos tanto en recoger puerros destinados a ser desechados…

Zack y Morgana no están al tanto, pero parecen decididos a descubrirlo. Agachados detrás del sofá, intentan escuchar la conversación de los tres adultos. Pero, por las muecas que hacen, adivino que la música que James ha subido de volumen se lo impide... Astuto, el psiquiatra. Los padres de los dos traviesos se percatan de repente y los apartan con ceños fruncidos y gestos enérgicos.

— No tienen remedio, estos dos —gruñe Damien.

Al notar mi presencia, se dirigen hacia mí. La discreta Eliana me dedica una pequeña sonrisa y Damien me estrecha la mano.

— ¿Cómo está, Clara? Ya que la veo, tengo que darle esto. Llegó ayer, el cartero confundió nuestros buzones.

El sobre que sostiene no me da buena espina. Aparte de Chloé y mis padres, nadie conoce mi nueva dirección, y así está bien. Tomo el sobre agradeciendo a Damien y lo giro.

En la parte trasera, con una letra diminuta y conocida, un escalofrío me recorre de arriba abajo. Mi corazón se acelera, mis manos sudorosas casi dejan caer la carta.

Sebastien sabe dónde estoy.

Aprieto la carta con todas mis fuerzas, como si quisiera convencerme de que es real. ¿Qué quiere de mí? Fui muy clara al irme. Quería cortar todos los lazos. No volver a verlo, no volver a hablarle.

Y, a pesar de todo, ha vuelto.

— ¿Clara, se encuentra bien?

La voz de Eliana me llega desde muy lejos. Quizás me la estoy imaginando. Lo que no imagino, sin embargo, es esta carta, fría en mi mano, esta carta que él escribió con su pluma de tinta azul, su favorita.

No, no me siento bien. Las emociones que se agitan en mí me marean, exprimen mi corazón como un limón. Me muerdo el labio hasta sentir dolor, intentando contenerlas. El impacto es brutal, devastador. Las lágrimas suben a mis ojos, tomándome por sorpresa. No sé lo que siento, ya no lo sé. Tristeza, rabia, amargura, todo me revuelve, me sacude, siento que pierdo el equilibrio. Mi corazón es un limón, mis piernas se convierten en espaguetis, mi cerebro en puré. En medio del caos, de las preguntas inquietas de mis vecinos, reacciono por instinto.

— Tengo que irme, he dejado el puré en el fuego, se va a quemar —balbuceo, perdida, antes de salir corriendo.

Mi cerebro en puré arde de rabia y angustia, no es una mentira. El torbellino de emociones amenaza con arrastrarme. Al instante siguiente, estoy en casa, en mi apartamento. Me dejo caer en el sofá, abrazando un cojín contra mí.

Tengo ganas de gritar, es más fuerte que yo. Con la cabeza hundida, perdida en la niebla, agarro mi teléfono. Su número se impone en mi mente. Voy a decirle que me deje en paz, que no se acerque más. Voy a ordenarle que desaparezca de una vez por todas, que se largue de mi vida. Marco los números con una mano temblorosa, presiono el botón verde, cuento los tonos.

Y de repente, su voz.

— ¿Hola?

Su voz, tranquila, casi dulce, tan conocida, tan familiar.

— ¿Hola? ¿Hay alguien?

He cambiado de número, no sabe que soy yo. Las palabras se quedan atascadas en mi garganta, me ahogan. Cuelgo sin darme cuenta. La puerta se abre, pero no me importa. Es demasiado tarde, pero las palabras brotan de repente, mientras fulmino el teléfono con la mirada.

— ¿Qué pasa, era demasiado complicado dejarme en paz? ¡Quiero que desaparezcas de mi vida!

Mi grito no parece afectar mucho al teléfono apagado, cuya pantalla permanece obstinadamente negra. Intento calmar mi rabia, controlar mi tristeza, olvidar que, a pesar de todo, lo echo de menos. Es inútil.

— ¿Clara?

Doy un respingo. James ha entrado. Me mira con sus ojos de un azul profundo y tan sereno, como el océano en un día de verano.

— ¿Tienes té? —pregunta simplemente.

Lo miro fijamente. Me seco las lágrimas con una mano vacilante, de repente horrorizada por el espectáculo que debo ofrecer. No parezco nada, podría confundirme con una fregona.

— Toma —dice, tendiéndome un pañuelo—. Vuelvo en dos minutos.

Y desaparece en mi cocina. Miro la carta, caída a mis pies. La violencia de mi reacción me sorprende a mí misma. Terriblemente avergonzada, me deshago como puedo del maquillaje corrido en mis mejillas. James regresa, una taza en cada mano, y me tiende una sin decir nada. Inhalo maquinalmente el aroma del té.

Se sienta a su vez en un sillón frente a mí. Su mirada recorre mi salón, detallando mi hogar. Me resulta extraño. Aparte de Madame Flaubert, nadie ha entrado aquí antes.

— Gracias —murmuro, sin atreverme a mirarlo.

No dice nada, siento su mirada pesando sobre mis hombros. Se inclina, recoge la carta y la coloca en la mesa de centro. Su seriedad

no deja lugar a dudas: ya no estoy frente al vecino, sino al psiquiatra.

— ¿Te sientes mejor?

Aprieto la taza entre mis manos y asiento vagamente con la cabeza.

— ¿Quieres hablarme de esa carta?

Su voz es suave, tranquila, reconfortante. Su mirada me envuelve y, por un instante, me siento como en un capullo, a salvo.

— No, no es nada. Estoy bien.

Mi voz es seca pero temblorosa. Nada convincente. No me siento bien, ni de lejos. Las lágrimas han desaparecido tan repentinamente como llegaron, pero quedan la tristeza, la angustia y la rabia, mis tres mejores amigas. Seb ha barrido todas mis certezas, ha arruinado mi vida en París. Quizás no de forma intencionada, pero ¿qué importa? Por su culpa, lo perdí todo. Y ha vuelto, probablemente dispuesto a destrozar mi existencia de nuevo. Tiemblo. Ojalá nunca hubiera visto su letra en el sobre, nunca hubiera ido a vivir con él. Ojalá pudiéramos retroceder, aquí y ahora, y que esa maldita carta nunca hubiera llegado.

— Es tu decisión, Clara. Sin embargo, hablar suele aliviar mucho. Sea cual sea tu carga, no tienes que enfrentarte a ella sola.

Es tan seguro de sí mismo, tan lleno de esa tranquila confianza, que cualquiera le daría la absolución sin confesión. Me muerdo los labios.

— Es complicado… —susurro, perdida.

— Entonces, explícamelo.

Cruzo mi mirada con la suya. No logro leer nada en sus ojos. Es impasible, tranquilo, sólido.

— La carta… —murmuro.

Me la tiende. La tomo con una mano vacilante mientras él me interroga con la mirada. No consigo abrirla. ¿Qué habrá dentro? ¿Y si Sebastien me anunciara que viene aquí? ¿Qué hacer?

— Se llama Sebastien. Él… Es mi…

Mi voz se quiebra. El rencor y la rabia me impiden pronunciar esa palabra en voz alta. ¿Puedo siquiera seguir considerándolo como tal, después de todo lo que ha pasado? ¿Tengo siquiera elección?

— Siempre quise que me quisiera. Al principio, pensé que sería sencillo, innato, y luego entendí que no sería así. No era como los demás. Pero no quería rendirme…

Reprimo un profundo suspiro. Nunca se lo he contado a nadie, ni siquiera a Chloé.

— Entonces lo intenté una vez más. Chloé me dijo que no funcionaría, pero no quise escucharla. Y durante un tiempo, lo creí. Pensé que lo había conseguido, me convencí de que finalmente me quería. Pero en realidad…

Dudo. Estoy llegando al punto de no retorno de la historia, al principio del final.

— ¿Pero en realidad?

— No me quería, no de verdad. Se aprovechaba de mí, sin siquiera darse cuenta. Puso a mis propios colegas en mi contra. Probablemente no fue intencionado, pero… Y como si eso no fuera suficiente, me hizo perder mi trabajo para quedarse con él…

Lloro de nuevo. Pensándolo bien, James no me tomará por una fregona, sino por una manguera. Me seco rápidamente las lágrimas que corren por mis mejillas e inspiro profundamente.

— ¿Por eso viniste aquí?

Asiento. Huí, me fui lejos, lo más lejos posible de él, sin dejar rastro. Pero me ha encontrado.

— ¿Lo conoces desde hace mucho?

Parpadeo.

— Casi desde siempre. Pasé años cuidando de él, esperando que se dignara a quererme un poco. Lo sabía, lo sabe, pero no cambia nada…

James no aparta la mirada, realmente atento. Trago saliva con dificultad. ¡Qué dolorosos son estos recuerdos!

— Solo quería que me quisiera… ¡Qué tonta fui!

— No podías saberlo.

James abandona su sillón para sentarse a mi lado.

— Clara, no tienes nada de qué culparte.

— Debería haberlo entendido mucho antes. Chloé me lo advirtió, sin embargo. Pero estaba cegada por mi deseo de acercarme a él, y al final… Al final, lo perdí todo.

— ¿Lo perdiste todo? —repite James con su voz de psiquiatra.

— Mi trabajo —enumero con amargura—, mis colegas y amigos, mi vida en París, ¡todo!

— Pero te levantaste. Te construiste una nueva vida aquí. Pocos habrían encontrado la fuerza para hacerlo.

— Y ahora, ha vuelto —continúo sin escucharlo—. Va a arruinarlo todo otra vez…

— ¿Qué podría arruinar?

La pregunta de James flota un instante entre nosotros. Lo miro, clavo mis ojos en los suyos, reconfortantes y cálidos.

— ¡Todo!

— ¿Todo qué?

Coloca su mano sobre la mía. Siento el calor de su piel calentando la mía, helada. Me ancla en el presente, me impide ahogarme en el pasado.

— Eduardo, Madame Flaubert, mi apartamento, los Laroche, tú, mis colegas, los niños de los que me ocupo, mi trabajo, ¡todo! — exclamo, liberando bruscamente mi mano.

Me levanto, incapaz de quedarme quieta.

— ¿Cómo podría arruinar todo eso? Los lazos que has tejido con los habitantes de los Ricochets, con tus colegas o con los niños son reales, Clara. No desaparecerán porque Sebastien lo decida. Ten confianza —susurra mi vecino, agarrándome por los hombros y acercándose para mirarme a los ojos—. Ten confianza en ti misma y confía en quienes te rodean.

Quisiera apartarme, impedirle leer todos estos miedos en mí, ocultarle mis debilidades. Pero no tengo fuerzas. En su rostro, leo mucha compasión, comprensión. Creo que, si no estuviera atrapado

por su profesión, me abrazaría. Pero es psiquiatra, yo soy como su paciente, no sería correcto.

— No arruinará nada, Clara —insiste—. No dejes que te haga más daño.

Me aparto suavemente y me giro hacia la carta. La tomo con delicadeza.

— ¿Quieres que te deje sola?

Dirijo una mirada algo perdida hacia mi vecino. De repente, me imagino sola en este apartamento, abriendo la carta de alguien que nunca me quiso. Niego con la cabeza.

— No —murmuro, dejándome caer en el sofá—. Quédate. Por favor.

— No voy a ninguna parte —promete, sentándose a mi lado.

Abro el sobre. Dentro, una carta manuscrita. James me la sostiene. Dudo. Me anima sin decir una palabra.

Con el corazón latiendo a toda velocidad, me obligo a bajar la mirada hacia los garabatos tan conocidos. Me imagino a Seb escribiéndolos, aplicado, concentrado. ¿Le costó tanto encontrar las palabras como a mí leerlas?

Leo sin moverme. Incluso después de terminar, permanezco inmóvil, algo aturdida. James duda. Luego pasa un brazo alrededor de mis hombros y me atrae hacia él. Le dejo hacer. Me abraza, y yo no me muevo. Siento su fuerza y su calor, me calma.

Mi respiración se serena lentamente. James permanece en silencio. Me concentro en su cuerpo contra el mío, la suavidad de su jersey azul, su aliento cálido en mi cuello. Sin él, Sebastien me habría devuelto al pasado. Los recuerdos habrían sido implacables. Pero James los mantiene a raya. Los aleja.

Me impide hundirme.

Clara,

Hablé con Chloé. Me hizo darme cuenta de algunas cosas. No quería herirte. Sin embargo, lo hice, y lo siento.

Puedes culparme, pero ambos sabemos que no soy el único responsable. Hice esfuerzos, Clara, y lo sabes. Lo intenté. No

funcionó.

Admito que no me comporté bien contigo. Me apoyé en ti, no debería haberlo hecho. No fue correcto. Pero deberías haberme puesto límites, Clara, sabes muy bien que a menudo me cuesta marcarlos yo mismo. Sin embargo, no lo hiciste. Me dejaste ir cada vez más lejos. Siempre lo has hecho, y sabes que nunca me doy cuenta...

En cuanto a lo que pasó con tu trabajo... Honestamente, ¿no es mejor así? Actué en el interés de todos. Tomé la mejor decisión para los niños, Clara, como siempre lo has hecho tú. ¿Lo entiendes? Ya no eras feliz, estabas distante con los niños, en otro lugar. No podía continuar.

Espero que tu nuevo apartamento y tu nuevo trabajo en el sur te sienten mejor. Espero que seas más feliz allí. Te lo deseo.

Lamento que todo terminara tan mal. Pero al menos lo intentamos. Y no te preocupes, nos volveremos a ver, no hay otra salida. Cuenta conmigo para ir a verte algún día. Creo que necesitamos hablar cara a cara.

Nos veremos pronto,

Sebastien

Capítulo 22 - Para evitar un enfrentamiento

Sin James, nunca habría encontrado la fuerza para ir a trabajar, y mucho menos para quedarme a la reunión de padres y profesores. He vivido este día como en una niebla. Hablaba mecánicamente con los niños, anotaba sus ideas para la obra sin pensar, las reformulaba sin reflexionar. Un auténtico robot.

Sin embargo, volver a ver a mis tres alumnos me ha hecho bien. Concentrarme en ellos y no en mí, en sus problemas y no en los míos. Pero creo que han notado que algo no iba bien.

— ¿Estás bien? —me murmuró incluso Anaé, sin que yo le pidiera explícitamente que hablara, lo cual es un avance.

Asentí pensando que estaba progresando. Lástima que para eso yo tenga que sentirme en el fondo del pozo. Los niños se mostraron sorprendentemente más cooperativos de lo habitual. Por un instante, incluso creí que Liam iba a hablarme. Pero no, no hay que exagerar. Se limitó a dirigirme una tímida sonrisa.

Mis colegas, por su parte, atribuyeron mi abatimiento a la reunión que se avecinaba por la tarde. Éric me aseguró que todo iría bien, con una calma que me recordó a la de James. Marc me soltó:

— Relájate, generalmente, más o menos todo sale bien. Siempre hay algunos padres que tienen algo que criticar, pero francamente, si no están contentos, que se pongan en nuestro lugar un día, ¡y ya veremos si sobreviven!

Lea le dio un codazo, poniendo los ojos en blanco, y me sonrió.

— Yo también estaba nerviosa en mi primera reunión —me confesó—, pero los chicos tienen razón, todo saldrá bien. Si hay algún problema, llama a Éric, sabe cómo manejar los conflictos.

Eso no me tranquilizó mucho. Si están tan seguros de los dones de Éric para evitar enfrentamientos, será porque debe usarlos a menudo, ¿no?

— Además, tienes diez veces menos padres que nosotros —añadió Marc—, ¡así que relájate!

Más fácil decirlo que hacerlo. Y aún menos ahora que estoy sentada en mi escritorio, esperando a los padres de mis tres alumnos… No puedo evitar imaginarme todo tipo de escenarios catastróficos. Quizás ni siquiera vengan, y me pase aquí toda la tarde esperando a gente que no quiere verme. O que lleguen furiosos porque sus hijos no han hecho progresos más evidentes. Quizás incluso se quejen a la directora y no necesite a Sebastien para perder mi trabajo, o tal vez…

— ¿Señora Delatour?

Sacada de mis pensamientos, levanto la cabeza hacia una mujer de baja estatura subida en unos altos tacones.

— Soy la madre de Anaé —se presenta.

Le estrecho la mano y le indico que tome asiento.

— Gracias por venir —comienzo, con las manos sudorosas.

Tiene el cabello rubio de su hija y el mismo aire tímido.

— Acabo de hablar con su maestra, quien me dijo que Anaé está progresando gracias a usted —me asegura la madre.

Me sonríe.

— Yo también creo que Anaé se expresa un poco mejor —confirmo —. Me preguntaba… ¿Sabe por qué odia tanto hablar?

La madre de mi alumna asiente con la cabeza, su largo cabello ondulando tras ella.

— Siempre ha sido muy tímida. Yo también, de hecho, al igual que su padre. Mi exmarido y yo odiamos hablar en público, ¡y creo que se lo hemos contagiado!

— ¿Siempre ha sido tan callada? Incluso cuando estamos solo los cuatro por la tarde, apenas pronuncia unas palabras…

— Bueno…

Parece un poco incómoda. Duda, la animo con la mirada.

— Creo que empeoró cuando su padre y yo nos divorciamos — suspira—. Le costó mucho aceptarlo. Se negó a dirigirnos la palabra

durante varios días. A partir de ese momento, habló cada vez menos en clase y se volvió más y más discreta.

Asiento con la cabeza, empezando a entender mejor la actitud de mi joven alumna.

— Las separaciones siempre son un momento difícil para los niños, pero Anaé parece estar mejorando. ¿Ha mencionado la obra que estamos preparando? Espero convencerla de que hable lo suficiente para actuar.

— Yo también la animaré —promete.

— ¿Ve a menudo a su padre?

— No tanto como me gustaría, pero me aseguraré de que asista a la obra.

— Es una muy buena idea —aseguro.

Cuando sale de mi clase, me siento más ligera. Mientras espero a los padres de los dos chicos, me levanto para estirar las piernas. Los niños han ordenado sus mesas para la reunión, incluso he barrido rápidamente la sala para que todo esté perfecto. La pizarra no ha sido borrada, a propósito, para que los padres puedan echar un vistazo a nuestro trabajo.

La siguiente en cruzar mi puerta no es otra que Madame Dartran, la directora.

— Buenas tardes, Clara —me saluda—. He recibido un correo de los padres de Liam, no hace falta que los esperes.

Me tiende una hoja impresa doblada en cuatro. La desdoblo y leo rápidamente el mensaje.

— ¿No vienen porque han decidido que Marc y yo no somos lo suficientemente eficaces? —suelto, atónita.

— Los padres de Liam siempre han sido muy exigentes —suspira la directora—, y nos hacen lo mismo cada año.

Frunzo el ceño.

— ¿Y con su hijo? ¿Son igual de exigentes?

Se encoge de hombros.

— ¡Quién sabe! Evitan todas las reuniones, fiestas, ¡todo! No cuentes con ellos: nunca vendrán a ver la obra.

Asiento lentamente, un poco aturdida. ¿Qué padres no asisten a ningún evento, especialmente algo tan importante para su hijo como esta obra?

Todavía estoy rumiando mi enfado contra los padres de Liam cuando llegan los de Maxime. El padre y la madre, ambos muy elegantes, parecen venir de una gala o un baile… La madre lleva un vestido negro largo muy sobrio, el padre luce un traje a medida.

— Encantado de conocerla, señora Delatour —comienza el padre —. ¿Qué nos dice de Maxime?

— ¿Está progresando? —añade su madre, con aire preocupado.

— Bueno, diría que sí. Está muy involucrado en la obra de teatro. Sigue siendo lacónico, pero estoy segura de que para el gran día actuará perfectamente.

— Su maestro nos dijo que efectivamente habla más —me confía su padre.

Sonrío. ¿No podían Éric y Marc decírmelo a mí también, en lugar de dejarme descubrirlo esta noche?

— No me sorprende, está cada vez más cómodo con nosotros por las tardes.

Dudo un instante antes de continuar:

— ¿Puedo preguntarles si saben por qué es tan reacio a formar frases?

Sus padres intercambian una mirada algo sorprendida.

— Me temo que no —lamenta su padre—. Maxime es igual de poco hablador con nosotros que en la escuela. No nos cuenta mucho.

— ¿No ha pasado nada que pudiera provocar un cambio?

— No lo creo, no.

Asiento, decepcionada. Esperaba aprender más, como con Anaé, pero siento que los padres de Maxime dicen la verdad.

***

— ¡Clara! —me llama Marc cuando estoy a punto de salir de la escuela.

Me doy la vuelta. Acompañado de Éric y Lea, se dirige hacia mí.

— ¡No puedo creer que lo hayan hecho otra vez! —explota cuando llega a mi altura—. ¿Madame Dartran te mostró el correo? ¡Qué pedantes! ¡No tienen ni idea del trabajo que tenemos con Liam! Nosotros, al menos, nos comunicamos con él. Porque nadie me va a hacer creer que se han molestado en comprarle una pizarra para casa, ¡si ni siquiera son capaces de venir a las fiestas escolares!

Exhala ruidosamente por la boca, furioso.

— Cada año es lo mismo —suspira Lea.

— ¿Nunca han venido a ninguna reunión?

— Nunca —lamenta Éric, sacudiendo tristemente la cabeza—. Me temo que no se sienten muy implicados con la escuela.

— Pobre crío —deja escapar Marc, lo que me sorprende un poco.

Marc rara vez parece compasivo. La mayoría de las veces, se burla del mutismo de Liam. Sin embargo, en este momento, entiendo que iría gustosamente a amenazar a los padres del niño para que vinieran, si pudiera.

— No podemos rendirnos —dice Éric con el aire de un general cuidando de sus tropas—. El pequeño necesita ayuda, y si sus padres se niegan a verlo, nosotros podemos ayudarle.

— Es cierto —añade Lea—. Por cierto, Clara, quería felicitarte: todos tus alumnos parecen más cómodos desde que los atiendes.

— Estás haciendo un buen trabajo —confirma Éric.

Una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios. Quizás James tenga razón. Quizás Sebastien no pueda quitarme todo esto. Quizás lo que he construido aquí, con mis colegas y mis vecinos, esté realmente fuera de su alcance.

Capítulo 23 - Dibujar una sonrisa

Hace ya una semana que recibí la carta de Sebastien. Una semana preguntándome si se le ocurrirá venir aquí, ahora que tiene mi dirección. Por las mañanas, al despertar, estoy a punto de comprobar si la puerta está cerrada con llave, lo cual es ridículo, porque Seb no sabe forzar cerraduras, ¡gracias a Dios! En cualquier caso, no pienso permitir que ponga un pie en mi casa. De hecho, estoy lista para esconderme bajo la mesa si llego a verlo por la ventana.

Sé que es una tontería. Si quisiera venir, lo haría directamente, no entrando por la ventana ni por los conductos de ventilación, aunque a veces me planteo bloquearlos por precaución. No le tengo miedo, no. Sé que nunca me haría daño intencionadamente. Pero también sé que, sin querer, sin siquiera darse cuenta, podría destruir la poca confianza que he logrado recuperar, arrasar mis resoluciones de no dejar que nadie me pisotee de nuevo.

Desde mi huida de casa de Eduardo, que no pasó precisamente desapercibida, todos mis vecinos han venido a preguntar cómo estoy. Eliana y Damien incluso me trajeron una enorme tarta de tomate y un delicioso pastel de chocolate. Zack me ofreció jugar con Piñón, pero abandonó la idea al ver mi mirada poco entusiasta y mi sonrisa forzada. Morgana murmuró que estaba contenta de que —cito—«no estuviera muerta» (¡yo también me alegro!). James me pregunta cada mañana cómo estoy y escucha mi respuesta con su habitual atención. La mayoría de la gente hace esa pregunta por cortesía, pero James la utiliza para evaluar el estado emocional de su interlocutor. Extraña costumbre de psiquiatra. También me ha ayudado mucho a preparar el ejercicio de hoy para los niños. Espero que funcione... Eduardo, por su parte, vino a enseñarme fotos de sus nietos, recién publicadas en Facebook por su querida hija. Me conmueve. Incluso Madame Flaubert apareció, para quejarse de que

no había escrito nada en su tablón. Cambié de tema con la sutileza de un elefante en una tienda de porcelana, y ella lo notó como si fuera el elefante mismo.

Para distraerme, he estado reflexionando mucho sobre la idea que me dio Chloé: hacer reír a los niños. Al fin y al cabo, ¿por qué no?

Por eso, ahora, de pie frente a mis tres alumnos, tomo una discreta inspiración antes de observar sus reacciones.

— Estúpido —suelta Maxime, siempre tan directo.

No voy a dejarme desanimar por tan poco. Ante las miradas perplejas de los niños, escribo en la pizarra las tres palabras que acabo de pronunciar: «Yoga de la risa».

«*¿Eso existe?*», escribe Liam en su pizarrita.

Asiento con la cabeza.

— Claro que sí. En 1955, un médico indio de Bombay creó el primer club de yoga de la risa en un parque, con solo un puñado de personas. Hoy en día, se ha extendido por todo el mundo. Los beneficios de la risa están comprobados: reduce el estrés y ayuda a mantener una actitud positiva. Para ello, hay que reír de diez a quince minutos seguidos. También se han desarrollado otras técnicas, como la rigología, que combina el yoga de la risa con otras disciplinas. ¡Incluso tienen un nombre los que lo enseñan: rigólogos!

Las caras de los niños son escépticas. Les cuesta creerlo.

— Además —añado—, Spinoza dijo: «Si quieres que la vida te sonría, primero lleva tu buen humor a ella».

— ¿Quién? —pregunta Maxime.

— Spinoza. Pero esa no es la cuestión.

Quizá debería haber pedido más detalles a James...

— Para empezar, vamos a ver un vídeo para que os hagáis una mejor idea de lo que vamos a hacer.

Siguen diez minutos de silencio absoluto, durante los cuales mis alumnos no esbozan ni una sonrisa, mientras las personas en la pantalla ríen a carcajadas. Al final del vídeo, no les pregunto qué opinan. Es evidente en sus caras: les parece completamente absurdo.

— ¡Ahora nosotros! —digo, intentando compensar su falta de entusiasmo—. Todos de pie, ¡vamos! Formemos un círculo en el centro de la clase.

Obedecen arrastrando los pies. Si fueran más habladores, estoy segura de que se quejarían.

— ¡Bien! Ahora, todos vamos a dibujar una sonrisa en nuestro rostro. ¡Vamos, dadme una bonita sonrisa!

Lo intentan. No es muy convincente. Maxime da miedo, Anaé parece estar haciendo una mueca.

— De acuerdo —murmuro—. Ahora dejad de sonreír. ¡Hop!

Eso lo hacen sin problema...

— Y... ¡Sonreíd otra vez! ¡Vamos!

Obedecen a regañadientes, intercambiando miradas perplejas.

— Y parad. Y volved a sonreír. Y parad. Y volved a sonreír. ¡Más rápido! ¡Parad! ¡Sonreíd! ¡Parad! ¡Sonreíd!

Acelero tanto que les cuesta seguir el ritmo. La sonrisa de Maxime se relaja, la de Liam se vuelve más sincera. Anaé sonríe de verdad. Cuanto más acelero, más parecen divertirse. Completamente perdida, la niña se detiene y suelta una risita, tapándose la boca con las manos.

¡Un punto para mí!

Liam y Maxime, por su parte, se mantienen firmes. A juzgar por las miradas que se lanzan, están en plena competición. No era lo que tenía planeado, pero no importa. Acelero aún más mis instrucciones.

— ¡Sonreíd! ¡Parad! ¡Sonreíd! ¡Parad! ¡Parad!

Dos veces la misma orden. No se lo esperaban, y los dos chicos sonríen tontamente hasta que procesan la información. ¡Demasiado tarde! Anaé los mira con diversión, Maxime parece incapaz de dejar de sonreír. Liam me mira y hace un gesto circular con la mano.

— ¿Otra vez? —traduce Maxime.

— ¡Sí! —responde Anaé, molesta por haber perdido tan rápido.

— ¿Estáis listos?

Sus miradas decididas hablan por sí solas.

— Entonces, ¡sonreíd! ¡Parad! ¡Sonreíd! ¡Parad! ¡Sonreíd! ¡Parad!

Están completamente entregados. Mi trampa anterior los ha vuelto desconfiados, pero la monotonía de la nueva rutina que les impongo los adormece. Me gustaría intentar algo, pero temo la reacción de Liam. Sin embargo, James me aconsejó tratarlo como a los demás niños. No interrumpir un ejercicio porque él se niegue a hablar. Según él, si Liam no quiere hacerlo, no lo hará. Por otro lado, siento que lo estaría engañando...

— ¡Sonreíd! ¡Parad!

Hay otras formas de conseguir que emita un sonido sin que se dé cuenta. No quiero forzarlo. Así que continúo, hasta que Anaé, la menos concentrada, pierde el hilo de nuevo. Esta vez, se ríe de verdad. Doblada de la risa, la niña tiene dificultades para recuperar el aliento.

Sonrío. Nunca la había oído reír tan fuerte. Parece liberada.

Finalmente, es Liam quien gana la reñida batalla, cuando Maxime se rinde soltando una carcajada.

— ¡Ha sido mejor! ¿Y si pasamos a otro ejercicio? Vais a caminar por la sala al azar, y cada vez que os crucéis con alguien, le dedicáis una gran sonrisa. Incluso, si queréis, podéis soltar una pequeña risa.

Como esperaba, este ejercicio les gusta menos. Sin competición ni un objetivo claro, es menos divertido. Aun así, participan, y Anaé y Maxime incluso dejan escapar pequeñas risas de saludo de vez en cuando. Las de Anaé son apenas audibles, pero ahí están. Liam, en cambio, no emite ni un sonido.

— ¡Último ejercicio por hoy! Seguid caminando, voy a nombrar una parte del cuerpo, y tenéis que intentar tocarla en el mayor número de personas posible. ¡Y ojo, yo también juego!

Mis alumnos están un poco perplejos, pero no sé si es por la consigna o por mi anuncio de que participaré.

— A mi señal... ¡Tocad el mayor número de codos posible! ¡No olvidéis contar!

La competición les motiva. Tres niños decididos corren por toda la sala tocándose los codos.

— Vale, vamos a complicarlo un poco... Ahora, tocad codos, ¡pero solo con vuestros codos!

Los observo. Todos parecen relajados y felices. Me conmueven. Recuerdo las palabras de la madre de Anaé, sus confidencias sobre el divorcio. Me gustaría hablar con la niña sobre ello.

Maxime y Anaé ríen de verdad. Se divierten. Anaé ya no teme hacerse oír, siempre que no sea hablando. Liam, por su parte, aunque parece disfrutar del momento, no emite ni la más mínima risita. ¿Qué hacer con él? ¿Cómo lograr que se suelte?

Al final, los tres pequeños, exhaustos, se dejan caer en sus sillas. Hacemos el recuento:

— ¡21! —exclama Maxime, muy orgulloso.

— 23 —susurra Anaé.

No sé si es mi imaginación, pero me parece que habla un poco más alto de lo habitual.

«*28*», escribe Liam en su pizarrita, con una gran sonrisa.

— Has ganado —constata Maxime, abatido.

Anaé levanta ambos pulgares hacia el ganador del día.

— Enhorabuena a todos, ¡lo habéis hecho muy bien! Ahora volvamos a la obra.

Tomo una profunda inspiración. Es hora de abordar el tema espinoso.

— Sabéis que los tres cerditos tendrán que hablar un poco, ¿verdad?

Liam cruza los brazos, Anaé pierde su sonrisa, Maxime se encoge de hombros.

— Sé que no queréis, pero no tenemos elección. Tendremos que esforzarnos, porque el gran día se acerca...

— No puedo —murmura Anaé—. Habrá demasiada gente...

Apenas puedo oír su vocecita.

— Se reirán —añade Maxime, con la mirada sombría.

— ¿Reírse?

— ¡Burlarse! —grita el niño, levantándose de golpe.

— ¿Por qué?

Maxime se encierra en su silencio. Busco una respuesta en las caras de los otros dos, pero Liam y Anaé no me son de ayuda.

— Me da miedo cuando hay mucha gente —añade Anaé, en un susurro.

— Lo sé. A mí también —confieso en voz baja—. Odio hablar en público, pero esta vez será diferente. Estaremos los cuatro en el escenario, lo cual ya es tranquilizador, ¿no? Y además, estaremos interpretando un papel. Es como si habláramos sin ser nosotros mismos...

— Igual se reirán —me contradice Maxime sin mirar a nadie—. Como siempre.

— ¿Qué quieres decir?

— Nada. Da igual.

— Maxime...

Me lanza una mirada oscura en la que percibo mucha tristeza. Liam lo observa con atención. Esa angustia silenciosa, creo que él también la ha notado. Se muerde los labios, y una chispa de ira pasa por sus ojos. Una ira que, sin embargo, no parece dirigida hacia Maxime...

«*Todo irá bien*», promete en su pizarrita.

Maxime aprieta los dientes.

— ¿Ah, sí? Te recuerdo que ni siquiera hablas.

— ¡Maxime! —intervengo, no sin notar que la ira le hace formar frases más largas.

«Hablaré», escribe Liam. «Y Anaé y tú también. Les demostraremos que podemos hacerlo.»

— Pero no podemos —susurra la niña.

Liam se acerca a ella y se agacha para mirarla. La pequeña se muerde el labio, al borde de las lágrimas. «*Claro que sí*», escribe. Luego se gira hacia Maxime: «*Los demás son unos idiotas. No les hagas caso.*»

El mayor del grupo mira la pizarrita con asombro. No estoy segura de entender lo que Liam quiere decir, pero creo que conoce la razón de las frases tan lacónicas de Maxime.

Liam toma su tiza una última vez. Levanta la pizarrita para que podamos leerla, con el rostro más decidido que nunca. «*¡Les demostraremos de lo que somos capaces, a todos esos cretinos!*»

Está muy bien, pero primero tendrás que decidirte a hablar durante los ensayos...

Capítulo 24 - Pobre ingenua

Aún no hay noticias de Sebastien. Cuando le hablé de la carta a Chloé, lo llamó de todo menos bonito. Y planteó la pregunta fatídica: ¿cómo consiguió mi dirección? Solo hay tres personas que la conocen: Chloé y mis padres.

Y a pesar de todas mis buenas resoluciones, me cuesta mantener la calma ante la reacción de mi madre...

— ¡Así que al final te escribió! —se alegra por teléfono—. Sabía que acabaría haciéndolo. ¡Ya ves, no todo está perdido!

— ¿No perdido? ¡Mamá! ¡Me hizo perder mi trabajo para quedarse con él! ¡Se aprovechó de mí!

— Lo conoces, cariño. No siempre se da cuenta de las consecuencias de sus actos...

Mi mirada recorre furiosa la habitación. Necesito aire. Con el móvil en la mano, bajo las escaleras hasta llegar al jardín de la residencia. Excepto para recoger puerros, nunca había venido aquí. El aire fresco me sienta bien. Aclara mis pensamientos, aunque no disipa la rabia que crece.

— Sabía perfectamente lo que hacía —replico, con la voz vibrando de indignación.

— Todos cometemos errores...

— ¿Por qué lo defiendes tanto? ¡Por Dios, mamá, sabes lo que me hizo!

— Cariño...

— Fuiste tú quien le dio mi dirección, ¿verdad? ¡Cuando te rogué casi suplicándote que no lo hicieras!

— Te echa de menos, mi niña. Sonaba tan triste por teléfono... Tu padre estaba en contra, pero yo me dejé conmover...

Inspiro bruscamente. No hace tanto, yo era como mi madre: capaz de encontrar excusas para cada uno de los actos de Sebastien.

Ahora, su reacción me llena de una rabia feroz.

— Escúchame bien, mamá: no quiero verlo, no quiero hablar con él, y no quiero, sobre todo, que me escriba. Ningún contacto. NIN-GU-NO. Y si no eres capaz de respetar esta decisión, no será solo con él con quien corte la relación.

Mi voz es gélida. Rara vez he hablado así a mi madre, no desde mi adolescencia, cuando me prohibió salir con aquel chico de último curso que me gustaba (yo estaba en tercero, y aunque entonces no entendía su reacción, hoy la apruebo). No sabe cómo reaccionar, lo noto. Duda.

— Bien, tengo que irme. Te dejo para que lo pienses. Adiós.

Y cuelgo con la sensación de ser una hija horrible. Aprieto los dientes. No quiero herir a mi madre ni alejarla de mí. Pero lo que hace... ¿Por qué siempre defiende a Sebastien? Ha sido así desde hace tanto tiempo...

Siento las lágrimas subir a mis ojos. Intento contenerlas centrándome en el jardín. Los rosales que crecen junto al muro. Las hortensias azules y rosas. El cerezo al fondo. En una rama, un pájaro picotea algo. Me seco los ojos húmedos inspirando profundamente. El aire me parece puro, fresco, nada que ver con el de París.

Un maullido me saca de mis pensamientos. Me giro, sorprendida.

— ¿Qué haces aquí, pequeño?

El gatito del estanque me mira con grandes ojos verdes. Está empapado. ¿Otro chapuzón? Maúlla de nuevo antes de lanzarse hacia el cerezo. En cuestión de segundos, está en la cima, mientras el pájaro vuela con un aleteo. El gatito se acerca al extremo de una rama. Mira hacia el suelo. Vuelve a maullar.

— Oh, no —murmuro—, no, no, ¡no hagas eso!

Sé que los gatos siempre caen de pie, pero está muy alto...

— ¡No saltes! Voy a acercarme, ¿vale? Vamos, baja por donde subiste.

— ¡Hola, Clara! —dice la voz de James detrás de mí.

No me atrevo a girarme para responderle. ¿Y si el gato aprovecha para saltar? No me cuesta imaginar al pequeño animal estrellándose

contra el suelo, con las patas hacia arriba.

— ¿Con quién hablas? ¡Oh, un gato! Es monísimo. ¿Qué está haciendo?

Morgana y James se acercan a mí. Ambos llevan botas de plástico, seguramente para no ensuciarse los zapatos en la tierra embarrada. Yo no he tomado esa precaución, y mis botines seguramente no apreciarán la broma... Levantan la cabeza hacia el árbol.

— Otra TS —murmuro.

— ¿Una qué?

— Un intento de suicidio.

— ¿En serio? —reacciona la adolescente—. Pero es un gato, no corre peligro, ¿no?

— Desde esa altura... —empieza James, con tono incierto.

Morgana palidece.

— ¡No podemos dejar que lo haga!

Se acerca lentamente al árbol. El gatito la mira.

— Minino, minino, vamos, ven conmigo. Baja. Ven.

Un maullido lastimero le responde.

— ¡No mires hacia abajo! Minino, vamos, ven.

Mientras habla, Morgana pone un pie en una rama baja y empieza a trepar.

— Morgana... —la advierte James.

— Tranquilo, hago esto todo el tiempo. ¿Podréis atrapar al gato?

Le lanzo una mirada de pánico a James. Él parece bastante tranquilo. ¿Se estará autoanalizando para calmarse?

— ¡Morgana, deberías bajar! —me alarmo.

Por supuesto, no me escucha. Pie tras pie, sube de rama en rama. El gatito ya no maúlla, la observa con perplejidad. Creo que está tan desconcertado como yo. Cuanto más sube, más imagino que va a caer. ¿Qué les diremos a sus padres? ¿Que su hija se rompió todos los huesos del cuerpo intentando rescatar a un gato potencialmente suicida en lo alto de un cerezo?

— ¡Morgana, baja! —grito.

James se inclina hacia mí:

— De verdad lo hace todo el tiempo —me tranquiliza—. Es buena trepadora.

No veo en qué eso justifica dejarla arriesgar su vida. A mitad de camino, la adolescente, que no ha dejado de hablar en voz baja al gatito, se detiene un momento. Sigue llamándolo.

— Mirad —susurra James.

El felino empieza a bajar lentamente por algunas ramas. Llega hasta Morgana. Ella sonríe y extiende una mano para acariciarlo.

— ¡Puaj, está empapado!

— Intento de ahogamiento —deduzco.

James me lanza una mirada curiosa.

— ¡Vamos, ven! —dice Morgana, agarrando al gatito, que aprieta contra su pecho.

Empieza a bajar lentamente, sujetando al gato con una mano y al árbol con la otra. James también se acerca y sube por las ramas bajas para facilitarle la tarea. Cuando llega a su altura, le pasa el gato.

— Clara, ¿podrías cogerlo? —grita casi desde el suelo.

Me apresuro a recoger la pequeña bola de pelo empapada y la dejo en el suelo. El pobre gato no se atreve a moverse. Morgana se acerca, murmurándole palabras reconfortantes.

— Vigiladlo, voy a buscar una toalla —ordena antes de desaparecer corriendo.

La observo marcharse.

— Parece que está mejor —comento, recordando su crisis de llanto de hace unos días.

James no responde. Parece preocupado. Se agacha junto a mí y al felino inmóvil.

— No del todo —lamenta finalmente—. Pero mejorará. ¿Y usted?

— ¿Yo?

Suelto una risita algo ridícula.

— ¡Todo va perfectamente!

Estoy exagerando, y ambos lo sabemos. Me mira. Bajo la cabeza, con una mano perdida en el pelaje mojado del pequeño animal.

— Fue mi madre quien le dio mi dirección —confieso—. A Sebastien. ¡No puedo creer que se pusiera de su lado! Y ahora, paso el tiempo temiendo que aparezca aquí... Por su culpa, veo malas intenciones en todas partes. Cada vez que alguien me pide algo, no puedo evitar desconfiar.

Me detengo, sin aliento. Las palabras han salido sin que pudiera controlarlas. Hay que decir que James tiene ese algo que invita a la confesión, y que debe serle muy útil en su trabajo.

— ¿Y cree que esa desconfianza es lógica? ¿Que desconfiar así realmente la protege?

Su voz es calmada y suave. Tengo la sensación de que puede leerme. Me estremezco.

— Sí —murmuro—. No... Tal vez. No lo sé.

— Debería venir a ver mi nueva cita. Creo que le resultaría interesante.

Dudo un poco.

— ¡Con toda la buena intención, por supuesto! —añade con una sonrisa pícara.

La malicia en su mirada no deja lugar a dudas. Zack ha hablado. Voy a matarlo, a ese crío. Y luego me comeré a su conejo. Roja de vergüenza, me giro rápidamente.

Morgana regresa corriendo, interrumpiendo la conversación. ¡Salvada por la campana! Con una toalla en la mano, se arrodilla para frotar suavemente al gatito. Le da pequeños trozos de jamón, que seguramente ha cogido discretamente de su casa.

— Es tan mono —murmura, abrazándolo contra su pecho—. Me encantaría quedármelo... ¿Creéis que está abandonado?

La mirada de James recorre los flancos demasiado delgados del pobre animal, su cuello sin collar, y echa un vistazo a su oreja: sin tatuaje.

— Es posible.

— Quiero quedármelo...

Capítulo 25 - Deformación profesional

— Si la señorita tiene a bien hacer el honor, —dice James con una voz que pretende ser seria, pero en la que percibo un toque de burla.

Con un gesto de la mano, me indica que entre. Entro en su apartamento, algo vacilante. Todo está como la última vez, pero las citas han sido cambiadas. Es extraño cómo un simple cambio en la decoración parece dar una atmósfera completamente diferente. Como si las palabras colgadas en la pared dictaran el ambiente de la habitación.

— No se preocupe, sé comportarme como un caballero. Le dejo el sillón, yo tomaré el sofá.

Alzo una ceja mirando a James. Una sonrisa traviesa cruza sus labios y sus ojos brillan con diversión. Siento cómo el rubor vuelve a subir a mis mejillas. ¡Y yo que esperaba que las confidencias de Zack pasaran desapercibidas!

— James... —empiezo, incómoda.

— ¿Ya estamos en confianza para usar los nombres de pila?

Cruzo mi mirada con la suya. Sus hombros se sacuden con una risa silenciosa que intenta contener sin mucho éxito.

— No estoy seguro de que sea muy apropiado.

Aprieto los labios, sin poder evitar sonreír un poco.

— ¿Ya ha terminado? —pregunto.

Se ríe como un niño.

— Todavía no, ¡déjeme disfrutar un poco más!

— No tiene gracia.

Lleva una mano al pecho, fingiendo dolor.

— Mi señora, sus palabras me rompen el corazón...

— James, ya basta, —protesto—. He entendido la lección.

Esta vez, una risa franca se le escapa.

— Perdóneme, —dice intentando recuperar la seriedad—, siempre tiendo a bromear demasiado cuando estoy preocupado. Y además, ¡lo que me contó Zack me hizo mucha gracia!

— Admita que su propuesta podía parecer ambigua... ¿Qué le preocupa?

No sé por qué he hecho la pregunta. Tal vez para desviar la conversación de mis estúpidas deducciones. O porque realmente parece preocupado.

— Eduardo, Morgana, mis otros pacientes... El invierno suele ser la época más difícil. No dejo de preocuparme por algunos de ellos.

— Se toma su trabajo muy en serio, —murmuro.

— Es difícil no hacerlo.

El silencio se instala, y la mirada de mi vecino se pierde en el vacío. Absorbido en sus pensamientos, parece haberse olvidado de mí. Carraspeo suavemente.

— ¿Quería mostrarme una cita? —le recuerdo.

James parpadea y me dedica una sonrisa.

— ¡Cierto! Mire, justo encima del sofá, frente a usted.

Alzo la vista. «Todo lo que puedes hacer en la vida es ser tú mismo. Algunos te querrán por quien eres. La mayoría te querrá por los servicios que puedes prestarles, otros no te querrán. (Rita Mae Brown)».

No digo nada. Tiene razón, las palabras que ha colgado en la pared me tocan. Las leo varias veces, me impregno de ellas. Resuenan con mi historia, como si hubieran sido escritas para mí. No es el caso, pero en cambio, sí han sido colocadas aquí para mí. Me resumen, pienso, quedándome inmóvil. ¿Hasta qué punto James ha leído en mí para conocerme así? Me estremezco.

— Le llegan, ¿verdad?

Su voz es suave, calmada, lenta. Es el tono que usa en su profesión, para empujar a sus pacientes a la confidencia, que da ganas de hablar, de soltarlo todo, de desahogarse.

Asiento con la cabeza, con la garganta seca.

— ¿Entiende lo que significa?

— Que no hay que intentar cambiar para agradar a los demás... porque al final, solo se aprovechan de nosotros, —susurro con voz apagada.

Vuelvo a ver a Sebastien y sus peticiones formuladas con tal aplomo que parecía natural hacerle favores, las solicitudes de mis colegas, que debían ser legítimas porque las hacían. Vuelvo a ver a la antigua Clara agachar la cabeza, fingir que le gustaba lo que le gustaba a Seb, lo que les gustaba a sus colegas, fingir que estaba bien, que era feliz, pretender ser alguien que no era, solo porque era la única manera de ser querida, y porque ser querida era lo único que importaba para ella.

— Porque, en definitiva, quienes realmente importan nos quieren tal y como somos, —corrige James con toda la dulzura del mundo.

Siento las lágrimas asomarse. Aprieto los párpados con todas mis fuerzas. Ya he llorado bastante en los brazos de James. ¿Qué pensará de mí si cada vez que lo veo me echo a llorar? Ya no tengo diez años, y creo que los adultos no tienen derecho a llorar tanto.

— Pero eso... eso no siempre funciona, —replico.

— Entonces es que aún no ha conocido a las personas adecuadas, Clara. O que no se ha dado cuenta de que están ahí...

— Los demás siempre tienen una imagen muy precisa de nosotros, y esperan que encajemos con ella al pie de la letra. Y si no es así...

— Si no es así, se adaptan, simplemente.

— O te dejan de lado.

— Entonces no son las personas adecuadas.

Niego con la cabeza, agotada.

— Se está repitiendo, James.

Una sonrisa cruza sus labios.

— Deformación profesional. ¿Puedo ser honesto con usted?

— ¿Es que ahora no lo está siendo?

— Debería dejar de preocuparse tanto por lo que piensan los demás. Sea usted misma. Haga las cosas por usted, no para agradar.

Haga lo que le importa, y sea quien desea ser, sin dejarse influenciar. ¿Sabe lo que dijo Oscar Wilde al respecto?

Niego con la cabeza.

— No, pero supongo que me lo va a decir...

James señala con el dedo la cita detrás de mí. Me giro para mirarla. «Sé tú mismo, los demás ya están ocupados. (Oscar Wilde)». Suspiro.

— Es más fácil decirlo que hacerlo...

— Supongo que para empezar, Clara, debería aprender a conocerse de verdad. ¿Quién es usted cuando es sincera? Cuando no interpreta un papel para agradar a Sebastien, a sus colegas, o a quien sea. ¿Quién es la verdadera Clara?

Sus preguntas me inquietan profundamente. ¿Quién soy realmente? No estoy segura de saberlo. Siempre me he definido en relación con los demás. Soy la hija de mis padres, la maestra de la tarde de mis tres alumnos, la nueva vecina de mis vecinos. He sido la novia de tal, la mejor amiga de cual, la hermana de mi hermano, la hermana de mi hermana, he sido colegiala, estudiante, maestra especializada. Siempre he sido en función de alguien más o de algo más. Nunca he sido realmente Clara.

Entonces, ¿quién soy si me ven de otra manera que no sea por mi familia, mi trabajo, mis logros y mis fracasos? ¿Es posible definirse sin toda esa información? ¿Soy alguien detrás de todo eso? Si rascamos las capas superficiales, ¿qué encontramos debajo?

— Esa es la verdadera pregunta, Clara. ¿Cómo quiere que los demás vean quién es usted, si ni siquiera usted misma lo sabe?

Con todas estas preguntas, está obligándome a replantearme toda mi vida. Mi desconcierto no pasa desapercibido para él, y James se sienta frente a mí, clavando sus ojos en los míos.

— ¿Qué es lo que realmente le gusta? ¿Qué quiere? ¿Qué espera de la vida, de los demás, de usted misma? ¿Cuáles son sus sueños, sus esperanzas? Los verdaderos, no los que alguien más alimenta por usted... ¿Qué le llevó a convertirse en quien es ahora?

Me quedo muda, incapaz de enfrentar esta avalancha de preguntas.

— Aceptar nuestros deseos, sobre todo cuando no coinciden con las expectativas de nuestros seres queridos, no siempre es fácil... —continúa James.

Niego con la cabeza, agotada.

— ¿Siempre supo que quería ser psiquiatra?

Para mi sorpresa, una sombra de profunda tristeza cruza la mirada de mi vecino.

— Sí y no, —esquiva—. Mis padres querían que fuera cirujano, porque...

Se interrumpe y duda un instante antes de continuar.

— Dudé mucho antes de decidir otra cosa. En el fondo, sabía que era la decisión correcta, pero también temía que les doliera...

— ¿Por qué les dolería? —me sorprendo.

James se aparta ligeramente, con aire reticente.

— Es complicado, —elude.

Me sorprende viniendo de él, pero el dolor que discierno en su mirada me lleva a dejarlo pasar.

— Clara, lo que intento decirle es que nadie ha encontrado una receta milagrosa, un remedio perfecto. Todos enfrentamos las cosas como podemos, siguiendo o no nuestros deseos, dejándonos o no influenciar por nuestros seres queridos. Es difícil ser uno mismo en un mundo donde el juicio y las apariencias son los primeros espectadores de nuestros fracasos y éxitos... Sin embargo, renunciar a lo que somos por miedo a decepcionar no es la solución. Hay que luchar por ser uno mismo, o volver a serlo si nos hemos perdido en el camino.

Sus palabras me conmueven, me remueven, rompen los diques y los muros que he construido, abren túneles y construyen puentes que dejan pasar viejos recuerdos, antiguos deseos enterrados. He renunciado a tantas cosas por miedo a decepcionar... Siempre he seguido el camino que otros trazaban para mí. De niña, buena estudiante, construí mi trayectoria en función de mis capacidades.

En el instituto, la elección entre ciencias, literatura o economía nunca fue real. Las ciencias se consideraban la mejor opción, y yo tenía las capacidades para seguir ese camino. No elegí, seguí el camino trazado ante mí. Y continué, incansablemente. Puedes hacerlo, así que hazlo, siempre me dijeron. ¿Me pregunté si era lo que quería hacer, si era lo que me gustaba hacer? ¿Para qué? Había que dar respuestas, y ya estaban ahí. Quizás no eran las que había soñado cuando era niña ni las que deseaba ahora, pero tenía las capacidades...

Hay que luchar por ser uno mismo, o volver a serlo si nos hemos perdido en el camino. Por desgracia, hace mucho tiempo que me perdí...

Capítulo 26 - No tan diferentes del lobo

— Entonces, el lobo cayó en el barranco, —recapitulo—, y pide ayuda. ¿Y después?

— Le ayudan, —afirma Maxime.

Me levanto de mi silla para apoyarme en mi escritorio, frente a los niños.

— ¿Por qué razón? ¿Por qué los cerditos querrían ayudar al lobo que ha sido tan malo con ellos?

— Para quedar bien. Son tontos.

— No, —protesta Anaé en voz baja—, es porque son buenos.

— Quieren ser queridos, —replica Maxime.

— No, son generosos.

«No son como el lobo,» escribe Liam en su pizarra. «Ellos son buenos cerditos. No dejan que el lobo cambie eso.»

— Deberían, —murmura Maxime.

«No porque alguien sea odioso hay que serlo también.»

— Vamos a quedarnos con la idea de Liam, —decido—. Ayudan al lobo porque no son como él. Le ayudan a salir del barranco. ¿Y después?

— Se los come.

Reprimo una sonrisa ante el gesto malhumorado de Maxime.

— ¡No! —grita Anaé.

— ¿Y si se hicieran amigos? Dijimos al principio que el lobo se volvía bueno, ¿os acordáis?

Mi propuesta entusiasma a Anaé. Liam asiente con la cabeza, Maxime se encoge de hombros. Su entusiasmo es un placer de ver...

— Entonces se hacen amigos. ¿Qué se dicen?

— El lobo tiene que disculparse, —murmura Anaé.

— ¡Y explicarse! —añade Maxime.

— ¿Qué les dice? —repito.

«Que se siente solo,» anota Liam.

— Porque está solo, —asiente Maxime—. Sin familia, sin amigos.

— ¿Por qué? —se extraña Anaé.

— Da miedo.

— O tal vez no es suficiente.

El tono de la niña, de repente muy seco, parece sorprender tanto a los chicos como a mí.

— ¿Cómo?

— No es lo bastante bueno, así que los demás no le quieren...

Apenas se la oye. Aprieta los puños con todas sus fuerzas, como si intentara contener todo lo que no dice.

«Quizás decepciona a los demás,» añade Liam.

Maxime los mira a ambos y asiente con la cabeza.

— Es diferente. Como nosotros.

Tengo la impresión de que mis tres alumnos, que se identificaban tan bien con los tres cerditos silenciosos, acaban de comprender que tampoco son tan diferentes del lobo...

Los observo con atención. Con el paso de las semanas, ha nacido cierta complicidad entre ellos. Se entienden. Y progresan. Todos. Desde hace unos días, les hago ensayar las primeras escenas de la obra, aquellas en las que apenas tienen que hablar. Anaé susurra sus líneas un poco más fuerte cada vez. Maxime, por su parte, se mete en el papel. Guiado por el texto, recita sin preocuparse por la longitud de las frases. Sin embargo, en el momento en que deja su papel de cerdito, vuelve a ser lacónico.

En cuanto a Liam, sigue sin hablar. Ni siquiera para los ensayos dice nada. Nunca. Sin embargo, sé que está empezando a derribar algunas barreras. Les he hecho repetir el ejercicio de cantar en

medio del ruido, que le permite expresarse, y varias sesiones de yoga de la risa le han ayudado a avanzar. Le he oído reír.

Cada vez están más cómodos juntos, y las tardes se han convertido en un momento en el que pueden dejar de fingir. Sus profesores me han confesado que esperan esos momentos durante toda la mañana.

A la hora del recreo, después de una nueva sesión de yoga de la risa que la ha dejado extrañamente indiferente, Anaé se queda en clase. Los chicos han salido corriendo en cuanto ha sonado la campana, pero la niña permanece allí, con aire vacilante.

— ¿Todo va bien, Anaé?

Me mira. Se encoge de hombros.

— Sabes que puedes hablar conmigo si algo te preocupa...

La niña niega con la cabeza, pero sus ojos se llenan de lágrimas. Su barbilla tiembla. Me acerco y me arrodillo para estar a su altura. Pienso en lo que dijo sobre el lobo. No era suficiente, no era lo bastante bueno, así que los demás no le querían...

— ¿Has tenido problemas con otros alumnos?

Niega.

— ¿Con tus padres, entonces? —adivino, recordando las confidencias de su madre sobre su separación.

— Es papá, —susurra.

Se suena la nariz.

— Se va. Otra vez.

— ¿Otra vez?

Tomo prestada de James su técnica de repetición, sin estar segura de cómo puedo animar a la niña a confiarse. Parece funcionar, ya que asiente con la cabeza.

— Se fue cuando dejó a mamá. No le bastaba conmigo. Y ahora se va otra vez. Sabía que no la quería, pero pensaba que a mí me quería un poco...

Las lágrimas brotan de repente. Sacudida por los sollozos, se lanza a mis brazos. La recibo y la abrazo con fuerza.

— Sabes, a veces los adultos necesitan alejarse un poco, porque saben que es mejor así. Mejor para todos. Eso no significa que no te quieran, solo que necesitan vivir cada uno por su lado.

— No lo entiendes. Papá se va, de verdad. Quiere irse a vivir a otro sitio con su nueva familia.

— ¿Tu papá ha conocido a alguien?

— Se llama Mégane. Tiene un hijo. Es su familia preferida, así que se va con ellos.

— Anaé...

Me interrumpe. Las palabras brotan de repente, más fuertes de lo habitual. Entre sollozos, dice con una voz ronca de tristeza:

— Ya me abandonó una vez, ¡no quería que se fuera de casa! Pero le daba igual, y ahora le da aún más igual, y no me quiere lo suficiente como para quedarse, de todas formas. ¡Ya ves que no soy suficiente! No soy lo bastante buena.

Las palabras de Anaé me conmueven profundamente. La angustia en su voz es desgarradora. La aparto un poco para mirarla a los ojos.

— ¿Eso es lo que te ha dicho?

— No, —solloza entre lágrimas—, pero sé que lo piensa.

Espero de todo corazón que esté equivocada. Saber que su padre planeaba rehacer su vida debió de conmocionarla, y la noticia de su partida no ha ayudado. De ahí a que deduzca que no la quiere lo suficiente como para quedarse, hay solo un paso...

— ¿Y tu mamá, qué opina?

— Mamá no lo sabe. No se lo ha dicho. A mí tampoco. Pero le oí decirle a Mégane que se iba con ellos. Y ella dijo: «¿Y tu hija?».

— ¿Y él, qué respondió?

— Dijo: «Se quedará con su madre». Y me fui.

Las lágrimas se intensifican. Cojo un pañuelo de mi escritorio y se lo tiendo.

— No puedes guardarte todo esto para ti, cariño. Tienes que hablar con él, al menos con tu papá. Quizás encontréis una solución...

— De todas formas, ya lo entendí bien cuando papá se fue de casa, que no era suficiente.

— Que no eras suficiente...

La madre de Anaé dijo que la niña había hablado cada vez menos desde su separación. O desde que adquirió esa horrible certeza de no ser lo bastante buena para que su padre se quedara con ella...

— Que no me quería lo suficiente...

Le cojo la mano.

— Prométeme que hablarás con él.

Aprieta los labios mientras se frota los ojos, como si quisiera borrar las lágrimas.

— Anaé, prométemelo.

Antes de que tenga tiempo de responder, los dos chicos irrumpen en la clase. Maxime murmura algo sobre que el recreo terminó hace rato y que me olvidé de ellos. Liam mira a Anaé con preocupación.

«*¿Estás bien?*» escribe en su pizarra.

Pero la niña no mira, y él no tiene forma de hacer que lo haga. Se muerde el labio y me lanza miradas preocupadas, casi acusadoras. Anaé sigue llorando, Maxime lee las líneas de su cerdito para intentar memorizarlas. Mientras sus compañeros no le presten atención, Liam no puede hablarles. Entonces, el niño se acerca a Anaé, se sienta justo a su lado. Le toca el hombro, pero, con el rostro enterrado en sus brazos, ella no reacciona. Casi puedo ver los engranajes de su mente girando a toda velocidad, mientras mi alumno duda sobre qué hacer.

Me observa de reojo, y yo me aparto, fingiendo desinterés. A salvo de las miradas, Liam se inclina hacia Anaé. Veo sus labios moverse cerca de su oído. La niña levanta la cabeza, con los ojos hinchados por las lágrimas, y lo mira, sorprendida. Finalmente, le dedica una diminuta sonrisa.

Liam ha hablado.

Capítulo 27 - Bambú

Al mudarme, esperaba empezar mi vida en una profunda soledad. No ha sido así.

Mis vecinos, mis compañeros de trabajo, mis alumnos, todos me conmueven, me remueven, a su manera. Yo, que creía que los demás solo eran egoísmo y traición, descubro finalmente que son mucho más que eso. Cada uno tiene sus dudas y debilidades, sus fortalezas y remordimientos. Por ello, mantenerme al margen como me había prometido, negarme a ayudarles porque, como dice el dicho, *quien da mucho, pierde mucho*, me parece absolutamente imposible. No puedo fingir indiferencia ni ignorarlos. No soy capaz. Sin embargo, mis viejos miedos resurgen constantemente... Sebastien me enseñó que ayudar era un signo de debilidad. Aprendí la lección, pero las excepciones son ya tantas que el sentido de esa regla se desvanece poco a poco...

James probablemente diría que es un primer paso en la dirección correcta. Que no hay que renegar de lo que uno es ni de lo que siente.

Pero, ¿quién soy yo?

Sumida en esta pregunta, olvido todo lo demás. Zack tiene que llamar al timbre tres veces antes de que lo escuche. Como siempre, está buscando a Piñón, como siempre, le aseguro que no lo he visto. Como todos los días, no parece sorprendido. Se encoge de hombros y se va a preguntarle a James.

¿Quién soy yo? Al escribir la pregunta en internet, encontré un poco de todo. Adivinanzas, páginas de psicología, libros, citas... He sacado varios puntos de investigación: ¿cuáles son mis valores? ¿Mis creencias? ¿Mis sueños? ¿Mis objetivos de vida? ¿Mis sentimientos? Hay que quererse, abrirse al mundo, comprenderse, comprender a los demás... Tantas preguntas para las que no tengo respuestas.

¿Qué me gusta? Me gusta mi hermana, la lectura, mi trabajo actual, la primavera, los animales, los Ricochets. Y, aunque me cueste admitirlo, aunque sea incapaz de reconocérmelo a mí misma, en el fondo, todavía quiero a Sebastien. Es difícil dejar de amar, incluso cuando el pasado es tan oscuro como el nuestro...

¿Qué me gustaba? Aquí también, la pregunta requiere reflexión... Me gustaba escribir, algo que Seb me convenció de abandonar. Me gustaba la casa de mi infancia, los juegos en el patio del colegio, las noches en familia. Me gustaban tantas cosas... Algunas desaparecieron al crecer, otras me fueron arrebatadas. Si Sebastien no me hubiera desanimado, probablemente habría seguido escribiendo historias...

¿Y si esas pasiones a las que renuncié por él formaban parte de mí? Al dejarlo, aunque adoraba escribir, ¿no abandoné una parte de mí misma? ¿Nos definen nuestras pasiones?

Inquieta, envié un mensaje a mi madre. En el desván de la casa familiar están escondidos algunos escritos de mi adolescencia, cuando aún creía en mis sueños, cuando me convencía de que realmente podía escribir. Mamá me prometió echar un vistazo para encontrarlos, esas historias que pasaba tanto tiempo creando y contando. Aunque Chloé era la mayor, a veces era yo quien le leía. No el libro que ella había elegido para leerme la noche anterior, no. Le inventaba cuentos de princesas y caballeros, de héroes malditos llenos de nobleza, de maldiciones y amores prohibidos. Nos encantaban esos momentos. Y luego, un día, Sebastien se metió en medio. Y lo dejé todo.

¿Y si hubiera continuado? ¿Qué puertas se habrían abierto para mí? ¿Y si retomara, qué caminos descubriría de nuevo?

Le dije a mamá que era urgente, ella me aseguró que encontraría mis viejos cuadernos lo antes posible. Desde entonces, espero, ansiosa. ¿Qué pensaré al verlos?

El timbre me sobresalta. Me alejo a regañadientes de mi teléfono, al que miraba fijamente con la esperanza de que el mensaje de mi madre llegara más rápido, para ir a abrir.

James está en el umbral de la puerta, con el pelo revuelto, aparentemente excitado. Tiene un aire de niño pequeño, con su traje puesto a toda prisa y la camisa medio fuera del pantalón.

— Tengo que hablar contigo —dice.

Si tuviera unos años menos, estaría dando saltitos de impaciencia.

— ¿Está todo bien?

— Morgana —dice simplemente—. El gato.

Me hago a un lado para dejarle entrar y le indico que se siente en mi sofá.

— ¿Qué?

— ¡He investigado sobre el gato!

Lo miro. Sonríe, satisfecho consigo mismo. Niego con la cabeza, atónita.

— ¿Has investigado sobre el gato? —repito, dándome cuenta un poco tarde de que empiezo a usar su técnica de psiquiatra.

— El gatito del árbol, ¿te acuerdas?

Asiento, perpleja.

— Morgana se ha encariñado con él. Así que hice mi pequeña investigación. Hice algunas preguntas. Seguí el rastro hasta la dueña del gato.

Me muerdo los labios para no reír. James parece un crío. Es adorable.

— ¿Hiciste preguntas... a quién? ¿A los gatos del vecindario? —bromeo.

James pone los ojos en blanco, divertido.

— Puse un cartel en mi consulta —explica—. Algunos pacientes me dijeron que nuestro felino suicida se llama Bambú, y que pertenecía a una anciana que vivía cerca del centro.

— ¿Que vivía? —destaco.

— Falleció hace dos meses.

— ¿Y nadie se ocupa de su gato?

— No, Bambú está solo. Así que aquí está el plan...

— ¿Qué plan?

— A Morgana le encanta este gato. La he observado durante mucho tiempo, y te aseguro que no la había visto tan demostrativa y entusiasta en años. Sobre todo porque los acontecimientos recientes la han afectado mucho...

— ¿Hablas de Romain?

Me mira sorprendido.

— ¿Te ha mencionado algo?

— No, pero escuché su discusión, cuando la llevé contigo.

— Romain, sí —confirma.

— ¿Quién es?

— No puedo decirte nada, Clara. Secreto profesional.

Pongo mala cara.

— Era su novio, y la dejó, ¿verdad?

James no responde. Con el ceño fruncido, parece vagamente molesto.

— No puedes decirme nada, lo entiendo —suspiro—. ¿A dónde quieres llegar?

Mi vecino se inclina hacia mí, con la mirada seria.

— Escucha, solo necesitamos que los padres de Morgana vean cuánto quiere a Bambú. Si aceptan que se ocupe de él...

— ¿Quieres que manipulemos a Eliana y Damien para que adopten al gato? —digo, atónita.

— No lo habría dicho así, pero supongo que esa es la idea... Quiero ayudar a esta niña, Clara.

Dudo. Sin embargo, en el fondo, pienso que tiene razón. Que Morgana necesita ayuda. Que basta con verla hablar con el gatito para entender lo bien que se llevan.

Y además, me gusta mucho James. Supongo que este tipo de cosas es lo que hacen los amigos, ¿no?

— ¿Cuál es el plan?

— Encontrar a Bambú. Podría perderse accidentalmente en casa de los Laroche...

Capítulo 28 - Fricasé de gato

No sé si debería agradecer a James o echarlo de casa. Hace dos días, me habló de su plan de adopción forzada de Bambú. Ayer, pasamos la noche intentando encontrarlo. Pero el gatito no parecía dispuesto a dejarse encontrar. Volvimos con las manos vacías, y pasé la noche vigilando mi teléfono. ¿Cuándo me enviaría mi madre la foto de los cuadernos con mis viejos escritos?

Cuando James llamó a mi puerta, aprovechó para traerme un paquete envuelto en un sobre de papel kraft.

— Madame Flaubert me dio esto para ti, el cartero lo dejó esta mañana.

Le di las gracias. Miré el paquete. La letra era de mi madre.

Al abrirlo, descubrí tres viejos cuadernos de espiral. Y así, desde hace unos segundos, busco una forma educada de echar a James para levantar las tapas y descubrir las palabras que esconden.

— ¿Qué es eso? —pregunta.

Me encojo de hombros, fingiendo indiferencia.

— Solo cosas que escribí cuando era niña.

— ¿Cuadernos del colegio?

Muero de ganas de leer. ¿Qué redescubriré en esos cuadernos? Mis recuerdos son vagos, y ninguna de las historias me viene a la mente.

— No exactamente...

— No quiero molestarte, Clara, y sé que estás esperando a que me vaya para mirar, pero...

Deja la frase en el aire, dudando. Levanto la vista hacia él. James ha cambiado su habitual traje por unos vaqueros azules y un jersey deshilachado. Lleva una linterna colgada del cinturón y una jaula de transporte en la mano. Una mochila de lona oscura completa su atuendo. Está listo para ir a cazar al gato. Debería haber traído una lupa. Podríamos examinar las ramas de los arbustos y seguir huellas

que nos guiarían hasta el escondite del terrible Bambú, el gato suicida. Por supuesto, como este felino no tiene apego a la vida, no se preocuparía por el peligro que representa James, el cazador de gatos, y atacaría, con las garras por delante. Como un caballero, mi vecino saltaría delante de mí para protegerme. Capturaría al terrible felino, lo encerraría en la jaula y luego se volvería hacia mí. Con una sonrisa encantadora, diría:

— Por cierto... Me llamo Bond. James Bond. ¿Qué te parece un fricasé de gato para cenar?

Y así, James Bond, el homólogo de mi vecino James Donb, invitaría a Clara Relatoud, mi valiente homóloga, a cenar.

— ¿Clara? Clara, ¿sigues aquí conmigo?

James Donb, el verdadero, me saca de mi ensoñación poniendo una mano en mi hombro. Me sobresalto.

— Perdón, sí, ¿qué decías?

Reacciona, Clara. Vas por mal camino.

— ¿Estás bien? —se preocupa James.

— Sí, solo estaba perdida en mis pensamientos...

Me había ido muy lejos, muy lejos, al país de los cazadores de gatos y los comedores de fricasé de felinos. Y aún queda por escribir el final de la historia. ¿Qué será del terrible James Bond y la valiente Clara Relatoud?

— ¿Qué te parece dejar esos cuadernos para más tarde y ayudarme a encontrar a Bambú antes de que sea demasiado tarde? —propone James, con un tono que suena casi a súplica.

Dudo.

— ¡Tengo algo que puede inclinar la balanza a mi favor! —añade, malicioso.

No puedo evitar devolverle la sonrisa.

— ¿Ah, sí?

Saca un pequeño paquete de aluminio de su mochila.

— ¡Bocadillos de atún! —anuncia orgulloso—. Esta vez, puede que volvamos con las manos vacías, ¡pero no muertos de hambre!

Me muerdo los labios, conmovida por su consideración. James me mira con esa expresión un poco seductora que me derrite.

— Entonces, ¿yo o tus cuadernos?

Sacudo la cabeza y finjo reflexionar.

— ¡También tengo limonada y una manta! —añade con un guiño.

Dejo los cuadernos sobre la mesa detrás de mí.

— James —digo con énfasis—, ¡acabas de ganar la batalla!

***

Después de recorrer tres gigantescos parques (infantiles) y registrar de arriba abajo un oscuro bosque lleno de criaturas aterradoras (un pequeño bosque con un estanque invadido por sapos), el terrible James Bond y la valiente Clara Relatoud tuvieron que admitir la derrota. El terrible Bond mató a un oso y lo convirtió en una manta, que extendió sobre el suelo helado, y luego se fue a pescar. Mientras tanto, la valiente Relatoud hizo pan con hojas y madera (no me preguntéis cómo, está claro que es muy ingeniosa). Al unir sus fuerzas, nuestros dos increíbles cazadores lograron preparar una cena decente, aunque no su fricasé de gato: ¡bocadillos de atún! El agua burbujeante del río les pareció deliciosamente dulce.

— Entonces —empieza James mientras muerde su bocadillo—, ¿todavía no quieres decirme qué contienen esos cuadernos?

Me encojo de hombros. La penumbra nos envuelve, ocultando la expresión de su rostro. La frescura de la noche empieza a caer.

— Historias viejas que escribí cuando era niña. ¡Probablemente sean horribles!

Intento sonreír, pero él no se deja engañar. Abre la boca y parece dudar.

— Si estuviéramos en mi consulta, te preguntaría por qué esta decisión repentina de releer tus historias.

— Nunca dejas de trabajar, ¿verdad?

Esboza una sonrisa culpable, y yo sacudo la cabeza, divertida.

— ¿Y si fuéramos dos vecinos buscando a un gato suicida, haciendo un picnic en un parque al anochecer... qué dirías?

James reflexiona un momento.

— Te propondría que nos tuteáramos. Luego te diría: "Vaya, ¿escribes? No lo sabía. ¿Qué tipo de historias?"

No puedo evitar sonreír.

— De acuerdo, nos tuteamos. ¿Debo responder a tu pregunta de psiquiatra o a esta?

Se ríe.

— ¿Por qué no a las dos?

Le lanzo una mirada falsamente severa.

— ¡No pidas demasiado! Y no, no escribo. Bueno, ya no escribo. Pero cuando era niña, me encantaba. Inventaba historias de chicas con poderes mágicos, de criaturas imaginarias, de demonios que vencer, de caballeros-magos...

— ¿Por qué lo dejaste?

— Crecí.

Mi respuesta es seca, fría. James se da cuenta. Se limita a asentir, pero siento que se contiene de indagar más. Me siento culpable por mi brusquedad. El silencio se instala un momento, solo interrumpido por los sonidos nocturnos. El canto de la noche nos envuelve, apaciguando la repentina tensión.

— Siempre es lo mismo —suelta él, desviando la mirada—. Perdemos mucho al crecer.

Lo miro. Sé que me oculta algo. Algo sobre sus padres, tal vez, o sobre su hermana, de la que se niega a hablar.

— ¿Qué vas a hacer con los cuadernos?

— Solo releerlos —afirmo.

— ¿Te gustaría volver a empezar?

— ¿Volver a empezar qué?

James arquea las cejas, como diciendo "¡Sabes perfectamente de qué hablo!". No se equivoca.

— A escribir —aclara.

— No lo sé. Pero lo que me dijiste el otro día, eso de que debía volver a ser yo misma... La Clara de antes adoraba hacerlo.

Bajo la mirada. Una vez más, siento ganas de confiarme. De contárselo todo. En voz baja, añado:

— Fue Sebastien quien me convenció de dejarlo...

No dice nada y me tiende la botella de limonada.

— Mis padres habían trazado todo mi futuro —me confiesa en voz baja—. Tenía que ser cirujano, ganar mucho dinero, comprarme una casa increíble, convertirme en el padre de familia perfecto...

— Psiquiatra no está nada mal tampoco...

— Quizá, pero... digamos que no era lo que ellos esperaban.

— La residencia de los Ricochets es bastante atípica. ¡Incluso podríamos decir increíble! Eso cumple con lo de la casa, ¿no?

Mi vecino esboza una sonrisa. La nostalgia en su mirada da paso a una diversión que me alivia.

— Es una forma de verlo —ríe.

Nos miramos. Los ojos de James brillan con picardía. Sonríe, relajado. Empieza a hacer un poco de frío, pero la sonrisa de mi vecino bastaría para calentar a cualquiera. ¡Irradia tanta sinceridad!

Estamos muy cerca el uno del otro. Si se inclinara, podría... Podría... Sacudo la cabeza, tratando de recuperar la compostura. Podría quitarme la botella de limonada, eso es todo, pienso, descartando rápidamente la otra opción de mi mente.

Pero cuando la mirada de James se posa más abajo en mi rostro, entiendo que no es la limonada lo que quiere.

No me muevo. Una parte de mí sueña con que lo haga. La otra entra en pánico. James está de repente muy serio. Su mirada no se desvía, se acerca lentamente.

Va a besarme.

Veo la escena en cámara lenta. Es extraño. Mis pensamientos chocan, se mezclan en el caos más absoluto. Bésame. Tengo que apartarme. No quiero encariñarme tanto. Tiene que acercarse más. Huele bien. Sus ojos son aún más bonitos de cerca. ¿Qué será de nosotros?

Escucho su respiración muy cerca de mí. Sus labios están a solo unos milímetros de los míos. Su brazo roza el mío. Es sorprendentemente peludo. Por suerte, es suave, no raspa. Es raro. Creo que está ronroneando.

De repente, se detiene.

— Clara —susurra—. Creo que nos ha encontrado...

— ¿Qué?

Acaba de interrumpir nuestro momento, y sigue ronroneando, este idiota. Y frotando su brazo contra el mío. Es extraño, además, porque veo sus dos manos, y ninguna de ellas está tocando mi brazo...

Casi dejo de respirar y bajo la mirada lentamente.

De repente, un ruido. Es agudo, lastimero, ruidoso, y se frota contra mí.

— ¡Aaaaaaaah! —grito, retrocediendo de un salto.

James se ríe a carcajadas. Ni un poco perturbado por lo que acaba de interrumpir, ni por mi grito que podría despertar a los muertos, Bambú, milagrosamente reaparecido, salta sobre la manta y se apodera de un bocadillo de atún.

— ¡Tú sí que vas a acabar en un fricasé, amigo! —murmuro, fulminándolo con la mirada.

Querida mía,

Como prometí, eché un vistazo al fondo del desván. Encontré esos viejos cuadernos de cuando eras pequeña. ¿Te acuerdas del azul? Tu hermana te lo regaló por tu cumpleaños. ¡Incluso sigue ahí la notita que te escribió para acompañar su regalo!

En lugar de fotografiarlo todo, te los envío por correo. Unos días más de espera, pero merece la pena, ¿verdad?

Clara, sé que a menudo estamos en desacuerdo respecto a Sebastien. Lo siento mucho. Entiendo tu enfado, por supuesto, y lamento haberle dado tu dirección. Pero sabes cuánto espero una reconciliación, y cuánto detesto estos momentos de conflicto...

Fue él quien te convenció de abandonar la escritura. Sin embargo, a menudo lo convertías en el héroe de tus historias... Ya fuera bajo la

apariencia de un caballero de gran corazón, de un poderoso mago o de un valiente muchacho, siempre estaba presente... Querida mía, ese día le escuchaste, pero se equivocaba. ¡Te encantaba escribir! Espero que algún día lo retomes.

Te mando un beso enorme,

Mamá

Capítulo 29 - No es para tanto

Desde la carta de Sebastien, duermo mal. Cuando no es el insomnio el que me mantiene despierta hasta altas horas de la noche, son extraños sueños los que me arrancan de los brazos de Morfeo a horas intempestivas. Agotada por estas noches que no son realmente noches, incluso he pensado en pedirle somníferos a James, antes de recordar que probablemente se negaría a recetarme algo sin que terminara en su consulta haciendo de paciente.

De todos modos, estoy evitando a James otra vez. Es decir, no tengo intención de sentarme en su sofá de psiquiatra... No me miréis así, sé lo que estáis pensando. Dos adultos responsables, un picnic, un momento interrumpido por un gato, no es para tanto. Pero no sé cómo reaccionar. Ni cómo espera James que reaccione. Aunque, con lo astuto que es, quizá estoy reaccionando exactamente como él imaginaba...

Con el paso de las semanas en Los Ricochets, me he encariñado con mis vecinos, y con James en particular. Tanto que el futuro me asusta aún más. No quiero perder todo lo que he conseguido construir, con mucho esfuerzo, hasta ahora...

Es difícil empezar de nuevo como lo he hecho. Dejar atrás todos los puntos de referencia, reconstruir relaciones desde cero, reaprender los caminos hacia el trabajo, la casa, la panadería, encontrar lugares solo para mí cuando necesito soledad. Descubrir a mis vecinos, crear vínculos, conocer a gente, apreciarlos o detestarlos.

Es difícil, y sobre todo, aterrador. En la vida, incluso cuando todo va mal, nos reconfortamos con nuestras pequeñas rutinas, nuestro marco de vida habitual. Y cuando todo desaparece, cuando hay que reconstruirlo todo, ya no queda nada. ¿A qué aferrarme, si ya no conozco nada, si ya no hablo con Sebastien, si mis compañeros de trabajo ya están todos unidos entre sí? ¿Cómo acercarme a quienes

ya se conocen? ¿Cómo se crean los vínculos? ¿Elegimos a las personas cercanas, o somos inconscientemente empujados hacia ellas, como guiados por una fuerza que nos supera?

No elegí a Sebastien, eso está claro. ¿Y a James?

Tantas preguntas se agolpan en mi mente, para deleite del insomnio que me atormenta. ¿James practica la hipnosis? Quizá podría ayudarme a dormir. A menudo tengo esa inquietante sensación de que me entiende mejor de lo que yo misma lo hago. ¿Es eso lo que se aprende en psiquiatría? Conocer a los demás, leer en ellos, adivinar lo que callan. ¿Qué más sabe? ¿Qué ha comprendido? A veces, imagino a James como una especie de adivino, capaz de conocer mis peores secretos con solo mirarme. Es absurdo, claro, porque no tengo nada que ocultarle...

Como el sueño sigue sin llegar, cojo mi móvil. Tengo un mensaje nuevo.

« He hablado con mi papá. Me quiere igual. Y vendrá a verme. Perdón por las faltas. Anaé. »

Miro la pantalla durante un largo rato. Una amplia sonrisa se dibuja en mi rostro. ¡Estoy tan feliz por ella! Sé que esto no ha terminado, sin embargo. La mudanza de su padre alterará sus puntos de referencia. Las dudas volverán, a pesar de las palabras tranquilizadoras. Pero ahora sabe que sus temores no tienen fundamento. Y eso, eso no tiene precio.

Todos deberíamos poder sentirnos así de reconfortados. Todos deberíamos tener el valor de hacer las preguntas que nos atormentan, incluso siendo adultos. Nunca deberíamos dejar que los malentendidos nos destruyan.

Pero la timidez a menudo impide que las palabras crucen la barrera de nuestros labios. Es mejor callar y dudar en silencio que mostrar nuestras inseguridades. La emoción es signo de debilidad. Debemos guardar nuestros sentimientos para nosotros, tragarnos las lágrimas, sin olvidar las máscaras para ocultarlas. Sebastien siempre

lo supo, yo lo aprendí a las malas. Tarde o temprano, Anaé también lo entenderá.

Mi móvil vibra en mi mano. Sonrío de nuevo. Otro mensaje de la niña. Sabía que la directora de la escuela había dado mi número a los padres de los niños, en caso de emergencia, pero de ahí a pensar que ella me escribiría... El mensaje solo tiene una palabra.

« Gracias. »

¿No debería estar durmiendo, en lugar de enviar agradecimientos a su profesora de la tarde? Suspiro. No voy a dormir nunca.

Enciendo la luz y me levanto. Mi pijama rojo y dorado probablemente me hace parecer más pálida de lo que soy. ¿Qué pensaría James de esto?

— ¡Deja de pensar en él! —protesto en voz alta—. ¡Casi te besó, sí, y qué! ¡A montones de personas les pasa eso todos los días y no por eso dejan de dormir!

Me detengo de repente. Sin querer, mi voz ha adoptado las inflexiones de la de Sebastien cuando me reprochaba algo.

— ¡Maldita sea! —maldigo.

¿Nunca dejará de arruinarme la vida? Sobre la mesa, bajo una pila de papeles, su carta parece un lúgubre recordatorio. Aprieto los dientes y me esfuerzo por sacarlo de mis pensamientos, que vuelven inexorablemente hacia James.

Sé que no puedo seguir evitándolo indefinidamente. Pienso en su humor algo dudoso, su amabilidad, su voluntad de ayudar siempre. Su lado infantil, la forma en que se implica en todo, sea cual sea el proyecto. Pienso en su aliento en mi rostro, en la preocupación en su mirada, en sus palabras reconfortantes.

¿Le quiero? No lo sé. ¿Cómo saberlo? ¿Cómo estar seguro de lo que uno siente? Ese gran amor que nos describen en las películas, ¿existe realmente? Quizá solo sea una leyenda que se transmite desde hace siglos. Un día, algún pobre ingenuo con ansias de amor inventó esa historia de almas gemelas unidas para siempre, y desde entonces, todo el mundo lo cree, generación tras generación. Como

resultado, todas las pobres chicas como yo buscan el amor con mayúsculas, cuando quizá nunca ha existido.

Mi mirada se posa en los cuadernos que me envió mi madre. En mis historias, nadie duda. No recuerdo las palabras que llenan las páginas, pero recuerdo perfectamente que la heroína se enamoraba del héroe a primera vista. Sin pensarlo, cojo uno de los cuadernos y lo abro.

Mis ojos recorren las primeras páginas con una curiosidad ávida. Sonrío al leer. Algunos recuerdos vuelven, y me veo a mí misma, sentada en mi escritorio, escribiendo frenéticamente. Recuerdo esa sensación de libertad, de poder absoluto, esa calma que me invadía al escribir.

Creo que lo echo de menos.

¿Soy demasiado mayor para escribir? ¿Hay una edad para contar historias? Seguramente no... Pero, ¿sigo siendo capaz de hacerlo?

Una pequeña voz me dice que necesito más tiempo. Tiempo para reaprender a amar lo que hago, a hacer lo que amo. Para reaprender a escribir. Tiempo para mí, para descubrir quién soy, para reconstruirme. Para convertirme en quien quiero ser. Tiempo para aclarar las cosas, para saber qué espero de James, qué tipo de relación quiero tener con él.

Suspiro. Tengo que dejar de evitarlo. Debo cambiar de estrategia.

Ya sé. Haré como si nada hubiera pasado, como si lo hubiera olvidado todo. No lo menciono, él no lo menciona, nadie lo menciona nunca, ¡y asunto resuelto!

Capítulo 30 - Intrigas felinas

— Muchas gracias por tu ayuda, Clara —dice Eliana con una cálida sonrisa a través del retrovisor.

Balbuceo unas palabras en respuesta, mirando por la ventana de la furgoneta. Gracias por mi ayuda, ¡menuda gracia! Madame Flaubert no me dejó precisamente elegir. Al parecer, había pasado demasiado tiempo desde la última vez que marqué una casilla en el cuadro de tareas. Así que, cuando Eliana y Damien pidieron ayuda justo cuando yo iba a salir, ella me atrapó. Y así fue como terminé sentada junto a Morgana y Zack, detrás de sus padres, camino a su restaurante.

— Clara, ¿sabes cuál es el colmo para un fontanero? —me pregunta Zack.

Parpadeo, volviendo bruscamente a la realidad.

— Eh... no tengo ni idea.

— ¡Que se le vaya la olla! —interviene su padre.

— ¡Pero no tenías que decirlo! —protesta el niño—. ¡La próxima vez, cállate!

— De todas formas, tu chiste es malísimo —se mete Morgana.

— ¡La que es malísima eres tú!

Disimulo una risa tras mi mano al escuchar la réplica de Zack.

— Niños —suspira Eliana—, no os peleéis en el coche.

— Ni en casa, ni en el jardín, ni en la calle, ni en casa de James —refunfuña Zack—. ¿Entonces dónde nos peleamos?

— Es verdad, ¡en cuanto decimos algo, ya está mal! —asiente Morgana.

— Y ya están reconciliados —comenta Damien, guiñándole un ojo a su mujer.

La furgoneta entra en una callejuela llena de flores. Un camión grande, aparcado junto a la acera, está vigilado por un hombre con

camiseta de tirantes, a pesar del frío glacial.

Al bajar del coche, noto que es casi una cabeza más alto que yo. Levanto la vista, un poco intimidada. Todo músculo, el hombre me observa sin decir nada. Cuando Damien se acerca, le tiende la mano.

— ¡Has vuelto, viejo amigo! —se alegra Damien.

Ignorando la mano extendida, lo arrastra a un fuerte abrazo.

— ¿No lo sabías? Damien adoptó un hermano antes de adoptar niños —me susurra Zack, riendo.

— Y se llevan como uña y carne —añade Morgana.

— Luc primero intentó ser superhéroe, pero ya no quedaban plazas. ¡Puede levantar un camión entero con una mano!

— ¡Deja de decir tonterías! ¿Te llenaron el cerebro de ácido cuando eras bebé o qué?

Eliana también abraza a Luc.

— Te presento a Clara, nuestra nueva vecina —dice girándose hacia mí—. Ha aceptado echarnos una mano hoy. Clara, este es Luc, un viejo amigo de Damien y uno de nuestros proveedores más antiguos.

— Encantado —dice el hombre con un leve asentimiento algo seco.

— Eh, Luc, ¿es verdad que casi te conviertes en superhéroe?

Luc se gira hacia los niños. Una gran sonrisa ilumina su rostro.

— Por supuesto que es verdad —confirma.

Choca el puño con Zack, y ambos realizan un saludo largo y elaborado.

— ¡Deja de decir tonterías, que te cree! —protesta Morgana.

Sin preocuparse por su aire de diva ofendida, el gigante le guiña un ojo burlón.

— ¿Tu móvil ya no está pegado a tus pulgares? —bromea.

Damien le da un ligero codazo, que parece no sentir. Zack niega con la cabeza.

— No, ahora tiene pelos.

Luc inclina la cabeza, perplejo.

— ¡Cállate! —responde Morgana.

— ¡Pelos de gato! ¡Tendrías que verla, desde que adoptamos a ese bicho peludo! Es Bambú-esto, Bambú-aquello. ¡Se está volviendo tonta!

— Recuérdame quién de los dos tiene un conejo —se ríe Luc—. ¿Bambú y Piñón se llevan bien?

— Bambú intenta comerse al conejo diez veces al día —se ríe Morgana.

— ¡Es porque ese gato es tonto!

Eliana deja escapar un profundo suspiro mientras los dos niños vuelven a discutir. Luc se gira hacia sus padres.

— Yo me encargo —dice con su voz grave—. Empezad a descargar, yo los reconciliaré.

— No sabes en lo que te estás metiendo, créeme —le dice Damien, dándole una palmada en el hombro.

Los dos adultos cogen las llaves que les tiende Luc y abren el camión. Los sigo. En la parte trasera, una profusión de frutas y verduras está ordenadamente colocada en cajas. Tomates, zanahorias, puerros, calabacines, manzanas, ¡de todo!

— Hay que llevar todo esto a la despensa del restaurante, te enseño el camino —propone Damien, cogiendo una caja grande de tomates.

Lo imito y lo sigo. Detrás de nosotros, Morgana y Zack siguen discutiendo. Pasamos por la entrada de servicio, en la parte trasera del restaurante. Damien me señala la sala de comedor, detrás de una puerta cerrada.

— ¡Bienvenida a mi mundo! —exclama mientras atravesamos la cocina.

Todo es nuevo y moderno. Perfectamente limpio, las encimeras brillan. Todo está en su sitio. En la despensa, sin embargo, las cajas están mal apiladas, algo torcidas, y cuando Damien deja los tomates, Eliana dice:

— Haz un esfuerzo y ponlas rectas.

Lejos de las miradas ajenas, en este lugar que le pertenece y donde parece perfectamente cómoda, la dulce y tímida Eliana

recupera la confianza. Con mano firme, nos indica sistemáticamente dónde colocar cada caja y exige que Damien reorganice las antiguas. Estoy asombrada. Su falta de seguridad ha desaparecido. ¿Quién conoce este lado de ella? Su marido, al parecer, no está sorprendido en absoluto. Con una sonrisa en los labios, obedece sus órdenes bromeando alegremente. El ambiente es ligero. Hacemos viajes de ida y vuelta hasta haber traído todas las cajas, excepto una.

— Esa se queda aquí —advierte Eliana, señalando una caja con manzanas y naranjas mezcladas.

— ¿Ah, sí? —se extraña Damien.

Una mirada de su mujer basta para borrar toda sorpresa de su rostro.

— Claro. No me mires así, no lo había olvidado.

Ríen. Parecen felices, al igual que los dos niños, todavía en compañía de Luc. La discusión parece haber terminado.

— Clara, diles que Bambú está realmente suicida —me interpela Morgana.

Me acerco a ellos, un poco intimidada por Luc, que me observa con cierta frialdad.

— Es verdad, sí...

— ¿Pero por qué? —se extraña Zack—. ¿Por qué quiere morir?

— Eso no es lo importante, chaval —interviene Luc, agachándose para estar a su altura—. Lo importante es ayudarle a estar mejor, ¿entiendes? Así que tu hermana y tú tenéis que dejar de pelearos. Bambú tiene que sentirse bien en vuestra casa, y si os estáis gritando todo el tiempo, será imposible.

Frunciendo el ceño, Zack reflexiona un momento.

— ¿Es verdad? —me pregunta, con aire perplejo.

La mirada oscura de Luc parece querer disuadirme de contradecirle.

— Bueno, eh... Sí, supongo...

— ¿Por eso lo adoptamos? ¿Para que no muriera? —pregunta el niño.

— Por supuesto —presume Morgana—. Lo salvé cuando quiso suicidarse saltando de un árbol. Una mañana, se coló en casa para darme las gracias. Cuando Eliana y Damien vieron cuánto me necesitaba, ¡me suplicaron que lo adoptara!

Algo me dice que tiene una ligera tendencia a cambiar los papeles...

— Pero ¿cómo entró? —pregunta Zack, que parece escéptico.

— Eso es un misterio —admite su hermana—. La puerta estaba cerrada con llave...

— ¡Quizá fueron los dos vampiros!

— ¿Los dos vampiros? —se extraña Luc.

— ¡Claro! Esa noche, me despertó el ruido del portón. Por la ventana, vi dos sombras entrar en la residencia. ¡Estoy seguro de que eran vampiros! Uno de ellos llevaba una especie de jaula en la mano. Seguro que era su comida, un animal vivo al que iban a vaciar de sangre. Quizá Bambú se resistió, y entonces... y entonces...

El niño piensa con todas sus fuerzas para intentar encontrar una continuación plausible a su historia. Por mi parte, rezo para que nadie note mi incomodidad. Los vampiros de los que habla Zack cenaron bocadillos de atún y casi se besaron...

— ¡Los vampiros no existen! —se enfada Morgana—. Bambú debió de conseguir abrir la puerta, y ya está.

Luc me observa. Siento su mirada pesar sobre mis hombros. Me balanceo nerviosamente de un pie al otro. Quizá debería confesarlo todo: el plan de James para que adoptaran a Bambú, la búsqueda en plena noche, el regreso con la jaula y un gato furioso que no dejaba de bufar, ese maldito portón que no lograba abrir, James que tiene la llave de sus vecinos, la liberación de la fiera que se precipitó al apartamento... Pero James no quiere que lo sepan. Y, además, meter un gato en casa de alguien sin su consentimiento, ¿no es ilegal? Después de todo, entrar por la fuerza o robar está penado por la ley. ¿Qué pasa con introducir felinos en casa ajena?

— ¿Ah, sí? ¿Y cómo puede un gato abrir una puerta cerrada con llave, eh?

— Sabes, Zack —interviene Luc sin apartar la mirada de mí—, los gatos a veces tienen habilidades que no imaginamos... Hay misterios que es mejor no intentar resolver.

Lo sabe. Luc lo ha entendido todo. ¿Y si me delata? ¿Pueden acusarme de adopción forzosa? ¿De intrigas felinas? ¿Debería echarle toda la culpa a James, o guardar silencio y protegerle a costa de mi libertad? ¿Qué pena me espera por una adopción forzosa?

— Te llevaré de vuelta, Clara —me propone Eliana, uniéndose a nosotros sin notar mi creciente pánico.

— Y esto —añade Damien, tendiéndome la última caja—, es para agradecerte tu ayuda.

Lo miro sin decir nada. ¿Alguien me llevará manzanas y naranjas a la cárcel?

— ¿Para mí? —repito tontamente, tan sorprendida que de repente olvido a Luc y sus posibles planes de denuncia.

— ¡Claro que sí! ¡Te lo mereces! Lo entenderás mejor mañana, cuando estés llena de agujetas —añade Damien riendo.

Con los ojos como platos, miro la caja. ¿Una caja entera de frutas solo por haber pasado una hora descargando un camión? Si Sebastien me hubiera agradecido así los favores que le hacía, ¡se habría arruinado en manzanas y naranjas! La sorpresa me deja muda. Parpadeo. Ni siquiera sé por qué estoy tan emocionada.

— ¿No te gustan las manzanas? —se preocupa Damien al ver mi reacción.

No sé qué responder, y mi silencio le inquieta.

— ¿Ni las naranjas?

— Sí, sí —aseguro—. Gracias. Muchas gracias.

— ¡Es lo mínimo! —me asegura Eliana, pasándome un brazo por los hombros.

Mientras nos dirigimos al coche, la mano de Luc me agarra la muñeca. Me sobresalto. Cuando cruzo su mirada, el coloso me

sonríe con dulzura.

— Tenías razón. Morgana realmente necesitaba a ese gato.

Capítulo 31 - Sujeto, verbo, complemento

Desde que habló con su padre, Anaé está mejor. Con una sonrisa en los labios, se esfuerza por caminar por el espacio que he delimitado, chocando las manos con los chicos cada vez que se cruza con ellos. A veces, cuando nadie la mira, sigue la consigna y añade una pequeña risa. Maxime también sigue mis instrucciones al pie de la letra. Liam, por supuesto, no emite ni un sonido, pero ha adaptado las consignas a su manera: sustituye la pequeña risa por una amplia sonrisa.

— ¡Genial! Ahora, formaos en círculo, ¡vamos a hacer la sonrisa a la carta!

A petición de los niños, hemos inventado nombres para los ejercicios. La sonrisa a la carta es uno de sus favoritos.

— ¿Listos? ¡Sonreíd! ¡Stop! ¡Sonreíd! ¡Stop!

Concentrados, se aplican con todas sus fuerzas. Desde la primera vez, cuando Anaé se echó a reír y quedó la última, ha mejorado mucho. Liam siempre gana, pero a veces Maxime pierde el ritmo primero. Anaé y Maxime se miran: esta vez, no van a dejar que Liam gane la partida. Los dos niños, momentáneamente aliados, luchan por mantener la seriedad. Liam tiene los ojos chispeantes.

— ¡Stop! —continúo marcando el ritmo—. ¡Sonreíd! ¡Saltad!

Miradas sorprendidas me responden, pero, acostumbrados a mis trampas, obedecen *in extremis*.

— ¡Sonreíd! ¡Saltad! ¡Stop! ¡Agachaos! ¡Sonreíd! ¡Sonreíd!

Maxime salta sin pensar y trata de forzar una sonrisa en sus labios tras un aterrizaje torpe. Anaé deja escapar una pequeña risa.

— ¡Has perdido! —reacciona ella.

Maxime pone cara de disgusto, Liam sonríe. Se acerca a Anaé. El instante dura solo una fracción de segundo, pero tengo la extraña

impresión de que le acaba de susurrar algo al oído. Encantada, cambio de ejercicio.

Oficialmente, Liam sigue sin emitir ni un sonido. Pero sé que está fingiendo: desde aquel día en que consoló a una Anaé llorosa, a veces se inclina hacia ella con aire conspirador. Le habla. ¿Por qué a ella? Me lo pregunto a menudo, sin encontrar respuesta. Maxime también se ha dado cuenta. No ha dicho nada, pero la mirada un poco triste que les lanza no deja lugar a dudas. Lo sabe, y está un poco celoso. Se siente apartado.

Sin embargo, es hacia él a quien Anaé se dirige sistemáticamente cuando no quiere hablar más alto, pero teme que no la escuchen. Liam ha tomado la costumbre de hacer lo mismo. Si no estoy mirando y no puede mostrarme lo que escribe, le pasa la pizarra a Maxime, que actúa como portavoz.

— ¡Muy bien! —les felicito—. Liam, la próxima vez, ¿podrías intentar emitir los sonidos como los demás? Anaé, podrías intentar hablar un poco más alto. Maxime, lo has hecho muy bien.

El cumplido parece animar al pequeño. Asiente gravemente en mi dirección.

— ¡Y podéis ir al recreo! —concluyo.

No hace falta decirlo dos veces. Tres niños emocionados por los juegos que acabamos de hacer salen corriendo de la clase. Los sigo y me uno a mis compañeros que vigilan el patio de recreo.

Esta tarde, Éric y Marc están de turno de vigilancia. Marc me lanza una sonrisa, y Éric me saluda calurosamente.

— ¿Qué hay de nuevo? —pregunta Marc.

Rara vez serio, eso no le impide ser atento.

— Desespero de lograr que Liam hable algún día —suspiro—, pero Anaé está mejor y Maxime también progresa.

Marc suelta una risa divertida.

— Solo llevas unos meses con Liam —observa—. ¡Yo llevo más de un año lidiando con él!

— Te cae bien —comenta Éric.

Sus ojos recorren constantemente el patio, listo para intervenir si surge algún problema.

— Es cierto que no es ruidoso, este chaval —admite Marc.

— Llevo unos días observándolos en el recreo. Tus tres alumnos siempre se juntan.

Levanto las cejas, sorprendida.

— ¿De verdad?

— A las tres en punto —dice Marc, señalando su reloj.

Dirijo la mirada hacia donde indica. Liam, Anaé y Maxime están sentados juntos en un pequeño muro. Sonrío.

— Se entienden —comenta Éric—. Es bueno que se hayan encontrado.

Permanecemos un momento en silencio, observando a mis tres alumnos. Los gritos de los niños que juegan nos llegan, llevados por una ligera brisa. Tiemblo.

— Y vosotros, ¿qué hay de nuevo? —pregunto.

— Estamos perdiendo el control de la organización de la boda. Nuestros padres, los de Lea y los míos, se llevan de maravilla y han decidido invitar a toda Francia —se queja Marc.

— Deberías hablar con ellos —aconseja Éric.

— ¿Para decirles qué? Es imposible detenerlos ahora que han empezado...

— Diles que queréis algo más íntimo.

— ¿Eso es lo que quiere Lea también? —pregunto.

— ¡Probablemente incluso más que yo! Ya hemos intentado hacérselo entender, pero les entra por un oído y les sale por el otro.

— La familia es complicada —concluyo, pensativa.

— ¡Éric! —interrumpe de repente una vocecita aguda.

Los tres bajamos la mirada hacia una niña de unos diez años que tira distraídamente de la chaqueta de su maestro.

— ¿Sí?

— ¡Grégoire le ha dicho a Maxime que es idiota!

— Vaya, vaya —comenta Marc, acostumbrado a este tipo de problemas—. Si sigue, dile que tendrá que vérselas conmigo.

— ¿Qué Maxime? —reacciono de repente.

Como única respuesta, la niña señala con el brazo hacia el muro donde están sentados mis tres alumnos. Un pequeño grupo de niños se ha formado a su alrededor. Intercambio una mirada preocupada con Éric, y nos dirigimos hacia el grupo.

— Pero no es culpa tuya que no tengas amigos —declara un niño de la edad de Maxime, plantado con orgullo sobre sus pies—. ¡Es solo porque eres idiota!

Los otros niños se ríen tontamente, mientras el que habla, probablemente Grégoire, echa un vistazo a su alrededor, como buscando la aprobación de sus compañeros.

Maxime no responde nada. Con los brazos cruzados y el rostro cerrado, se ha encerrado en el silencio. Anaé, boquiabierta, no se atreve a moverse. Liam, pálido, aprieta los puños. La ira se dibuja lentamente en su rostro.

— ¿Quieres saber cómo sé que eres idiota? ¡Fácil!

— ¡No sabes hacer una frase! —se burla otro niño.

— ¡Sujeto, verbo, com-ple-men-to! —grita Grégoire—. ¿Necesitas un ejemplo? ¡Tú. Eres. Idiota!

Anaé agarra la mano de Maxime y la aprieta con todas sus fuerzas. Liam lo nota y duda. Luego pasa su brazo por los hombros de su amigo, lanzando una mirada desafiante a los otros niños.

— ¡Grégoire, me alegra ver que has aprendido tan bien la lección de hoy! —interrumpe de repente la voz severa de Marc.

El maestro fulmina a los niños con la mirada. Siento que la furia me invade. Respiro profundamente para calmarme. Sé que es mejor dejar que Éric y Marc se encarguen de esto con sus alumnos.

Grégoire abre los ojos como platos. Cuando ve a la niña que nos avisó, le lanza una mirada fulminante.

— Eres malo —dice ella simplemente.

— ¡Y tú eres una chivata! —responde él.

— ¡Basta! —se enfada Éric a su vez—. ¡Los chicos de mi clase me van a acompañar ahora mismo!

— Y todos los demás vendrán conmigo —ordena Marc con un tono que no admite protestas.

Grégoire parece no darse cuenta.

— ¡Pero si el recreo ni siquiera ha terminado! —protesta.

— ¡Es verdad! —reacciona otro niño.

— Pues qué bien, porque no será el único recreo que os vais a perder esta semana —replica Éric.

Cuando todos se alejan, Éric silba para marcar el final de la pausa. Maxime tiembla, me acerco despacio.

— ¿Estás bien? —pregunto, muerta de preocupación.

Intento disimular mi propio malestar lo mejor que puedo. Es evidente que las palabras hirientes de Grégoire han dado en el blanco...

El pequeño levanta la cabeza. Tiene los ojos brillantes de lágrimas, pero alza la barbilla.

— Sí.

Liam no ha aflojado los puños. Se inclina detrás de Maxime para cruzar la mirada con Anaé. La niña asiente con la cabeza. Liam extiende automáticamente la mano delante de él, buscando su pizarra, antes de darse cuenta de que no la tiene.

— Volvamos al aula. Hablaremos de todo esto dentro —decido.

Anaé no suelta la mano de Maxime. De pie en la clase, abre y cierra la boca, animada por la mirada de Liam.

— ¿Podéis contarme qué ha pasado?

— Nada —murmura Maxime—. No importa.

Anaé intenta protestar, pero demasiado impactada por la escena que acaba de presenciar, no logra emitir un sonido. Liam coge su pizarra. «*Sí. Es importante. Hay que decirlo.*»

— ¡No! —reacciona el pequeño.

«Pero Anaé y yo no podemos hacer nada. ¡Ya ves que no funciona!»

A pesar de sus esfuerzos por escribir rápido, largos silencios puntúan cada una de sus frases.

— No importa —insiste Maxime—. Si no queréis más, tampoco importa. No os necesito.

Anaé retira su mano de la suya, lanzándole una mirada dolida. Liam frunce el ceño.

«Necesitamos ayuda.»

— ¿Nosotros? —responde Maxime con voz temblorosa.

Anaé asiente vigorosamente. Liam aprieta el brazo de Maxime, con el rostro serio.

— Nosotros —confirma el pequeño.

Maxime abre los ojos de par en par. Lo mira sin decir nada, pero veo en su rostro que está emocionado. Es la primera vez. La primera vez que Liam le habla. Un atisbo de alegría cruza sus pupilas.

— Por favor —susurra Anaé.

Con los ojos cerrados, Maxime asiente lentamente.

Con esfuerzo, los niños me explican toda la situación. Todo empezó con pequeños comentarios hirientes, burlas tontas. Maxime no reaccionó. Grégoire continuó.

Luego empeoró. Grégoire tiene muchos amigos. Lo siguieron. Maxime estaba solo. Solo contra los comentarios burlones, las risas, los insultos. No se atrevía a decir nada a nadie. En el recreo, intentaba evitarlos. Se escondía. Fue Anaé quien lo notó. Liam y ella no se separaron de Maxime durante los recreos. Pensaron que eso bastaría para detener a Grégoire.

No fue así.

Capítulo 32 - Cortar el problema de raíz

Marc está literalmente furioso. Lea, avisada por Éric, intenta en vano calmarlo. El maestro está enfadado. Enfadado con los niños que llevan semanas metiéndose con Maxime, y enfadado consigo mismo por no haberse dado cuenta.

Éric no se queda atrás, pero no es la primera vez que enfrenta una situación así. El acoso es común en primaria, dijo con un tono lleno de pesar. Mientras Marc habla de expulsión temporal o incluso definitiva, Éric, más pragmático, menciona convocar a los padres. No hay que dejar que la situación se agrave. Cortar el problema de raíz.

— ¡Los padres no harán nada! —estalla Marc—. ¡A lo sumo, los niños se quedarán sin tele! ¡No cambiará nada!

No me atrevo a decir nada, pero estoy de acuerdo con él. ¿Cómo proteger a Maxime? Los niños a veces pueden ser tan crueles entre ellos...

— ¿Y qué propones? —responde Éric con calma.

— ¡Pues no lo sé!

Marc se da la vuelta y empieza a caminar de un lado a otro en la sala de profesores. Lea lo agarra por los hombros e intenta detenerlo.

— ¿No deberíamos informar a la directora? —pregunto.

— Ya lo he hecho. Está de acuerdo en convocar a los padres de Maxime, así como a todos los elementos problemáticos.

— Elementos problemáticos —repite Marc con amargura.

— Serán castigados severamente —añade Éric.

— Define «severamente».

El desafío en la voz de Marc no afecta en absoluto a Éric.

— Se quedarán sin recreo durante varias semanas y tendrán que presentar disculpas por escrito a Maxime.

— Disculpas por escrito, ¡qué maravilla! Para que puedan volver a empezar enseguida.

— Los vigilaremos.

— ¡Claro que lo hemos hecho muy bien hasta ahora! —ironiza el maestro.

— Marc, vamos a proteger a Maxime —promete Éric, agarrándole el brazo.

Su gesto es similar al que Liam hizo con Maxime unas horas antes. Los dos hombres se miran. Los reproches en los ojos de Marc se suavizan. No es la primera vez que noto su cercanía. A pesar de sus diferencias, Marc, siempre dispuesto a hacerse el gracioso, se apoya mucho más en Éric de lo que admite. Lea me explicó que cuando llegó a la escuela, fue Éric quien acogió a Marc y se encargó de ayudarle a familiarizarse con su nuevo trabajo. La última en llegar, la maestra incluso se sintió un poco apartada, hasta que Marc, fingiendo querer hablar de un tema importante, la invitó a cenar...

Marc se libera del agarre de su amigo sin responder. Respira rápido, con los puños apretados.

— ¿Cómo están los niños? —me pregunta Lea.

— Anaé y Liam están furiosos, aunque lo disimulan. Maxime... Creo que está resignado. No espera que esto mejore. No ha dicho nada a sus padres, y sin el incidente de hoy y la insistencia de Anaé y Liam, tampoco nosotros lo habríamos sabido.

Marc murmura una maldición en voz baja.

— Pero estará bien —añado—. Temía que este incidente los empujara a refugiarse en el silencio, pero el resto de la tarde fue bien.

Después del impacto del recreo, les hice repetir los ejercicios de risoterapia. Esperaba conseguir distraerlos, y funcionó. Los tres se fueron con una sonrisa, a pesar de la situación. Cuando los acompañé a la salida de la escuela, Anaé y Liam escoltaban a Maxime como dos guardaespaldas.

Admiro su resiliencia. Su fuerza de carácter, su determinación. Los niños tienen esa asombrosa capacidad de levantarse, de superar el

dolor para centrarse en el presente. Los envidio. Me gustaría también ser capaz de vivir en el momento presente. Quizás así no me sentiría obligada a comprobar que no hay nadie en la ventana... ¿Y si Sebastien apareciera de repente? La noche ha caído, y detrás de cada sombra en movimiento, no puedo evitar ver una silueta.

— A propósito, cuando salieron esta noche, creí ver algo... — empieza Lea, casi dudosa.

Marc se endereza de inmediato, apretando los puños.

— ¿Qué ha hecho Grégoire ahora...? —ruge, antes de que Éric lo detenga con un gesto de la mano.

— Yo también lo vi —confirma el maestro con una sonrisa.

Se gira hacia mí y continúa:

— No pudiste notarlo porque estabas detrás de ellos.

— ¿Notar qué? —se impacienta Marc.

— Liam habló.

Un gran silencio sorprendido se instala. Soy la única que no está tan sorprendida. Sé que Liam ha dirigido algunas palabras a Anaé, e incluso lo he oído hablar con Maxime. Solo unas pocas sílabas, claro, pero ya es una pequeña victoria. Mis colegas, en cambio, no sabían nada. Marc está particularmente incrédulo.

— Creo que a veces le susurra algo a Anaé —confirmo.

— Pues eso... —suspira Marc dejándose caer en una silla.

— De verdad los estás ayudando —me asegura Lea—. Los estás ayudando a todos.

Incómoda por las miradas que me fijan, me encojo de hombros y desvío la vista. A través de la ventana, distingo una sombra que se mueve lentamente.

— Eso no significa que vaya a hablar para la obra —me lamento.

— Ya lo hará —promete Éric—. Confía en él.

Marc esboza una sonrisa irónica y dice:

— En el peor de los casos, ¡siempre puede hacer playback!

Éric pone los ojos en blanco con diversión.

— Y tú, mudo, ¡eso sí que sería un cambio!

No puedo evitar soltar una pequeña risa, rápidamente compartida por Lea.

— ¡Claro, reíos! —se queja Marc—. Por cierto, Clara, ¿esperas a alguien?

Le lanzo una mirada sorprendida. Sin embargo, me siento aliviada al entender que la sombra no es más que la de un árbol apenas iluminado por las farolas de la calle.

— No, ¿por qué?

— Estás vigilando la ventana con la misma intensidad que mis alumnos cuando temen ser interrogados...

Señora Delatour,

Aunque soy consciente de que no tengo ni la autoridad ni la legitimidad para enviarle este correo, me permito intentarlo de todos modos. Según Liam, usted sabe ser comprensiva; por eso espero que lea este mensaje y que pueda responderme.

Permítame presentarme primero: soy Camomille, la hermana mayor de Liam. Acabo de cumplir la mayoría de edad y me fui de casa el año pasado. Por desgracia, mi hermano pequeño no ha podido hacer lo mismo.

Sé que está intentando ayudar a Liam y sacarlo del mutismo en el que se ha encerrado. Creo que, gracias a usted, está un poco mejor. Por eso me gustaría solicitar una reunión: quisiera, si está de acuerdo, hablarle sobre él... Soy consciente de que no es mi papel, pero, al igual que usted, no deseo otra cosa que verlo florecer de nuevo.

Señora, reciba un cordial saludo,

Camomille

Capítulo 33 - La hora de Zack

Cuando era adolescente, tenía un ritual extremadamente preciso: antes de escribir, me preparaba una gran taza de chocolate caliente, encendía dos velas aromáticas, una a cada lado de mi cuaderno, el azul, el de las formas entrelazadas; me colocaba una manta sobre las piernas, ponía música tranquila y cogía mi bolígrafo favorito. Así instalada, podía empezar a contar mis historias.

Hoy no tengo cómo prepararme un chocolate caliente, ni he comprado velas tampoco. Dudé en salir corriendo a buscarlas, pero luego pensé en mi antigua habitación y en el pequeño escritorio donde me sentaba: imposible traerlo aquí...

¿Para escribir de nuevo, realmente necesito resucitar el pasado de esa manera? Ya que estamos, tal vez debería llamar a Sebastien para que haga los ruidos de fondo. Casi puedo oír su voz cerca de mi oído, ver su rostro concentrado y su mirada seria.

Cojo un paquete de hojas y me acomodo en el sofá, un bolígrafo en la mano. ¿Y ahora? ¿Cómo hacía para escribir? Por ahora, mi mente está completamente en blanco. No tengo ni la más mínima idea de una historia... No es que vaya a escribir sobre coles, sino más bien enfrentarme a una página en blanco.

Para escribir una historia, hay que tener algo que contar, pienso. Echo un vistazo al reloj. Apenas ha pasado un cuarto de hora desde que estoy frente a la hoja, aunque me parece que han sido horas. Pero necesito un descanso: pronto será la hora de Zack.

Por extraño que parezca, la visita diaria del niño pequeño para buscar a su conejo se ha convertido en un punto de referencia en mis días. Es un hábito, un evento inmutable que marca mi rutina. Ya no es cualquier hora: es la hora de Zack. La hora en la que siempre intercambiamos algunas palabras, generalmente sobre Piñón o Morgana. Algunos toman el aperitivo en familia, ven las noticias en la televisión o se dan un baño. Yo abro la puerta a Zack, que busca a

su conejo escapista. Con el paso de las semanas, me he sorprendido esperando con cierta impaciencia los tres golpecitos que da en mi puerta. Espero su llegada. Me gusta ese momento peculiar. Me saca de mi soledad, me aparta de mis pensamientos. Este niño pequeño, con su extraña costumbre de perder a Piñón a horas fijas, me conmueve.

Cuando llega, ya estoy lista para abrir desde hace unos minutos. A veces le ofrezco un chocolate o una galleta, que siempre acepta con una sonrisa radiante.

Esta vez, sin embargo, los golpes en la puerta me parecen diferentes. Más apresurados, más fuertes, más rápidos. Como si fueran urgentes. No importa: ya llevo unos minutos esperándolo, con las llaves en la mano.

Cuando abro la puerta, entiendo que mi intuición no me ha fallado: algo no va bien. Zack levanta hacia mí una mirada llena de lágrimas contenidas. Con el pelo revuelto, no puede quedarse quieto y se mueve nerviosamente.

— ¡Zack! —llama James subiendo las escaleras de cuatro en cuatro —. No hace falta que vayas a casa de Clara, Piñón no puede...

Se interrumpe al verme.

— Demasiado tarde —suspira, dedicándome una sonrisa de disculpa.

— ¿Qué ocurre? ¿Todo va bien?

La preocupación en mi voz no hace más que aumentar la de Zack.

— Es Piñón —solloza entrecortadamente, intentando contener el llanto—. Él... él... él...

Se seca los ojos con la manga de su camiseta, intentando terminar la frase.

— ¿Qué le pasa? —insisto.

— ¡Ha desaparecido! —gime el niño.

Entorno los ojos. Piñón desaparece todas las noches. ¿Cuál es el problema? Sin embargo, la angustia de Zack impide cualquier intento de humor. El niño parece aterrorizado.

— Nadie sabe dónde está —me explica suavemente mi vecino—. Piñón se escapó por la puerta de su apartamento hace una hora, quizá más.

— ¿Se ha adelantado? —aventuro, perpleja.

— ¡Pero no lo entiendes! —solloza Zack—. ¡Se ha ido! ¡Normalmente sé dónde está!

— Pero lo buscas todas las noches...

— ¡No entiendes nada! —grita, alzando la voz—. ¡Vamos, James, vámonos! ¡Ella no sirve para nada!

Abro los ojos de par en par. La angustia del niño me atraviesa el corazón.

— Zack, eso no es muy... —empieza James, con tono severo.

— Espera, voy a ayudarte a buscarlo —digo sin pensar, agarrando mis llaves.

— ¿De verdad?

La esperanza en su voz se refleja en todo su cuerpo. Sus lágrimas se secan un poco, su respiración se calma.

— James y yo subiremos a buscar arriba, tú vuelve a revisar abajo —decide, recuperando el ánimo.

Sin esperar respuesta, se precipita hacia las escaleras. Antes de seguirlo, James se gira hacia mí.

— Gracias —articula en silencio.

Los observo alejarse. De repente, me doy cuenta de que es la primera vez que mantengo una conversación medianamente normal con James desde nuestro beso fallido. Bueno, normal... Lo he estado evitando desde entonces, demasiado avergonzada para cumplir mi resolución de actuar como si nada hubiera pasado. Pero en la urgencia de la situación, ninguno de los dos ha pensado en ello.

Apartando mis pensamientos, me dirijo a la planta baja, escaneando con la mirada cada rincón donde podría haberse escondido un conejo. ¿Detrás de la planta? No. ¿Dentro de la planta? Tampoco.

Al llegar al pie de las escaleras, observo el pequeño pasillo. La puerta corredera que lleva a la recepción, donde está el tablón, está

cerrada. Dudo que un conejo pueda abrirla, pero por si acaso, voy a echar un vistazo. Mientras llamo regularmente al animal, rebusco en cada rincón de la habitación. Por desgracia, está completamente vacía.

Retomo la búsqueda, pero a menos que Piñón haya logrado colarse en casa de Eduardo o de Madame Flaubert, no está aquí. Con el oído atento, buscando cualquier ruido que delate la posición del pequeño conejo, llego al final del pasillo suspirando. Piñón no está en ningún lado.

De repente, percibo un ruido. Voces alzadas detrás de la puerta de Eduardo llaman mi atención. Dudo. No tiene nada que ver con Piñón, lo sé. Pero al aguzar el oído, me llegan fragmentos de la conversación.

— ¿Cómo que no podrás venir? ... ¡Pero me lo habías prometido! ... Sé que estás ocupada, pero hace meses que no os veo... Sí, sí, estoy encantado con las fotos de los niños, pero esperaba... No, claro, lo entiendo... ¿El año que viene, de verdad? ... ¡Pero no estoy intentando darte pena! ... Efectivamente, sí, cada año es lo mismo, probablemente porque ese es el principio de los cumpleaños... Solo habías planeado venir por mi cumpleaños, y me hacía tanta ilusión veros, no es para tanto... De acuerdo, está bien, lo he entendido... No, ¡claro que no! ... Eso es, buenas noches, y ya que estamos, ¡feliz Navidad y próspero Año Nuevo, puesto que seguramente no nos veremos antes!

Abro los ojos sorprendida por la ira en la voz de Eduardo, él, que siempre parece tan sereno. Oigo el ruido sordo de un objeto colocado con demasiada brusquedad, el raspar de una silla contra el suelo, y luego nada más. Lentamente, inmóvil, reúno las piezas, reconstruyo la lógica de lo que acabo de escuchar. Siento que el corazón se me encoge. Pobre Eduardo... Su seguridad, su elegancia, todo en su actitud oculta lo que realmente es: un anciano abandonado por su familia que, tras pasar el año esperando una visita por su cumpleaños, tendrá que celebrarlo solo. Aprieto los puños. ¿Por qué siempre es así? ¿Está la sociedad dividida en dos categorías, los que abusan de su poder y los que lo sufren? Por un

instante, veo en la hija de Eduardo a un Sebastien igual de cruel que el que tanto me hirió. Quizá Eduardo y yo no seamos tan diferentes, después de todo...

Dudo si llamar a la puerta. Intentar hablar con él, consolarlo. Pero, ¿qué decir? «Eduardo, he estado espiando su conversación desde el umbral de su puerta con la excusa de buscar un conejo que se escapó antes de lo previsto». Inútil decir que me tomará por loca...

Mi impotencia se hace evidente. No soy lo suficientemente cercana a Eduardo como para ayudarlo. Suspiro profundamente y doy media vuelta, barriendo el pasillo con la mirada sin mucha convicción.

Piñón no está aquí, Eduardo sufre, y no puedo hacer nada. De repente, me resulta insoportable. Las dudas me inundan, la rabia me sorprende. Me detengo, con la mirada perdida, la mente en caos.

Es un grito lo que me saca de mis pensamientos. Más bien un alarido. Zack.

Me lleva unos segundos entender antes de echar a correr hacia las escaleras.

— ¡Claraaaaaaa, ráaaaaaaapido!

Capítulo 34 - La bondad y la empatía de un pimiento

¿Alguna vez habéis corrido tras un conejo? Yo, por mi parte, es la primera vez. Y está lejos de ser justo: él tiene menos distancia que recorrer que yo, aunque el terreno sea más accidentado. Además, tiene cuatro patas mientras que yo solo tengo dos piernas. No sé si está mejor entrenado que yo, pero una cosa es segura: cuando llego al pie de las escaleras unas décimas de segundo antes que Piñón, soy yo la que está más sin aliento.

No pienso. El animal corre hacia mí, y yo me lanzo hacia adelante. Zack grita el nombre de su conejo.

En un movimiento digno de un soldado de élite sobreentrenado, cierro los brazos alrededor del animal y aterrizo justo al pie de las escaleras, de rodillas, con la cara enterrada en el pelaje de Piñón.

— ¡Cuidado, que araña! —advierte Zack bajando las escaleras de cuatro en cuatro, con James siguiéndolo.

Como si lo hubiera oído, Piñón elige ese preciso momento para clavar sus uñas en mi antebrazo.

— ¡Ay, pero qué haces, loco!

Rápidamente aparto al animal de mí, sosteniéndolo con los brazos extendidos. Una ligera marca roja aparece en mi piel, arrancándome una mueca.

— Está bien, Piñón no tiene nada —dictamina Zack dirigiéndose a James mientras agarra a su conejo.

Mi vecino aparece en el rellano, y el niño añade rápidamente:

— Clara tampoco.

Abraza a la pequeña criatura contra sí.

— ¡Por Dios! —protesto—. ¡Podrías haberme avisado de que era carnívoro!

Zack ríe, su voz amortiguada por el pelaje de Piñón.

— ¿Estás bien? —pregunta James al llegar a mi lado.

— ¡Lo tengo! ¡Lo encontramos! ¡James, has visto cómo lo atrapó Clara! ¡Es increíble! —exclama el niño sin dejar de acariciar a su conejo—. ¡Idiota, no vuelvas a escaparte así, me has dado un susto de muerte! Si Morgana te hubiera encontrado, te habría despellejado, te lo digo yo...

Me levanto y cruzo una mirada con James. Él sonríe.

— Ya ves, todo está bien cuando acaba bien —concluye, colocando una mano en el hombro del niño—. Lleva a Piñón a casa y vigílalo bien esta vez.

Zack obedece, hablándole a Piñón en voz baja. Los observo alejarse. Siempre hay algo que se me escapa.

— No lo entiendo —suspiro, girándome hacia James—. Piñón se escapa todas las noches... ¿Qué ha sido diferente esta vez?

Mi vecino parece vagamente incómodo.

— No me corresponde a mí responder a esa pregunta, Clara.

Cruzo los brazos, molesta.

— Casi pierdo un brazo atrapando a esa criatura. Lo mínimo sería que me explicaras qué ha pasado.

Una ligera turbación cruza el rostro de mi vecino, sin que entienda por qué.

— ¿Perder tu brazo? —repite James con una leve sonrisa.

— ¡Exactamente!

Cruzo su mirada y no puedo evitar reír. James sacude la cabeza.

— Clara... —empieza.

— ¿Sí?

— Gracias. Zack quiere mucho a Piñón.

— Lástima que eso no me permita tachar una casilla del tablón —bromeo.

James me lanza un guiño burlón.

— Eso se puede arreglar...

La frase flota entre nosotros un momento. La repentina complicidad que nos unía parece haberse congelado, y ahora no

somos más que dos adultos, casi desconocidos, sin palabras. Dos adultos que estuvieron a punto de besarse...

— Sobre nuestro picnic nocturno... —empieza James, como si sus pensamientos hubieran seguido el mismo camino que los míos.

¿O quizá ha leído mi mente solo con observarme? Con él, ya nada me sorprende, desde que me arrastró a una caza de gatos para obligar a nuestros vecinos a adoptar uno...

— El picnic nocturno —repito, luchando contra el pánico repentino que me invade—. ¿Qué picnic nocturno?

James abre los ojos de par en par. En su mirada clara, discierno un toque de tristeza y decepción. Me muerdo el labio.

— Perdón —digo apresuradamente—, digo tonterías cuando estoy nerviosa...

Abre la boca para responder, pero ya no me controlo. Escenarios todos más absurdos que los anteriores giran en mi cabeza. Tengo miedo. Miedo de este vínculo que se está creando entre nosotros, miedo de lo que podríamos tener, de lo que podríamos destruir. Miedo de que termine mal, cuando ni siquiera ha comenzado.

— No es que lo esté, nerviosa —suelto sin pensar—, ¡para nada! Pero la carrera tras el conejo, y luego la llamada de Eduardo, y la caída al final, ¡me ha emocionado!

Dios mío, ¿pero qué estoy diciendo?

— Quiero decir, me ha alterado, no emocionado. Y no alterado de enfado, solo alterado como...

Me callo, mortificada. Me estoy haciendo el ridículo.

— Alterada como emocionada, lo he entendido —dice James con una sonrisa ladeada.

Cierro los ojos y sacudo la cabeza.

— James, no quería decir...

Una carcajada me interrumpe. James me agarra del brazo con su espontaneidad habitual.

— ¡Clara, cálmate!

Lo fulmino con la mirada, y él aprieta los labios para no reír de nuevo. Su mano en mi codo es agradablemente cálida. Me aparto.

— Entendido —añade—. Lo que pasa en los picnics nocturnos, se queda en los picnics nocturnos.

Bajo la mirada, incapaz de sostener la suya.

— Eso es —asiento—. Exacto.

— ¡Perfecto! ¿Puedo hacerte una pregunta?

— No te prometo responder...

— ¿No habíamos acordado tutearnos?

Hago una mueca.

— Lo siento. Lo olvidé.

— Entonces, ¿qué?

— ¿Qué de qué?

Inclina la cabeza sonriendo.

— ¿Lo del tuteo?

— No sueltas nunca, ¿verdad?

Ahora es él quien pone una cara extraña, frunciendo la nariz. A pesar de mí, también sonrío.

— No sueltas nunca, corregí con diversión. ¿Contento?

Asiente.

— ¿Puedo hacerte otra pregunta?

— Sigo sin prometer responder...

— ¿De qué llamada de Eduardo hablabas?

Debo haber ofendido a alguien allá arriba para tener tan mala suerte. ¿Debería confesarle a mi vecino que escuché la conversación de Eduardo a través de su puerta? ¡Va a pensar que estoy loca!

— No sé de qué...

— Clara —me interrumpe, casi severo—. ¿Qué llamada?

Recuerdo la amistad que une a los dos hombres. James es muy cercano a Eduardo. Si hay algo que no dejará pasar, es esta historia de la llamada. Suspiro.

— No fue intencionado, lo juro. Solo oí voces alzadas y me preocupé...

— Ahora me preocupas tú.

Paso las manos por mi rostro con cansancio.

— No suelo hacer esto. De verdad.

James me observa. Desliza un brazo alrededor de mis hombros en un gesto que me resulta sorprendentemente familiar y me lleva hacia el jardín.

— Solo cuéntame lo que oíste —dice, sentándose en un pequeño banco cerca del huerto.

Me dejo caer a su lado. No sé por dónde empezar. Quizá pueda evitar mencionar la parte en la que pegué la oreja a la puerta.

— ¿Sabes qué tiene planeado Eduardo para su cumpleaños? — pregunto tras unos segundos de reflexión.

Frunce el ceño.

— Su hija y sus nietos vienen para la ocasión.

Asiento suavemente y cruzo su mirada. No hace falta más para que James entienda. Su brazo se tensa alrededor de mis hombros. No me atrevo a apartarme. Aprieta la mandíbula.

— No vienen, ¿verdad?

— Su hija parece estar muy ocupada...

— Muy ocupada —repite James con tono amargo.

Se levanta de repente. Privada de su calor, reprimo un escalofrío.

— ¡Es sobre todo que le importa un pimiento! —exclama, empezando a dar vueltas frente a mí.

Lo observo sin hablar. No sé qué decir. Entiendo su enfado, lo siento también. A pesar de ello, siempre está esa pequeña voz masculina y maliciosa que me recuerda que no debería meterme. Que me repite mi mantra. *Demasiado buena, demasiado tonta*. Esto no es asunto mío.

— ¡Y si fuera la primera vez, todavía! ¡Pero no! El año pasado fue lo mismo. ¿Y el año anterior? ¿Sabes lo que hizo el año anterior?

Niego lentamente con la cabeza, intimidada por su furia. Nunca lo había visto tan alterado.

— El año anterior —continúa, con los ojos brillando de amargura —, el año anterior se equivocó de semana. ¡Llamó siete días antes! «Feliz cumpleaños, papá, no podemos ir este año, hasta el próximo, ¡adiós!». Eduardo estaba destrozado; ¿quién no lo estaría?

Quizá Sebastien esté equivocado. *Demasiado buena, demasiado tonta...* ¿y si no fuera tan simple? Quizá las personas valgan la pena, que merezca la pena correr riesgos por ellas, ayudarlas, incluso si eso significa pagar las consecuencias después.

— James, cálmate —murmuro, levantándome también.

Le agarro el brazo. Se detiene en seco.

— No se da cuenta —susurra—. No se da cuenta del daño que le hace...

— Podemos arreglarlo —afirmo, apretando su muñeca.

Baja la mirada hacia mí.

— ¿Cómo? No podemos obligarla a venir...

— Como dice Eduardo, mientras no esté moribundo...

— ¿Moribundo? —repite James, como si estuviera en otro lugar, sin darse cuenta de que acaba de interrumpirme.

— Pero podemos organizar algo para él. Una pequeña fiesta, con los demás residentes. Y si tiene otros amigos, quizá...

Creo que no me está escuchando. De repente, se endereza de golpe.

— ¡Tiene que estar moribundo! ¡Clara, eso es! ¡La única manera de que venga es que crea que está moribundo!

Parpadeo. Me temo que entiendo.

— Ehm, sí. Pero no es el caso, por suerte. Así que tendremos que conformarnos con...

— ¡No, no, no, no hace falta que esté realmente moribundo! ¡Solo tiene que creerlo!

James sonríe. Una sonrisa amplia, casi aterradora, considerando el brillo inquietante en su mirada. Tiene el mismo aire que cuando dejó a Bambú en casa de los Laroche. Esto me inquieta...

— Vamos a hacerle creer que está moribundo. ¡Y ella estará aquí para su cumpleaños!

Rectificación: esto no es inquietante, es aterrador. Está loco. Estamos perdidos.

Capítulo 35 - Un paso en la dirección correcta

A pesar de mi satisfacción por poder finalmente hablar con alguien del entorno de Liam, estoy un poco nerviosa. ¿Será Camomille, su hermana mayor, tan desagradable como su madre? Nada en su correo lo sugiere, al contrario, pero no puedo evitar imaginarme lo peor.

También me preocupa lo que pueda contarme. No he olvidado el comentario deslizado en su mensaje: «Justo al cumplir la mayoría de edad, me fui de casa el año pasado. Mi hermano pequeño, lamentablemente, no pudo hacer lo mismo». ¿Por qué «lamentablemente»? A su edad, el lugar de Liam debería estar con sus padres... ¿Qué quiso decir Camomille?

Sentada en mi escritorio, en mi aula vacía, hago girar mecánicamente un lápiz entre mis manos. Unos golpes en la puerta me hacen levantar la cabeza.

— ¿Todavía aquí? —se sorprende Marc—. Sabía que te gustaba tu trabajo, pero ¿tanto?

Éric, a su lado, sacude la cabeza, divertido.

— Tengo una cita con la hermana de Liam —explico.

— ¿Camomille? —entiende Éric.

Asiento con la cabeza.

— Era una niña adorable —comenta Marc—. Llegó aquí para primero de primaria. Bien educada, educada... quizá demasiado, incluso.

— ¿Demasiado? —pregunto.

— No se atrevía a decir mucho —recuerda Éric—. Aunque hablaba más que su hermano...

— Eso sí, hablar más que él no es un gran logro —ironiza Marc.

— ... pero seguía siendo bastante reservada.

— Hablando de citas, ¿alguno sabe cómo fue la reunión de los padres de Maxime con la directora? —pregunta Marc, tensándose ligeramente.

El acoso que sufrió el pequeño le ha afectado mucho. Éric lo sabe y parece elegir sus palabras con cuidado:

— Madame Dartran propuso organizar una tarde especial para informar a los alumnos sobre la gravedad del acoso y la importancia de la tolerancia. También se reunió con los padres de los responsables, que están castigados hasta final de año.

— ¿El final del año escolar? —pregunta Marc.

Éric hace una mueca.

— El final del año civil.

— Una charla sobre el acoso y un mesecito de castigo. Eso seguro que los disuade hasta la semana que viene —se queja el maestro.

— Los vigilaremos —aseguro.

— Estaremos atentos —confirma Éric, colocando una mano en el hombro de su amigo—. Y por ahora, Marc, tienes otras cosas que gestionar...

Marc intercepta mi mirada interrogante y pone los ojos en blanco.

— Despedida de soltero. Parece que es imprescindible.

Les deseo una buena tarde y los observo alejarse, brazo con brazo. Muchos piensan que uno de los objetivos de la vida es formar una familia. Marc está en ello, pero yo aún estoy lejos. Mis anteriores novios no se quedaron lo suficiente como para siquiera plantearse pedirme matrimonio... Perdida en mis pensamientos, no oigo el leve chirrido de la puerta.

— ¿Señora Delatour?

La voz es algo vacilante. Me enderezo rápidamente en mi silla e invito a entrar. La joven obedece lentamente, con aire intimidado. Tiene el mismo cabello rubio que su hermano y juega nerviosa con un mechón entre los dedos.

— Siéntese, por favor —le pido, señalando la silla frente a mi escritorio.

Su mirada se pierde un instante en las pequeñas mesas de los niños. Sonríe al reconocer la de su hermano, con la pizarra de tiza bien visible en el centro.

— Gracias por aceptar verme.

— Gracias a usted por contactarme. ¿Quería hablarme de algo en particular sobre Liam?

Baja la mirada hacia sus manos agrietadas por el frío.

— No lo veo a menudo. Me alejé de nuestros padres. A veces voy a buscarlo a la salida del colegio, cuando tengo tiempo, pero es bastante raro.

La escucho sin decir nada.

— La última vez que lo vi, estaba con otros dos niños. Parecía feliz. Creo que incluso les habló...

— Liam está progresando y se siente cada vez más cómodo con sus dos compañeros —asiento.

— Es gracias a usted. Mire, solo quería advertirle: nuestros padres no le facilitan las cosas. Temo que lo arruinen todo...

La observo. No debe tener más de dieciocho o diecinueve años. Sin embargo, tiene la gravedad de una mujer mayor. Su cabello recogido en un moño y su atuendo, una falda recta y una blusa, le dan un aire demasiado serio.

— ¿Por qué dice eso?

Duda, con la mirada perdida.

— Nuestros padres son muy exigentes. *Demasiado* exigentes.

— ¿Qué quiere decir?

— Cuando vivía allí...

Se interrumpe.

— ¿Cuando vivía allí? —la animo suavemente.

— Mis padres nunca me aceptaron tal como era. No era muy brillante en la escuela. Nunca fui buena. Lo único que me gustaba era el teatro. Pero para nuestros padres, eso nunca fue una opción.

Ahora que ha comenzado, las palabras parecen fluir con más facilidad. Juega con las mangas de su abrigo, tirando de un hilo suelto.

— Tomé clases de teatro en secreto. Quería ser artista... Actriz, tal vez. Cuando nuestros padres lo descubrieron, me confiscaron mi dinero de bolsillo y me prohibieron salir. Quisieron controlar todo mi futuro. Intentaron meterme en la universidad sin consultarme. Una facultad de idiomas, porque no se me daba mal el inglés. ¡Pero no era lo que yo quería hacer! Liam quedó atrapado en medio de todo eso. Nuestros padres dejaron de prestarle atención, demasiado ocupados intentando evitar que yo arruinara mi futuro, como decían. Intenté ayudarlo, pero yo estaba tan mal como él. Cada vez que abría la boca, nuestros padres lo reprendían o desviaban la conversación hacia el futuro que me inventaban, provocando una nueva discusión. Poco a poco, lo vi callarse. Ya no hablaba. Por las noches, se colaba en mi habitación y se dormía en mi cama.

Ante la expresión apenada de Camomille, no puedo evitar sentir compasión. Si yo hubiera tenido las mismas aspiraciones que ella, ¿qué habrían dicho mis padres? No lo sé, pero espero que no hubieran reaccionado de manera tan drástica como los suyos...

— Y luego llegó el final del curso, con el bachillerato y las decisiones sobre el futuro. Mis padres se encargaron de todo, seleccionaron ellos mismos las universidades adecuadas, pero ninguna me interesaba... Así que, en secreto, la víspera del cierre de las solicitudes, lo cambié todo. Reemplacé las facultades de idiomas por escuelas de teatro o interpretación...

— Trazaste tu propio camino.

— Pensaba irme, a París, tal vez, lejos de nuestros padres. Ingenuamente, me imaginaba llevándome a Liam los fines de semana, estudiando teatro e interpretación, trabajando en ese ámbito más adelante.

— Pero no te fuiste...

— No me aceptaron en París ni en ninguna de las grandes ciudades que pedí. Ni siquiera en una escuela de teatro. La universidad de la ciudad me aceptó, en estudios superiores de artes escénicas. No era lo que soñaba, pero era un paso en la dirección correcta.

— Y tus padres se enteraron —adivino, con un nudo en la garganta.

— Era inevitable... Me echaron de casa. Aún hoy, se niegan a hablarme o a dejarme ver a Liam. Encontré un pequeño trabajo, un lugar donde dormir, estudio artes escénicas, pero he perdido a mi hermano...

— Lo siento mucho —murmuro.

— Desde que ya no estoy, nuestros padres han volcado todas sus esperanzas en Liam. Exigen de él lo mejor. Tiene que ser el primero de su clase, el más brillante, el más inteligente. Gracias a usted, ha vuelto a hablar, pero si nuestros padres siguen poniendo tanta presión sobre sus hombros, temo que vuelva a callarse.

Guarda silencio, con lágrimas en los ojos. Las seca discretamente.

— No sé qué hacer...

— Voy a pedirles una reunión.

Me arrepiento de haber pronunciado esas palabras en el mismo instante en que salen de mi boca. ¿Cómo podría convencerlos de que sean más flexibles con sus hijos? Nunca me escucharán...

— ¿Cree que eso ayudará?

Camomille no parece convencida. A pesar de todo, percibo un leve destello de esperanza en su mirada.

— No lo sé... Pero Liam está progresando mucho. Espero que sus padres lo tengan en cuenta. ¿Puedo pedirle un favor?

La joven asiente, algo perpleja.

— Liam y los demás niños representarán su obra de teatro a finales de diciembre. No sé si sus padres tienen intención de asistir, pero estoy segura de que le haría feliz ver a su hermana mayor allí...

Camomille deja que una sonrisa tímida asome en sus labios.

— No me lo perdería por nada del mundo.

Capítulo 36 - Plan diabólico

Estoy segura de una cosa: si quiero lograr hablar con los padres de Liam, debo ser convincente. Según mis colegas, nunca asisten a ninguna reunión. El mensaje de la última reunión de padres y profesores no fue más que otra excusa.

— La verdad es que simplemente no tienen tiempo —lamentó Éric —. Ambos están muy ocupados. Culpar a los profesores es solo una forma de aliviar su conciencia.

Su comentario me dio una idea.

Desde el día siguiente a la desaparición de Piñón, James insistió en que nos reuniéramos esa misma noche para poner en marcha su plan. No me atreví a preguntarle qué tenía en mente. Me preocupaba. Incluso dudé en aceptar. Podría haberlo dejado, olvidarme de Eduardo, concentrarme en mis problemas actuales.

Pero claro, James tiene razón. «Hay que luchar por ser uno mismo, o volver a serlo si te has perdido en el camino», dijo. ¿Quién soy yo? ¿La nueva Clara, supuestamente fría y distante? Desde luego que no. ¿Y la antigua? ¿Esa chica ansiosa, reservada, incluso despreciada? No quiero volver a ser ella.

Quiero convertirme en alguien más. Ni la antigua Clara ni la nueva. Otra Clara que aún no conozco, una Clara que será libre. Libre de vivir como quiera, libre de ayudar a quien quiera, de hacer lo que quiera.

Es aterrador y emocionante a la vez.

Llamo a la puerta de James, con el corazón acelerado. Voy a ayudar a Eduardo. Y voy a pedirle a James que me ayude a mí también. Necesito sus consejos para convencer a los padres de Liam de aceptar una reunión.

Respiro hondo para calmarme. Justo a tiempo, esbozo una sonrisa de cortesía en mi rostro. La puerta se abre. James lleva un polo

blanco con cuello azul, muy elegante. Me felicito por haber pensado en cambiarme y ponerme un vestido negro. El escote es discreto, llega por debajo de las rodillas, pero sin dejar de favorecerme.

— Adelante —me dice con una sonrisa.

A pesar de mí, mi corazón se acelera. Lo que pasa durante los picnics nocturnos, se queda en los picnics nocturnos, ¿verdad?

Lo sigo hasta el salón. Las citas no han cambiado desde la última vez que vine. Me hace un gesto para que me siente en el sofá, y obedezco, incómoda.

Frente a nosotros, en la pared, hay una gran pizarra blanca. Los rotuladores para escribir están sobre la mesa de centro, y reprimo una sonrisa.

— Lo tienes todo planeado.

James regresa de la cocina y me tiende un vaso.

— No podemos cometer errores —afirma.

Su seriedad no me da buena espina. Echo un vistazo a mi bebida.

— Te he preparado un pequeño cóctel —me dice con una sonrisa encantadora—. Creo que te gustará.

— ¿Puedes saber lo que me gusta solo con mirarme? ¿Es un truco de psicólogo? —bromeo.

Entrecierra los ojos y se deja caer a mi lado. No demasiado cerca, pero aun así siento como si la temperatura de la habitación hubiera subido de repente.

— No —ríe—, pero quien no arriesga, no gana.

— ¿Y qué esperas ganar, exactamente? —replico.

— La familia de Eduardo para su cumpleaños, ¡por supuesto! Pensé que sería mejor ganarme tu confianza antes de exponerte mi plan diabólico.

¿Su plan diabólico? Me preocupa...

— ¿Y por ganarte mi confianza, te refieres a emborracharme?

James estalla en carcajadas. Una risa franca, sincera.

— No lo había pensado, ¡pero es una buena idea!

Pruebo mi bebida. Es afrutada, dulce, bastante buena.

— Estoy convencida —declaro—. ¿Cuál es tu plan?

Esboza una mueca divertida.

— Ahora que lo pienso, creo que necesitarás más alcohol para aceptar la idea. Prométeme primero que lo pensarás antes de rechazarlo.

Sus precauciones me sorprenden. ¿Qué tiene en mente que puede ser tan terrible?

— La única manera de hacer que la hija de Eduardo vuelva es hacerle creer que su padre está muriendo —resume—. En sí, no es complicado. Pero habrá que gestionar el *timing*.

Entorno los ojos.

— ¿Y la parte diabólica es...?

— Voy a llamarla para avisarle de que su padre ha sufrido un desmayo y ha sido trasladado de urgencia al hospital. Luego, una enfermera la contactará. Le dirá que su padre, lamentablemente, está en las últimas, que no le queda mucho tiempo, y que ha expresado el deseo de ver a su hija y a sus nietos una última vez. Seguro que aceptará.

Hace una pausa para coger un rotulador y se arrodilla frente a la pizarra.

— Su cumpleaños es el dieciocho de noviembre. Su hija debe llegar ese día. Avisándola tarde el día anterior, la obligaremos a venir el dieciocho por la mañana. Lo que significa que debo contactarla el dieciséis.

Mientras habla, traza una especie de línea de tiempo de los eventos. Luego se gira hacia mí, sonriente, y extiende los brazos.

— ¡Y listo! Una vez que esté aquí, con los demás invitados, solo tendremos que celebrar el cumpleaños de Eduardo.

Aquí hay gato encerrado, lo noto. Tengo un mal presentimiento.

— ¿Y se supone que debo encontrar esto diabólico porque...?

James murmura algo entre dientes, tan rápido que no entiendo nada. Ante mi expresión perdida, lo repite más despacio:

— Tienes que ser la enfermera.

Me incorporo de un salto en el sofá, casi derramando mi cóctel.

— ¿Estás loco? ¡No puedo llamar a esa mujer para hacerle creer que su padre está muriendo!

— ¡Claro que puedes! Escribiremos el diálogo de antemano, solo tendrás que recitarlo palabra por palabra. Dos minutos al teléfono, ¡y listo! Verás, será pan comido.

— ¿Por qué no te haces pasar tú por un enfermero?

— Temo que reconozca mi voz.

Me hundo en el sillón. Mi mente trabaja a toda velocidad.

— Clara, por favor —murmura de repente James, sentándose de nuevo a mi lado, tan cerca que nuestras rodillas se rozan—. Necesito tu ayuda.

Bajo la mirada. Tiende la mano, como si dudara en tocarme, pero la deja caer.

— No quiero obligarte a nada, por supuesto —añade con voz grave —. Si no quieres, lo entenderé. No cambiará nada.

— ¿De verdad?

— De verdad. Sé que ni siquiera debería pedirte esto. Pero no sé qué más hacer. ¡Por Dios, Clara, Eduardo necesita verla!

James se muerde los labios al darse cuenta de que se ha exaltado. Sus hombros se hunden y se aleja ligeramente de mí.

— Cuando Eduardo llegó aquí, yo llevaba instalado casi dos años. Su hija le pidió cita en mi consulta para una decena de sesiones. Quería que lo convenciera de que había hecho lo correcto al abandonarlo aquí, que era por su bien y que era necesario. Me indignó, así que la mandé a paseo. Eduardo vino de todos modos a la cita. Se encogió de hombros y me dijo: «Chico, cuando tengas mi edad y estés tan solo como yo, entenderás por qué vine hoy». No importaban las motivaciones de su hija o las mías, él solo quería compartir un momento con alguien. Y vino a cada sesión.

James guarda silencio un momento. Veo que está emocionado. Sin pensar, pongo mi mano sobre la suya. Me dedica una sonrisa triste antes de continuar:

— Significa mucho para mí. A veces pienso que me gustaría que mi padre fuera como él. Desde aquel día en la consulta, siempre ha

estado ahí para mí. Así que ver a su hija tratarlo así...

Se pasa una mano por la cara. La forma en que se abre conmigo, su sinceridad, todo en él me conmueve de repente.

— Sabes, veo pasar a decenas de pacientes cada día. Mi trabajo es ayudarlos, y aun así, a veces me siento tan impotente...

Asiento suavemente.

— Sé cómo te sientes —murmuro—. Yo también me siento terriblemente inútil con mis alumnos. Pero eso no significa que realmente lo seamos.

James deja escapar un leve suspiro.

— Siento mucho pedirte esto.

¿Cómo decirle que no? Peor aún, ¿por qué decirle que no? ¿Por miedo? Sería terriblemente egoísta. Quiero ayudar a Eduardo, quiero ayudar a Liam, y puedo matar dos pájaros de un tiro.

Estoy cansada de tener miedo. Echo un vistazo a la cita que James colgó para mí: «Todo lo que puedes hacer en la vida es ser tú mismo. Algunos te querrán por quien eres. La mayoría te querrá por los servicios que puedes ofrecerles, otros no te querrán». (Rita Mae Brown)

— Lo haré, pero también quiero pedirte algo...

El alivio ilumina su rostro.

— ¡Lo que quieras!

— Es por uno de mis alumnos. Se llama Liam...

Capítulo 37 - Romper con todo

— Lo siento, murmura el niño mientras tiende una hoja cuadriculada doblada en cuatro a Maxime.

El pequeño la toma sin decir nada. De pie junto a él, con los brazos cruzados, Liam fulmina a Grégoire con la mirada. Un coro de disculpas resuena mientras los demás culpables imitan al principal responsable. Los niños lanzan miradas nerviosas a Éric y Marc, cuyos rostros reflejan una profunda indignación.

— Solo queríamos divertirnos, no hacerte daño. Perdón.

Grégoire traga saliva con dificultad. Casi me da lástima. Los dos maestros no parecen satisfechos, ni mucho menos, y el niño parece encogerse en el sitio.

— No sabía que era tan grave.

Marc pone los ojos en blanco ante la formulación de la frase, pero Éric lo calma colocando una mano firme en su brazo.

— No volveremos a hacerlo, continúa el niño con voz débil.

— Vale, dice simplemente Maxime.

Luego, sin prestar más atención a los demás, se da la vuelta, seguido por Liam. Los dos chicos se reúnen con Anaé, que está un poco apartada, y mis tres alumnos regresan a sus asientos sin decir una palabra.

— Volved a clase, ordena Éric a los demás niños, que obedecen murmurando entre ellos, probablemente creyendo que son discretos.

— ¡En silencio! —se irrita Marc.

Éric sigue a sus alumnos y Marc se queda un momento a mi lado.

— Esto no será suficiente, lamenta, todavía vibrando de furia.

No olvidará fácilmente lo que hizo Grégoire.

— La intervención de esta mañana sobre el acoso fue...

Dudo sobre qué palabra usar, y Marc me interrumpe con un encogimiento de hombros.

— ¿Útil? ¿Inútil? Buena pregunta. Creo que algunos se han dado cuenta de lo que realmente estaba pasando. Ni siquiera entendían lo que hacían. Para ellos, solo era una broma gigante. Volveré a explicarles, a ver qué podemos hacer para mejorar la situación. Quizás hablar con ellos ayude...

Se queda en silencio un momento, con la mirada perdida en el vacío.

— Me siento culpable —añade en voz baja.

— No es culpa tuya —protesto suavemente.

— Debería haberlo visto. Siempre he estado pendiente de Liam, por si acaso. Pero Maxime no está en mi clase, así que nunca pensé que mis alumnos se meterían con él. ¡Solo se cruzan en los recreos! Según lo que dijeron mis alumnos, a Maxime no le gustan las mismas cosas que a ellos. No juega al fútbol ni al escondite, no le gusta correr. Y apenas habla. Eso desató las hostilidades.

Se pasa una mano por la cara, con aire cansado.

— Y los niños son crueles con quienes consideran diferentes, concluye.

En sus ojos pasa una sombra, cargada de recuerdos. La aparta con una sonrisa y sacude la cabeza.

— Vamos a llegar tarde. Créeme, mejor no darles la oportunidad de reprochárnoslo, o nos lo recordarán hasta la jubilación.

Lo observo alejarse. Empiezo a conocerlo y a entenderlo mejor. Siempre bromea, pero detrás de todas sus bromas hay otro hombre. Basta con mirar más allá de sus burlas y su ironía mordaz para darse cuenta de que, en realidad, aprecia mucho a Liam. Él también quiere ayudarlo. De hecho, cuando le hablé de la reunión con los padres de Liam, Marc insistió en estar presente. Espero que las palabras de James surtan efecto y que los padres del pequeño sean receptivos a nuestro correo...

En mi clase, mis tres alumnos están sentados en el suelo, inclinados sobre la hoja que Grégoire le dio a Maxime. Liam parece francamente escéptico, Anaé frunce el ceño y Maxime aparta la

mirada cuando me ve. No lo suficientemente rápido, sin embargo, para ocultar la tristeza en sus ojos.

«*¿Crees que son sinceros?*» pregunta Liam en su pizarra.

Maxime me tiende la carta. Me muerdo el labio. Ya me cuesta entender a mis semejantes, así que las palabras de un niño que no conozco, ¡ni hablar! Recorro la hoja con la mirada. Las disculpas son torpes, llenas de faltas de ortografía, y en cierto modo, eso me tranquiliza: las ha escrito él mismo.

— No lo sé, digo con sinceridad.

Liam está indignado por lo que ocurrió, Anaé está ansiosa y Maxime intenta ocultar su dolor. La forma en que se apoyan mutuamente me conmueve.

«Les vamos a demostrar,» escribe Liam. «Vamos a romperla con la obra.»

Anaé aprieta los labios, dubitativa, pero Maxime asiente. Los dos chicos comparten el mismo deseo de revancha. Liam se acerca a Anaé y le toca la muñeca. La niña se encoge de hombros. Ambos han desarrollado una sorprendente forma de comunicarse en silencio, sin palabras.

— ¿Qué hacemos? —pregunta Maxime con tono brusco.

Los miro. Tres niños, tres personalidades, tres formas de encerrarse en el silencio. Tres pequeñas almas por las que quiero luchar.

— Liam, Anaé, vamos a repetir el ejercicio de canto. Maxime, quiero que escribas una carta, como si respondieras a Grégoire. Luego la quemaremos.

Los tres niños me miran con perplejidad.

— ¿Qué? —dice Maxime, frunciendo el ceño—. ¿Por qué?

— Porque te sentirás mejor después, prometo, esperando que James tenga razón al respecto.

Anoche hablamos hasta tarde. Del plan para atraer a la hija de Eduardo, del correo para los padres de Liam, de Grégoire y Maxime.

James me escuchó mucho, con esa atención plena que siempre me sorprende. Para ser honesta, fue a mí a quien sugirió escribir cartas y luego quemarlas. Cartas a Sebastien, que tanto daño me hizo, a mi madre, que tantas veces se empeñó en defenderlo. James me aseguró que, después, me sentiría mejor. Que la rabia desaparecería un poco, que el dolor se calmaría.

No he tenido tiempo de probarlo, pero si funciona conmigo, ¿funcionará con Maxime, verdad?

— Qué tontería, murmura mi alumno.

Sonrío.

— Después terminaremos de escribir la obra. Estamos casi listos. Y luego ensayaremos.

— Vamos a tener que hablar, murmura Anaé, tan bajo que apenas la oigo.

— Sí, pero lo haremos poco a poco, y estaréis listos para el gran día.

— No, susurra Anaé, con la voz temblorosa.

«*Claro que sí,*» protesta Liam.

— Yo no podré.

El niño levanta de nuevo la pizarra en una segunda protesta.

— Tú no hablas, le recuerda la niña, bajando la mirada.

Los hombros de Liam se hunden un instante. Su mirada pasa del rostro preocupado de Anaé a los ojos tristes de Maxime, se detiene en la carta que ha doblado cuidadosamente, y de repente se fija en mí. Casi puedo oírlo pensar, indignarse por todo lo que han vivido, los tres. Un destello de miedo cruza su rostro, pero respira hondo y se endereza.

— Sí.

Maxime abre los ojos como platos, Anaé se queda inmóvil. Mi corazón late con fuerza. Ha hablado. ¡Liam ha hablado! No un susurro al oído de sus dos amigos, no un murmullo que se pierde sin que nadie lo escuche, no. Se ha expresado con fuerza, con una voz vibrante de convicción. Tanta seguridad en esa simple palabra, que contrasta tanto con la forma en que se aferra maquinalmente a su

mesa, con aire perdido. Tiene las mejillas rojas y los ojos brillantes. Su pecho sube y baja rápidamente, se muerde los labios. Maxime se acerca a él y le pasa un brazo por los hombros. Sonríe, y Liam parece calmarse un poco con su contacto.

— Sí, repite Maxime mirando a Anaé. Ya verás.

No estoy segura de que ella lo crea, pero la determinación en los ojos de los dos chicos me asegura que tendrá todo el apoyo que necesita. El orgullo me invade al verlos así, a los tres. Estamos lejos de la meta, es cierto, pero aun así hemos recorrido un largo camino.

Capítulo 38 - Cuando el gato no está

Eufórica, regreso a la residencia. En mi cabeza, la voz de Liam resuena una y otra vez. Sonrío sola. Ha hablado. ¡Mi alumno ha hablado! Estoy tan orgullosa de él. Sin embargo, no es solo mérito suyo, y me esfuerzo por no olvidarlo. No es solo de Liam de quien estoy orgullosa: también puedo estarlo de mí misma.

Mi mirada se pierde en mi ordenador, luego en los viejos cuadernos de mi infancia. El héroe siempre era un caballero, un luchador, un hombre fuerte y valiente. Pero los niños también pueden ser héroes. Y las jóvenes también. Sonrío. Sin pensarlo, me siento frente al teclado. Dudo un instante. Respiro hondo. Luego me lanzo.

Mis dedos vuelan sobre el teclado, mi corazón late al ritmo del golpeteo de las teclas. Una vocecita en mi interior me dice que esto es efímero. Que este flujo de confianza en mí misma, de inspiración, de ideas, no durará. Que la naturaleza vuelve siempre, y que en cuanto desaparezca la euforia que la voz de Liam ha despertado en mí, volveré a ser esa chica tímida y ansiosa.

Probablemente sea cierto, pero por ahora, solo quiero disfrutar del momento. Así que escribo, sin hacerme más preguntas. Bajo mis dedos, los personajes cobran vida, las palabras bailan alegremente sobre la página en blanco, los lugares se vuelven reales, las emociones toman forma. Pierdo de vista la realidad para sumergirme en otro mundo, mi mundo, que se dibuja al ritmo de las letras que tecleo. Estoy aquí sin estar aquí.

Es Zack quien me interrumpe al golpear la puerta. Como todas las noches, me pregunta dónde está Piñón, como todas las noches, le aseguro que no lo sé. Nunca parece sorprendido. Asiente con la cabeza, da media vuelta, pero de repente se detiene.

— Gracias, por Piñón. Menos mal que lo atrapaste.

Sonrío.

— No fue nada, no te preocupes.

Me mira con atención.

— ¿Estás bien? Pareces rara.

— ¡Estoy muy bien!

Parece encontrar sospechoso mi entusiasmo, pero deja el tema encogiéndose de hombros.

— Vale, dice. Llámame si ves a Piñón.

Asiento con seriedad. El misterio de ese conejo me intriga. Sin embargo, no pregunto nada. Sin saber por qué, estoy segura de que Zack no responderá.

Cierro la puerta y me apoyo en ella. Mi mirada se posa en la pantalla encendida, en las páginas llenas de palabras. Esta noche, me parece bueno, pero ¿mañana? «No está tan mal», dice Sebastien en mi cabeza, pero oigo la falta de convicción en su voz. Intento apartarlo, deshacerme de él. Sin éxito. Ya está ahí, ensañándose conmigo, desplazando la voz de Liam sin la menor piedad. La naturaleza vuelve siempre. Cuando el gato no está, los ratones bailan. El gato ha vuelto, y el ratón ya no puede bailar. Vuelta a la realidad. Una caída dura e interminable al mundo real.

Aprieto los dientes. Mis alumnos progresan, de verdad. ¿Y yo? ¿Los meses en la residencia realmente me han permitido cambiar, o es solo un espejismo? ¿Quién soy realmente? Siempre esta pregunta, siempre sin respuesta. Siempre las dudas que me ahogan.

Diez minutos antes, rebosaba confianza. Y de repente, mis viejos demonios están de vuelta, aferrándose a mí, expulsando todas esas emociones positivas, esas hermosas emociones que, por un momento, me hicieron sentir más viva que nunca.

Las lágrimas me pican en los ojos.

Y de repente, todo ha terminado.

Capítulo 39 - El director soy yo

Relájate, pienso, frotándome las manos nerviosamente. Todo saldrá bien. No hay motivo para que no sea así.

Cerca de mí, Marc se ha levantado y deambula por la sala. No dice nada, camina de un lado a otro, con los brazos cruzados sobre el pecho. Lamento que Éric o Lea no estén aquí; si Marc pierde los estribos, ¿quién lo detendrá?

Respiro nerviosa. La semana ha pasado a una velocidad vertiginosa. No me sorprende: cada vez que tememos algo, el tiempo pasa más rápido, hasta que llega el momento. Y luego, como si obedeciera a una ley desconocida, transcurre terriblemente lento.

Esta teoría se confirma una vez más. No he visto pasar mis tardes con los niños ni el almuerzo con James. Sí, sí, ¡un almuerzo! Chloé cree que esta vez me está coqueteando abiertamente, pero yo no estoy tan segura. James solo quería ultimar los detalles de nuestro plan para Eduardo. Aproveché para pedirle consejos para la reunión de hoy, pero el estrés ha convertido mi cerebro en gelatina. Lo he olvidado todo.

James sabría cómo manejar a los padres de Liam, estoy segura. ¡Él logró convencerlos de venir! Mi vecino siempre sabe cómo tratar con los demás, lo he notado. Las lágrimas de Morgana, el pánico de Zack cuando perdió a su conejo, la tristeza silenciosa de Eduardo, mi ansiedad al ver la carta de Sebastien, nada lo asusta. Siempre sabe qué hacer. Admiro esa cualidad. Para alguien como yo, que duda de todo, y sobre todo de sí misma, es simplemente asombroso.

De repente, unos tacones resuenan en el pasillo. El sonido, agudo, va seguido de otro más grave. Marc se detiene y me lanza una mirada breve. Me levanto y nos dirigimos hacia la puerta de mi aula.

— Señorita Delatour, señor Leveux, nos saluda la madre de Liam con un tono seco y altivo.

Su marido, que parece apresurarse para seguir el ritmo de su mujer, nos observa con desconfianza.

— Gracias por venir, dice Marc, como si todo su estrés se hubiera evaporado.

Lo envidio. Yo estoy peor. Tengo las manos sudorosas y la cabeza como atrapada en un tornillo. Es curioso, siento que he vuelto al instituto y que me han convocado al despacho del director. Solo que esta vez, el director soy yo...

— Tenemos poco tiempo, responde la señora Londuc, así que procuren ser breves.

— Por supuesto.

Esta vez, la cortesía de Marc me parece un tanto forzada. Con grandes sonrisas prudentes, invitamos a la pareja a entrar en el aula y les indicamos que se sienten.

La sequedad en la voz de la señora Londuc, la dureza de su mirada, el silencio desconfiado de su marido, todo en ellos me pone nerviosa. La madre se sienta excesivamente rígida en su silla, sus dedos tamborilean insistentemente en el borde del escritorio. Me toca hablar. Fui yo quien pidió esta reunión. No Marc. Sin embargo, en este momento, soy incapaz de pronunciar una sola palabra.

— Queríamos hablar con ustedes sobre Liam. Su hijo está haciendo verdaderos progresos, las tardes que pasa con la señorita Delatour le están siendo muy beneficiosas. Queríamos discutirlo con ustedes.

Agradezco silenciosamente a Marc por tomar la iniciativa. Él debe estar acostumbrado, con sus alumnos. Conoce bien los bloqueos por estrés. Me lanza una mirada imperiosa, y me obligo a respirar profundamente para recuperar la compostura.

— ¿Qué progresos, exactamente? —responde la madre de mi alumno—. Que yo sepa, sigue sin hablar.

— Ha llegado a intercambiar algunas palabras con sus compañeros, le replica Marc.

— Eso está muy lejos de ser suficiente...

— Por supuesto, intervengo como puedo, con el corazón latiendo a mil. Pero es un buen comienzo. Liam es un niño sensible e inteligente, solo necesita un poco de tiempo.

La señora Londuc aprieta los labios con expresión severa.

— ¿Tenían algo importante que decirnos?

Trago mi irritación como puedo, mientras a mi lado, Marc aprieta los puños.

— Quería saber cómo se comporta Liam en casa, con ustedes. También intentar entender por qué es tan reacio a hablar...

— Buena suerte, suelta su madre. Lo llevamos a un psicólogo, pero ni siquiera él logró sacarle nada, así que ustedes...

Las insinuaciones en su voz me revuelven el estómago.

— ¿No ven nada que pueda explicar su mutismo? —pregunta Marc.

Parece tranquilo, pero no me engaña. Bajo el escritorio, su pierna tiembla nerviosamente.

— Liam dejó de hablar cuando su hermana decidió que sería artista, dice el padre, interviniendo por primera vez. No sé por qué eso afectó tanto a Liam, pero dejó de hablar.

— Su hermana siempre ha sido muy difícil de manejar. Quizás le haya influido, suelta la madre.

— Camomille era una alumna seria y aplicada, interviene Marc.

— Bueno, ya no lo es. Está en la facultad de arte, añade, como si eso fuera una prueba irrefutable de que su hija ha perdido la cabeza.

Intercambio una mirada con Marc. No estamos logrando nada. Esta reunión es una completa pérdida de tiempo. Algunos consejos de James vuelven a mi memoria, y me esfuerzo por ponerlos en práctica, consciente de que no tenemos nada que perder.

— Mi colega ha notado que Liam está especialmente ansioso durante los exámenes, y sobre todo cuando se revelan las notas. Una ansiedad así a su edad es sorprendente. Parece tomarse muy en serio sus resultados. A veces, tanta presión para un niño puede ser difícil de manejar.

— ¡No voy a quejarme porque mi hijo se tome en serio su futuro! —se indigna la señora Londuc.

— ¿Ven alguna razón por la que Liam podría estar tan preocupado por sus notas? —pregunta Marc.

— Le repetimos a menudo lo importantes que son las notas, responde el padre.

Su mujer rechina los dientes.

— ¡Porque lo son!

— Tengo una pregunta, digo, adoptando mi tono más suave posible. ¿Liam quiere tener éxito por sí mismo, o para complacerles a ustedes, señora Londuc?

— ¡No veo la relación!

Tomo una inspiración brusca. Esta mujer parece tan indiferente a quienes la rodean. La ira crece en mí, y Marc está a punto de explotar también.

— Quizás podrían considerar darle un poco más de libertad, presionarlo menos con las notas. Menos presión sobre lo que debería hacer o ser. Recordarle que el amor no tiene nada que ver con los resultados escolares...

Marc se ha expresado con calma. La señora Londuc se levanta de un salto, empujando su silla hacia atrás.

— ¡Pero bueno, yo no les digo cómo educar a sus hijos! —exclama —. ¡Se están extralimitando en sus funciones!

La irritación brilla en los ojos de mi colega.

— ¡Gestiono a treinta y dos niños todo el día! —responde él—. Así que creo que eso me da derecho a reaccionar si los padres de uno de ellos parecen ser el problema.

— ¿Perdón? —se atraganta el padre, pero su voz carece de convicción, y casi me parece ver una chispa de duda en su rostro.

— ¡Entiendo mejor la actitud de Liam al ver la suya! —sisea la madre.

La situación se descontrola, ya no tengo el control de nada. Marc se levanta de un salto, furioso. Parece hacer un esfuerzo

considerable para no agarrar a la madre de Liam por los hombros y sacudirla como un árbol hasta que entre en razón.

— Lo que mi colega quiere decir, intervengo rápidamente, es solo que el mutismo de Liam podría mejorar si se sintiera más seguro de su lugar en la familia.

No sé lo que estoy diciendo. En mi intento de evitar que el maestro de primer ciclo estrangule a los padres de su alumno, he hablado al azar. Fragmentos de frases pronunciadas por James, ideas leídas en alguna revista.

— ¿De verdad cree eso? —pregunta el señor Londuc.

De nuevo, parece vacilante. Si queremos lograr algo, será a través de él.

— Ese era el fondo de mi pensamiento, efectivamente, murmura Marc en tono de disculpa. Recordarle a Liam que su valor y su afecto no dependen solo de sus resultados escolares. Lamento haberme dejado llevar.

No lo dice en serio, lo sé, y los padres de Liam también.

— Bueno, supongo que podemos hacer eso, ¿verdad, querida?

La señora Londuc lanza una mirada irritada a su marido, que finge no darse cuenta. Ella aprieta los dientes.

— Por supuesto. ¿Podemos irnos ya?

Reacciono por instinto.

— ¡Una última cosa! En diciembre, Liam participará en el espectáculo de fin de año interpretando una obra que hemos escrito. Sería muy alentador para él que pudieran estar presentes.

— Estamos muy ocupados, señorita.

— Ni siquiera le ha dicho la fecha, observa Marc.

— Es realmente importante para Liam ver que sus padres están a su lado, dispuestos a apoyarlo, añado.

La señora Londuc suspira con exasperación.

— Ya veremos.

Y con esas palabras, sale de mi aula como una furia. Su marido parpadea, un poco perdido, y me dirige una sonrisa vagamente avergonzada.

— Buenas noches, dice, antes de apresurarse tras su mujer.

Marc se pasa una mano por el pelo y se gira hacia mí. Sonríe, un poco travieso, pero percibo un verdadero tono serio en sus oscuros ojos.

— ¡No ha ido tan mal!

Por lo visto, tiene pocas exigencias en cuanto a reuniones con padres.

Capítulo 40 - C.D.

— Ha salido bastante bien —comenta James con una sonrisa.

El aire es fresco, pero el sol brilla y nos calienta agradablemente. Me aparto un mechón de cabello detrás de la oreja y hago una mueca.

— ¿Bien? —repito incrédula—. ¿De verdad lo crees?

Fue idea de James venir aquí. Sentados bajo el árbol donde Morgana rescató a Bambú, me preguntó cómo había ido la reunión con los padres de Liam. Dos días antes, solo pensar en ese encuentro me había puesto los nervios de punta. No había podido dormir, convencida de que había sido un error y que Marc y yo probablemente habíamos empeorado la situación. Sin embargo, la tarde siguiente, cuando Liam llegó, lo noté extrañamente tranquilo. Bueno, no exactamente tranquilo... Más bien, en paz.

— Sí —asiente mi vecino mirándome.

Sus ojos, de un azul profundo, me observan sin parpadear. Un escalofrío me recorre. Tiene esa forma de mirarme, tan atenta y a la vez tan bondadosa... Y luego está esa dulzura teñida de cierta melancolía, su humor no siempre gracioso, y esa risa, completa, real, poderosa.

— Te estás burlando de mí —gruño.

James niega con la cabeza, y el sol parece reflejarse en su mirada.

— Hay una pregunta que deberías hacerte —dice.

Pongo los ojos en blanco.

— ¡Otra vez con tus comentarios de psicólogo!

James es incapaz de desprenderse completamente de su profesión. Sea cual sea la circunstancia, es más fuerte que él. Poco a poco me estoy acostumbrando a que salpique nuestras conversaciones con observaciones sabias y filosóficas.

— Si hubieras tenido que enfrentarte a los padres de Liam hace unos meses, cuando llegaste aquí, ¿lo habrías hecho tan bien?

Frunzo el ceño.

— ¿Qué importancia tiene eso?

— Responde —exige.

Nunca bromea con sus preguntas de psicólogo. Frunzo el ceño, pensativa. ¿Cómo me habría enfrentado a ellos en aquel entonces? ¿Habría tenido el valor de interponerme entre Marc y los padres como lo hice? ¿O de insistir con la madre de Liam para que viniera al espectáculo de diciembre? Conociéndome, probablemente me habría encogido de miedo solo al ver a los padres del niño...

— Supongo que no —admito finalmente.

— Bien —dice James—. Ya ves.

Sé a dónde quiere llegar, pero me cuesta estar satisfecha con mi actuación, a pesar de todo. Podría, debería haber sido más firme, más segura de mí misma, más...

— Siempre podemos imaginar cómo corregir nuestras palabras o acciones después de que la situación se convierte en un recuerdo. Y siempre podemos flagelarnos por no haber encontrado a tiempo las respuestas que nos llegan horas más tarde. Es completamente inútil, pero es fácil. A veces, mucho más fácil que admitir que lo hemos hecho bien y que hemos progresado considerablemente.

Bajo la mirada hacia la hierba húmeda. Las palabras de James siempre dan en el clavo. Un leve suspiro se escapa de mis labios, y me dejo caer sentada junto a él, apoyada contra el árbol.

— ¿Cómo lo haces para estar siempre tan seguro de ti mismo? — murmuro.

James no puede evitar soltar una pequeña risa.

— Cuando uno es tan perfecto como yo, la confianza es algo natural.

Mi risa se une a la suya, y niego con la cabeza, divertida.

— Deberíamos convertirlo en un eslogan. Pero, en serio, ¿cómo lo haces?

— ¿En serio? Solo soy un muy buen mentiroso.

Entorno los ojos. ¿Es otra de sus bromas tontas?

— No importa lo que piense en el fondo. Si aparento seguridad, la gente tiende a creerme. No sé si es por mi título o por otra cosa, pero funciona.

— Entonces, ¿no crees ni una palabra de lo que acabas de decirme?

— No he dicho eso —se divierte—. Creo en lo que te he dicho. Pero eso no significa que siempre logre aplicarlo, eso es todo.

— ¿Así que incluso los psicólogos se autoflagelan a veces? —bromeo.

— Eso, o me privo del postre. Es aún peor.

Cruzo su mirada maliciosa y me echo a reír. Me dedica una de sus sonrisas auténticas, sinceras, luminosas, y siento que mi corazón se acelera. Su rostro está muy cerca del mío. Su mano, apoyada despreocupadamente sobre su rodilla, está casi al alcance de la mía. Noto una fina pulsera en su muñeca. Una delicada cadena de plata con unas iniciales grabadas: C.D. Sin darme cuenta, contengo la respiración.

Sus ojos se clavan en los míos, y tengo la sensación de leer en ellos una pregunta muda, una petición, un permiso. Quiere besarme. De verdad, esta vez. Ni siquiera Bambú podrá interrumpirnos.

— Clara, deja de torturarte —susurra mi vecino—. Piensas demasiado.

Parpadeo. Tengo miedo. Miedo de arruinarlo todo, de no estar a la altura. Sin pensarlo, me aparto. El vacío se abre entre nosotros, y una sombra de decepción cruza el rostro de James antes de que recupere la compostura.

— Lo siento —murmuro automáticamente.

Se encoge de hombros, moviéndose ligeramente para acomodarse mejor. Su sonrisa sigue ahí, su mirada no ha cambiado.

— No tienes por qué disculparte. Todo está bien.

No está enfadado conmigo. Por supuesto. La bondad en su voz me hace sentir aún peor. Deseosa de cambiar de tema, de disipar la

incomodidad que flota entre nosotros, señalo su muñeca con un gesto.

— Es bonita. ¿Qué significan las iniciales?

Para mi sorpresa, el rostro de James se cierra de repente. Baja la manga con un gesto brusco, ocultando la pulsera, y responde:

— Nada. ¿Por qué tendrían que significar algo?

Antes de que pueda responder, se levanta con agilidad.

— Tengo que irme.

Me tiende la mano para ayudarme a levantarme también.

— James... —protesto mientras me dejo ayudar.

— Llego tarde.

Lo miro sin entender. ¿Qué he dicho? ¿O hecho? Podría pensar que su comportamiento es una respuesta a la forma en que lo rechacé, pero no tiene sentido. No, James se oscureció cuando mencioné la pulsera. ¿Por qué?

— ¿He dicho algo que...? —intento.

Su mirada se suaviza, sus hombros se hunden ligeramente.

— No, Clara, no es por ti.

Y, con esas palabras nada tranquilizadoras, me deja ahí. Me muerdo el labio. Tengo la horrible sensación de haberlo estropeado todo. Si no hubiera cedido al miedo, si hubiera dejado que James me besara, entonces...

— Eres una completa idiota —siseo, con la voz vibrando de frustración.

Solo el susurro de las hojas agitadas por una ligera brisa responde.

Capítulo 41 - Como un calcetín viejo

Un maullido lastimero me saca del sueño. Me incorporo, algo aturdida, con los ojos hinchados de cansancio y el cabello alborotado. Detrás de mi puerta, escucho al gato lanzar otro grito, y una voz susurrando apresuradamente.

— Vamos, ya está bien —murmuro mientras me levanto como puedo.

Me arrastro hasta la entrada. Detrás de mi puerta, Morgana, con expresión avergonzada, sostiene a Bambú apretado contra ella.

— Hola, Clara —dice, incómoda—. Perdona, no quería molestarte. No te hemos despertado, ¿verdad?

Me lanza una mirada suplicante. Me froto los ojos. Es imposible que no note que acabo de salir de la cama.

— Eh, sí...

— ¡Pero no! Bueno, quiero decir, ¡es culpa mía! ¡Fue el maullido lo que te despertó, ¿verdad?!

Asiento vagamente.

— ¡Fui yo! Maullé para imitar a Bambú. Perdona por sacarte de la cama.

Levanto una ceja, incrédula. Es una pésima actriz. No puede evitar moverse de un pie al otro, y aprieta al gato tan fuerte contra ella que temo que termine asfixiándolo.

— Maúllas sorprendentemente bien —digo.

Su sonrisa suena falsa.

— Gracias. Si me delatas, no olvides decírselo a Eliana y Damien.

— ¿Que maúllas bien?

— Que fui yo quien maulló.

— No diré nada —prometo, divertida.

Sus hombros se relajan.

— Gracias, Clara. Eres genial.

Soy genial. El comentario me arranca una sonrisa. Ella hunde su rostro en el cuello de su peludo compañero.

— La condición para que lo mantenga es que me encargue completamente de él y, sobre todo, que no moleste a nadie. Así que si se enteran de que te despertó...

— Nadie tiene por qué saberlo.

— ¡Estoy totalmente de acuerdo! Bambú es mi animal de apoyo emocional.

Alzo los ojos al techo. Quizás esto sea una pesadilla, y voy a despertarme acurrucada en mi cálida manta.

— ¿Ah, sí?

— Sí. Me ayuda a sentirme mejor. Desde, ya sabes...

Deja la frase en el aire. Me paso una mano por la cara, intentando en vano despejar la niebla de fatiga que nubla mi mente.

— No, no lo sé. Pero tengo que irme.

— ¡Espera!

Detengo la puerta justo a tiempo.

— ¿Sabes algo sobre chicos?

Abro los ojos como platos.

— ¿Perdón?

— Chicos, hombres, ¿sabes algo sobre ellos?

Por la forma en que plantea la pregunta, parece que espera que le dé una clase de ciencias.

— ¿Su anatomía?

Morgana casi se atraganta con el cuello de Bambú.

— ¡No! —exclama con una mirada horrorizada.

Hago una mueca burlona.

— Es prácticamente todo lo que sé sobre ellos... Para el resto, deberías preguntar a un chico, precisamente.

La joven niega con la cabeza, con una mirada febril.

— Damien mataría a Romain con una sartén y James me sepultaría bajo citas filosóficas.

Tiene un punto.

— ¿Por favor?

Dudo, y ella decide tomarlo como un sí. Al segundo siguiente, se desploma en mi sofá y coloca a Bambú en el sillón junto a ella.

— No creo que... —empiezo.

Ahora que ha comenzado, nada puede detenerla.

— ¿Recuerdas la pelea entre Romain y yo, cuando nos sorprendiste? Y fingiste que estabas podando las plantas...

Preferiría olvidar ese episodio... Para disimular mi incomodidad, abro la ventana y las persianas. La luz inunda la habitación y echo un vistazo al reloj. ¡Ya son las ocho y media!

— Romain rompió conmigo ese día. ¡Estaba tan enfadado! Pero Clara, si supieras cuánto lo extraño...

Con los ojos húmedos de lágrimas, me mira.

— Se niega a hablarme. No responde a mis mensajes. ¡Es como si ya no existiera para él! Si supieras lo horrible que es amar a alguien que apenas se da cuenta de tu existencia...

Suelto un largo suspiro y me siento a su lado en el sofá. Enseguida, Bambú salta a mis rodillas. Lo aparto con una mueca.

— Sé lo que es, créeme...

Aunque lo que había entre Seb y yo es completamente diferente de lo que une a Morgana y Romain, no puedo evitar ser sincera. Sé lo doloroso que puede ser sentirse poco amado.

— ¿De verdad?

— De alguna manera.

— ¿Y qué debo hacer para arreglarlo?

Me mira llena de esperanza, y yo me encojo de hombros.

— No lo sé. ¿Qué hiciste para enfadarlo tanto?

Morgana aparta la mirada y aprieta los labios. Coge a Bambú y lo coloca sobre sus piernas.

— Le mentí.

— De acuerdo... ¿Sobre qué?

Cierra los ojos, como si intentara contener las lágrimas que amenazan con desbordarse.

— Le hice creer que mis padres seguían vivos. Que si vivía con Eliana y Damien, era por elección. Cuando lo descubrió todo, me dijo que no quería una relación basada en mentiras, como la que yo estaba construyendo...

La joven llora ahora, y no puedo evitar sentir compasión.

— Pero, ¿por qué mentiste?

— No quería que lo supiera —susurra—. No quería que me trataran diferente, como: «Oh, la pobre chica que perdió a sus padres». De todos modos, era muy pequeña cuando ocurrió, no los recuerdo. ¡No los extraño! Pero tenía miedo de que los demás pensaran que Romain estaba conmigo solo por lástima...

— ¿Crees que eso es lo que habrían pensado? —pregunto.

Pienso en el comportamiento de Grégoire hacia Maxime. Los niños pueden ser tan crueles entre ellos...

— Probablemente, sí. Romain no le dijo nada a nadie, ¿sabes? Eso tiene que ser una señal, ¿no?

— ¿Una señal?

— ¡De que todavía me quiere!

Me contengo de decirle que quizás solo sea prueba de que es un buen chico, que respeta la privacidad de los demás. El silencio nos envuelve por un momento, interrumpido por los ronroneos de Bambú, que no deja de frotarse contra su dueña. Morgana lo acaricia distraídamente, con la mirada perdida. Se aferra al gato como a un salvavidas, y entiendo mejor por qué James quería que lo adoptara.

— Entonces, ¿qué crees que debo hacer?

Si quiere seguir mi ejemplo, siempre puede mudarse lo más lejos posible y empezar de nuevo. Olvidarlo todo para reconstruirlo todo. Lo intenté: por ahora, funciona bastante bien.

— Pídele perdón —digo simplemente—. Sé honesta y sincera con él. Puede que no lo recupere, pero al menos lo habrás intentado.

Deja escapar una risa nerviosa.

— Genial. Si me deja como un calcetín viejo, siempre podré decir: «¡Al menos lo intentaste!».

La observo con atención. Me conmueve. La siento frágil, al borde del precipicio, pero se esfuerza por sonreír, por mantener la compostura. Tiene miedo, pero está dispuesta a intentarlo todo. Vulnerable y fuerte a la vez.

De repente, Morgana se endereza y me lanza una mirada preocupada.

— ¿Dónde está Bambú?

Como si hubiera entendido la pregunta, un maullido lastimero responde. Horrorizadas, giramos la cabeza al unísono hacia el pequeño gato.

Patas flexionadas, hocico hacia adelante. Toma impulso. La ventana está abierta.

— ¡Bambú, no! —grita Morgana mientras se lanza hacia su gato.

Capítulo 42 - Un comienzo para todo

En la pared del salón, justo frente al sofá, hay un reloj. Los números están escritos en caracteres grandes, las agujas son de un negro intenso. Es imposible no verlo.

En mi muñeca, cada mañana desde hace años, me pongo religiosamente mi reloj. Cuando cierro el broche y el metal frío aprisiona mi piel, me siento inmediatamente más despierta.

Solo necesito encender mi móvil para ver la hora en cualquier país del mundo. Incluso puedo usar la función manos libres y preguntar en voz alta a mi teléfono qué hora es, sin necesidad de mirarlo.

Con todo esto, es imposible perder la noción del tiempo. Imposible llegar tarde, al menos sin una razón válida: un gato que intenta suicidarse, Sebastien que aparece, el estallido de una guerra, el cielo cayendo sobre nuestras cabezas, por ejemplo.

Así que no tengo ninguna excusa.

Corro todo el camino hacia la escuela, furiosa conmigo misma. ¡Qué idiota! Me siento como el conejo de Alicia en el País de las Maravillas, con su reloj de bolsillo. Él también, incluso sabiendo la hora, se las arregla para llegar tarde.

De un empujón, abro la puerta que lleva al edificio y me precipito hacia mi clase. Nunca he llegado tarde antes, pero temo que siempre hay una primera vez...

Cuando finalmente llego a mi destino, jadeando como un buey, cuatro pares de ojos me miran con sorpresa. No es para menos: despeinada, sin aliento, no parezco gran cosa.

— ¡Por fin, Clara! —exclama la señora Dartran.

Me disculpo repetidamente, terriblemente avergonzada. Detrás de la directora, sentados obedientemente en sus pupitres, mis tres alumnos me observan con una diversión apenas disimulada.

— De verdad, de verdad, lo siento mucho, no volverá a pasar, lo prometo...

— No pasa nada —gruñe ella mientras se levanta de mi silla, donde aparentemente había decidido esperarme.

Sale de mi clase. Al cerrar la puerta, me llama:

— Señorita Delatour.

— ¿Sí? —chillo.

Por favor, que no me despida...

— ¿Cree que estarán listos para el espectáculo de diciembre?

Abro los ojos como platos. Hasta ahora, la directora nunca se había preocupado por saberlo. No me había pedido ninguna actualización. Dudo. ¿Qué decir? ¡No tengo ni idea!

Detrás de mí, Maxime se levanta y se acerca. Se coloca entre la directora y yo, levanta la barbilla.

— Sí —dice simplemente—. Lo estaremos.

La directora arquea las cejas y luego asiente. Afortunadamente, no parece notar ni mi desconcierto ni mis dudas.

— Muy bien —dice.

Y la sigo con la mirada mientras se aleja. Maxime cierra la puerta y vuelve a sentarse. Lo sigo con lentitud y me dejo caer en mi silla.

— Perdonadme por el retraso —digo.

No reaccionan. Me giro hacia Maxime.

— No deberías haberle dicho eso —añado con un suspiro—. Si no estamos listos a tiempo...

Sigue sin responder.

— Bueno, creo que si queremos cumplir esa promesa, deberíamos ponernos manos a la obra. Id a buscar vuestros textos. Vamos a repasar el acto II.

Obedecen. La semana pasada, finalmente terminamos de escribir el cuento reinventado. Los niños están encantados con el final. Pero ahora que hemos terminado, que el lobo salva a los tres cerditos y que estos finalmente acceden a hablar con él, los actores tendrán que hacer lo mismo...

— ¿Estáis listos? —pregunto.

Asienten. La determinación en sus rostros me sorprende. Se miran entre ellos, cómplices. ¿Qué estarán tramando?

— ¡Qué aburrimiento! —exclamo modulando mi voz para que suene más grave; al fin y al cabo, se supone que soy un lobo—. ¿Estas extrañas criaturas no cederán? Si seguimos así, acabarán conmigo...

Maxime se lamenta, con la cabeza baja.

— Qué hambre...

No es él quien más me preocupa. Conoce buena parte de sus líneas, las recita sin problema. Anaé y Liam, en cambio...

— Ya dos días sin comer —murmura Anaé.

Con la mano, le indico que hable un poco más alto.

— ¿Alguna idea? —retoma Maxime.

Anaé y Liam niegan con la cabeza al unísono. Al menos, dominan la gestualidad. El resto del acto transcurre sin sorpresas. Cada vez que Anaé habla, le hago señas para que suba el volumen. A veces lo consigue, con la voz temblorosa. Los dos chicos le hacen gestos de ánimo.

Liam, por su parte, no habla. No en este acto. Cuando anuncio el cuarto acto, que implica que finalmente se exprese, intercambia una mirada significativa con Maxime. Me preocupan, los dos... Tienen algo en mente, seguro. En sus rostros, puedo leer la misma emoción que en el de James cuando me propuso secuestrar un gato para obligar a una familia a adoptarlo. Me espero cualquier cosa. Para ellos, esto ya no es solo una obra de teatro. Se ha vuelto algo más importante.

Maxime levanta la mano para hablar. Lo miro sorprendida. Es la primera vez que respeta mis indicaciones...

— Sí, Maxime.

— Lo que pasa en esta clase se queda en esta clase, ¿verdad?

Me quedo boquiabierta.

Una frase completa. Maxime acaba de decir una frase completa. Liam le da una palmada en el brazo en un gesto victorioso, luego da

un paso adelante, con la mirada brillante de determinación. Es evidente que lo habían planeado, los dos...

— Hablaré en los ensayos —dice con una voz ronca por haber guardado silencio tanto tiempo—. Y en el espectáculo. Pero no se lo digas a los demás.

Demasiado sorprendida para responder o incluso reaccionar, retrocedo unos pasos y me dejo caer en mi silla, sin apartarles la mirada.

Maxime, que se niega obstinadamente a hacer frases. Liam, que no pronuncia una palabra. Ambos parecen orgullosos como pavos reales, hombro con hombro, casi tocándose. Liam parece nervioso, aprieta el dobladillo de su camiseta con las manos y su respiración es algo entrecortada, mientras Maxime se mantiene muy erguido, con la cabeza alta.

— ¿Y bien? —pregunta solemnemente.

Trago saliva con dificultad.

— ¿Por qué? —pregunto.

Mi corazón late con fuerza. Han hablado. ¡Han hablado, por Dios! ¡Frases reales!

Debe ser demasiado para Liam, porque coge su pizarra. A su lado, Anaé mira sus zapatos.

«No quiero que mis padres lo sepan. Ni los demás. Quiero darles una sorpresa. Demostrarles que soy capaz.»

Dudo. Lo que me pide implica que mienta a mis colegas. A la directora, si sigue haciéndome preguntas. A los padres de Liam si, por alguna razón, se ponen en contacto conmigo.

Pero, ¿cómo podría rechazar la petición de este niño de rostro pálido rodeado de rizos rubios, que me mira con esperanza?

Capítulo 43 - Depresión felina

Bambú no está muerto. Ese idiota peludo saltó, sin embargo. Y ni siquiera cayó de pie. No, se estrelló contra un transeúnte.

Salió del incidente con una pata rota. Eliana y Damien no estaban encantados, pero no podían, con decencia, echar al pequeño gato, especialmente ahora que lleva una escayola.

En cuanto al transeúnte, ese es otro problema...

El sábado por la mañana, mientras regresaba del mercado con los brazos cargados de compras, Josiane Poyard dejó, sin haberlo decidido realmente, que sus pasos la guiaran hasta la residencia de los Ricochets. Inconscientemente, quizá quería lanzar una mirada de desprecio a esa casa dirigida por una vieja loca que había tenido el descaro —¡o la sabiduría!—de rechazarla. Sin pensarlo mucho, como suele ser habitual en ella, Josiane empujó la verja que conducía a la propiedad y entró. Observó la fachada, hizo un pequeño gesto de desdén que decía mucho sobre lo que pensaba, y localizó una ventana abierta. Se acercó. Percibía fragmentos de conversación. Dos personas. Incluso le pareció reconocer la voz de Clarine, o tal vez Clarisse, como insistía en llamarla.

Como a Josiane no le gustaba nada más que propagar rumores —¿qué mejor manera de empezar el día?—, dio unos pasos más, hasta encontrarse casi bajo la ventana. Casi.

Y entonces un grito, un alarido incluso, llegó a sus oídos. Sin pensarlo, una vez más, Josiane se acercó aún más para entender la fuente del problema. Grave error, o acto providencial, todo depende del punto de vista.

No, decididamente, no se esperaba, pero para nada, lo que le ocurrió después. Con el rostro levantado hacia la ventana, su sombrero deslizándose por su espalda, Josiane vio, atónita, cómo

cuatro kilos de pelo se lanzaban sobre ella a la velocidad de un ave de presa sobre su víctima.

La cosa se estrelló contra su maquillaje perfecto, intentó torpemente agarrarse a su clavícula, se enganchó las garras en su vestido y acabó por caer lamentablemente al suelo, a sus pies.

Fue solo en ese momento, al ver a un pequeño gato maullando de dolor, y sobre todo, sobre todo, al observar el estado de su vestido, que Josiane comenzó a gritar. »

Así fue como Madame Flaubert se divirtió contando la historia al vecindario, para gran consternación de la pobre Josiane. La primera vez que la escuché, me reí. James casi se atraganta con su vaso. Morgana, por su parte, no tuvo más remedio que disculparse y dar las gracias: según el veterinario, Bambú debía su supervivencia únicamente a la presencia inesperada de Josiane Poyard en la trayectoria de su caída. Esta última, tan amargada como siempre, refunfuñó que exigía que Morgana pagara los daños de su vestido, y que definitivamente habría preferido que el gato muriera. También añadió algo sobre sacrificarlo, pero Damien, que la observaba con una mirada severa, intervino de inmediato.

Desde su caída, el pequeño gato no ha vuelto a intentar atentar contra su vida, al menos no todavía. Según el veterinario, sufre de depresión felina. Morgana y Zack, que se llevan como el perro y el gato, están conmocionados por la caída y han hecho muchos esfuerzos desde entonces. Cuidan de Bambú con gran esmero.

Ya han pasado dos semanas desde que lleva la escayola. Pronto se la quitarán. Y entonces...

— Vale, vale, Clara, me interrumpe Chloé en medio de mis explicaciones. Me alegro por el gato. ¿Y tú? ¿Estás bien?

Levanto la barbilla y reprimo un suspiro. Frente a mí, la cámara de mi ordenador muestra a mi hermana cada una de mis expresiones.

— Estoy bien.

Chloé se levanta y sacude la cabeza.

— Hmm-hmm, murmura, no me mientas. Hace unos meses prometías mil tormentos a quienes se atrevieran a pedirte ayuda

para cualquier cosa, ¡y ahora te desvives por ayudar a tus vecinos, a tus alumnos, en fin, a todo el mundo!

— Deberías estar contenta. Nunca pensaste que mi idea de «demasiado buena, demasiado tonta» fuera genial.

— Porque no lo era, replica mi hermana. ¿Y James, entonces?

— ¿Qué pasa con James?

Hago una mueca, poco dispuesta a responderle.

— ¡Casi te besa y luego salió corriendo! —se indigna Chloé—. ¡Y desde entonces dices que actúa como si nada hubiera pasado!

Quizá no debería haberle contado ese episodio, bajo el árbol del jardín de los Ricochets...

— No hay nada que decir. Somos amigos, nada más. Me ayuda todo lo que puede dándome consejos para los niños, y la última vez que fui a ayudar a los Laroche a descargar su camión de suministros, también echó una mano. Nos vemos de vez en cuando, pero no pasa nada.

¿El tono de irritación en mi voz se debe a la indiscreción de mi hermana o al comportamiento de mi vecino?

— Pero, insiste la entrometida, ¿te gustaría que pasara algo entre vosotros? ¿Te cae bien?

Pongo los ojos en blanco. Tiene que dejar de ver películas de Disney con su hijo...

— Mira, Chloé, me cae bien, es cierto. Y si pasa algo, genial. Si no, pues nada. ¡No voy a perseguirlo como una fanática!

La sequedad de mi voz pone fin al tema. Le cuento mi semana, los niños, Liam que por fin habla, pero solo durante los ensayos, Maxime que actúa como un profesional, Anaé que desespera por no lograr expresarse lo suficientemente fuerte. Las victorias con mis alumnos suelen estar teñidas de algo más. Amargura, arrepentimientos, tristeza, siempre hay una nube en el horizonte. Liam vuelve a quedarse mudo en cuanto deja su papel, Maxime deja de construir frases, sin olvidar las lágrimas de Anaé, que, en comparación con ellos, se siente insignificante, incapaz de superar sus miedos... Cuando Chloé cuelga, me quedo un largo rato inmóvil,

sentada en mi silla, frente a la pantalla. Todas las victorias están teñidas de una pizca de derrota. Todas.

Además, incluso si logramos convencer a la hija de Eduardo de venir, estará furiosa al descubrir que su padre no está moribundo. Y aliviada, tal vez. Pero furiosa. Y Eduardo probablemente se sentirá terriblemente herido al saber que su visita fue un montaje.

No hay victorias sin derrotas. No hay victorias totales. ¿Y Sebastien? me pregunto. ¿Puede decir que realmente ha ganado? Obtuvo mi trabajo, el que codiciaba, eso sí. Pero yo me fui, Chloé ya no le habla, e incluso mi madre finalmente le ha dado un buen rapapolvo. Según ella, Seb lamenta mi ausencia. No estoy segura de creerla, y me da igual.

Al final, incluso sus victorias parecen bastante insignificantes...

Capítulo 44 - Los males del corazón

16 de noviembre

James está emocionado como un niño pequeño. Sentado con las piernas cruzadas en su sofá, lanza su móvil de una mano a otra y me lanza una mirada chispeante.

— ¿Lista? —pregunta.

Dado que es él quien está a punto de hacer creer a la hija de Eduardo que su padre ha sido trasladado de urgencia al hospital, no soy yo a quien debería hacer esa pregunta. Me pregunto cómo puede encontrar tan divertida la idea.

— Adelante, le animo.

Tiene ese aire de niño travieso. Está a punto de hacer una gran travesura. Si sus padres se enteran, estará en problemas. ¿Sin televisión, tal vez?

La pulsera que lleva en la muñeca vuelve a asomar por debajo de su camisa. Si antes nunca le había prestado atención, ahora no puedo dejar de pensar en ella. ¿Qué significa? Me muero por saberlo.

James marca el número de memoria. No ha escrito nada: va a improvisar. Como en la commedia dell'arte, ha precisado. Los actores enmascarados no interpretaban una obra escrita de antemano: creaban la historia en directo. Creo que se cree Arlequín...

— ¿Señora Noval? Buenos días, le habla James Donb.

James ha puesto el móvil en altavoz para que pueda escuchar la conversación.

— ¿Donb? Usted es el psicólogo que vive con mi padre, entiende la hija de Eduardo.

El tono es seco, un tanto condescendiente.

— Soy psiquiatra, corrige automáticamente James. Señora, escuche, me temo que debo darle una mala noticia...

— ¿Cómo dice?

Un matiz de preocupación se desliza en la pregunta. James adopta su voz más afligida para declarar:

— Su padre sufrió un desmayo esta mañana y tuvo que ser trasladado de urgencia al hospital.

Un largo silencio se instala al otro lado de la línea, y mi vecino me lanza una mirada nerviosa.

— ¿Está bien? —pregunta finalmente la hija de Eduardo con angustia.

— Bueno... —James finge dudar—. Eduardo sigue con los médicos, le están haciendo varias pruebas. Aún no sé nada. Supongo que se pondrán en contacto con usted cuando tengan más información.

Tiene un aire grave. Si estuviera actuando frente a un público, sería ovacionado. El Festival de Cannes le otorgaría la Palma de Oro. Quizá incluso se convertiría en un actor tan famoso como los que han interpretado a su homónimo James Bond.

— No será nada, murmura la señora Noval, aparentemente tratando de convencerse a sí misma. Supongo que no ha comido lo suficiente últimamente, o que se ha pasado otra vez con la sal. La sal es peligrosa, ¿sabe? ¡Podría matar a un hombre honesto!

— Si le sirve de consuelo, he compartido algunas comidas con él, y su padre parece ser razonable con su consumo de sal, protesta James, divirtiéndose enormemente. Sin embargo, es cierto que le faltaba ánimo estos últimos días, pero nunca quiso contarme qué le preocupaba tanto...

— ¿De verdad?

James esboza una sonrisa astuta al escuchar el remordimiento en la voz de su interlocutora.

— Sí, me temo que sí. Intentaré hablar con él si se recupera.

Abro los ojos de par en par y le doy un codazo a James. ¡Si sigue así, va a aterrorizarla, por Dios!

— ¿Si se recupera? —chilla la mujer.

— Cuando regrese, corrige rápidamente James.

Ha sembrado la duda. La señora Noval no está tranquila. Por supuesto, eso no detiene a mi vecino, quien asesta el golpe final:

— ¿Podría enviarle algunas fotos? Estoy seguro de que verle a usted y a sus nietos le sería de gran apoyo.

— Por supuesto, balbucea su hija.

Sin duda, tiene, como yo, el recuerdo de una cuenta de Facebook que su padre no sabe usar...

— Espero de corazón que esté bien, suspira James en conclusión. Le mantendré informada, por supuesto. Que tenga una buena tarde.

Con estas palabras, cuelga y se gira hacia mí, con aire satisfecho. Entrecierro los ojos y declaro:

— Me da pena esa pobre mujer.

— Créeme, hacía falta al menos esto para convencerla de la gravedad de la situación.

— Casi me lo creo, y eso que sé que Eduardo está bien, replico.

James sonríe, con esa sonrisa que ilumina todo su rostro, sincera y honesta.

— Haré lo que sea necesario para que esté aquí pasado mañana, ¡aunque tengamos que traerla a rastras!

El recuerdo de nuestro casi beso, y luego de su huida, vuelve a mi memoria. ¿Quién es el verdadero James? ¿El hombre sonriente y abierto que es en este momento? ¿El manipulador maquiavélico que hizo adoptar a Bambú y planea obligar a Madame Noval a venir? ¿Y la tristeza en sus ojos azules, que brillaban cuando hablé de la pulsera? ¿Es también ese hombre que carga con el peso de un secreto, cuyas sombras a veces intuyo?

James me dijo que debía aprender a conocerme. Ser yo misma. ¿Pero es eso siquiera posible, cuando todos tenemos tantas facetas diferentes?

— Tiene que funcionar. Por Eduardo, murmura James, con aire ausente.

Sorprendida por su tono nostálgico, pongo una mano sobre su brazo.

— Funcionará, digo sin pensar.

— Siento haberte metido en esto. Si funciona, Eduardo y su hija probablemente nos guardarán rencor.

— Me da igual que su hija me guarde rencor.

— ¿Y Eduardo? —replica James.

— ¿Y tú? ¿Tienes miedo de que te guarde rencor?

— Si tienes razón, y su hija sufre un infarto por la angustia que le hemos causado, ¡seguro que sí! —bromea.

Sonrío.

— ¡Que *tú* le has causado! Yo aún no he hecho nada.

James pone los ojos en blanco y finge enderezar los hombros.

— Señorita Delatour, su misión, si decide aceptarla —ya la ha aceptado—, conllevará riesgos. En caso de ser capturada por el enemigo, negaré toda implicación en este asunto.

— ¡Y yo que pensaba que eras valiente!

— ¡Nadie puede salir indemne de un enfrentamiento con un Eduardo enfurecido, ni siquiera yo! —replica James.

Una pequeña risa se me escapa. Pienso en la pizarra de tiza y en mi impresión de haber escuchado esa frase en una película que Seb detestaba.

— «Su misión, si decide aceptarla», repito para mí misma.

— ¡Como en la película!

Ante mi mirada interrogante, James continúa:

— *Misión imposible*, con Tom Cruise. ¿No te suena?

Me encojo de hombros, incómoda.

— No veo muchas películas.

— Deberías quedarte aquí para cenar. Podríamos aprovechar para que la veas.

Me sonrojo. ¿Una película, los dos, esta noche, cenando? Suena terriblemente a una cita... Y sin embargo, la sencillez con la que James ha hecho la propuesta me hace dudar.

— Eh, yo... Bueno... —balbuceo.

James parece entender mi incomodidad y baja la mirada. Su mano se posa automáticamente sobre el colgante de su muñeca.

— No quería ser tan brusco contigo la última vez, murmura. Lo siento.

Lo miro, sorprendida de que saque el tema.

— No pasa nada, fui demasiado curiosa.

— No, suspira James. Soy yo quien no ha sido completamente honesto contigo. A veces me parece que es mucho más fácil vivir con el pasado cuando intentas olvidarlo...

— Lo entiendo.

— Pero es un error, Clara. No se borra el pasado negándose a pensar en él. Sigue ahí, agazapado, como un muro invisible entre nosotros y los demás.

Suspira largamente. Sus ojos se fijan en los míos, y la tristeza que leo en ellos me encoge el corazón.

— Cuando nos conocimos, tú ya no creías en nada ni en nadie, pero te aferrabas a tu pasado para no volver a cometer los mismos errores. Yo creía en todo el mundo, pero me negaba a pensar en el mío, para no tener que revivirlo en mi memoria. Eso me impactó. Tenías el valor de enfrentar las cosas, de aprender de ellas, mientras que yo ni siquiera soportaba escuchar su nombre. Temías el futuro, yo temía el pasado.

El dolor en su voz me sacude. Pongo mi mano sobre el dorso de la suya, y él gira su palma. Mi corazón da un vuelco. Una pequeña voz dentro de mí me insta a alejarme, a retroceder, pero no lo hago y dejo que entrelace nuestros dedos. Su piel me parece helada.

— No tienes por qué... —empiezo.

Niega con la cabeza y duda un instante antes de continuar.

— Se llamaba Mégane. Nació diecisiete meses antes que yo. Atenta, protectora, siempre cuidó de mí. Fuimos al mismo colegio, al mismo instituto... Y luego obtuvo su bachillerato con honores, empezó una escuela de medicina. Soñaba con ser cirujana, y nuestros padres estaban tan orgullosos de ella. En apariencia, todo iba bien.

James se detiene un momento, con los ojos brillantes. Sus dedos se aferran a los míos, buscando un consuelo que no me atrevo a darle.

— Lo entendimos demasiado tarde. La sonrisa de Mégane, su alegría contagiosa, todo era una gran mentira. Mégane sufría de depresión, pero lo ocultaba tan bien que nadie lo vio. No, nadie lo vio...

La culpa se filtra en su voz temblorosa. No digo nada. Siento que no debo hacerlo.

— Nadie lo vio, hasta que una noche se quedó dormida, agotada por las clases. Nadie lo vio, hasta que encontré la caja de medicamentos en el suelo, vacía. Y ya no despertó.

Una lágrima resbala por su mejilla, la seca automáticamente. Pongo mi mano libre sobre su espalda, en un intento inútil de consolarlo.

— ¿Cómo seguir adelante, cuando la única persona que sabía todo de mí, que me aceptaba y siempre me había apoyado, ya no estaba? Me culpaba, Clara, me culpaba tanto por no haber visto nada... Así que, después del instituto, estudié medicina. Por ella. Hacía lo que ella nunca podría terminar...

— Pero te convertiste en psiquiatra, no en cirujano... —murmuro.

— Mis padres querían que siguiera sus pasos. Creo que, a sus ojos, de alguna manera la reemplazaba... Pero yo quería curar los males del corazón, ayudar a chicas como Mégane, evitar un drama que nunca habría ocurrido si hubiéramos visto más allá de las apariencias.

James se detiene de nuevo y exhala lentamente todo el aire de su pecho, con los ojos nublados por lágrimas que se esfuerza en contener. Y vuelve a hablar, con una voz más firme:

— Enfrentarme a ellos, confesarles que no sería cirujano... Fue muy difícil. Sentía que los decepcionaba, que los abandonaba. Que también traicionaba a Mégane. Pero quería aferrarme a la esperanza de que ella me habría entendido... Siempre me entendía. Así que hice lo que creía correcto, y tomé el camino que deseaba...

Se calla. Su mano tiembla bajo la mía. Cuando me mira, con los ojos húmedos pero el rostro tan honesto, siento que mi corazón se tambalea. Su dolor me conmueve. Percibo su tristeza, sus remordimientos, su culpa, su miedo a decepcionar a sus padres, el vacío que dejó la ausencia de su hermana. En su mirada azul anegada, lo veo todo. Todo lo que es. Sin muros, sin máscaras, solo la verdad tal como es, dolorosa e injusta, como todas las verdades.

— Quería que lo supieras, susurra James. Que entendieras por qué reaccioné tan mal cuando hablaste de la pulsera. Era suya. Siempre la llevaba en la muñeca. Así que ahora la llevo yo.

Un largo silencio se instala. Espero que lea en mi mirada tanto como yo discierno en la suya, que vea mi compasión y mi apoyo.

— Gracias, susurro, perfectamente consciente del valor de lo que acaba de ofrecerme. Gracias.

Extiendo los brazos hacia él, con el corazón latiendo a toda velocidad. Él responde a mi abrazo, y siento, contra mi pecho, su corazón que late tan rápido como el mío. Se aferra a mí casi tanto como yo me aferro a él. Y cuando se aparta de mí, su mirada se posa en mis labios. Duda.

Entonces acorto la distancia entre nosotros. Pongo mis labios sobre los suyos. Y lo beso, por fin.

Capítulo 45 - Como una adolescente

17 de noviembre

Faltan 24 horas para el cumpleaños de Eduardo. James me aseguró que se ha encargado de todo, desde la comida hasta los invitados, pasando por la animación. Confieso que esta última parte me entusiasma menos. Espero que no haya decidido organizar una representación de *commedia dell'arte...*

Día crucial para mi llamada desesperada a Madame Noval. Estoy aterrorizada. Incluso he pensado en fingir estar enferma para evitarlo. Pérdida de voz. Qué pena, no podré llamar.

Un día después de mi beso con James. Después de la noche viendo *Misión Imposible*, sentados juntos, muy cerca, a pesar del tamaño del sofá. Solo recordar eso hace que mis mejillas ardan.

No se lo digáis a Chloé, pero creo que tal vez no esté tan equivocada con sus suposiciones sobre mis sentimientos... Hoy, al verlo, no sabía cómo comportarme. ¿Saludarlo de lejos? ¿Darle dos besos? ¿Un apretón de manos? ¿Y luego qué? He pasado el día pensando en ello. La sensación de sus labios sobre los míos, el calor de su cuerpo contra el mío, su aliento cálido y sus ojos brillantes... En la escuela, hice todo lo posible por disimular, pero creo que los niños notaron que estaba un poco distraída. Por una vez, el lobo tuvo problemas con sus líneas. Al menos eso tranquilizó a Anaé. Ella conoce su texto, pero decirlo en voz alta sigue siendo un verdadero suplicio para ella...

— ¿Estás lista? —me pregunta James con una sonrisa traviesa.

Nada de besos ni apretones de manos con él: se inclinó hacia mí y me besó en la mejilla.

— No —murmuro, nerviosa.

Pero ya no hay vuelta atrás. Le lanzo una mirada de pánico a James, quien me responde con un guiño cómplice. No estoy nada

tranquila.

Respiro hondo. James me ha facilitado el trabajo: el número ya está marcado en mi móvil, el texto está escrito, lo hemos ensayado al menos diez veces.

— ¿Y si se da cuenta de que mi número no es el del hospital? — pregunto.

— Con el estrés, su capacidad de razonar se desvanecerá como la nieve al sol. No se dará cuenta de nada.

— Mi capacidad de razonar también está desapareciendo.

Se ríe. Claro que está relajado, no es él quien tiene la parte más difícil. Su mano se posa en mi espalda, y con la otra me roza el cabello. El azul de sus ojos parece más profundo que nunca, chispeante de ternura.

— Todo saldrá bien, te lo prometo. Adelante.

Controlando como puedo mi nerviosismo, presiono el botón de llamada. Los tonos suenan lentamente, intento contarlos para calmarme. De repente, una voz:

— ¿Diga?

Me quedo paralizada, con la boca abierta, petrificada. James me hace gestos de ánimo, mi corazón late desbocado. Ya de por sí no me gusta hacer llamadas telefónicas, así que contactar a una desconocida para hacerle creer que su padre está en el hospital y moribundo…

— ¿Diga? —repite la voz, molesta.

Vamos, Clara, recupérate, me digo a mí misma. James cuenta conmigo, no puedo fallarle.

— ¿Madame Noval? —digo con voz vacilante.

— Sí, soy yo.

— Habla el doctor Colton, estoy a cargo de su padre.

Silencio al otro lado de la línea. Tal vez ya me ha descubierto y está llamando a la policía. Me acusará de violar el juramento hipocrático, me prohibirán ejercer la medicina para siempre. No estoy segura de poder superarlo.

— ¿Mi padre? ¿Quiere decir que realmente está en el hospital?

— Me parece que el doctor Donb debía informarle…

Mi tono, fingidamente perplejo, termina de convencerla.

— ¿Cómo está mi padre? —pregunta, cambiando de tema.

Suspiro profundamente. Desde su perspectiva, probablemente sea un anuncio de malas noticias; desde la mía, es para evitar hiperventilar.

— Señora, lamento informarle que el estado de su padre se ha deteriorado repentinamente…

No tengo ni idea de cómo un médico real anunciaría algo así, pero con un poco de suerte, ella tampoco. James levanta ambos pulgares en mi dirección.

Tal vez no sea para animarme, sino para cancelar la operación. Encuentra mis dotes de actriz tan terribles que prefiere detener todo antes de que los daños sean irreversibles. Como los niños en la escuela cuando hacen "pulgar arriba" para pedir una pausa en el juego.

— ¿Deteriorado? —balbucea Madame Noval.

Ha caído en la trampa de lleno.

— ¿Cuándo podría venir? No le oculto que cuanto antes, mejor. No sabemos cuánto tiempo le queda a su padre…

Siento que estoy yendo demasiado rápido, soy una médica de pacotilla. Espero que cure mejor de lo que actúo, de lo contrario, mis pacientes no durarán mucho.

Giro la cabeza hacia James. Me hace grandes gestos incomprensibles. Se tira del cabello como si quisiera arrancárselo, luego mueve la boca como si hablara, antes de señalar el teléfono. Entrecierro los ojos. ¿Qué se supone que significan sus gesticulaciones? ¿Debo darme prisa porque tiene hambre? ¿Espera una llamada importante y necesita mi móvil? ¿Hay que arrancar la batería y tirar el aparato para que no nos rastreen, como en las películas? Al ver mi cara de desconcierto, mi vecino corre hacia la pizarra que dejó en su apartamento y escribe unas palabras.

Todo queda claro. Menos mal que escribe mejor de lo que mima.

— Su padre ha pedido verla, señora. Nos suplicó que le permitiéramos hablar con usted una última vez, antes de que…

Dejo la frase en el aire. Al otro lado de la línea, escucho sollozos. Madame Noval balbucea unas palabras, promete que tomará el avión a primera hora de la mañana, añade algo sobre llevar a su marido y a sus hijos con ella. Le aseguro mi apoyo, le repito que lo siento mucho, y eso, al menos, es verdad. Me siento mal por ella. La imagino, con el móvil en la mano, el corazón atrapado en un puño de tristeza y angustia. Por mi culpa.

Y entonces recuerdo el dolor en la voz de Eduardo, lo visualizo, solo en su cumpleaños porque su hija no se dignó a venir, y le recuerdo a Madame Noval lo urgente que es el tiempo.

Eso también es verdad. El tiempo vuela y nunca nos espera.

— Hasta mañana —concluyo, ignorando los llantos que se escapan del teléfono.

Cuelgo y me giro hacia James.

— Ha valido la pena —dice.

En ese momento, entiendo que él tampoco está particularmente orgulloso de lo que acaba de suceder.

***

18 de noviembre

Ha llegado el gran día. La hija de Eduardo tomó el avión a primera hora; llegará a media mañana, convencida de que su padre está en su lecho de muerte. A todas luces, el plan de James ha funcionado a la perfección. Sin la sonrisa diabólica de mi vecino, probablemente estaría terriblemente avergonzada...

James lo ha preparado todo: se ha montado una gran carpa en el jardín de los Ricochets, en cuyo centro arderá un cálido brasero. Hay un bufé preparado para el mediodía, ¡e incluso habrá una orquesta!

— Son amigos del instituto —me explica James señalando el pequeño escenario que ha instalado cerca de la carpa—. Me debían

un favor, así que aceptaron tocar para nosotros.

— Es genial —comento, sonriendo. Pero hay algo...

— ¡Y he encontrado un ventrílocuo! Dará un pequeño espectáculo al principio de la tarde.

— Genial, pero, James...

Traga saliva, y entiendo que está intentando evitar deliberadamente la pregunta. Sabe que yo sé, a juzgar por su media sonrisa.

— ¡Y para la noche, nunca adivinarás lo que he planeado!

Me espero cualquier cosa.

— ¡Unos fuegos artificiales! Pequeños, claro, pero aun así...

Parece excesivamente orgulloso de sí mismo, y no puedo evitar devolverle la sonrisa.

— En cuanto al problema que llevas intentando mencionar desde hace un rato —dice finalmente—, bueno...

— ¿Tienes un plan?

Lo contrario me sorprendería. Sin embargo, James hace una mueca de arrepentimiento.

— Por desgracia, no. Incluso pensé en culpar a Zack y Morgana, pero no estoy seguro de que sus padres apreciaran la broma...

— Madame Noval nos matará cuando descubra el pastel. Eduardo también.

— Tal vez deberíamos convencer a Eduardo de que finja estar moribundo...

Abro los ojos como platos, James se ríe al imaginar la escena. Recuperando la seriedad, sacude la cabeza y hace una mueca.

— No te preocupes, yo me encargaré de Madame Noval, lo prometo.

No hay duda, está en un buen lío...

Capítulo 46 - El pastel descubierto

— ¡Eh, Clara, adivina dónde está el pastel!

El grito de Zack me deja paralizada. Dejo la pila de platos que tengo en las manos y me giro hacia él. ¿El pastel? ¡Ya está, lo sabe! Sabe que hicimos creer a la hija de Eduardo que está moribundo. Llegará en cualquier momento, y él se lo contará todo.

Zack estalla en carcajadas.

— ¡Deberías ver tu cara! El pastel está ahí.

Con el dedo, señala un rosal plantado en una maceta. Por supuesto. Odio a este mocoso.

— Así que Morgana tenía razón —murmura para sí mismo—. James y tú escondéis algo. ¿Qué estáis tramando?

Mi corazón da un vuelco y retrocedo instintivamente un paso.

— ¡Nada de nada!

— ¡Mentirosa! Sé que hay algo. ¡Respóndeme!

En sus ojos veo que no va a dejarlo pasar. Quiere respuestas, y no se detendrá hasta obtenerlas. Pero no puedo decir nada. ¡Mi destino y el de James están en mis manos! Si hablo, estamos perdidos. Nos acusarán de todo tipo de crímenes y delitos. Manipulación. Suplantación de identidad. Mentiras. Traición. Por suerte, la pena de muerte ya no está en vigor. ¿Y cadena perpetua? ¿Podríamos acabar tras las rejas? Con un poco de suerte, Eliana y Damien nos traerán naranjas...

Zack sigue mirándome, y respiro hondo. No pienso pasar mi vida en prisión. La mejor defensa es un buen ataque.

— ¿Yo escondo algo? ¿Y tú, entonces? ¿Tu conejo que se escapa siempre a la misma hora, eso no esconde nada?

No hay duda, quien dijo eso era un genio. El ataque funciona de maravilla. Zack abre y cierra la boca como un pez en una pecera.

Bambú solo tendrá que extender la pata para pescarlo; se lo comerá de un bocado.

— Si te lo dijera, pensarías que es una tontería —responde, para mi sorpresa.

Dicho esto, sale corriendo, dejándome sola con mi pila de platos y mis interrogantes. Peor aún: un coche se acerca a lo lejos. Madame Noval está llegando.

***

— Gracias por venir —comienza James.

La llamó temprano esta mañana, antes de su vuelo, para convencerla de pasar por la residencia antes de ir al hospital a ver a su padre. Era necesario, afirmó, que le hablara de algo de suma importancia.

Parecía tan serio que aceptó sin dudar.

Visiblemente sorprendida, Madame Noval observa la carpa que se ve al fondo del jardín y el pequeño escenario. Sus hijos, un niño pequeño de grandes ojos enmarcados por largas pestañas y una niña algo mayor que juega con sus coletas, no sueltan la mano de su padre.

— Estamos celebrando un cumpleaños —dice James con cautela.

Espero que finalmente haya ideado un plan, porque la situación podría complicarse.

— No te preocupes —murmura al pasar junto a mí—. Lo tengo todo bajo control. Son las diez y diez, todo estará resuelto en exactamente cinco minutos, ya verás.

Esbozo una sonrisa tensa. Me pregunto cómo piensa arreglar esto...

Sigo a James y a la familia Noval, que caminan lentamente hacia la carpa que se alza ante nosotros. Los pequeños no dicen ni una palabra. La hija de Eduardo intenta varias veces acelerar el paso, pero mi vecino no se lo permite, y ella termina esperándolo, con el ceño fruncido de exasperación. Tiene los mismos ojos que su padre,

y el mismo gesto de disgusto en la comisura de los labios. Escucha vagamente a James hablarle de Eduardo, de su vida en la residencia, sin responderle.

James se detiene al pie de la carpa. Con sorpresa, noto que Eliana, Damien, Morgana, Madame Flaubert y algunas personas que no conozco ya están presentes y se encuentran al otro lado de la carpa, casi detrás. Probablemente no se les vea desde la residencia. James, sonriente, se mueve de manera que obliga a la familia de Eduardo a retroceder y pronto, también quedan ocultos por la tela blanca.

— Si pudiera ir al grano, tenemos prisa por ver a mi padre...

— Justamente —dice James con aplomo—, tenemos que hablar. Su padre está bien. Mucho mejor dentro de unos minutos, incluso, según los informes médicos.

¿Informes médicos? Más bien su propio informe médico, sí...

— Estará encantado de verla. Por eso le pido disculpas y que no le diga nada de nuestra pequeña charla.

Madame Noval intercambia una mirada perpleja con su marido.

— No entiendo...

— Su padre no está moribundo. Pero está envejeciendo, especialmente hoy.

Esboza una leve sonrisa, algo incómodo, y continúa.

— Es su cumpleaños. ¡Imagínese su alegría al ver que su familia ha venido para la ocasión!

La ira se dibuja en el rostro de la mujer, y sé entonces que ha entendido.

— Eduardo no sabe nada —añade James rápidamente—. Si se enterara de que solo vinieron para verlo en su lecho de muerte, le dolería mucho.

— Pero...

— ¡Ahí viene! —se alegra James inclinándose para echar un vistazo.

Son exactamente las 10:15. Eduardo se acerca efectivamente, con Zack a su lado. El anciano contempla la carpa con expresión recelosa. Los ojos de su hija lanzan chispas.

— ¿Cómo...?

— ¡Cállese, ya viene!

Y antes de que Madame Noval pueda estallar de rabia, los invitados surgen de detrás de la carpa y James la empuja hacia adelante.

Capítulo 47 - James lo dijo

Eduardo lleva una mano temblorosa a su boca. Deja escapar una inspiración nerviosa, inmóvil, con la mirada fija en su hija. Su hija, pero también su yerno y sus nietos. Madame Noval apenas reacciona, igual de atónita. Sus hijos, en cambio, no dudan.

— ¡Abuelo! —grita la niña mientras corre hacia él—. ¡Feliz cumpleaños!

Eduardo apenas tiene tiempo de agacharse para recibirla en sus brazos. Su hermano la sigue, y el anciano, de rodillas en la tierra fresca, abraza a los dos niños contra sí. Cuando se levanta, con los ojos húmedos, avanza lentamente hacia su hija.

Madame Noval traga saliva con dificultad y también da un paso hacia su padre. En su mirada veo cómo la ira compite con el afecto, y rezo para que lo abrace. Sin escándalos, sin escándalos, pienso con el corazón latiendo a toda prisa. James tiene razón, Eduardo no soportaría saber que su familia está aquí solo porque creen que está muriendo...

— Hola, papá —dice finalmente, un poco seca, pero Eduardo no parece darse cuenta—. Feliz cumpleaños.

— Estoy tan feliz de veros —susurra el anciano, extendiendo los brazos para atraerla hacia él.

Madame Noval se deja hacer, visiblemente molesta, y su marido se adelanta para tenderle la mano a Eduardo.

— Encantado de volver a verte, Eduardo —dice cortésmente.

Para mi sorpresa, una chispa de diversión ilumina su mirada.

— Gracias por venir, gracias, gracias —murmura Eduardo con una voz ronca de emoción.

Con gran esfuerzo, se aparta de su hija. Sus ojos brillantes, la emoción que muestra, su atención que parece no poder separarse de su hija y sus nietos... Me conmueve profundamente. He sido

humillada, traicionada, huí y terminé aquí, con el corazón hecho pedazos, lleno de desilusiones. Y luego conocí a mis vecinos, a James con su mirada tan profundamente humana, a Eduardo con sus fragilidades, su soledad. Lo perdí todo, pero en este instante, de repente entiendo la expresión «no hay mal que por bien no venga». En este momento, ya no me arrepiento de nada.

Eduardo recorre con la mirada el otro lado de la carpa y a todos los invitados, envueltos en sus abrigos. James nos anima a entrar. Las llamas del brasero me calientan rápidamente, y observo a Eduardo, que ha comenzado a presentar a su hija a todos, radiante.

— ¿Ves? Funcionó —me susurra James acercándose—. Todo era cuestión de tiempo.

Sus ojos también brillan.

— Volverá a la carga —predigo.

Él se encoge de hombros.

— Mientras se quede hoy, eso es lo único que importa.

Me giro para mirarlo con atención. Tiene las mejillas rojas de emoción. Su abrigo, que se ha quitado, cuelga de su brazo. Una sonrisa irreprimible se dibuja en sus labios. Su cabello, despeinado por el viento, cae sobre su frente, y su traje oscuro resalta sus ojos azules. ¿Se da cuenta de que mi corazón se tambalea? ¿De que mis manos están sudorosas? ¿De que quiero acercarme, tocarlo? Me contengo y bajo la mirada, vagamente avergonzada.

— No tuve oportunidad de decírtelo antes, pero estás preciosa — susurra.

Su mirada recorre mi vestido, negro y sencillo, pero que realza mi figura, el colgante que subraya mi escote, el delicado pintalabios que he aplicado. Siento mis mejillas arder.

— Gracias —logro decir—. Tú también estás muy bien.

Sonríe, una sonrisa que se refleja en sus ojos, que ilumina todo su rostro. Antes de que pueda responder, Eduardo aparece detrás de mí y me agarra del brazo. A su lado, su hija parece vagamente aburrida, su yerno parece divertirse mucho, y veo a sus nietos corriendo entre los invitados.

— Clara, déjame presentarte a Steph, mi hija, y a su marido, Jimmy.

Asiento con la cabeza.

— Nos vimos cuando llegaron —respondo.

Al oír mi voz, su hija abre los ojos como platos. Me lanza una mirada asesina, y me muerdo los labios. Seguramente ha reconocido la voz de la enfermera que le anunció que su padre estaba gravemente enfermo... James, percibiendo la repentina tensión, se acerca y saluda nuevamente a la pareja con una calma olímpica, a pesar de la ira de Steph.

— Y estos son Collins y Lily —añade Eduardo, abrazando con cariño a sus nietos que acaban de unirse a nosotros.

Emocionados, no se quedan quietos mucho tiempo.

— ¡Abuelo, James dijo que habría tarta! —grita Collins.

— ¡Y un fueg...

— Niños, ¿qué dijimos? —los interrumpe James, un poco tarde, desafortunadamente.

Los dos pequeños intercambian una mirada apenada.

— James dijo que no habría tarta —intenta corregirse Collins.

— Vale, y ahora James dice que es hora de ir al otro lado de la carpa a ver si estamos allí —interviene su padre, deseoso de evitar otro desliz—. ¡Vamos, corred!

Los dos niños obedecen y se van gritando y riendo. Los observo. ¡Qué lejos están de ser tan alegres y ruidosos como mis alumnos!

— Lo siento —se disculpa Jimmy, volviéndose hacia James—. Es mejor no confiarles este tipo de secretos.

James se encoge de hombros.

— No pasa nada —asegura.

Jimmy parece mucho menos molesto que su esposa. Haber sido engañado no parece preocuparle demasiado. Cálido, sonriente, se mezcla con los pocos invitados con facilidad. Steph se mantiene un poco al margen, con los labios apretados y el ceño fruncido. Eduardo, apostado a su lado como si temiera que desapareciera, no parece haberse dado cuenta. Yo, por mi parte, tengo ganas de

agarrarla por los hombros y sacudirla, hasta borrar esa expresión rígida de su rostro anguloso.

— Esto es para ti —dice James, extendiendo un sobre a Eduardo.

Me dirige una sonrisa cómplice y añade:

— De parte de los dos.

El anciano abre el sobre y saca una tarjeta. No puede evitar reír al reconocerla.

— «Para un viejales, ¡molas mucho!» —lee Jimmy por encima de su hombro, perplejo—. Es original...

— Nos quedan muchas más tarjetas de este estilo, si os interesan —comenta James.

Eduardo aprieta mi mano en la suya, desliza su brazo bajo el de James.

— Gracias —dice simplemente, con la voz ronca de emoción.

Evidentemente, no solo habla de la tarjeta.

Hacia el mediodía, James llama a Collins, Lily, Zack y Morgana para que ayuden, y todos ellos colocan los platos del catering sobre las mesas cubiertas con papel blanco, al fondo de la carpa. Inmediatamente, los niños se lanzan sobre la comida. A pesar de la diferencia de edad, los Laroche y los Noval se han unido rápidamente, y tan pronto como terminan de comer, corren a reunirse con Bambú y Piñón, las grandes atracciones del día. Sus padres los vigilan, y Steph pregunta varias veces, con suspicacia, si los dos animales no son peligrosos.

— Oh, no se preocupe —la tranquiliza Madame Flaubert, muy elegante con su largo vestido azul turquesa salpicado de lentejuelas —. El gato solo es peligroso para sí mismo, y el conejo a menudo parece más una alfombra vieja que un ser vivo.

Steph no parece más tranquila, ni mucho menos, pero no añade nada. Un poco apartada, observo a los invitados. Veo los lazos entre ellos, las sonrisas, los gestos de afecto. Morgana de repente se planta frente a mí, con una cámara en la mano.

— ¿Quieres encargarte tú? —me propone, deseando claramente deshacerse de ella lo antes posible.

Los demás niños la llaman, y me coloca el aparato en los brazos sin darme tiempo a decir nada. La enciendo y tomo algunas fotos, sonriendo a pesar de mí misma. Inmortalizo las expresiones, las emociones. La alegría y la ternura en el rostro de Eduardo, la risa de Zack, el buen humor chispeante de Madame Flaubert, que charla alegremente con Luc, el proveedor y amigo de Damien.

— Clara, ¿verdad?

La sequedad de la voz me hace sobresaltarme, y trago saliva nerviosamente al ver a Steph plantada firmemente frente a mí, con las manos en las caderas.

— ¿Quieres una foto? —le lanzo sin pensar.

Lejos de desviar su atención, mi propuesta le arranca un gesto de fastidio.

— Quizás debería llamarte doctora Colton —replica con mordacidad.

Según James, realmente hay un doctor Colton en el hospital, y al usar su nombre, tenía más posibilidades de engañar a Madame Noval. Por desgracia, parece que no le ha hecho gracia la broma. Terriblemente incómoda, balbuceo algunas palabras sin sentido. Steph deja escapar un largo suspiro exasperado.

— No sé si quiero golpearte o darte las gracias.

Abro los ojos como platos.

— O denunciarte a la policía por suplantación de identidad. Eso también es tentador.

— Tú... Yo... —intento hablar, de repente aterrorizada por la perspectiva de involucrar a las autoridades en todo esto.

— Aunque Jimmy opina que debería darte las gracias. Llevaba semanas intentando convencerme de venir.

— ¿De verdad? —me sorprendo—. Pero, ¿por qué...

— ¿Por qué no quería venir? —hace una mueca—. Porque estoy ocupada. Tengo una familia. Un trabajo. ¡No tengo tiempo para esto! Y además, francamente...

— Y además, venir aquí te hace sentir culpable y te hace sentir mal contigo misma —completa James.

Ambas damos un respingo. El psiquiatra, apoyado casualmente contra una mesa, con una copa de champán en la mano, esboza una leve sonrisa, pero su mirada es seria.

— ¡No me psicoanalices! —escupe Steph.

Contengo una sonrisa al recordar haber pronunciado esa misma frase, unas semanas atrás. James se encoge de hombros.

— A menudo he dudado si decirte las cosas directamente. No es mi papel. No eres mi paciente.

Se endereza, cuadrando los hombros.

— Pero Eduardo es mi amigo. Así que voy a decírtelo, Steph, te guste o no: te sientes culpable por haber dejado a tu padre aquí. Te sientes culpable al verlo solo. Y cada vez que vienes aquí, esa culpa vuelve a surgir. Cada vez, piensas que tal vez te equivocaste al dejarlo aquí, solo, sin familia. Así que no vienes, para escapar de tus emociones, de tu preocupación por él. Te importa, pero es más fácil no verlo, no recordar que si está solo aquí, es por tu culpa.

Steph, con los ojos desorbitados, no se atreve a moverse. Quieta en su lugar, con ambas manos aferradas nerviosamente a la correa de su bolso, respira rápido y fuerte.

— Te equivocas —continúa James—. Eduardo no está solo. Ha encontrado su lugar en la residencia y es feliz aquí. La única razón por la que a veces se siente tan solo es porque tú te niegas a visitarlo. Al evitar enfrentarte a tus sentimientos, lo hieres. Pero si hablaras con él, te aseguro que entenderías que tomaste la decisión correcta al traerlo aquí, y que no desea nada más que verte más a menudo.

James se detiene un momento y clava su mirada en la de Madame Noval.

— El tiempo pasa rápido, Steph, no lo olvides. Solo depende de ti ayudar a tu padre.

Capítulo 48 - Familia de corazón, familia de sangre

La tierra ha sido cuidadosamente cavada. Ni una huella perturba el pequeño espacio delimitado por vigas de madera. El huerto de Eduardo espera pacientemente a que su dueño vuelva a plantar los puerros que luego desechará.

De pie, con las manos cruzadas a la espalda, escucho distraídamente la música que toca la orquesta y los ecos de las conversaciones de los invitados. Estoy pensativa. Enciendo la cámara que Morgana me confió y echo un vistazo a las fotos que tomé.

Eduardo y su hija. Eduardo y sus nietos. Eduardo y su familia. Son hermosos. Felices. Eduardo, sobre todo, irradia felicidad. Es curioso cómo la presencia de los nuestros puede ser el origen de tanta alegría, de tanto amor. Recuerdo al anciano malhumorado que me denunció a Madame Flaubert cuando llegué. Hoy, parece no ser el mismo.

Las fotos siguientes muestran a Morgana y su familia adoptiva: Zack, Eliana y Damien. Físicamente, no se parecen. Sin embargo, sus posturas, sus maneras de ser, las sonrisas y las emociones en sus miradas no dejan lugar a dudas. Forman una familia, independientemente de los lazos de sangre. Una familia a la que parece pertenecer Luc, tan cercano a ellos, James, apoyo en todas las circunstancias, Eduardo, que podría ser el abuelo de los niños.

Durante mucho tiempo creí que la familia correspondía a los lazos de sangre. ¡Y sin embargo, el pasado me ha demostrado tantas veces que no es así! Familia de corazón, familia de sangre, al final, ¿qué importancia tiene? pienso mientras miro las fotos. Los lazos se tejen, se estrechan y se deshacen, sin importar la sangre que corre por nuestras venas.

¿Y yo? ¿Formo también parte de esta peculiar familia? ¿Soy miembro de su pequeño grupo? ¿Puedo realmente vincularme a ellos? A pesar de mis dudas, lo deseo con fervor. No por el principio, no por las apariencias, sino por la bondad de James, la excentricidad de Madame Flaubert, las fragilidades de Morgana, la tristeza de Eduardo, las risas de Zack, las miradas amorosas de Eliana y Damien.

«Anuncio dirigido a un posible inquilino abierto, cálido y servicial», decía el anuncio de los Ricochets. No especificaba que todos los habitantes eran así.

Sonrío al ver una foto de James. Una mano sobre el hombro de Eduardo, los ojos brillantes, las mejillas enrojecidas por la diversión, despeinado, sincero, con una sonrisa radiante. James. Sus labios sobre los míos, sus manos en mi cabello. Sus palabras llenas de dulzura, su humor peculiar. James, que tanto me ha dado. James, de quien me estoy enamorando, lenta pero inevitablemente.

Pienso en el hombre tranquilizador, confiado, en quien todos se apoyan, yo incluida. También recuerdo al joven destrozado que me describió, impulsado por la necesidad de ayudar a los demás, probablemente para ayudar un poco a su hermana, a través de ellos. Pienso en los padres de James, a quienes temía confesarles la verdad sobre su profesión, por miedo a decepcionarlos. James se esforzó por llenar el vacío que dejó su hermana, pero al final, encontró su propio camino. A los ojos de todos, es infalible, un pilar en el que apoyarse. Yo sé cómo es realmente, conozco el precio que ha pagado, las sombras que aún oscurecen su corazón, tantos años después.

¿No ocurre lo mismo con todos los demás? Detrás de la felicidad aparente, a menudo se esconden dolores profundos. ¿Se puede ser feliz sin haber sufrido? Empiezo a dudarlo. ¿No es acaso el sufrimiento lo que nos hace sentir la alegría, el dolor lo que nos enseña la felicidad?

Capítulo 49 - Encantadoras declaraciones

— Si los miras lo suficiente, quizá consigas que crezcan.

Me sobresalto y giro la cabeza. Zack me dirige una sonrisa burlona y se planta a mi lado. Echa un vistazo al huerto e inclina la cabeza.

— James te lo ha contado todo, ¿verdad? —adivino.

Lo sospeché cuando vi a Zack guiar a Eduardo hasta la fiesta sorpresa. El niño asiente gravemente.

— Está bien que los hayas hecho venir —dice simplemente.

Levanto una ceja, sorprendida por su seriedad. Se gira hacia mí.

— ¿Prometes no burlarte de mí?

— Ehm... —murmuro, desconcertada.

Insiste con la mirada, completamente serio. Asiento con la cabeza, más por reflejo que por verdadero consentimiento.

— Bueno. Entonces te lo voy a explicar, sobre Piñón, pero no debes decir nada a nadie. Sobre todo a Morgana. Ella se reiría de mí.

— De acuerdo...

Mira sus zapatillas manchadas de barro.

— Soy yo quien abre la jaula. Sigo a Piñón hasta su escondite —conozco sus favoritos—y luego doy la vuelta por los apartamentos.

— ¿Preguntas dónde está Piñón cuando ya sabes dónde está? —me sorprendo.

Zack se encoge de hombros. No me mira, parece estar en otro lugar.

— Cuando llegué aquí, estaba perdido. Eliana y Damien eran amables, pero Morgana me odiaba. No sabía cómo acercarme a los demás. Era un desastre, ¿verdad?

Antes de que pueda contradecirlo, continúa:

— Y entonces me di cuenta de que, por Piñón, todos estaban dispuestos a hablar conmigo. Así que fingí perderlo, para poder

charlar con la gente. ¡Y funcionó! Pensé en dejar de hacerlo, pero al final, es realmente genial, ¿sabes? ¡Todos son adorables!

Las revelaciones del niño me enternecen. ¿Cómo podría haber imaginado que sus visitas no eran más que pretextos para hablar conmigo, intercambiar algunas palabras? Conmovida, lo miro con más atención. Al final, ¿sus bromas constantes, las ocurrencias que siempre tiene a flor de labios, no son más que un medio para hacerse querer?

— Piñón es mi vínculo con los demás —concluye.

Levanta los ojos hacia mí. Sonríe, pero percibo una gravedad que un niño de su edad no debería mostrar.

— Si lo cuentas, te denuncio a Steph.

Y desaparece corriendo para unirse a los demás niños. Me quedo inmóvil. Estoy como petrificada. Impactada por las palabras del niño, conmovida por su decisión de confiar en mí, asombrada por la sencillez con la que se ha expresado.

— ¡Clara!

La voz de James me saca de mis pensamientos. Corre hacia mí, despeinado, con un aire emocionado y muy orgulloso de sí mismo.

— Es la hora del ventrílocuo. Eduardo me aseguró que nunca había visto uno.

Se detiene a mi altura y añade:

— ¿Vienes?

Su mirada parece escrutarme, como si buscara algo.

— Zack me dijo que estarías aquí —añade.

De repente entiendo su prisa. Sabe que Zack me ha hablado. Esbozo una sonrisa y, vacilante, deslizo mi brazo bajo el suyo. Sin decir nada, me lleva con él. En el escenario, un hombre de cabello castaño liso se mueve, hablando con... Entrecierro los ojos para ver mejor. Sí, es Bambú, ¡en el escenario!

— ¿Qué...? —se sorprende James.

— ¡Mirad! —grita Morgana corriendo hacia nosotros—. ¡Bambú parece súper feliz!

No se equivoca. El pequeño gato con la pata enyesada mueve alegremente la cola, toda su atención fija en el ventrílocuo que finge conversar con él.

— ¿Cómo ha llegado ahí? —se asombra James.

Morgana baja la mirada.

— El escenario está un poco elevado —murmura—. Debió pensar que podría reemplazar la ventana.

Hago una mueca. Así que Bambú no ha abandonado todavía sus pretensiones de saltos...

— No creo que sea lo suficientemente alto como para que corra peligro —observa mi vecino.

No me ha soltado, y me sonrojo al ver la mirada de Luc posarse en nosotros mientras se acerca.

— El gato está causando sensación entre los más pequeños —comenta este último señalando a los nietos de Eduardo, mudos de admiración.

Su abuelo no se queda atrás, pero creo que su atención se centra más en su familia que en el ventrílocuo.

— ¡Piñón también quiere subir al escenario! —grita Zack, con su conejo en brazos.

— ¡Pero le tiene miedo a Bambú, idiota! —protesta su hermana.

— ¡Porque tu gato es diabólico, por eso!

Con aire decidido, el niño corre hacia el escenario. Damien intenta detenerlo, pero, inclinado sobre su conejo, no le escucha.

— ¡Demuestra que eres valiente! —le susurra a Piñón antes de colocarlo en el escenario.

El ventrílocuo no duda y cambia inmediatamente de voz para imitar la del conejo. Hace como si saludara al público. Bambú entonces nota a Piñón, y los dos animales se lanzan una mirada hostil.

— ¡Encantado de conocerte! —finge decir el conejo.

— ¡Igualmente! —responde el gato.

Tras estas encantadoras declaraciones, Bambú intenta lanzarse sobre Piñón. Obstaculizado por su yeso, se enreda las patas. Piñón

aprovecha y se escapa.

— ¡Pero nooo! —protesta Zack.

Luego, sin el menor sentido común, Piñón corre hacia la mesa. Abriéndose paso entre los aperitivos y los canapés, derrama todas las copas y salta sobre Steph. Horrorizada, ella mira, boquiabierta, al conejo cubierto de champán que se precipita hacia ella.

— ¡Atrápalo! —grita Zack.

Los nietos de Eduardo no necesitan que se lo repitan. Saltan sobre el pobre conejo aterrorizado, que frena con todas sus fuerzas para huir en dirección contraria. Con los ojos desorbitados, veo a la pequeña criatura correr hacia nosotros.

— ¡Clara, atrápalo! —me suplica Zack, que aparentemente ha decidido que, ya que lo hice una vez, soy la encargada del conejo fugitivo.

— Ahí viene —me avisa James.

Aprieta los labios para contener la risa, y le lanzo una mirada fulminante. Piñón viene directo hacia mí. Sin pensarlo, me lanzo hacia adelante para atraparlo. ¡Fallé!

El conejo derrapa, y James aprovecha para lanzarse sobre él también.

— ¡Lo tengo! —exclama, boca abajo en la hierba húmeda, sosteniendo a Piñón en alto.

Devuelve el conejo a su dueño, que lo toma con aire vagamente apenado, luego se levanta y me tiende la mano para ayudarme a hacer lo mismo. Me pongo de pie. Sin mirarme, mantiene mi mano en la suya, entrelazando discretamente sus dedos con los míos.

Zack nota nuestro pequeño gesto, con una sonrisa sarcástica en los labios.

— Los vampiros no existen, pero Eliana tiene razón, los animales unen —le murmura a su hermana, como quien no quiere la cosa—. Entre gatos para secuestrar y conejos para atrapar...

Intercambio una mirada con James. Así que el joven sabe lo que realmente llevó a Bambú a su casa...

— Es superior a ti, ¿verdad? No puedes evitar decir tonterías —protesta Morgana, que, evidentemente, no está al tanto—. Además, si intentaras deshacerte de tu bicho, no lo harías de otra manera.

— ¡Tú no te metas! —responde Zack, furioso.

— ¿Porque crees que respondería si me llamaras? No soy tu perro, y mucho menos tu conejo mugriento, ¡imbécil!

— ¡La imbécil mugrienta eres tú!

Capítulo 50 - Escribo tu nombre

La sala está sumida en la oscuridad. Me dirijo a tientas hacia Liam y Maxime, sentados en el suelo al fondo del aula, y me acomodo junto a ellos. La penumbra es total: he cerrado cuidadosamente las persianas y apagado las luces. Escucho las respiraciones tranquilas de mis dos alumnos y giro la cabeza hacia Anaé, o al menos hacia donde supongo que está. Frente a nosotros, sentada o de pie, da igual. Ella no nos ve, nosotros no la vemos. Eso es lo importante.

— ¿Listos? —pregunto.

Un coro de afirmaciones me responde. En la voz de Anaé distingo una gran nerviosidad. Cerca de mí, Liam y Maxime también se tensan. La experiencia es nueva, y la esperanza que conlleva resulta abrumadora.

— Aprendimos que era mejor guardar silencio —comienza Liam con voz clara.

Para la obra, escribirá esta frase en una pizarra, pero en la oscuridad es mejor que la diga en voz alta. Es mi turno, o más bien, el del lobo.

— ¿De verdad? Vaya, eso me parece bastante sorprendente... ¿Y quién os enseñó eso, si se puede saber?

Cerca de mí, Maxime se endereza y responde:

— Los demás.

— ¿Los demás? ¿Qué demás? ¿Quiénes son esos portadores de falsas verdades? —replico.

Espero que este tiempo escuchándonos ayude a Anaé a empezar después.

— Todos los demás —continúa Maxime.

— No entiendo... Vuestras palabras llegan a mis oídos, pero su sentido me resulta extraño.

— Los demás son crueles.

El lobo finge enfadarse. Tras mi próxima réplica, es el turno de Anaé...

— Pero, ¿qué demás? ¡Sed más precisos, amigo mío!

Se establece un silencio, y cruzo los dedos para que la niña se atreva a hablar. Ella no nos ve, nosotros no la vemos, pero la escuchamos. Con voz débil, temblorosa, murmura:

— Los demás en general.

Es demasiado bajo. Mejor que de costumbre, pero aún insuficiente. Alzo deliberadamente el tono, esperando que me siga.

— Pues bien, sigo sin saber de quién se trata, pero conmigo no tengáis miedo: ¡podéis hablar libremente! Vamos, inténtalo. Tú, hazme una frase completa.

— ¿Yo?

Una sola palabra, que pronuncia con algo más de facilidad. Quizás la oscuridad sea una buena idea, después de todo...

— Supongo que es gramaticalmente correcto, pero no es una frase... No es tan complicado: un sujeto, un verbo y un complemento —insisto—. Vamos, inténtalo de nuevo.

Esta frase, mis alumnos decidieron añadirla tras el incidente del recreo, como han empezado a llamarlo... Anaé toma una inspiración temblorosa.

— ¿Por qué? —dice.

— Tampoco, ¡aún no! Inténtalo otra vez. Vamos, di: este té está muy bueno.

Última réplica. Cruzo los dedos, los pies, las piernas, los brazos, todo lo que puedo cruzar.

— Demasiado dulce. No muy bueno.

No sé qué pensar. Es un poco mejor, sí, está progresando. Pero su voz sigue siendo demasiado débil, y temo que los espectadores no la escuchen...

Me levanto para encender la luz, pero Anaé me detiene:

— Espera —murmura.

Toma una profunda inspiración.

— Lo intento otra vez. ¿Puedo?

— Claro, adelante.

La escucho dar unos pasos. Cerca de mí, los dos chicos hablan en voz baja. La niña pronuncia de nuevo su última réplica:

— Demasiado dulce. No bueno.

Su voz se quiebra al final, abatida por la ansiedad. Escucho la frustración en su tono, siento su decepción.

— ¡Inténtalo otra vez! —exclama Maxime—. Te ayudaremos.

Y Liam y él, sin más explicaciones, comienzan a recitar un poema al unísono. Abro los ojos de par en par, dudando si pedirles silencio. Anaé no se mueve, los escucha unos instantes. Luego, retoma, vacilante:

— Demasiado dulce.

Contrariamente a lo que pensaba, los chicos no se detienen, ni siquiera parecen notar que ella habla.

— Demasiado dulce —repite.

De nuevo, nadie le presta atención. Ella vuelve a decir la frase, y esta vez, distingo un atisbo de seguridad en su voz.

Liam y Maxime hablan sin decir nada, recitan las mismas rimas sin parar, sin escucharla. Y Anaé repite sus dos frases, una y otra vez. Poco a poco, su voz gana fuerza. Gradualmente, las palabras de los chicos son cubiertas por las suyas, brevemente. Ella continúa; ellos también. Ya no me atrevo a moverme ni a emitir un sonido. Anaé no se detiene. Los chicos suben el tono a su vez, y, para hacerse oír, ella no tiene más remedio que seguirlos. Esta cacofonía humana me deja sin palabras.

— En mis cuadernos de colegial / En mi pupitre y los árboles... recitan Liam y Maxime a una sola voz.

— Demasiado...

— En la arena, en la nieve / Escribo tu nombre.

— ... dulce —grita Anaé.

Llaman a la puerta, apenas lo noto. Boquiabierta, los observo. Mi corazón se conmueve al verlos así, sosteniéndose unos a otros. Los

chicos le ofrecen a Anaé la libertad de hablar que necesita, en la certeza de que no está siendo vista ni escuchada. Una burbuja de protección que la mantiene al margen, lejos de los demás, de sus palabras hirientes, de sus miradas que a veces dicen demasiado. Un refugio de paz formado por gritos que reclaman libertad y voz para niños demasiado tiempo encerrados en el silencio.

— En todas las páginas leídas / En todas las páginas blancas...

— No...

— Piedra, sangre, papel o ceniza / Escribo tu nombre.

— ... bueno.

La voz de Anaé rompe el silencio, obliga a los chicos a detenerse un instante. Ella repite de nuevo, sin bajar el tono, con una voz clara y profunda, fuerte y segura. Una voz que parece no ser la suya, y que, precisamente, tal vez sea exactamente la que debería ser. Los chicos la acompañan, más bajo, dejándola dominar su extraño trío. Como un coro, las rimas de *Libertad*, el poema de Paul Éluard, elevan la voz de la niña, la rodean, la impulsan.

La puerta se abre de golpe. Una mano enciende la luz, y de repente, todo se detiene. Solo entonces me doy cuenta de que alguien estaba llamando. Parpadeo, deslumbrada. Anaé se ha callado, los chicos miran a los recién llegados con un mal disimulado enfado.

— ¡Se llama antes de entrar! —grita Maxime, olvidando su decisión de no hacer frases si hay alguien presente.

Marc lo mira fijamente.

— He llamado —protesta, demasiado sorprendido para reprender al niño—. Y la jornada terminó hace casi un cuarto de hora...

Echo un vistazo al reloj y hago una mueca al descubrir que tiene razón.

A su lado, un hombre de cabello canoso nos observa con interés. Tiene los mismos ojos que Anaé... Veo a la niña dirigirse hacia él, vacilante. El hombre acorta la distancia que los separa, se arrodilla y

la abraza. Ella se aparta para mirarlo, con una enorme sonrisa llena de esperanza.

— Papá —susurra—, ¿me has oído?

Liam y Maxime observan la escena con atención. El padre de Anaé ríe. Una risa ligera, sincera, y vuelve a atraer a la niña contra él.

— Sí —responde en el mismo tono, vibrante de emoción—. Sí, mi pequeña, te he oído.

Un sollozo escapa de mi alumna, que esconde su rostro en el cuello de su padre.

— ¿Qué haces aquí? —se sorprende con su habitual voz apenas audible.

— Chicos, vuestros padres os esperan fuera —los despide Marc.

Con un gesto, les indico que se vayan. Justo antes, me inclino hacia ellos:

— Gracias —murmuro.

Liam me guiña un ojo, Maxime sonríe, y desaparecen. Siento la mirada de Marc pesando sobre mis hombros.

— Tus métodos son *raros* —suelta finalmente—. Pero funcionan. ¡Dios mío, Clara, has oído...?

Divertida, asiento. El padre de Anaé carraspea y me tiende la mano presentándose.

— Quería hablarle sobre los progresos de Anaé, pero creo que acabo de escucharlos yo mismo.

Su hija esboza una sonrisa, pero no aparta los ojos de él, con una mirada seria.

— Quiero dormir en tu casa —murmura, intentando recuperar la convicción que había puesto en sus réplicas.

Su padre se muerde los labios.

— Lo hablaremos con tu madre —esquiva.

Se vuelve hacia Marc y hacia mí.

— Quería agradecerles por todo lo que hacen por ella. Es gracias a ustedes que está mejor.

— Su presencia también la ayuda mucho —le aseguro.

— Hago lo que puedo.

— ¿Vendrá al espectáculo?

— ¡Por supuesto!

Marc levanta el pulgar en mi dirección. Cuando Anaé y su padre se alejan, dice:

— ¿Liam también habla? ¿Aparte de recitar poemas? ¡Lo cual, por cierto, es absolutamente increíble! ¿Sabes cómo conocía ese poema?

Niego con la cabeza.

— ¡Fui yo quien se lo enseñó! Pero cuando le pedí que lo recitara, por supuesto, se negó. Creo que no le caigo muy bien...

Sonrío ante su expresión de disgusto.

— Creo que deberíamos confiar en él...

Me gustaría decírselo. Confesarle que sí, que Liam se expresa en la piel del cerdito, recita sus rimas con seguridad. Pero prometí guardar el secreto. Antes de que la conversación se desvíe, pregunto:

— Por cierto, ¿tienes idea de cómo podría conseguir disfraces? ¿Tres cerditos y un lobo?

Me mira levantando una ceja.

— No creo que eso se encuentre debajo de una piedra...

— ¿No hay un almacén de disfraces, o...?

Me interrumpo al ver que niega con la cabeza.

— No, nada. Somos una escuela, no una compañía de teatro, aunque algunos niños son verdaderos personajes.

Ante mi expresión de desconcierto, añade, más suavemente:

— No sé qué decirte, salvo que Lea y yo podríamos ayudarte a fabricarlos, si quieres.

Me conmueve su propuesta, pero...

— ¿Sabes coser un disfraz de cerdito? —le pregunto.

— Quizás. Bueno... quizás no.

Duda un instante antes de admitir:

— No... No, en absoluto.

Capítulo 51 - Atreverse o no atreverse

Atreverse o no atreverse. Ese es mi dilema. Creo incluso que, en este momento, toda mi vida se resume en esta máxima. Ya no es «demasiado buena, demasiado tonta», sino «atreverse o no atreverse». Estoy en un buen lío. Sebastien se ríe tontamente en mi cabeza y Shakespeare también se burla de mí. Los hago callar como puedo y tomo una profunda inspiración.

Unos pasos, unos escalones, unos pasos, extender el brazo, tomar la tiza, escribir. Parece sencillo. Puedo hacerlo.

Unos pasos, llamar, no desmayarme, lograr formular una frase audible y completa sin tartamudear ni ruborizarme, hablarle con honestidad.

Puedes hacerlo, me animo. Abro al azar uno de los cuadernos enviados por mi madre, luego me inclino sobre mi ordenador y hago clic en el archivo donde comencé a escribir mi nueva historia hace unas semanas. No lo he vuelto a tocar. Demasiado miedo de que sea un desastre.

Recorro con la vista las líneas escritas. Unas pocas páginas, nada más, pero las palabras me gustan. Resuenan en mí. Corrijo mecánicamente algunos errores, rectifico formulaciones, añado dos o tres detalles. Los personajes me parecen sorprendentemente reales. Tal vez porque uno de ellos tiene un conejo como mascota, mientras que otra lleva atuendos similares a los de Madame Flaubert. Sonrío, divertida. Ni siquiera me había dado cuenta de las similitudes entre mis personajes y mis vecinos.

Sin pensarlo, dejo que mis pensamientos y emociones dicten la continuación. Y qué emociones... Miedo a lo desconocido, miedo a salir de mi zona de confort, miedo a intentarlo, miedo a fracasar, miedo a perder, a perder a los demás, a perderme a mí misma. Zack probablemente me llamaría cobarde, y no le faltaría razón.

Cuando escribo, me siento bien. Mis sentimientos, mis angustias, mis esperanzas, plasmo todo lo que soy en el papel. Me siento viva. Real. Tiritando, tomo mi valor con ambas manos. En mi historia, los héroes enfrentan sus miedos, sin importar sus temores. En mi vida, mis alumnos hacen lo mismo, o casi. Es mi turno.

Tomando una gran inspiración, abro mi puerta y me deslizo al exterior. ¿Por dónde empezar? ¿James o la pizarra? ¿Atreverse o no atreverse? Me detengo frente a la puerta de mi vecino. Recuerdo nuestro beso, luego nuestra noche viendo la película, sus ánimos antes de que me hiciera pasar por enfermera, su sonrisa cálida. Desde aquella famosa noche, apenas hemos tenido ocasión de estar a solas. La vida ha seguido su curso, sin preocuparse por mi necesidad de aclarar las cosas con James, de saber dónde estamos, los dos. Ni siquiera estoy segura de lo que espero.

Llamo a la puerta. James me abre, aún vestido con el traje que lleva para sus consultas. Ya no tiene nada que ver con el hombre travieso y casi descuidado que obligó a una chica a visitar a su padre haciéndole creer que estaba moribundo. Se percibe en él una cierta seriedad, como una especie de gravedad. Sin embargo, cuando me sonríe, todo eso desaparece, y solo veo al James amable que conozco.

— ¡Clara, qué alegría verte! ¡Pasa!

Obedezco respondiendo torpemente a sus saludos y siento que me sonrojo. Ya no sé qué decirle.

— Siéntate —me invita, señalando el sofá.

Noto distraídamente que las citas han vuelto a cambiar. Sin embargo, la que colocó para mí sigue ahí, presidiendo orgullosa la pared.

Me acomodo, con la espalda recta, y apoyo los codos en las rodillas.

— Tenemos que hablar.

James me lanza una mirada, luego asiente y se deja caer en el sillón frente a mí. Imita mi postura, codos sobre las rodillas, y me lanza una sonrisa burlona.

— Pone más cómodas a las personas cuando adoptas la misma postura que ellas.

Luego, recuperando la seriedad, clava sus ojos en los míos. Percibo cierta vulnerabilidad detrás de su falsa seguridad.

— Quieres hablar de nosotros.

Asiento.

— ¿Te arrepientes?

La pregunta, directa, sin emoción, me hace estremecer.

— ¿Si me arrepiento? —repito.

— De lo que hay entre nosotros —aclara con calma.

— ¿Y tú? ¿Te arrepientes?

Sonríe.

— No.

Es sincero, yo también debo serlo. Clavo mis ojos en los suyos.

— Yo tampoco.

Inclina la cabeza.

— Pero... —adivina.

— Pero necesito saber hacia dónde vamos. Qué somos. Y además...

Dudo de nuevo, cruzo las piernas y deslizo mis manos entre ellas.

— Tengo miedo —confieso.

James se levanta y da unos pasos por su salón. Se detiene frente a una cita y la observa unos segundos.

— «Nuestras dudas son traidores y nos privan de lo que podríamos ganar a menudo de bueno, porque tenemos miedo de intentarlo.» —lee en voz alta—. William Shakespeare.

Esbozo una sonrisa. Atreverse o no atreverse. ¿Habrá elegido esas citas solo para mí? ¿Habrá adivinado que reflejarían exactamente mi estado de ánimo? James señala otra cita, no lejos de la anterior.

— «Todo lo que siempre has querido está al otro lado del miedo.» George Adair —continúa—. Yo también tengo miedo, Clara. Pero estoy dispuesto a intentarlo, contigo, si eso es lo que tú también quieres.

Tengo un nudo en la garganta. Mi corazón late tan fuerte que me pregunto si James no lo escucha. Recuerdo a Sebastien, frío y distante, a mis antiguos colegas, apenas más agradables, recuerdo la amargura, la soledad. No sabría cómo enfrentar eso de nuevo. Decirle sí a James es aceptar tener aún más que perder, más incluso de lo que tenía cuando Sebastien me echó de mi propia vida. El riesgo es enorme, la apuesta mayúscula.

— Necesito pensarlo.

Una chispa de tristeza pasa por los ojos de James, pero no deja que se note.

— Por supuesto.

Me levanto, torpe, incómoda. Se instala un silencio pesado por un instante.

— Tengo que ir a escribir algo en la pizarra —digo para romperlo.

James arquea las cejas.

— ¿De verdad?

— No tengo elección. No tengo ni idea de cómo salir del lío con los disfraces para la obra de los niños.

— No te preocupes por eso. Madame Flaubert estará encantada de encargarse, y Morgana seguramente aceptará ayudarla.

Lo miro, seguro de sí mismo, firme y sincero.

— Sebastien me enseñó que los favores se pagan con creces — digo sin pensar.

James niega con la cabeza. Sin previo aviso, se acerca a mí, cierra sus manos sobre las mías. Su piel está cálida, y distingo su olor, una mezcla de colonia y revistas de papel satinado, como las que se encuentran en las salas de espera.

— Olvida a Sebastien. Confía en ti misma, y confía en quienes te rodean. Verás cuánto se equivoca.

Se aparta, me suelta. Su calor me falta de inmediato.

— Tu misión, si decides aceptarla, es ir a llenar esa pizarra — concluye lanzándome un guiño.

Capítulo 52 - Promesa de juventud

Cuando vio mi escritura en su pizarra, Madame Flaubert se puso eufórica. Irrumpió en mi casa como un torbellino, ignorando mis excusas y preocupaciones. No, claro que no le molestaba, ¡por supuesto que no, qué tontería! El extraño sombrero que llevaba ese día casi se me cae encima de tanto que gesticulaba. Tal como James había predicho, Morgana también insistió en ayudar. Zack asegura que, por alguna razón oscura, ella decidió que debía aprender a coser.

— ¡Si supiera hacerlo, lo haría encantado! —lamentó Eduardo.

— Tenemos que ir a comprar la tela —dijo Morgana—. Podrías venir.

Eduardo aceptó de inmediato.

A mi lado, al volante, el anciano no aparta los ojos de la carretera. Ha tomado prestada la furgoneta de James y prometió que era perfectamente capaz de conducirla. Al principio, pensé que ni siquiera lograríamos salir de la residencia. Por suerte, una vez en la carretera, Eduardo ganó confianza y dejó de calar el motor cada dos metros.

Desde su cumpleaños, Eduardo no ha dejado de agradecernos a James y a mí. Ignora las circunstancias que llevaron a su hija a venir, ¡menos mal! Mejor aún: las palabras de James dieron en el blanco, y Steph prometió volver antes del cumpleaños de los niños. Omitió precisar que nacieron en mayo y julio... Sin embargo, Eduardo parecía feliz. Rezo para que Steph cumpla su promesa…

Desde aquella famosa sorpresa, lo recuerdo con las mejillas enrojecidas por el frío, de pie en la oscura noche. Steph, que lo sostenía del brazo, miraba al cielo como todos los invitados, maravillada por los fuegos artificiales que James había preparado. Pero Eduardo no parecía verlos: toda su atención estaba centrada en

su hija y sus nietos. La alegría en su rostro lo hacía parecer más joven que nunca.

— Ya llegamos —anuncia Eduardo mientras aparca el coche.

Con Morgana a la cabeza, nos dirigimos a los pasillos. Hay telas de todos los colores, de todas las texturas. Morgana y Eduardo me miran interrogantes. Abro los ojos como platos. ¡No tengo ni idea de qué comprar!

Eduardo sonríe y se adentra en un pasillo sin dudar. Señala una tela de un bonito rosa pálido, salpicada de delicadas lentejuelas. Ligera, suave, sé que les encantará a los niños.

— ¡Aquí tenéis para vuestros cerditos! —exclama.

Se acerca a un vendedor y, ante nuestra mirada atónita, pide una cantidad exacta. Morgana me mira, sorprendida:

— Pero, ¿cómo lo sabe?

Niego con la cabeza.

— Ni idea.

Al momento siguiente, Eduardo nos lleva hacia otra tela. Negra y elegante, igual de ligera, con matices ligeramente más claros.

— ¿Y esta? —pregunta al vendedor, sin siquiera esperar mi aprobación.

Se gira hacia mí, satisfecho.

— Será un lobo perfecto.

— ¿Cómo lo sabes? —interviene Morgana.

Eduardo se encoge de hombros, recoge la tela. La joven insiste mientras yo pago las compras.

— ¿Tu padre o tu madre eran sastres, verdad? ¿O tu abuelo?

— Mi abuelo cazaba osos y me hacía abrigos de piel —asiente Eduardo—. Eran calentitos, pero ¡qué olor!

La deja plantada, cargando las telas para meterlas en el maletero, y yo me muerdo los labios para no reír.

— ¡Deja de burlarte de mí! —protesta la adolescente—. ¡Que seas viejo no significa que tengamos que reírnos de tus chistes malos!

Una risita se me escapa al ver su expresión indignada.

— Clara no se está burlando —apunta Eduardo.

Morgana me fulmina con la mirada.

— Y ahora vas a decirnos que puedes coser los cuatro disfraces tú solo, ¿verdad?

No suelta el tema. Intento hacerle señas para que lo deje, pero finge no verme.

— No sería capaz.

— Entonces, ¿cómo sabías las medidas? —se queja.

Eduardo se sienta al volante y espera pacientemente a que subamos al coche. Morgana obedece, con un gesto de enfado, los brazos cruzados. Delante, hablo en voz baja con el anciano, que me cuenta sobre las fotos que su hija le ha enviado por correo electrónico. ¡Por correo electrónico! Nada más que para él.

La adolescente en el asiento trasero no dice ni una palabra. Al cabo de un rato, Eduardo echa un vistazo al retrovisor y finalmente confiesa:

— Mi mujer hacía todos los disfraces para las fiestas escolares de Steph. Cada año íbamos juntos a comprar la tela.

Morgana se endereza, de repente alerta. Yo también aguzo el oído. Eduardo nunca había mencionado a su difunta esposa delante de mí.

— ¿Cómo era? —pregunta la adolescente—. Me habría gustado conocerla. Podría haber sido mi abuela adoptiva. Ya sabes, porque tú eres un poco mi abuelo adoptivo.

Sus planes descabellados son lanzados con desenfado, pero Eduardo se tensa ligeramente, sus dedos se crispan en el volante. La declaración lo conmueve, pero los recuerdos lo remueven.

— Ya casi llegamos —digo, en un débil intento de desviar la conversación.

Morgana no cae ni por un segundo en la trampa.

— ¿Entonces? ¿Se parecía a Steph?

Eduardo duda y finalmente responde:

— Físicamente, sí. Steph es su vivo retrato.

— ¿Solo físicamente? —insiste Morgana.

El anciano esboza una sonrisa triste.

— Joséphine amaba la naturaleza, el campo, pero Steph no deseaba nada más que la ciudad y su bullicio. Discutían a menudo. A Steph no le gustaba ni la costura, ni la jardinería, ni los animales. Por desgracia para ella, dirigíamos la granja de mis padres. En cuanto pudo, Steph se marchó sin dudar. Joséphine sufrió mucho por ello. Pero la vida suavizó los rencores, y al final se reconciliaron. Los únicos arrepentimientos de Joséphine...

Se detiene. Su rostro no expresa nada más que una profunda ternura. Los recuerdos no parecen dolorosos, solo dulces.

— Cuando nos conocimos, Joséphine tenía un puesto con sus padres en el mercado. Me abordó y dijo: «Oiga, ¿le gustan los puerros?».

Se queda en silencio, la mirada perdida. Morgana se remueve, y no puedo evitar sentir la misma curiosidad.

— ¿Y luego? —exige la joven.

— Luego... Luego me convenció de comprar un manojo de puerros con el pretexto de que los había plantado y cultivado ella misma. «¡Cultivados con amor!», dijo. Yo le respondí que, en ese caso, mejor las alcachofas, porque solo ellas tienen corazón.

— ¡Qué chiste más malo! —se ríe Morgana.

— ¿De verdad? Ella se rio, sin embargo. Antes de invitarme a cenar. Dijo: «Verá que los puerros pueden ser tan tiernos como los corazones de alcachofa».

— ¿Y entonces?

Morgana y yo estamos pendientes de cada palabra del anciano. Él parece no darse cuenta, perdido en sus recuerdos.

— Entonces descubrí que odiaba los puerros. Nos casamos, retomamos la granja de mis padres. Ese día, ella me hizo prometer riendo que tendríamos un campo entero de puerros, «para no olvidar nunca la ternura de sus corazones». Y luego nació Steph, creció, nosotros envejecimos.

— Y seguiste cultivando el campo —susurra Morgana, inclinándose hacia adelante para tocar el hombro del conductor—. El campo de puerros...

Eduardo sonríe a través del retrovisor. Sus ojos brillan. Me veo a nosotros, todos los habitantes de la residencia reunidos, de rodillas en la tierra húmeda, desenterrando los extraños puerros de un anciano que no los ama. El misterio está resuelto ahora. Las palabras de Eduardo flotan en mi mente, dulces y llenas de ternura.

— Era mi única condición. No importaba dónde me pusiera Steph, mientras pudiera seguir cumpliendo una promesa de juventud...

El silencio se instala de nuevo, pensativo, soñador.

— Vaya —murmura Morgana—, es precioso. Yo también quiero vivir algo así...

No lo admitiría por nada del mundo, pero el mismo pensamiento me atraviesa mientras los ojos chispeantes de James y su sonrisa tan sincera se me presentan como una evidencia.

Capítulo 53 - Sopa de mal humor

Las semanas previas al ensayo general para el espectáculo de diciembre han pasado a una velocidad vertiginosa. He pasado mis mañanas supervisando la creación de los disfraces por parte de Madame Flaubert y Morgana, que nunca se quedan sin nuevas ideas que me encanta descartar (¿y si ponemos purpurina multicolor en el disfraz del lobo? ¡Sería más alegre, ¿no?!), y preparando nuevos ejercicios para ayudar a mis alumnos a expresarse. Desde que Anaé logró recitar sus líneas gracias a la poesía que los dos chicos le recitaron, he modificado algunas escenas de la obra con la colaboración de mis alumnos. Los pasajes donde habla Anaé han sido remodelados, y he grabado las voces de Liam y Maxime. La poesía formará parte integral de la obra, como una música de fondo. El resultado es ciertamente curioso, pero permite que Anaé actúe como los demás.

Consideraba el ensayo general como una prueba que mostraría los puntos débiles, los pasajes a los que habría que prestar atención. Sin embargo, la víspera, me doy cuenta de que hay un problema que no he tenido en cuenta. Liam, Maxime y Anaé han estado buscando cómo abordar el tema, y cuando finalmente se deciden a hacerlo, a veinte horas del ensayo, mi corazón casi se detiene.

— ¿Cómo que no queréis hacerlo? —me atraganto.

— Hablamos del espectáculo real. No de este ensayo —responde Maxime.

Liam asiente con un gesto de cabeza y levanta su pizarra:

«Prometiste que nadie lo sabría. Que guardaríamos la sorpresa para el espectáculo.»

Suspiro profundamente.

— Lo sé, pero...

— Por favor —murmura Anaé con su voz tan débil.

Los miro. La directora se va a enfurecer, pero no puedo obligarlos, ¿verdad? Me muerdo los labios. No sé qué decir.

— Hablaré con la señora Dartran —digo finalmente.

Los niños me miran con esperanza y rezo para que la directora acepte.

— Mientras tanto, empezaremos con una breve sesión de yoga de la risa y luego retomaremos el texto —decido—. Ah, no, esperad, ahora que lo pienso: ¡tengo vuestros disfraces!

Una gran sonrisa de alegría aparece en el rostro de Anaé. Sé que desde mi llegada ha estado mirando el gran bolso donde los he guardado. Lo abro y saco tres disfraces de un rosa pálido: los cerditos. Liam y Maxime intercambian una mirada dubitativa al ver la cola en espiral y la barriga de peluche aún más rosa, antes de poner cara de disgusto al ver la capucha con orejas de cerdo.

— Ridículo —murmura Maxime, y Liam lo confirma con un gesto de cabeza.

Anaé sonríe y se arrodilla para acariciar la delicada pelusa.

— Es tan suave —susurra mientras pasa los dedos por la tela.

— Podríamos ensayar el texto con los disfraces hoy —propongo.

Espero una sopa de mal humor por parte de los chicos, y no tarda en llegar. Sin embargo, no protestan. Incluso vuelven las sonrisas durante la sesión de risoterapia, y Maxime ríe de buena gana.

Cuando regresan disfrazados, agradezco silenciosamente a Madame Flaubert: ¡son perfectos!

«*¡Tú también!*» exige Liam en su pizarra.

Los dejo unos minutos, el tiempo justo para ponerme el disfraz del lobo. Echo un vistazo al espejo. De un negro profundo, el traje está perfectamente ajustado. Como los de los cerditos, la barriga es de peluche, y una capucha cubre mi cabeza. Cuando regreso al aula, mis alumnos me aplauden y yo hago una reverencia riendo.

— ¡Me encanta! —susurra Anaé.

— ¿Qué os parece si hacemos una foto? —propongo.

Pensaba que se negarían, pero no: incluso los chicos aceptan con entusiasmo.

— ¡Selfie! —exclama Maxime.

Le paso mi móvil, y el pequeño extiende el brazo hasta que todos cabemos en la pantalla. Anaé y Liam se divierten haciendo muecas en las fotos, y yo termino imitándolos. Cuando me devuelve el móvil, Maxime se planta frente a mí.

— ¿La imprimes? —pregunta—. ¿Para el recuerdo?

Los otros dos niños me imploran con la mirada. Sonrío mientras miro las fotos. En la última, sus ojos brillan. Liam saca la lengua, Anaé pone los ojos bizcos y Maxime le hace orejas de conejo con los dedos. Yo estoy entre ellos, y mi sonrisa es sincera. Estoy fea, pero parezco feliz. Todos parecemos felices. Recuerdo nuestro primer encuentro, cuando los niños no se atrevían a decir una palabra y yo huía de mi antigua vida. ¡Qué camino hemos recorrido los cuatro! Mi corazón se llena de orgullo y afecto. Revuelvo el cabello del pequeño.

— ¡Por supuesto!

Los cerditos están decididos, listos para darlo todo en este espectáculo, y el lobo también. Lo conseguiremos. La semana que viene, justo antes de las vacaciones, será un éxito. Solo falta el visto bueno. Lógicamente, será un visto bueno verde. ¡Maravilloso! Mientras no salgamos con una tarjeta roja, todo irá bien.

Capítulo 54 - Mayday, mayday

Llaman a la puerta. Me levanto del sillón, dejo el ordenador en la mesa baja. Echo un vistazo rápido a la página en blanco que se va llenando lentamente. Mis dedos hormiguean de tanto escribir.

James está en el umbral, sonriente. Lleva una botella de champán en una mano y un viejo DVD en la otra.

— ¡Sorpresa!

Mi corazón se acelera, y bajo la cabeza antes de que pueda verme sonrojarme. ¿Pero qué hace aquí? ¡Si fui clara cuando le pedí tiempo!

— Tenemos cosas que celebrar —declara mientras se abre paso para entrar—. Y antes de que te hagas ideas y Zack tenga que tranquilizarte, no te estoy ligando. Solo quiero celebrar.

Parpadeo.

— ¿Celebrar qué?

James deja sus cosas junto a mi ordenador y cuenta con los dedos:

— Tu primera petición en el tablón de los Ricochets, tu supervivencia a pesar de la cancelación de vuestra participación en el ensayo general y, por último, el éxito de nuestra empresa con Steph.

Niego con la cabeza, divertida.

— Almorcé con Eduardo hoy —continúa, aparentemente sin incomodarse por llevar la conversación él solo—, y ¿adivina qué?

Espera una respuesta. Me mira.

— ¿Qué? —balbuceo.

No estoy segura de entender por qué le gusto, pero de algo estoy segura: definitivamente no es por mi agilidad verbal.

— ¡Steph, su marido y los niños vienen por Navidad!

Me quedo boquiabierta.

— ¡Eso es genial! —exclamo.

Llena de alegría, olvido mis reticencias y cierro la puerta tras él.

— Eduardo está encantado —me confiesa mi vecino—. Es bueno verlo así.

Su buen humor es contagioso. Con un gesto, lo invito a sentarse en el sofá y miro el DVD con una mueca.

— No tengo reproductor de DVD.

James se encoge de hombros.

— No, pero tienes un ordenador. Y yo he traído bocadillos de atún.

No puedo evitar reír divertida al verlo sacar de su chaqueta un paquete envuelto en papel de aluminio. Bajo la mirada de inmediato, para que no vea cuánto me conmueve ese gesto. No me está ligando, ¿eh? Seguro que por eso ha preparado los bocadillos que comimos cuando casi nos besamos por primera vez...

— Voy a buscar vasos —digo, para darme tiempo de recuperar la compostura. Mi ordenador está en la mesa, no tiene contraseña.

James asiente con la cabeza y lo toma. Me refugio en la cocina. Santo cielo. Mi corazón late a mil por hora. Recuerdo a James inclinándose hacia mí para besarme en el bosque, la suavidad de sus labios sobre los míos en su apartamento, sus famosas citas sobre el miedo y las dudas. El relato de Eduardo vuelve a mi mente, más conmovedor que nunca.

Le dije a James que necesitaba tiempo. ¿Tiempo para qué? No retrocedo para tomar impulso, sino para huir. Tengo miedo, así que freno con todas mis fuerzas.

Pero, ¿de qué sirve? Sebastien no va a aparecer por el conducto de ventilación para destruir lo que está pasando entre James y yo. La única persona que puede arruinarlo todo soy yo misma. Y ese es el problema. No confío lo suficiente en mí. Todo da vueltas en mi cabeza, ya no es un tornado, sino un tifón. Mis pensamientos son tan ruidosos que no escucho nada más. Gritan en mi mente, gimen, chillan, balbucean, dudan. Una verdadera cacofonía.

«¿Quién es la verdadera Clara?», me preguntó James. Buena pregunta. ¿Qué quiere? Detrás del miedo y las dudas, los

arrepentimientos y el pasado, ¿qué desea la verdadera Clara? ¿Qué busca? Si no estuviera aterrorizada, ¿qué haría?

Suspiro. Si no tuviera miedo... Si no tuviera miedo... Si no tuviera miedo, me lanzaría. Lo besaría, haría que funcionara entre nosotros.

Entonces hazlo, murmura una voz en mi cabeza. Por una vez, no es la de Sebastien.

Inspiro profundamente. Soy capaz. Olvidando los vasos, vuelvo al salón como quien va al frente, pecho erguido, vientre contraído, hombros cuadrados. Todo saldrá bien.

James está de pie, mi ordenador en las manos. Me sonríe al verme. Mi estómago se agita y da saltos. Qué sensación tan extraña.

Abro la boca. Es el momento. Voy a decírselo.

— Tu hermana te ha enviado un mensaje —dice tranquilamente, antes de que pueda lanzarme.

Oportunidad perdida. El avión estaba a punto de aterrizar, era su última oportunidad, pero ha fallado la pista. Va a estrellarse. Se pide a los pasajeros que salten. Yo soy la piloto. No puedo irme.

— Dice que la llames. Parece que es urgente.

Voy a matar a Chloé.

De repente, aparece una nueva notificación. Otra vez Chloé.

«¡Por Dios, Clara, ¿pero qué estás haciendo? Responde, por el amor de Dios. Espero que tengas una buena excusa para perderte nuestra videollamada, ¡torpe! Te voy a ahogar en la bañera si no respondes. (A menos que estés con tu vecino súper sexy, claro, eso lo cambia todo.)»

James abre los ojos como platos al leer la última frase. Yo hiperventilo. El avión ha prendido fuego, mi estómago sube hasta mi garganta. Mayday, mayday. Voy a morir de vergüenza, aplastada por la humillación, justo aquí, a los pies de James.

Capítulo 55 - In bocca al lupo

Es el gran día. Estoy aterrada. Aún no lo sé, pero en apenas unas horas mi nivel de pánico alcanzará su punto máximo. Mientras espero ese momento fatídico, repito una y otra vez mi texto, con los ojos fijos en el reloj. Con las manos sudorosas y el corazón latiendo demasiado rápido, intento calmarme.

Es la hora. Tengo que irme. Hay que disfrazarse, preparar a los niños, ajustar los últimos detalles. Por suerte, son pocos: aunque no participamos en el ensayo general, hicimos otro, solo los niños y yo. Probamos el sonido, la sala, las luces, todo. No fue perfecto, pero se defendieron bastante bien.

Salgo de mi apartamento. Dejo la bolsa a mis pies y tengo que intentarlo dos veces para sacar las llaves del bolsillo. No consigo cerrar la puerta.

— ¿Necesitas ayuda? —me pregunta de repente una voz detrás de mí.

Doy un respingo. James me mira, como siempre, tranquilo y amable. Siento que me sonrojo. Desde el fiasco con mi ordenador y los mensajes de Chloé, apenas me he atrevido a dirigirle la palabra. Me da demasiada vergüenza.

Sin esperar, mi vecino toma las llaves de mis manos y cierra la puerta con facilidad. Se gira hacia mí.

— ¿Lista? —pregunta.

El estrés me bloquea todas las capacidades cognitivas, así que dejo escapar:

— ¿Lista para qué?

Levanta las cejas, sorprendido.

— ¿No es hoy el espectáculo? Madame Flaubert, Eduardo y los Laroche están prácticamente listos para ir.

— ¿Van a venir?

La sorpresa debe notarse tanto en mi rostro como en mi voz. James sonríe.

— ¡Por supuesto que vamos!

Me emociona. Siento que las lágrimas me suben a los ojos y bajo rápidamente los párpados. ¡Contrólate, Clara! Chloé también viene, con su marido y su hijo, y no te desmoronaste al enterarte.

— Todo irá bien —me asegura James, tomando mi mano—. Los niños lo harán genial, y tú también.

Levanto la mirada hacia él. James es pura confianza y calidez, amabilidad y ternura. Mi corazón se tambalea. Otra vez.

— Por última vez... —murmuro—. Perdón por... ya sabes. El mensaje.

Estoy roja como un tomate, y mi vecino se echa a reír.

— ¡No pasa nada, mujer! Si por eso has pasado todo el fin de semana evitándome, no hacía falta.

Me encojo de hombros, incómoda.

— Podrías haberme detenido —observo.

— Pensé que solo necesitabas espacio y tiempo para reflexionar.

Señala con un gesto de la barbilla la gran bolsa en la que he metido todos los disfraces. No me atreví a dejarlos en la escuela, aunque la parte racional de mi cerebro me repetía que nadie iba a robar tres cerditos y un lobo de tela. No podía evitar imaginarme a un Sebastien vestido de negro forzando la cerradura y llevándose mis preciados disfraces reptando por los conductos de ventilación. ¿Qué haría con ellos? Misterio...

— ¿Quieres que te lleve? Así no tienes que cargar con todo esto.

— Es amable, pero prefiero caminar un poco. Me relajará.

— Al menos déjame bajártelo.

Sin esperar respuesta, agarra mi bolsa y baja las escaleras. Lo sigo, enternecida por su consideración. Cuando me alejo hacia la escuela, me llama.

— ¿Sí? —pregunto al girarme.

— ¡Mucha mierda!

Me río al reconocer el tradicional «buena suerte» del teatro. James tiene esa extraña habilidad de hacerme sentir más ligera, sin importar lo pesada que sea la situación.

Cuando abro la puerta de la clase, los niños ya están allí. Anaé tiembla de nervios, Maxime no para de caminar de un lado a otro y Liam intenta convencerlo de que se detenga sin decir una palabra.

— ¿Los disfraces? —pregunta Maxime, preocupado.

Les tiendo la bolsa.

— ¡Os quiero a todos listos en diez minutos! —ordeno, antes de coger el disfraz del lobo para cambiarme también.

Una vez disfrazados, los reúno frente a mí. Las manos de Anaé tiemblan de nerviosismo. Respiro hondo para calmar mi propio estrés.

— Bueno —digo—, ha llegado el gran día. ¿Estáis listos?

Solo recibo miradas inquietas como respuesta. No me dejo desanimar.

— Todo saldrá bien —prometo—, lo haréis genial.

— ¿Y si nos quedamos en blanco? —susurra Anaé.

Esbozo una sonrisa. Lo tengo todo previsto.

— Marc vendrá con uno de sus alumnos. Hará de apuntador. Si os olvidáis de algo, tendrá el texto delante y os lo soplará desde las bambalinas. ¡Nadie lo verá!

Anaé y Liam intercambian una mirada que refleja alivio.

— Y —añado, menos segura de obtener unanimidad con esta información—, ese alumno es Grégoire.

Al mencionar al pequeño matón que había montado a los demás niños contra Maxime, mis alumnos se tensan.

— Quiere redimirse —añado rápidamente—, y ha prometido tomarse esta tarea muy en serio. Será una excelente oportunidad para que todos empecemos de nuevo con buen pie.

En realidad, fue idea de Éric, y creo que Marc estuvo a punto de desmayarse cuando la propuso. En cuanto a empezar de nuevo, me parece complicado, ya sea que Grégoire haga bien de apuntador o no... Marc estará con él y lo vigilará de cerca, lo cual es

tranquilizador. Maxime fija la mirada en el suelo sin decir nada, Anaé frunce el ceño y Liam me lanza una mirada fulminante.

— Vamos los primeros, así que debemos empezar a movernos. Pero antes... ¿sabéis cómo se desea buena suerte en el teatro?

— ¡Mucha mierda! —grita Maxime, aparentemente encantado de tener una buena excusa para decir esa palabra.

— ¡Exacto! En Inglaterra dicen «Break a leg», que significa «Rómpete una pierna». ¿Y en Italia, sabéis cómo se dice?

Tres pares de ojos incrédulos me miran fijamente.

— En Italia se dice «In bocca al lupo».

Me callo, dejando que el misterio flote un instante. Liam dibuja un signo de interrogación en su pizarra.

— ¿Y entonces? —se impacienta Maxime.

— Significa «En la boca del lobo». Y el actor debe responder «Crepi il lupo»: «Que el lobo muera».

Anaé sonríe. Coloca una mano en el hombro de Liam y otra en el brazo de Maxime. Los tres cerditos silenciosos piensan en el lobo que quiere obligarles a hablar, que representa a todos aquellos que, a lo largo de los meses y los años, les han reprochado su mutismo. Los chicos se levantan también.

— ¡In bocca al lupo! —grita Maxime.

Extiende una mano al frente, los otros dos niños hacen lo mismo y se giran hacia mí. Me uno a ellos, sin entender a dónde quieren llegar. Cuando repiten el grito de Maxime al unísono y levantan los brazos al cielo, todo queda claro.

— ¡In bocca al lupo!

Es un grito de guerra.

Capítulo 56 - Último acto

El telón está bajado. Grégoire está en su sitio, mis alumnos también. Éric, en el sonido, me hace una señal de que está listo. Inspiro lentamente para calmarme. Las piernas de Anaé tiemblan, pero su mirada está decidida. Liam se muerde los labios, Maxime le lanza un gesto de ánimo.

Y el telón se levanta. Frente a nosotros, una multitud de espectadores nos observa. Distingo la sonrisa de James, el gesto serio de Morgana, el sombrero con plumas de Madame Flaubert, el disfraz de Eduardo, las manos entrelazadas de Eliana y Damien, la expresión impaciente de Zack. Más lejos, está Chloé, que abraza a su hijo mientras su marido pasa un brazo despreocupadamente por sus hombros. ¿Son conscientes de lo que está en juego esta noche? El futuro de los niños, su capacidad para expresarse, tal vez incluso mi puesto. Estoy a punto de temblar como Anaé. También veo a la hermana de Liam, sentada lo más lejos posible de sus padres, al padre de Anaé, del brazo de su nueva esposa, a la madre de Anaé, sola, a los padres de Maxime. Tanta gente.

Mis alumnos querían sorprenderles. Ha llegado el momento.

— ¿Qué son estos ridículos animales incapaces de pronunciar una sola palabra? Con sus orejas rosadas y su cola en espiral, parecen muy apetitosos. Como no parecen tener el don del habla, bueno, ¡mejor me los como! Sin embargo, hay algo en su mirada, parecen vivos... Pero ni una palabra, nunca. Me miran, agitan sus patas delanteras, pero no dicen nada. Antes de devorarlos, debo asegurarme de que son tan tontos como parecen, o el Consejo del Bosque me acusará de inmoralidad.

No hay ni un ruido en la sala. Todos me escuchan. Apenas soy consciente de ello: de repente, soy el lobo que descubre a los tres cerditos, silenciosos y tímidos. Soy el lobo que quiere hacerles

hablar, pero que aprenderá a conocerlos y apreciarlos. Que se encariñará con ellos.

Acto I, escena 2

Avanzo por el escenario, hasta la pequeña cabaña de cartón prestada por una asociación local.

— ¡Buenas noches, queridos nuevos vecinos! —grita el lobo.

Los cerditos no responden. En la sala, los padres se agitan. Solo la hermana de Liam parece tranquila. Observa la escena con confianza.

Maxime abre la puerta de la cabaña. Le tiendo la mano, él la estrecha. Sus dedos entre los míos parecen aún más frágiles de lo habitual. Es extraño. Veo cómo el estrés en su mirada se apaga al mismo tiempo que el mío. Intercambiamos una sonrisa discreta, y continúo:

— ¡Vaya, pero si parece inteligente este muchacho! Mi querido amigo, somos vecinos, o casi, porque vivo al otro lado del bosque, en el lindero. He venido a daros la bienvenida.

Liam y Anaé salen también. Sus ojos brillan. Anaé habla tan bajo que apenas se la oye:

— Hola.

Trabajamos mucho esa réplica. A ojos del público, murmura. Pero para que tengan esa impresión, con la distancia de la sala, tiene que hablar más alto. Le guiño un ojo. Lo hace perfectamente.

Liam avanza también. La luz se dirige hacia él, y los espectadores le ven articular palabras, aunque no emite sonido alguno. Una mirada a los padres de Liam me hace notar su expresión sombría. Liam parece no darse cuenta. Muy pronto, cuando llegue su turno, les sorprenderá. Sorprenderá a todos.

Concluyo la escena, con el corazón latiendo a mil.

— ¡Ah, esto sí que no! ¿Es que todos son mudos? No puedo comérmelos, entonces... A menos que... no, sería inmoral. Aunque... oh, no, no. Si permanecen en silencio, tendré que obligarles a hablar, ¡palabra de lobo!

Quedan unas pocas escenas, y pasaremos al segundo acto. Y entonces, todos verán a mis alumnos tal como son: orgullosos y valientes, desafiando las miradas dudosas de los espectadores, las dudas del público, venciendo sus propios miedos.

Último acto

Bajo la mirada atónita de sus padres, de su hermana, de los demás profesores, de sus compañeros, del público, Liam alza la voz. El texto fluye, claro, perfectamente audible. El poema de los dos chicos resuena tras la dulce voz de Anaé, la acompaña, la impulsa, siempre más lejos, siempre más fuerte. Las frases de Maxime, largas, complejas, difíciles, revelan todo el trabajo realizado.

En el banco de los espectadores, no hay ni un ruido. Los padres, asombrados, observan a sus hijos expresarse realmente por primera vez en meses. La hermana de Liam llora, la madre de Anaé también. Su padre está de pie, con las manos sobre la boca. Los padres de Maxime están abrazados. Intuyo su sonrisa en la oscuridad.

El telón cae. Ha terminado. Tomo las manos de los niños, nos colocamos en posición.

Se abre el telón. Saludos. Maxime avanza, seguido de sus dos compañeros, extiende el brazo y exclama:

— ¡In bocca al lupo!

El grito es repetido por Liam y Anaé, más tímidamente, pero con igual sinceridad. En el banco de los espectadores, Camomille no duda. Entre bastidores, Grégoire levanta el puño hacia el escenario. Los padres de Maxime también se unen.

Un instante después, toda la sala repite su grito de guerra. Los padres, los niños, los profesores, los amigos, la familia, todos.

El telón se cierra. Los vítores y aplausos de los espectadores me ponen la piel de gallina. Anaé se lanza a mis brazos, los chicos la siguen.

Ríen. Su risa me contagia. Lo hemos conseguido. Lo hemos hecho. Han estado increíbles. Mi corazón es tan ligero que parece que va a

volar, llevado por sus sonrisas. Bajamos del escenario, agarrados unos a otros, sin dejar de flotar.

— ¡Ha sido genial! —exclama Grégoire al vernos.

Maxime duda y acepta el cumplido con una sonrisa. Marc también nos felicita. Estoy en una nube, acompañada de mis tres cerditos. Mi corazón se llena de orgullo. Mis alumnos. Son mis alumnos los que lo han hecho, los que han sabido vencer sus miedos, superar sus temores, romper sus límites. Son mis alumnos los que han recibido esos aplausos. Son mis alumnos.

— Impresionante.

La nube se detiene en seco. Pierde altitud a toda velocidad. El suelo se acerca.

Vamos a estrellarnos.

— Clara, ¿estás bien? —se preocupa Anaé.

Demasiado ocupada mirando al recién llegado, no respondo.

— ¿Clara? —se alarma Marc también—. Señor, no sé quién es usted, pero voy a pedirle que salga...

Se acerca.

— Sebastien Delaroche —se presenta—. Pero puedes llamarme Seb.

Capítulo 57 - El truco de la seguridad

En las películas, siempre es en el peor momento cuando el villano hace su aparición. Surge cuando menos te lo esperas. Bueno, cuando finges no esperarlo, más bien. Es lógico. Si se rindiera tan fácilmente, sin molestar al héroe cuando todo parece ir de maravilla, ya no sería el villano. Un villano que se rinde no tiene interés. Tiene que luchar hasta el final, arruinarle la vida al héroe. Por eso es el villano, y el héroe es el héroe. Es de sentido común.

No es que me vea como una heroína, ni mucho menos. Ni que Sebastien sea realmente un villano. La realidad es mucho más matizada, los personajes de esta historia, de mi historia, no son tan maniqueos como en los cuentos, obviamente.

— Debo pedirle que salga —repite firmemente Marc, quien, aunque no lo ha entendido todo, seguramente ha captado lo esencial.

Antes de que Sebastien pueda responder, una voz femenina resuena.

— ¡Clara! Oh, cariño, adivina a quién te he traído.

Y, bajo la mirada atónita de los espectadores, es la madre de la protagonista quien aparece también entre bastidores, toda sonrisas.

— ¡Seb y tú podréis enterrar el hacha de guerra, querida! ¡Es maravilloso!

Marc parece completamente perdido. Los niños también. Yo lucho por mantener la calma. Sebastien. No tiene nada que hacer aquí. No lo quiero aquí. Lejos de imaginar mi reserva, sonríe, feliz.

¡Oh, feliz, seguro que lo está! Seb nunca ha entendido realmente hasta qué punto sus actos podían ser hirientes. Y mi madre siempre lo perdona. Mira hacia otro lado. Como siempre, desde siempre.

Seb avanza, yo retrocedo tantos pasos como él da. Marc se interpone.

— Por favor, señor —insiste, tenso—. Salga de aquí. Usted también, señora.

Sebastien parece dispuesto a protestar y, de un salto, Grégoire se planta junto a su maestro.

— Si no salen ahora mismo, tendremos que llamar a seguridad —advierte.

Marc se estremece. ¿Qué seguridad? ¡No tenemos seguridad!

— Créame, no querrá ver eso —le apoya Liam.

Maxime avanza también.

— Sobre todo después de lo que pasó la última vez que les pedimos que intervinieran...

Ya está. Hemos perdido a los niños. Es el fin. Están desvariando.

— Créame, tampoco querrá saber lo que pasó la última vez —añade Anaé.

Sebastien se inclina hacia ella.

— ¿Qué? —dice—. Habla más alto, no te oigo...

Mi alumna aún tiene que mejorar. Seb parece nervioso. A pesar de su fallo, Anaé le devuelve una mirada desafiante. Los tres chicos se colocan junto a Marc, y mi madre interviene tomando el brazo de Sebastien.

— No hace falta —ríe—, solo queríamos saludar a Clara. ¡Te vemos fuera, cariño!

Y, bajo la amenaza de una llamada a una seguridad inexistente, derrotados por cuatro niños, Seb y mi madre salen de entre bastidores y se unen a los espectadores.

— El truco de la seguridad siempre funciona —comenta Grégoire.

Creo que es mejor no preguntarle cómo lo sabe ni por qué parece tener experiencia en el tema.

— Clara, ¿estás bien? —pregunta Marc.

No respondo, perdida en mis pensamientos. Anaé se acerca y me mira con sus grandes ojos, preocupada.

— ¿Quién era? —susurra.

Me estremezco. A lo lejos, apenas oigo a Madame Dartran hablar por el micrófono. Grégoire se agita.

— Es nuestro turno —dice.

Aprieto los dientes. Tengo que recomponerme.

— Está bien. Id.

Marc duda, pero la directora insiste a través de los altavoces y dos de sus alumnos lo llaman. No tiene elección. Ordena a mis tres alumnos que se queden conmigo y desaparece.

Anaé y Liam me toman cada uno una mano, Maxime va delante. Echa un vistazo hacia la sala que lleva al pasillo.

— Todo despejado —comenta.

Debe haber visto demasiadas películas de policías. Nos deslizamos hacia la entrada, luego al pasillo, y llegamos a nuestra clase. Me siento tan sólida como un montón de gelatina. Los niños me hacen sentarme, me desplomo en la silla, vencida por mis emociones.

¡Reacciona, Clara! Intento reunir mis pensamientos, pero mi mente está centrada en Sebastien, su sonrisa inocente, su risa sincera, sus disculpas que sonaban falsas, su voz casi apenada. Recuerdo su carta, sus acusaciones. Siempre me he doblegado ante él. ¿Cómo no hacerlo? Quería que me quisiera. Y no se consigue que te quieran contradiciendo y enfrentándote, ¿verdad? Nunca tuve el valor de oponerme a él. Ni siquiera fui capaz de confrontarlo después de lo que me hizo. ¡Me eché a llorar, balbuceé dos o tres frases ininteligibles y salí corriendo para esconderme en casa de Chloé!

Huí. Fui cobarde.

— Clara —me llama Anaé de nuevo.

Oigo el miedo en su voz. No consigo reaccionar.

— ¡Apartaos! —grita de repente Maxime.

Anaé se aparta, yo no me muevo. Mala suerte. Un cubo de agua helada cae sobre mi cabeza, empapando mi ropa.

— ¡Aaaaaah! —grito levantándome a la velocidad del rayo.

— ¡Bingo!

Maxime parece encantado, Anaé y Liam están aliviados. Aplauden. Mi corazón se acelera de nuevo, aunque por una razón distinta. El frío me paraliza. El impacto me ha sacado de mis pensamientos, y de repente, tengo la sensación de verlo todo más claro.

— ¿Mejor?

Asiento lentamente mientras castañeteo los dientes. La piel mojada del disfraz de lobo huele a perro mojado. Miro al suelo, donde ha aparecido un enorme charco de agua.

— El próximo que haga algo así, lo ahogo en el cubo —advierto—. O se lo entrego a Bambú.

— ¿Quién es Bambú?

— Un gato. Suicida. Maquiavélico. Casi mata a alguien saltándole encima desde la ventana del primer piso.

Los niños intercambian miradas atónitas. Creo que Maxime se pregunta si no sería mejor volver a llenar el cubo.

Pienso a toda velocidad. Sebastien está fuera. Hay que elegir. ¿Enfrentarlo, por primera vez en la vida, o huir, una vez más? ¿Mostrar los colmillos o salir corriendo con el rabo entre las piernas? En cualquier caso, será mejor quitarme el disfraz de lobo si quiero que me tomen en serio. De lo contrario, mi madre podría morir de miedo, y Seb de risa.

Al menos tendría el mérito de librarme de él.

Respiro hondo. He animado a mis alumnos a enfrentarse a su pasado, a su miedo a hablar, a vencer a sus demonios. Convencí a Anaé de hablar con su padre. Planté cara a los aterradores padres de Liam. Sobreviví a la confrontación con la hija de Eduardo.

Es hora de dejar de huir. Por desgracia, en mi estado actual, no podría plantar cara ni a una lechuga. La antigua Clara era cobarde. La nueva está a punto de ceder a la facilidad y actuar igual. Pero, como diría la pared de James: «El verdadero coraje no es la ausencia de miedo, sino la capacidad de vencerlo. (Nelson Mandela)».

Capítulo 58 - Causas perdidas

Reunir mi valor resulta más complicado de lo previsto. Está hecho pedazos, esparcido por los cuatro vientos. Corro tras los fragmentos, intento pegarlos, pero todo queda tambaleante, inestable. Temo que se desmorone al menor enfrentamiento.

— ¡Ha sido fantástico!

Camomille, la hermana de Liam, se abalanza sobre mí en cuanto pongo un pie fuera. Su hermano se ha lanzado a sus brazos, con una sonrisa feliz pegada al rostro. Mira a su alrededor con frecuencia, como si estuvieran huyendo de alguien. Murmuro un agradecimiento frío que no logra desanimarla.

— Nuestros padres todavía le prohíben a Liam pasar tiempo conmigo —se lamenta la joven—. Según ellos, soy una mala influencia. Creo que es sobre todo porque me ha saludado, mientras sigue negándose a hablarles... Si nos ven juntos, nos meteremos en problemas.

Esboza una sonrisa triste pero sincera y me tiende la mano.

— Gracias por todo lo que haces por él. Por nosotros. Es increíble.

Le estrecho la mano y, cuando estoy a punto de alejarme, me atrae hacia ella. Me abraza, largamente. Ya no estoy segura: ¿quiere darme las gracias o intenta asfixiarme?

— Nos vemos después de las vacaciones —me susurra Liam.

Como siempre, escuchar su voz me conmueve. Es un poco gracias a mí, pienso mientras lo veo alejarse, colgado del cuello de su hermana. No muy lejos, los padres de Maxime lo felicitan efusivamente. El padre de Anaé habla con su exmujer, mientras su nueva pareja intenta ganarse a una Anaé testaruda. Una Anaé que le responde. No lo suficientemente fuerte, aún no, pero llegará.

— ¡Felicidades, Clara! —me dice Éric, con una gran sonrisa.

Lea se suma y me ofrece una crêpe de chocolate que acepto mecánicamente. Tengo la sensación de estar en un estado de trance.

— ¡Parece que estás en una nube! —comenta Lea.

No se equivoca, salvo que mi nube es un cumulonimbo a punto de desatar una tormenta devastadora. Me alejo agradeciéndoles sin mucho entusiasmo.

— ¡Ha sido alucinante! —grita Zack.

Morgana y él están acompañados por James. Mi vecino tiene un aspecto extraño. Su sonrisa parece falsa, sus felicitaciones son vacías, incluso sus ojos parecen apagados. Damien se une a nosotros. Muestra la misma falta de entusiasmo. ¿No les ha gustado el espectáculo?

— Has hecho un trabajo formidable —afirma James.

Una vez más, algo no encaja. Parece estar a kilómetros de aquí.

— ¿Todo bien? —añade con una sonrisa forzada.

Le devuelvo la misma mueca angustiada.

— Mi familia está aquí. No me lo esperaba.

Me mira, como buscando respuestas en mi rostro, y yo aparto la mirada. Si me hace la más mínima pregunta ahora mismo, voy a romper a llorar.

— De acuerdo —dice simplemente, con aire desconcertado—. Quería felicitarte antes de irme. Nos vemos luego.

Y me deja ahí. Lo observo marcharse, boquiabierta. Atónita. Estupefacta. Más que la ira, es la amargura y la tristeza lo que me toma por sorpresa. Sabe lo difícil que es para mí con mi familia. Lo sabe. Y le da igual. Se va.

— Ha estado genial, Clara —dice Damien.

Asiento con la cabeza, con la mirada perdida. El regreso de Seb, la partida de James. La sensación de vacío en mi pecho.

— Gracias por venir —digo con una voz sin tono.

— Creo que nos costará convencer a Morgana de volver.

La joven está de la mano con un chico que me resulta vagamente familiar. Lo he visto antes. Estaba entre un parterre de begonias. Se

giran hacia nosotros, Morgana nos saluda con la mano y me guiña un ojo. Romain le susurra algo al oído, ella ríe.

— Creo que te están llamando —me señala Damien.

Tiene razón. Mi estómago cae hasta mis pies. Antes de que pueda suplicarle que se quede, se aleja para reunirse con su hijo. Chloé y mi madre están en plena discusión. Justo detrás de ella, Sebastien, ajeno a su disputa, me dedica una gran sonrisa. Están a mi altura. Ya no puedo huir.

— Ha estado bien —dice él.

Lo miro fijamente sin responder, perdida en una maraña de emociones.

Chloé me abraza con afecto. Me lanza una mirada apenada. Mi madre me felicita, apenas la escucho. Ya no sé si estoy ansiosa o furiosa, sobre todo porque, sin saberlo, James ha exacerbado mi ira. ¿Me hace soñar con un futuro, me muestra sus citas, me prepara bocadillos de atún, y luego desaparece?

— No pensé que pudieras lograrlo —continúa Sebastien—. Hablé con la directora, decía que esos niños eran causas perdidas. ¡Enhorabuena!

Ha hablado con la directora. La última vez que me dijo eso, perdí mi puesto. Me derrumbo en el acto. Chloé hierve de rabia.

— ¡A ti nadie te ha pedido opinión! —escupe.

Creo que el vocabulario de su hijo está influyendo en el suyo. Seb la mira sorprendido.

— La estaba felicitando —protesta.

Tiene esa expresión un poco perdida, un poco distante. Esa expresión que da ganas de protegerlo, que me insta a abrazarlo, a disculparme —¿de qué? ¿De haber dejado que me despidiera? Esa expresión a la que nadie ha podido resistirse nunca. Ni mi madre, ni mi padre, ni yo. Solo Chloé ha encontrado el valor de enfrentarse a él. No le importaban los reproches de nuestros padres. Chloé seguía siendo ella misma, siempre. Aunque eso significara molestar a Sebastien.

Yo nunca supe hacerlo.

Capítulo 59 - Cuestión de probabilidades

Tengo la sensación de que el mundo gira en cámara lenta. Las palabras de Chloé y Seb resuenan en mi cabeza. Por sí solas, esas dos frases podrían resumir toda su relación. El grito de mi hermana, lleno de ira: «¡A ti nadie te ha pedido opinión!», y la respuesta de Seb, un poco vacilante: «La estaba felicitando». Ella, siempre enfadada; él, siempre perdido.

Sebastien me mira. Cierro los ojos un instante, luchando contra los recuerdos que me asaltan.

***

Nos veo de niños. Chloé y yo estábamos sentadas de la mano al fondo del gran salón. Mi hermana mayor no podía quedarse quieta. A pesar de sus cinco años, lo sabía. Era única para espiar a nuestros padres y guardar secretos. Pasé horas suplicándole que me contara el suyo, pero se negó riendo. Para vengarme, le lancé mi plato de zanahorias a la cabeza gritando:

— ¡Eso te hará más amable!

Me castigaron. Sin televisión. Por solidaridad, Chloé también se negó a verla. Me leyó un cuento para pasar el tiempo —o, más bien, lo inventaba mirando las imágenes. Con mis tres años, no podía reprochárselo.

Papá y mamá llegaron justo cuando ella cerraba el libro. Tenían un aire grave y feliz a la vez.

— Niñas —dijo mamá—, venid al salón.

El salón había cambiado. En lugar del sillón junto al sofá, había una cuna. En lugar de la cómoda, una mesa para cambiar pañales. Por suerte, la televisión seguía allí. No entendí lo que significaba.

— ¿Nos mudamos? —pregunté.

— ¡Claro que no, tonta! —replicó mi hermana.

Papá nos hizo señas para que nos sentáramos. En ese momento, empecé a preocuparme. Mamá había engordado en los últimos meses. Fruncí el ceño.

— ¿Estás enferma? —le pregunté.

Ella rio.

— No, cariño.

Y luego, como no lo entendía, nos dijo que íbamos a tener un hermanito o una hermanita. Fruncí el ceño, poco convencida.

— ¿Está en tu barriga?

Ella asintió. Me puse pálida.

— ¿Como las piedras en la barriga del lobo? —chillé.

En mi defensa, la historia que Chloé acababa de contarme era *Caperucita Roja*.

***

Era un niño. Esperamos todo el día antes de ir a verlos al hospital, a mamá y a él. Ella parecía cansada. Yo estaba aterrorizada.

— ¡Pero si es diminuto! —grité al verlo.

Mamá rio, Chloé se burló de mí, papá me tomó en brazos.

— ¿Tiene nombre? —preguntó mi hermana, mirando al pequeño ser con el ceño fruncido.

— ¡Por supuesto que sí, cariño! —dijo papá.

— Qué pena. Si no, podríamos llamarlo Calvo. O Arrugado. O Coloradito. Le quedarían bien.

Me reí.

Era diferente. Pasaron años antes de que Chloé y yo lo entendiéramos del todo. Apenas lloraba. Estaba muy adelantado para su edad. Y, sobre todo, Chloé y yo simplemente no conseguíamos crear un vínculo real con él.

El bebé crecía, se transformaba en un niño pequeño. Jugábamos con él, o al menos lo intentábamos. Chloé nos contaba historias,

mientras yo lo sostenía en brazos. Esperaba con ansias el momento en que también pudiera leerle cuentos.

Nunca llegó. Aprendió a leer antes que yo. Supo sus tablas de multiplicar antes que Chloé. En una palabra, era mejor que nosotras dos juntas. En todo. Excepto en lo que respecta a las relaciones humanas. Ahí, se atascaba. Sus hermanas no lo entendían. Sus padres intentaban seguirle como podían, pero a menudo parecía estar en otro mundo, un mundo de matemáticas y ciencias, donde nadie más estaba invitado.

— Quizás sea un genio —dijo Chloé un día.

— ¿Un genio de qué? —pregunté.

Tenía diez años, él siete, y no lo entendía. Estaba muy bien saber leer y contar antes que nadie. Pero, ¿de qué servía si no eras capaz de querer a tus hermanas mayores a cambio?

— Claro que os quiere —replicó mamá—. Solo lo demuestra de otra manera.

Estaba adelantado a los niños de su clase. Excelente en matemáticas y ciencias. Pero papá y mamá se negaban a que saltara un curso, prefiriendo dejarlo con otros niños de su edad, con la esperanza de que lograra relacionarse con ellos.

No sabía por qué mi hermano se comportaba de una manera que a veces me parecía tan extraña, pero para mí era evidente que era diferente. Sin embargo, papá y mamá estaban convencidos de que, con esfuerzo y perseverancia, podría adaptarse a los demás. Yo, en cambio, tenía la horrible impresión de que nos hablaba con condescendencia, sin siquiera darse cuenta. Al menos, así lo vivía yo. Me dejaba llevar. Chloé también, al principio. No decíamos nada. Nadie decía nada.

No se discute con un niño que aprende latín por su cuenta para divertirse.

***

La primera vez que Chloé se rebeló, tenía catorce años, yo doce. Los gritos estallaron sin previo aviso. Corrí a buscar a mamá. Ella también alzó la voz, casi tan fuerte como ellos.

Chloé fue castigada. Sin salir. Me quedé con ella toda la noche. Papá vino, dijo que mamá lo sentía, que era normal discutir entre hermanos. Que entendía que, a veces, nuestro hermano reaccionaba de manera inadecuada. Que podíamos enfadarnos. Y luego añadió que, en el fondo, no era diferente. No era diferente, era brillante, simplemente. Y, sobre todo, era nuestro hermano pequeño. Debíamos protegerlo. Quererlo. Porque él también nos quería.

Chloé no le creyó. Siguió luchando.

Yo sí. Pasé el resto de mi vida intentando que me quisiera. Intentando que me admirara, que me considerara la hermana mayor que quería ser.

***

Hoy, hace esfuerzos por reconectar con mi hermana. Chloé intenta mostrarse más comprensiva. Mi madre sigue consintiéndolo en todo, pero mi padre, en cambio, es más firme. El niño se ha convertido en adulto. El adulto, como tanto esperaban mis padres, ha logrado adaptarse un poco mejor. Se comunica con los demás, ha hecho algunos amigos. Y luego, quiso acercarse a su hermana mayor más crédula.

Estoy convencida de que realmente lo intentó. Yo lo deseaba más que nada. Por eso no vi venir la catástrofe.

Me hizo despedir porque sabía que sería más eficaz. Era mejor para los niños. Solo era cuestión de probabilidades. De lógica.

Se aprovechó de mí sin darse cuenta. Obedecía a los cálculos, a las probabilidades, a las matemáticas. No veía el daño que me hacía.

Mis antiguos colegas lo apoyaron. Al fin y al cabo, era una mente brillante que trabajaba en una escuela para alumnos con altas capacidades.

Si había alguien a quien apoyar, definitivamente era a él.

Capítulo 60 - Infinitos remordimientos

Sebastien se disculpó. Me dijo que lo sentía, que no se había dado cuenta. Que había actuado pensando, probablemente demasiado. Que había calculado las probabilidades de progreso de los niños con cada uno de nosotros, que eran mejores con él, porque se parecía a ellos.

Me repitió que lo sentía, una y otra vez. Que había cometido un error en sus cálculos: no había tenido en cuenta la dimensión afectiva del problema ni las repercusiones de su decisión sobre mí.

Una vez más, todo era cuestión de matemáticas, de cálculos, de probabilidades, de cifras. Lo escuché sin decir nada, pero no pensaba lo mismo.

Chloé tampoco dijo nada, pero sabía que ya le había dicho a Sebastien unas cuantas verdades sobre su comportamiento. Varias veces. Y no con la calma que él mostraba ahora.

Seb se quedó callado y me miró. Parecía esperar algo.

Entonces hice lo que siempre he hecho. Elegí la opción que siempre he elegido hasta ahora. Huir.

Me di la vuelta y me fui.

— ¡Clara, por favor! —exclamó nuestra madre—. ¡Se ha disculpado!

Seguí caminando sin escucharlos. Salí de la escuela. Deambulé al azar por las calles. Me encontré frente al pequeño estanque, el mismo donde conocí a Bambú.

Desde entonces, no me he movido. Miro la extensión de agua frente a mí, en un silencio casi apacible. Con las palabras de Sebastien, es todo el pasado el que me golpea de nuevo.

Nuestra infancia. Sus burlas. Mi deseo de ser querida, más fuerte que todo. Pronto entendí que los demás eran más amables, más

sonrientes, cuando uno se plegaba a todos sus deseos. Así que me convertí en esa Clara que ayuda, que se deja llevar.

Por Seb, me convertí en esa Clara. Y luego mi antiguo empleo, la llegada de Sebastien, su propuesta de mudarnos juntos, sus primeros días en la escuela, nuestros colegas impresionados, los primeros comentarios hirientes, pero que solo eran hechos. No importa. Debería haberle plantado cara, aunque quisiera que me quisiera.

Todavía quiero que me quiera. En algún lugar, en el fondo de mí, una niña pequeña mira a un bebé con asombro. Le promete que serán los mejores amigos del mundo, que le leerá cuentos, jugará con él, lo protegerá. Él no la escucha. Quizás nunca la escuche.

Así que cuando Sebastien me da el golpe de gracia, tengo que huir. Huir de los hechos que me enuncia con una seriedad implacable, lejos de sus palabras hirientes, lejos de los recuerdos. Lejos de él. Lejos de esta necesidad de ser querida que nunca me ha abandonado.

Y me reconstruí. Cambié. Evolucioné. Comprendí que ser querida no tiene nada que ver con ser servicial. Descubrí que pueden apreciarme por quien soy, y no por lo que hago.

Y ahora vuelve. Otra vez. Una parte de mí ya lo ha perdonado. Una parte de mí está dispuesta a todo para que algún día logremos crear ese vínculo fraternal con el que sueño.

Las lágrimas caen. Las seco distraídamente. ¡Si tan solo James estuviera aquí! Pero el recuerdo de su cobarde abandono vuelve a mi memoria y no hace más que aumentar mi tristeza.

— Clara —dice su voz familiar detrás de mí.

Cierro los ojos.

— Vete —susurro—. Vete, Seb. Déjame.

Mi hermano se acerca. Se sienta a mi lado y mira el agua que brilla frente a nosotros.

— Estás llorando.

Aprieto los dientes.

— ¿Estás bien?

Sus palabras torpes pretenden ser reconfortantes, pero no estoy receptiva.

— Lo sien...

— ¡Por el amor de Dios, Sebastien!

Mi grito nos sorprende a ambos. Me levanto, llorando. Veo borroso. Es más fácil así: su incomprensión me enternece menos.

— ¡Ya basta! —grito—. ¡Cállate!

Me seco las lágrimas con el dorso de la mano.

— ¿Es que no entiendes nada, verdad? ¡Nunca has entendido nada! ¡Nunca has intentado entenderme, porque eres tan superior a mí! ¡Y mis esfuerzos por acercarme a ti, por acercarnos, te parecían patéticos! ¡Tú me encontrabas patética!

Sollozo ahora, incapaz de contenerme.

— No quiero volver a verte, ¿me oyes? ¡Nunca más! ¡Solo quiero que desaparezcas de mi vida, ¿está claro?! ¡Vete!

Vocifero hasta casi romperme las cuerdas vocales. Sebastien me mira, con los ojos muy abiertos, con aire estupefacto.

— Clara...

— ¡Vete! ¡Déjame!

En su mirada, creo ver algo pasar. Una emoción. No importa. Cierro mi corazón, aparto la mirada, me alejo. Es demasiado tarde para nosotros.

Sebastien se levanta. Y se va, con los hombros caídos. Justo antes de que desaparezca de mi vista, distingo su silueta que se gira y me lanza una última mirada.

Última mirada. Infinitos remordimientos.

Capítulo 61 – El Óscar al peor desliz

La lluvia comienza a caer en el camino de regreso. No me importa. Con el cuello del abrigo subido hasta la barbilla, tiemblo en la noche. Un mensaje de Chloé me ha informado que su marido, su hijo y ella dormirán en una pequeña posada a unos kilómetros de aquí, al igual que Seb y nuestra madre. Por ahora, mi hermana está en la Residencia de los Ricochets. Quiere que cenemos juntas, seguramente preocupada por la idea de que siga el ejemplo de Bambú y decida lanzarme por la ventana de mi apartamento. Es absurdo: no pasaría. No tengo ni la delgadez ni la agilidad de ese gato.

Estoy empapada cuando llego. Mi cabello gotea sobre el suelo. Chloé no está a la vista. Al pasar frente a la casa de los Laroche, escucho risas y la voz de mi hermana elevándose. La puerta está abierta, y Zack me ve.

— ¡Ahí está! —grita el niño.

Un segundo después, mi hermana me agarra del brazo y me entrega las cosas que dejé en la escuela. Al ver mi estado, me ordena que me duche, me cambie y baje de nuevo.

— La pareja que vive aquí me pidió que cuidara de los dos críos —explica—, vamos a cenar con ellos.

No tengo opción. Obedezco, aturdida.

— ¿Dónde están sus padres? —pregunto al darme la vuelta.

Morgana me lanza una mirada preocupada.

— Ni idea. No quisieron decirnos nada. James tampoco está, es raro.

James. Solo oír su nombre me pone los pelos de punta. Molesta, me apresuro a llegar a mi casa. James. James, en quien confié, con quien estaba dispuesta a olvidar el pasado para mirar hacia el futuro. Recuerdo su expresión fría y distante, su desinterés,

sabiendo perfectamente lo que significaba para mí el regreso de Sebastien.

Pensé que era diferente. Suspiro. Intento distraerme. Subo la temperatura del agua al máximo, pero ni siquiera una ducha hirviendo logra calentarme. Exhausta, me obligo a vestirme adecuadamente para reunirme con Chloé y los niños Laroche.

Cuando regreso a su apartamento, un delicioso aroma me da la bienvenida. Chloé me sonríe ampliamente y me hace señas para que me siente en el sofá.

— ¡Pasta gratinada con queso! —anuncia—. Cena frente a la tele. Los críos ya han elegido la película.

— ¡No nos llames así! —protesta Zack incorporándose—. ¡La gratinada eres tú!

Chloé ríe. Morgana no aparta la vista de su móvil. Los dos niños están cada uno acurrucado en una esquina del sofá, y yo me siento en el medio.

— Entonces, ¿Romain? —le susurro a Morgana.

Me lanza una mirada fugaz.

— Estoy enamorada —me confiesa—. Tenías razón. Funciona pedir perdón.

Sonrío. El ambiente es dulce y acogedor. Las emociones contradictorias que despertaron en mí el regreso de Seb, la ira provocada por la indiferencia de James, todo parece desvanecerse poco a poco. Solo quedan los dos niños acurrucados en el sofá, la mano de mi hermana acariciando mi cabello, el olor del queso gratinado en el horno. Suspiro. Repaso mentalmente la película de la tarde, veo a mis tres alumnos en el escenario, las miradas emocionadas de los padres, el orgullo que llenaba mi corazón. Lo lograron. Lo hicimos.

Dos semanas de vacaciones. Los voy a extrañar. Ya tengo ganas de volver a verlos. Ahora que la obra ha terminado, me gustaría proponerle a Madame Dartran montar un espectáculo para la fiesta de la escuela con ellos.

Mis pensamientos me llevan inevitablemente al presente. Sebastien. Sebastien y su sonrisa vacilante, su aire un poco perdido.

Aprieto los labios. Seb ha vuelto. Me lo repito varias veces, analizando los sentimientos que nacen en mí. Es imposible odiarlo. ¿Se puede odiar a un hermano?

Suspiro. Seb ha vuelto, pienso de nuevo. Y sin embargo… Una sombra de sonrisa cruza mis labios secos, mientras algo más me golpea. Seb ha vuelto, es cierto, pero le planté cara. Por primera vez, dejé que mi ira se expresara, no me dejé ablandar. Me mantuve firme frente a él. Así que tal vez, a pesar de las grietas del pasado, el futuro no esté tan comprometido…

Chloé coloca las bandejas sobre nuestras rodillas, y comenzamos a cenar frente a la película elegida por los niños. Al final, hemos vaciado la caja de pañuelos, unas veces para secar lágrimas de risa, otras de tristeza.

— La próxima vez elijo yo la película, así ahorramos pañuelos —comenta Chloé.

Manda a Zack y Morgana a la cama.

— ¡Hasta mañana!

— ¡Hasta dos pies! —responde Zack, siempre con sus bromas malas.

Ante la falta de reacción general, añade:

— ¡Hasta mañana, a dos manos, a dos pies… ¿lo habéis pillado?!

Todos le aseguramos que sí.

— Hilarante —comenta su hermana—. Estamos muertos de risa, pero lo disimulamos bien, como puedes ver.

Él se encoge de hombros.

— Lo único que veo es que eres fea, ¡patata! —grita.

Morgana lanza un grito de duquesa ofendida y le da un manotazo en el hombro. Bambú, aún con la pata escayolada, levanta la cabeza y les lanza una mirada cansada, resignada.

— Estáis agotando al gato, está convaleciente —zanja Chloé—. ¡A la cama, no quiero oír ni una palabra más!

Ha encontrado el argumento definitivo. Veo a los dos niños dirigirse a sus habitaciones sin dejar de pelearse, y una oleada de afecto me aprieta el corazón.

— Bueno —dice Chloé cuando por fin estamos solas—, ¿quieres hablar de ello?

— ¿De Seb? No hay nada que decir —gruño—. Pero si quieres ayudarme a enterrar viva a mamá, no me vendría mal.

— Papá y ella discutieron —me confiesa—. Cuando él supo que había invitado a Seb, empezó a gritar.

— Pero no hizo nada para impedirlo…

— Ya lo conoces.

Intercambiamos una mirada. Nuestra madre siempre ha apoyado a Seb. En cuanto a nuestro padre, nunca se ha atrevido a enfrentarse a ella.

— La odio —gimo mientras me envuelvo en una manta.

Chloé se sienta a mi lado y pasa un brazo alrededor de mis hombros.

— Claro que no.

Permanecemos en silencio durante un largo rato, abrazadas. En su mirada, veo a una niña un poco triste, que desearía entender mejor a su hermano y que intenta proteger a su hermana pequeña demasiado sensible. En la mía, probablemente ve a una niña melancólica, que desea más que nada ser amada por su hermano.

— No te dejes engañar, Clara —murmura de repente mi hermana —. No dejes que te vuelva a atrapar. Seb es sincero, no lo dudo, pero…

— Pero eso no significa que haya cambiado, ni que lo haga. Lo sé. Aunque me gustaría que fuera así.

— Tu desaparición lo removió, ¿sabes? Le hizo darse cuenta de algunas cosas. Así que, ya veremos.

— Ya veremos —repito, como un eco.

Siempre hemos sido así. Ecos. Nos hemos levantado la una a la otra, nos hemos dado la mano, ella curó mis rodillas raspadas, yo suavicé sus primeros desamores. Y, desde lejos, como la luna

alrededor de su planeta, Seb nos observaba. Nos iluminaba con su luz. Nunca un abrazo ni un gesto de afecto. La luna siempre ha estado demasiado lejos para eso.

A pesar de todo, digan lo que digan, la luna nunca ha dejado de girar alrededor de la Tierra. Incluso hubo astronautas que pisaron su superficie. Así que, tal vez, en el fondo, aún nos quede una oportunidad…

***

Cuando oímos ruido en la escalera, nos levantamos para recibir a los Laroche. Para mi sorpresa, en el pasillo, la pareja no está sola. James y Madame Flaubert están con ellos.

Al ver a mi vecino, la ira me invade de repente. Sin embargo, en el instante en que cruzo su mirada, desaparece.

James parece agotado. Ojeras oscuras devoran gran parte de su rostro, su traje está arrugado, está pálido como un papel. Madame Flaubert no parece estar mejor. Incluso su extravagante sombrero está caído. Los Laroche se apoyan el uno en el otro. Trago saliva con dificultad.

— Ha pasado algo —murmuro con horror.

La frialdad de James en la escuela, su repentina desaparición, así como la de Eliana y Madame Flaubert, que ni siquiera había notado, todo me golpea de repente. Demasiado ocupada con el impacto de ver a Sebastien de nuevo, no me di cuenta de nada.

Y falta alguien, me doy cuenta.

— ¿Dónde está Eduardo?

Madame Flaubert cierra los ojos con una tristeza infinita. James la toma del brazo.

— La acompaño y te lo explico todo, Clara, me promete.

Desaparecen por el pasillo. Miro a Damien y Eliana, con un nudo en la garganta.

— ¿Dónde está Eduardo? —repito—. ¿Está bien?

La mano de Chloé se posa en mi hombro. Eliana cierra la puerta del apartamento, encerrándonos a todos en el pasillo.

— Prefiero que los niños no se enteren todavía —murmura—. Puede que no sea nada.

— ¿Qué? ¿Qué puede que no sea nada?

Tengo miedo. Tengo frío. Chloé me frota la espalda con suavidad. James reaparece en ese momento y les indica a los Laroche que vayan a descansar. Parece igual de exhausto, pero nos lleva a su apartamento. Nos hace sentarnos, sin siquiera preguntar quién es Chloé.

— Eduardo sufrió un desmayo justo después del espectáculo. Está en el hospital. Ha recuperado el conocimiento, pero está muy débil. Los médicos le han hecho varias pruebas; tendremos los resultados mañana.

Tomo una inspiración brusca. Mis ojos se llenan de lágrimas, y parpadeo para contenerlas.

— Preferimos no decirte nada para no arruinarte el espectáculo —continúa James con una voz infinitamente suave—. ¡Le habías puesto tanto corazón! Eduardo se habría sentido mortificado. Morgana y Zack tampoco saben nada. Es mejor esperar los resultados de las pruebas, para no preocuparlos innecesariamente.

El impacto me deja sin palabras. Pasé la tarde lamentándome por el regreso de Seb, por el comportamiento de James, sin imaginar ni por un segundo que algo mucho más grave estaba ocurriendo, justo delante de mis ojos.

— ¿Su hija? ¿La habéis avisado?

James niega lentamente con la cabeza.

— El hospital la contactó. Yo también. Pero después de lo que le hicimos…

Deja escapar un profundo suspiro y confiesa:

— No nos creyó.

Cierro los ojos, abrumada. Jamás habría imaginado que nuestra pequeña treta tendría consecuencias de tal magnitud.

— Si los resultados de mañana son malos —continúa James—, el hospital se lo comunicará. Esta vez entenderá que todo es verdad.

Su voz se quiebra al final de la frase. Detrás del hombre sólido que ha llevado a Madame Flaubert y a los Laroche a salvo, y que se encarga de explicarnos toda la situación, también percibo al verdadero James, distingo las lágrimas que se niega a dejar caer, y eso me rompe el corazón.

— Lo siento mucho —murmura Chloé.

James asiente y le ofrece una sonrisa frágil.

— ¿Eres la hermana de Clara? —adivina.

Ella asiente.

— Me quedaré esta noche —añade, girándose hacia mí.

Niego con la cabeza.

— No, el pequeño querrá verte mañana por la mañana. Y además… mantén un ojo en Seb.

— Prometido —murmura.

Me abraza y se despide de James antes de alejarse. Mi vecino se muerde los labios.

— Seb… ¿Sebastien? ¿El del que me hablaste?

— Sí, mi madre pensó que sería buena idea invitarlo.

Mi vecino se queda paralizado.

— Por Dios, Clara —deja escapar con voz ahogada—. Cuando dijiste que tu familia estaba aquí, ni por un segundo pensé que…

Se interrumpe y se deja caer en el sillón, a mi lado.

— ¿Y cómo ha ido? —me pregunta—. ¿Con tu ex?

Entorno los ojos, confundida.

— ¿Qué ex?

— ¡Sebastien!

James me mira con preocupación, y yo niego con la cabeza.

— ¿Mi ex? ¿Estás loco? ¡Seb es mi hermano!

Mi vecino no da crédito, y yo tampoco. ¿Cómo demonios pudo imaginar algo así? ¡Qué horror! Comparado con esto, mi vergüenza al creer que él era capaz de pedofilia no es más que un detalle. ¡El

Óscar al peor desliz acaba de ser arrebatado justo delante de mis narices, y por el hombre más estable, confiado y sabio de mi vida, nada menos!

— Vivíais juntos… —objetó—. Querías que te quisiera…

Cierro los ojos, repaso rápidamente nuestras conversaciones en mi cabeza. Es cierto, en ningún momento precisé que Seb era mi hermano. Las palabras eran tan difíciles de pronunciar, después del dolor de la traición… Pero me parecía tan obvio.

— Es una larga historia —murmuro, consciente de que mi vecino debe tener problemas mucho más importantes que ocuparse de mi familia disfuncional—. Pareces agotado. Hablaremos mañana.

Me levanto a medias, pero James me detiene por el brazo.

— Quédate.

Lo miro. Toma una profunda inspiración, y de nuevo, distingo las lágrimas invisibles en sus ojos. Sin pensarlo, lo abrazo. Él me devuelve el abrazo.

— No hay peor espera que la que inspira el miedo por los seres queridos —susurra, con la voz ronca.

Aprieto sus manos entre las mías. No quiere estar solo. Yo tampoco. Me siento de nuevo en el sofá, y él pasa un brazo alrededor de mí. Apoyo mi cabeza en su hombro.

— Esperaré contigo —murmuro.

Me sonríe, pero veo claramente que no está bien. Me acerco un poco más a él, intentando transmitirle mi apoyo. Me gustaría hablar, consolarlo, pero me faltan las palabras.

Así que esperamos, abrazados. Esperamos a que la noche desaparezca por fin, a que salga el sol, rezando para que mañana sea mejor.

Capítulo 62 - Los mejores motores

¿Se puede ser feliz incluso en los peores momentos? ¿Puede estallar la alegría incluso en el peor instante? ¿Puede una sonrisa eclipsar las lágrimas, aunque no dejen de caer?

El miedo se ha instalado en cada uno de nosotros. Es imposible dejar de pensar en Eduardo. Morgana y Zack ya están al tanto. Sin embargo, la vida sigue su curso, aunque parezca haberse detenido.

Los resultados de las pruebas cayeron como un mazazo. Había que operar de urgencia. Había riesgos, pero no había elección.

Eduardo se negó rotundamente.

— No hasta que vea a Steph.

James movió cielo y tierra para traerla. Llega en dos horas. Mientras tanto, todo continúa. Zack y Morgana están conmigo, junto a Eduardo. Como siempre, se pelean, ríen, bromean. Sin embargo, a pesar de sus bravatas, distingo los susurros de un miedo helado en sus miradas. Sus padres trabajan. No importa que un mundo amenace con derrumbarse, el restaurante no se va a gestionar solo. James ha ido a buscar a Madame Flaubert para llevarla también al hospital. Cerca de mí, Eduardo tiene los ojos cerrados y un aire cansado. Sin embargo, cada broma tonta de Zack le arranca una leve sonrisa, y el niño se esfuerza al máximo:

— ¿Sabéis dónde viven los peces deportistas?

— Ni idea —gruñe Morgana, que empieza a no soportar más las bromas de su hermano.

— ¿Eduardo? ¿Clara? —nos interroga el niño.

— Nos rendimos —respondo.

— ¡En los estanques de atunes!

Una leve sonrisa cruza los labios de Eduardo, y yo finjo reír.

— Pfff, ¡es malísima! —protesta Morgana.

Zack bromea para enfrentarse a la situación. Morgana, por su parte, se esfuerza en pensar en otra cosa y arrastra a todos en sus ocurrencias.

— ¿Te acuerdas de cómo a Bambú le encantó estar en el escenario el día de tu cumpleaños, Eduardo? —le pregunta.

El anciano asiente débilmente.

— Creo que es una señal. ¡Es un gato de espectáculo! Podríamos entrenarlo y dar funciones, ¿qué te parece?

Eduardo, con los párpados caídos y un aire agotado, no dice nada.

— ¡Eso ni siquiera existe, los gatos de espectáculo! —interviene Zack.

— ¡No sabes nada!

— No, pero si *gato* existiera, sería una *gato-ástrofe*. Eh, ¿sabéis cómo saluda un gato?

— ¿Miau-ludo? —arriesgo.

Por Eduardo, por los niños, intento bromear también. Pero no tengo ánimo. Mi madre y Seb quisieron venir al hospital, me negué. Les amenacé con pedir a seguridad que los echara si tenían el descaro de aparecer. Como podéis ver, estoy siguiendo brillantemente el ejemplo de Grégoire y mis alumnos. Lo peor es que funciona. Mi madre y Seb desistieron, con la condición de que cenara con ellos. Me negué, pero prometí darles diez minutos al salir del hospital. Estuve a punto de creer que mi madre se enfadaría, pero no. Aceptó.

Chloé pasó al principio de la tarde, con su marido y el pequeño. Eduardo parecía contento de conocerlos. Me calentó el corazón verlos.

La puerta de la habitación se abre, y Madame Flaubert aparece. James nos pide que salgamos, para dejarlos tranquilos. Apenas se cierra la puerta, Zack nos mira con los labios temblorosos.

— Va a estar bien, ¿verdad?

James se agacha.

— Eso espero, Zack. Los médicos harán todo lo posible. Hay que ser positivos.

El niño parece dubitativo. Por una vez, Morgana no se burla, al contrario. Pasa un brazo alrededor de sus hombros y le revuelve el pelo con afecto.

Las adversidades unen.

— ¿Os llevo a casa? —propone James.

Los niños aceptan. Steph no aterriza hasta las siete de la tarde. Esperamos que pueda ver a su padre hoy. La operación será mañana.

Tengo miedo.

Me quedo sola en el pasillo desierto. El olor me hace estremecer. Malos recuerdos vuelven a mí y cruzo los brazos sobre mi pecho, en un intento inútil de consolarme.

Recuerdo la habitación de hospital de mi abuela, hace dos años. El olor a desinfectante y a cerrado. Recuerdo el sonido angustiante de las máquinas. Su rostro arrugado y su mirada borrosa, casi apagada. Rememoro las lágrimas de mi padre, las manos temblorosas de Chloé, la calma de Seb. Sin embargo, leía la tristeza en sus ojos.

Durante dos días, nos turnamos a su lado. Los doctores nos habían advertido: era el final. Durante dos días, no comí ni dormí. Cada sonrisa me parecía una pequeña traición. Cada vez que mis pensamientos se alejaban, lejos del hospital y de mi abuela, me sentía culpable. Chloé aún encontraba fuerzas para bromear. Una vez, me hizo reír. Rompí a llorar justo después.

— Incluso en los peores momentos, el sol sigue brillando —murmuró mi hermana—. Aunque no lo veamos.

Seb añadió algo sobre el universo y el sistema solar. Ya no le escuchaba. Las palabras de Chloé resonaban en mí, me conmovían. La noche siguiente, nuestra abuela cerró los ojos. Al amanecer, se había ido.

— ¡Clara! ¡Clara, respóndeme!

La voz me sobresalta. Madame Flaubert me mira con preocupación. Me doy cuenta de que estoy llorando, me seco las mejillas con una mano temblorosa.

— Eduardo está dormido. ¿Estás bien?

Su preocupación me conmueve. Ella misma tiene el rostro cansado, marcado por la angustia. Asiento y le devuelvo la pregunta.

— Este lugar te trae malos recuerdos, ¿verdad? —adivina—. A mí también. Cuando mi marido se fue…

Se calla, me mira. Sus ojos brillan.

— Necesito una copa. ¿Crees que aquí sirven alcohol?

Contengo una risa.

— Tal vez para desinfectar.

Ella sonríe también. No hay alcohol, por supuesto, así que nos servimos un café. Es imbebible, pero aún así mojo mis labios, reconfortada por el calor. Nos sentamos en la entrada del hospital, sin decir nada. Observamos a los transeúntes.

Algunos lloran, otros ríen. Tantas vidas que se cruzan, tantos destinos que toman un giro a veces trágico, a veces feliz. Hay padres con el rostro serio que acompañan a niños con aire perdido, personas solas, parejas. Un joven atraviesa la puerta corriendo y se precipita a recepción. Tiembla.

Aquí, todo puede detenerse en un abrir y cerrar de ojos. Basta una frase, una palabra, para que universos enteros se derrumben. Bebo mi café lentamente, a pequeños sorbos. Sentada a mi lado, Madame Flaubert lo remueve en su vaso.

— ¿Sabes por qué creé la residencia?

La pregunta me sorprende. La miro. Hoy no lleva su atuendo extravagante, ni su sombrero llamativo, ni su peinado de princesa. Madame Flaubert viste un sencillo vestido negro. Sin sombrero, sin guantes. Es la primera vez que la veo así, sin sus habituales artificios. Me parece más mayor, más cansada. Me estremezco.

— No.

— Antes de irse, Jacques, mi querido marido, me hizo prometer que no me quedaría sola. Me dijo…

Su voz tiembla. No sé por qué me cuenta todo esto.

— No tienes por qué…

— Me dijo —me interrumpe—que el amor y la solidaridad son los mejores motores. Que no quería que me quedara sola, que me

encerrara en mí misma. Que debía seguir viviendo, acercarme a los demás. Seguir amando.

Se detiene un momento, con la mirada perdida. No me atrevo a decir nada. Tengo un nudo en la garganta.

— El amor y la solidaridad son los mejores motores —repite Madame Flaubert—. ¿Lo entiendes ahora?

Las lágrimas me llenan los ojos. Asiento, profundamente conmovida.

— Sí —murmuro—. Lo entiendo.

Ella me mira y sonríe.

— Bien. Eso está bien.

El silencio nos envuelve de nuevo, interrumpido por los transeúntes, la puerta que se abre y se cierra, las vidas que se derrumban o se iluminan.

— Por eso creé la residencia —retoma tras un momento—. Por Jacques. Él habría sido feliz de que no estuviera sola, de que nuestra casa fuera un lugar de solidaridad, de lazos tejidos. Es lo que él habría querido.

Se seca una lágrima, yo me esfuerzo por no hacer lo mismo.

— Es una historia muy bonita —susurro finalmente, con la voz ronca.

Madame Flaubert me sonríe.

— Sí —dice—. Es una historia bonita. Tuvimos mucha suerte.

Se levanta y me da una palmadita en el hombro.

— No lo olvides: el amor y la solidaridad son los mejores motores.

Con esas palabras, sale del hospital y se dirige al aparcamiento, para esperar a James y Steph. Rezo para que lleguen a tiempo, para que ella pueda ver a su padre esta misma noche.

Quedándome sola, no me muevo, perdida en mis pensamientos. Pienso en Chloé, en mi abuela, en mi madre, en Seb, también. En James y los Laroche. En mis alumnos.

Madame Flaubert tiene razón. El amor y la solidaridad son los mejores motores.

Capítulo 63 - Como un flan tembloroso

Seb y nuestra madre me esperan a la salida del hospital. Los distingo desde lejos. El cabello despeinado de mi hermano, su largo abrigo negro, el peinado estricto de mi madre y su atuendo impecable. Aún no me han visto. Sin pensarlo, encorvo los hombros y echo a correr. Sé dónde está la parada del autobús. Llego allí sigilosamente y me escondo detrás del poste. Echo un vistazo.

Todo está bien. No me han descubierto.

Suspiro aliviada y me siento en el suelo a esperar el autobús. Hace un frío que pela, castañeteo los dientes. Mamá y Seb seguramente me reprocharán haberme ido así, pero no estoy preparada para enfrentarlos, no ahora, no esta noche.

Cuando por fin llega el autobús, salto dentro como una ninja. Una vez más, paso desapercibida. Al menos para mi madre y Sebastien, porque el conductor me mira de una forma extraña... Pago el billete y me dirijo al fondo, tambaleándome cuando el vehículo arranca.

Encuentro un asiento libre junto a una anciana de aspecto poco amigable. Su cabello gris enmarca un rostro duro y anguloso, su barbilla puntiaguda se gira hacia mí durante unos segundos. La saludo con un leve movimiento de cabeza, pero me ignora. Incómoda, bajo la mirada hacia mi móvil.

He recibido cinco mensajes. Todos de mi madre. Me pregunta dónde estoy. Si estoy bien. Qué estoy haciendo. Si no he olvidado que debía verlos a ella y a Seb. El último, más seco, me informa que regresan al hotel. Trago saliva con dificultad y lucho contra las lágrimas. ¿Por qué tiene que ser tan difícil? ¿Tan doloroso?

Me seco los ojos y dejo escapar un pequeño sollozo. Pero las lágrimas no desaparecen, siguen ahí, oprimiéndome. Cuando se deslizan por mis mejillas, bajo la cabeza, intentando ocultarlas lo mejor posible.

No lo suficiente, al parecer, si he de juzgar por la mirada de desprecio de mi vecina de asiento. Me pone un pañuelo en la mano y suelta:

— ¡Por favor, muestre un poco de compostura, señorita!

Un nuevo sollozo se me escapa, mientras varias personas se giran hacia nosotras y yo me aferro al pañuelo de forma automática.

— Hoy en día, los jóvenes tienden a derrumbarse ante la primera dificultad —continúa con el mismo tono.

No me molesto en responderle, consciente de que no serviría más que para desencadenar otro ataque. En silencio, me esfuerzo por ignorarla, aunque no puedo evitar un nuevo y sonoro resoplido. La vergüenza me quema las mejillas.

— Perdón —logro apenas balbucear.

De repente, una sombra se planta a mi derecha y se inclina sobre mí, hasta quedar cara a cara con mi encantadora vecina.

— ¡No se disculpe, pequeña! —exclama la desconocida, sin apartar la mirada de mi vecina—. No es culpa suya que algunas personas ignoren por completo la existencia de la palabra «empatía».

Un murmullo de aprobación recorre el autobús, mientras varias personas asienten con la cabeza. La vieja arpía a mi lado se pone rígida.

— ¡Debería darle vergüenza! —añade un joven desde el fondo del autobús, fulminando con la mirada a la horrible mujer.

Ella casi se atraganta de rabia, y la desconocida que ha acudido en mi ayuda me agarra del brazo.

— Clara, es nuestra parada —concluye—. ¿Vienes?

Parpadeo y la sigo sin pensar, saludando al joven con un gesto de agradecimiento. Varios pasajeros me dedican gestos de apoyo mientras me abro paso hacia la puerta. Su reacción me calienta el corazón, y mis lágrimas se secan hasta desaparecer, dejándome sorprendentemente tranquila.

Solo cuando bajo del autobús la reconozco.

Josiane, la odiosa mujer del salón de peluquería, que accidentalmente salvó a Bambú al detener su caída, me observa en

silencio. Incómoda, intento una sonrisa poco convincente.

— Gracias. Le ha dado una buena lección...

— Desde luego. Pero no piense que eso cambia nada —responde con un tono cortante—. Mi opinión sobre los Ricochets y sus habitantes no ha cambiado.

— Eh... de acuerdo.

— Tampoco sobre usted, querida Clarita. Y debería aprender a defenderse de verdad.

— De acuerdo...

— Bien. En ese caso, ¡buenas noches, pequeña Claire!

Y se aleja a grandes zancadas, dejándome completamente atónita. La sorpresa me paraliza. Si sigo así, pronto pareceré un flan derretido. Aunque, si pudiera elegir, no me importaría que un cierto psiquiatra de ojos de un azul inquietante fuera mi cuchara...

Por desgracia, mi teléfono se encarga de hacerme olvidar cualquier fantasía de postres. Mi madre me llama. Hago una mueca y dejo que el tono se apague por sí solo, con los ojos fijos en la pantalla. Unos segundos después, es Sebastien quien lo intenta. ¡Pues puede seguir soñando! Ni loca contesto.

Las palabras de Madame Flaubert flotan un instante en mi mente. Las aparto rápidamente y me dirijo hacia la residencia. Quiero llegar a casa. Acurrucarme bajo una manta. O, mejor aún, junto a James. Pero seguramente sigue en el hospital, con Steph y Eduardo. Mañana será la operación. Tiemblo por él.

Suspiro profundamente mientras lucho con la cerradura.

«Por favor, que todo salga bien», rezo en silencio, aunque nunca he creído en Dios y no tengo idea de a quién dirijo mis plegarias. En los peores momentos, me vuelvo creyente. Entonces creo, de repente, en muchas cosas: en la fuerza de la esperanza, en la importancia de los lazos que tejemos, en la eficacia de las oraciones silenciosas susurradas a una fuerza desconocida. No sé si esa fuerza me escucha. Me gusta pensar que sí. Que, aunque la impotencia me abrume, dirigirle mis plegarias es una forma más de actuar, de ayudar.

Cuando llegó la hora de mi abuela, no sirvió de mucho. Desde entonces, nunca más le había dedicado ni un pensamiento. Sin embargo, esta noche siento la necesidad de intentarlo de nuevo. Por Eduardo. Por su hija, por sus nietos. Por James y Madame Flaubert.

Por mí.

Capítulo 64 - Incluso en los peores momentos, el sol sigue brillando

Me preparo la cena de las grandes depresiones: un gran bol de chocolate fundido con pan tostado y mantequilla para mojar. Sentada con las piernas cruzadas en el sofá, frente a una película romántica, me siento más cerca de la protagonista que nunca.

Lo que nos conmueve depende mucho de lo que hemos vivido, claro, pero también de lo que estamos viviendo en el presente.

Sola con mis pensamientos y Yann, el héroe de la película, dispuesto a todo para reconquistar a su amada, enfurecida por su comportamiento machista, lloro ante sus derrotas y río cuando logra ganarse el corazón de su elegida. Y cuando su padre muere de un infarto el día de su boda, ya no soy más que un desastre.

— ¿Clara?

La llamada me saca de mis pensamientos. Me enderezo horrorizada al reconocer la voz de James. ¡No ahora! Yann y yo estamos al borde del abismo, tengo la cara hinchada de llorar y la boca llena de chocolate. Me limpio las mejillas húmedas apresuradamente, dejo el bol en la mesa y me arreglo el pelo como puedo. Echo un vistazo al espejo. Ni Yann ni James caerán rendidos ante mi encanto esta noche, eso está claro.

— ¿Todo bien? —pregunta mi vecino al ver mi estado.

— El padre de Yann ha muerto —respondo sin emoción—. ¿Quieres pasar?

James abre los ojos como platos.

— ¿Lo conocías?

— ¿A quién?

Me mira como si estuviera loca. Mi intento de arreglarme no debió ser muy efectivo.

— Al padre de Yann. ¿Lo conocías?

Me encojo de hombros mientras me hago a un lado para dejarlo entrar.

— Pasamos un tercio de la noche juntos. Fue él quien convenció a Yann de cambiar para convertirse en un hombre mejor y reconquistar a Clara. Era perfecto.

— ¿Reconquistar a quién? —salta James.

Agito la mano mientras nos sentamos en el sofá.

— No a mí. A otra Clara. ¿Quieres pan con chocolate?

James no responde. Se pasa una mano por la cara.

— ¿De qué estamos hablando exactamente?

Antes de que pueda explicarle, la Clara de la tele empieza a gritar.

— ¡Noooooooo, Yann! —vocifera, cayendo de rodillas junto al hombre de su vida.

No he seguido bien la trama. Yann está en el suelo. Su perro, un pequeño chihuahua, está cubierto de sangre.

— ¡Tú! ¡Lo has matado! ¡Te lo has *comido*!

Y Clara sale corriendo tras el perro con tacones. Cojo el mando a distancia y apago la tele con una mueca de decepción.

— Clara y Yann, ¿eh? —entiende James.

— Sí. El principio era mejor, créeme.

Mi vecino sonríe. Coge un trozo de pan y lo moja en el chocolate, que ya está frío.

— ¿Cómo está Eduardo? —pregunto.

Vuelta a la realidad. La Clara real puede que no haya visto a su príncipe azul ser devorado por un perro, pero también tiene su cuota de problemas.

— Steph pudo visitarlo. Les hizo bien a ambos. La operación es mañana temprano. Podremos verlo por la tarde, si todo va bien.

Asiento con la cabeza. En los ojos de James leo la misma angustia que atormenta mi corazón.

— ¿Y tú? —pregunta mi vecino—. ¿Cómo estás?

Trago saliva con dificultad y lucho por contener el nudo que crece en mi garganta.

— Estoy bien. Evito a Seb y a mi madre, Chloé hace de agente doble. Vendrán mañana a las nueve, así que saldré a pasear para no verlos.

James esboza una sonrisa y pone una mano en mi hombro, con aire grave.

— ¿Estás segura de que evitarlos es la mejor solución?

Aparto la mirada.

— No, pero con todo lo que está pasando...

Me interrumpo. James asiente con la cabeza.

— Lo entiendo —dice simplemente.

Bajo la mirada. Para distraerme, echo un vistazo a mi móvil y me sobresalto. Tengo dos mensajes. Uno de Madame Dartran y otro de Liam.

— ¿Clara? —pregunta James, que no se ha perdido mi reacción.

Se inclina sobre mi hombro para mirar, y yo lo dejo, estremeciéndome al sentir su calor junto a mí.

«Señorita Delatour,
Solo quería felicitarla por el trabajo realizado con los niños. ¡El espectáculo de ayer fue simplemente impresionante! Sabía que era capaz de ayudarlos.
Gracias por ellos. Nos veremos en el próximo curso. Tengo una idea maravillosa para la fiesta de la escuela. ¿Qué le parecería montar un musical con ellos? ¿No sería genial?»

James sonríe.

— Tiene razón. Fue increíble.

Niego con la cabeza, sintiéndome ruborizar.

— Un musical —leo en voz alta—. ¡Se ha vuelto loca!

Como única respuesta, mi vecino estalla en carcajadas. Una risa sincera, casi alegre. Mis hombros se relajan, me dejo llevar.

— Liam también me ha escrito...

«Querida Clara,

Le pedí a Camomille que revisara esto, así que, en teoría, no habrá faltas. Estoy pasando la tarde con ella (me escapé, pero no te preocupes, papá y mamá no dirán nada, no querrán llamar la atención). Solo quería decirte GRACIAS. Todo esto es gracias a ti. Soy yo quien escribe el mensaje, pero Max y Anaé me ayudaron a redactarlo. En realidad, queríamos darte las gracias los tres. ¡Tenemos muchas ganas de verte de nuevo el próximo curso! Mamá no quiere que siga las tardes contigo, pero papá se negó a darme de baja. ¡Uf!

Firmado: los tres cerditos, a los que el lobo echará mucho de menos durante estas dos semanas.»

Tengo los ojos llenos de lágrimas y el corazón desbordado al leerlo. James pasa un brazo alrededor de mis hombros y me atrae hacia él. Me dejo llevar. Mi cabeza descansa sobre su pecho y cierro los ojos.

— Tengo los mejores alumnos del mundo.

Él ríe de nuevo.

— Ya lo veo. Pero quizá también sea porque tienen una excelente maestra.

Conmovida por su comentario, levanto la mirada hacia él. Sus ojos azules brillan en la penumbra. La preocupación ha dejado ojeras bajo su mirada y ha hundido sus mejillas. Parece agotado. Incluso así, lo encuentro guapo. Quisiera quedarme en sus brazos hasta el amanecer, sentirlo cerca, respirar su olor. Lo deseo con todas mis fuerzas.

Le dije que necesitaba reflexionar. Que debía tomarme el tiempo para pensar en nosotros dos, en lo que quiero. No lo he hecho. Desde que interceptó el mensaje de Chloé en mi ordenador, me prohibí pensar en ello. Y luego vino el espectáculo, el regreso de Sebastien, la operación de Eduardo. No he tenido tiempo de pensar en nada.

Todo va demasiado rápido. Los días pasan sin que reaccione. El tiempo corre, el mundo cambia, y yo sigo aquí, indecisa, aterrada.

«Olvida a Sebastien. Confía en ti misma y confía en quienes te rodean», me dijo James hace poco. Confío en James. Quiero confiar en él, al igual que quiero olvidar la traición de Seb y seguir adelante. James y yo, quiero que ocurra.

Así que dejo de pensar. Me inclino hacia él y lo beso. Tiene sabor a chocolate. Sus labios son suaves contra los míos, sus manos acarician mi espalda, me acercan a él.

Cierro los ojos, saboreando el momento, su dulzura, su calidez. Incluso en los peores momentos, el sol sigue brillando.

Capítulo 65 – Lo que nos hace felices

Es aterrador cómo todo puede desmoronarse en un instante. Cómo todo puede detenerse de repente, cómo nuestras vidas pueden cambiar. Caminamos por un sendero desconocido, y nadie puede predecir qué habrá tras la próxima curva. ¿Nos espera un inmenso campo de flores, para reír entre las amapolas? ¿O nos dirigimos directamente hacia un barranco lleno de espinas que nos desgarrarán?

Nadie sabe realmente hacia dónde vamos. Hay demasiadas incógnitas. Demasiadas variables. En el fondo, Seb tiene razón. La vida está hecha de matemáticas. Nos sumamos, nos restamos, nos dividimos, nos multiplicamos. Seguimos las leyes de la normalidad o nos desviamos, como cálculos erróneos.

Sin embargo, a pesar de todas esas probabilidades desconocidas, a pesar de esos barrancos de espinas, siempre podemos salir adelante. Cuando no podemos influir en los acontecimientos, por crueles que sean, podemos elegir cómo enfrentarlos. Derrumbarnos o resistir. Hundirnos o mantenernos firmes. Alejarnos o acercarnos. Ayudar o hundir. Permanecer presentes o elegir la ausencia.

No elegimos quiénes somos, pero siempre decidimos nuestros actos, los buenos y los malos. Y también podemos elegir cambiar, convertirnos en alguien diferente, en alguien mejor. Al final, siempre hay una oportunidad, si estamos dispuestos a aprovecharla. Aunque dé miedo. Aunque sea arriesgado.

Los médicos eran poco optimistas, pero Eduardo no se dejó vencer. Y tenía razón: la operación salió bien. Es solo un respiro, claro, lo inevitable llegará algún día. Eduardo tendrá secuelas. No recuperará su movilidad anterior.

— ¡Y yo que esperaba colgarme como un mono de la ventana! — ironizó.

Su hija sonrió. No así el médico, preocupado y serio. A partir de ahora, Eduardo no usará su bastón de madera para darse aires aristocráticos, sino porque realmente lo necesitará.

— No estoy seguro de que sea prudente dejarlo vivir solo —precisó el médico.

Eduardo palideció. Podía aceptar las secuelas, la rehabilitación, los medicamentos, podía aceptarlo todo, pero no al precio de su libertad. Para sorpresa de todos, Steph se encogió de hombros.

— No se preocupe, no está solo.

Creo que a Eduardo no le importa mucho su salud, mientras su familia esté cerca de él. Me aterra la idea de que se marchen. James ha hablado varias veces con Steph sobre ello. Por desgracia, no pueden mudarse más cerca sin que las carreras de los adultos se vean afectadas y los niños se sientan desarraigados.

— Encontraremos soluciones —me prometió mi vecino.

James fue a trabajar hoy, el deber llama. Yo no: estoy de vacaciones. He pasado el día evitando a Seb y a mi madre, como lo hice ayer y anteayer. Me estoy volviendo imbatible en este juego. Madame Flaubert y yo llevamos y trajimos a Zack y Morgana al hospital para que visitaran a Eduardo. Hablé con Steph y su marido. Me reí con las travesuras de sus hijos.

Ahora, sentada junto a la cama de Eduardo, con la mirada perdida, sé que no podré retrasar lo inevitable por mucho más tiempo. Tengo que hablar con Sebastien.

La puerta de la habitación se abre, despertando al anciano, que se incorpora lentamente. James entra saludándolo en voz baja. Me mira. Dudo.

— Por el amor de Dios —gruñe Eduardo—, ¡bésense de una vez y acabemos con esto!

Abro los ojos como platos y James se sobresalta. A pesar de nuestros esfuerzos por ser discretos. Decidimos ir despacio, tomarnos nuestro tiempo. Ya lo oficializaremos más adelante, nos dijimos.

James esboza una sonrisa incómoda.

— ¿Cómo lo sabes...?

Eduardo hace un gesto vago con la mano.

— Morgana me lo dijo.

Nos miramos incrédulos.

— Pero ¿cómo lo sabe ella? —me sorprendo.

— Zack y ella son unos entrometidos —responde simplemente el anciano.

Me tapo la cara con las manos.

— Entonces, ¿todo el mundo lo sabe?

— Todos en la residencia, sí. No se preocupen, su familia no sabe nada.

Me siento ruborizar y aparto la mirada.

— Chloé lo sabe —murmuro, dirigiendo una sonrisa de disculpa a James.

Una risa divertida sacude sus hombros, y pasa sus brazos alrededor de mi cintura, apoyando su cabeza justo encima de la mía.

— Mejor. Estoy demasiado feliz para ocultarlo.

Creo que dice esas cosas solo para hacerme sonrojar aún más. James me suelta y me mira con seriedad, recuperando de repente su tono grave.

— Sebastien te espera en la puerta.

Trago saliva con dificultad y respiro hondo. He interpretado a un lobo frente a toda una escuela. Puedo soportar hablar con mi propio hermano, ¿verdad? Salgo de la habitación con el ánimo de un condenado a muerte camino al cadalso. Mis hombros están caídos, arrastro tanto los pies que seguramente dejaré un rastro en el suelo. Los auxiliares podrán mostrárselo a los pacientes: «Aquí pueden ver las huellas fosilizadas de Clara Delatour, condenada por el destino a enfrentarse a quien ha atormentado todos sus sueños. Podemos seguir su recorrido, si quieren. Llegaremos al Estanque de las Lágrimas que No Valían la Pena, antes de alcanzar la Piedra Intemporal donde echó raíces».

— Clara —me llama Seb en cuanto me ve.

Fuerzo una sonrisa.

— Salgamos —murmuro.

Me sigue, silencioso como una sombra. Sus movimientos son rígidos, tiene el rostro cansado. Me apoyo en el muro que delimita el aparcamiento. No sé qué decir. Él tampoco. El silencio nos envuelve, incómodo, angustiante. Sebastien cede primero.

— Clara —repite.

Lo miro. De repente parece más abierto, más joven. Nos veo de niños, despreocupados, uno al lado del otro y, sin embargo, tan distantes.

— Eres mi hermana.

Hasta aquí, nada nuevo. No digo nada. No estoy enfadada, ya no tengo miedo. Un gran vacío se ha apoderado de mí. Estoy cansada de luchar contra él. Cansada de intentar que me quiera, de intentar unirnos. Me he rendido. Gracias a James, a mis vecinos, por fin sé que el amor es incondicional, desinteresado. No creo que se pueda forzar.

— Y sabes que no soy muy bueno mostrando esas cosas. Bueno, ya sabes... En fin.

Da un paso adelante, extiende el brazo para tocar mi hombro. ¡Es tan raro que él inicie un contacto!

— Me importas. Sabes que no miento; nunca miento.

Intenta una sonrisa a la que no logro responder, demasiado aturdida.

— Lo siento —concluye—. Y realmente me importas.

Espera una respuesta que soy incapaz de darle. Sus hombros se hunden y deja caer la mano.

— Entiendo que no quieras volver a verme. Lo entiendo. Pero de verdad lo intenté, ¿sabes? Yo también quería que funcionara.

Cierro los ojos. ¿De verdad lo sé? Lo recuerdo dándome lecciones sobre cómo tratar a mis alumnos con altas capacidades, niños como él había sido. Odiaba verlo interferir así. Sentía que no me consideraba a la altura. Sin embargo, tal vez, en el fondo, solo quería ayudarme...

— Me hiciste perder el trabajo...

Las lágrimas me llenan los ojos. Me giro para que no las note.

— Pensé que era la mejor solución.

Me estremezco.

— ¿Qué?

— Siempre me dijiste que había que hacer lo que nos hace felices...

— Siempre respondías que era una tontería, y que nuestras capacidades determinarían lo que haríamos —replico.

— Sí, es cierto. Pero al verte... Clara, ¡no eras feliz! Entonces recordé lo que me habías dicho, y pensé en los niños: te estabas distanciando de ellos, ya no estabas tan implicada como al principio. Puse todo eso en perspectiva, y deduje que la mejor solución, al final, era que hicieras algo que realmente te hiciera feliz.

— Así que me hiciste perder el trabajo.

Mi voz es fría, y una risa amarga sacude mis hombros. Niego con la cabeza, cegada por las lágrimas que intento contener.

— ¿Cómo pudiste pensar que eso me haría feliz?

— No lo vi desde el ángulo correcto. Quería resolver un problema, tenía la solución. Clara, ¡era simplemente lógico! Pero te lastimó, y debería haberlo previsto. Lo siento.

Parece tan sincero. Su mirada no se aparta de la mía, y me seco rápidamente una lágrima que se desliza por mi mejilla.

— No es que no me importes, ¿sabes? Es solo que no sé bien cómo demostrarlo.

Una fina lluvia comienza a caer sobre el aparcamiento, y me ajusto el abrigo. Delante de nosotros, los visitantes empiezan a salir para regresar a casa. Solo quedan unos pocos coches. Entre ellos, sé que está el de James, que me espera.

— Fue papá quien te dijo que dijeras eso, ¿verdad? Lo de que te importo.

Mi hermano pone una expresión incómoda que no engaña a nadie.

— Eso no significa que no sea verdad —observa.

Cruzo los brazos sobre mi pecho.

— Necesito tiempo, Seb. Para... ya sabes, digerir todo esto. Intentar seguir adelante.

Sebastien fija la vista en algo detrás de mí. Una sombra de sonrisa cruza su rostro.

— Lo entiendo. Nos veremos pronto, predice.

Asiento con la cabeza y me giro. James se acerca a nosotros, con un paraguas en la mano. Con una última mirada a mi hermano, me reúno con mi vecino —mi novio, me corrijo. James pasa un brazo alrededor de mis hombros, acercándonos, y nos cubre a ambos.

Justo antes de que estemos fuera de su alcance, Sebastien me llama.

— ¿Sí?

— Ahora podrás ser feliz.

Su comentario está a medio camino entre una pregunta y una afirmación. No sé qué responder. Casi sonriendo, me saluda con un gesto de cabeza y se da la vuelta. Lo observo alejarse en la oscuridad creciente, sin preocuparse por la lluvia que empapa su chaqueta. No sé si me quiere. Creo que sí. De lo que estoy segura, en cambio, es de que sigue siendo mi hermano, a pesar de todo lo que ha hecho. Estamos unidos, él y yo. Tiene razón, nos volveremos a ver.

— Vamos a casa —me susurra James.

Su mano juega distraídamente con un mechón de mi cabello. Sonrío.

— Vamos a casa —repito, acurrucándome un poco más contra él.

Sebastien tiene razón. Me siento bien. Repaso mentalmente sus últimas palabras, las escucho de nuevo, las hago mías. Resuenan en mí. Sin duda, suenan mucho mejor que «demasiado buena, demasiado tonta».

Abrazada a James, me las susurro a mí misma, como una promesa: «Ahora podrás ser feliz».

Y para terminar…

Como cada vez que escribo la última palabra de una novela, es como pasar la página. El final de una historia tiene algo muy especial para mí. Es el momento de despedirme de los personajes que he creado y con los que he convivido durante meses, esos personajes a los que he visitado casi a diario durante horas. Ya no me pertenecen, ya no crecen en el secreto de mis pensamientos ni al ritmo del golpeteo de las teclas de un teclado: ahora son vuestros. Están con vosotros.

La historia de Clara, James, Eduardo y los demás nació hace algunos años. Como Clara, sentada en el asiento trasero del coche, miraba a través de la ventana esperando llegar… Nada tan radical como ella, yo solo iba de vacaciones, pero la imaginé a ella. Clara Delatour. Con la nariz pegada al cristal, nerviosa, preparándose para empezar de nuevo, para recomenzar desde cero.

No sé vosotros, pero los nuevos comienzos siempre me han inquietado. Necesito tiempo para acostumbrarme a los cambios. ¿Y ella? ¿Cómo afrontaría ese gran cambio? Una cosa era segura, saldría fortalecida. Porque a veces, a menudo, el cambio tiene algo bueno, aunque no podamos evitar temerlo.

En muchos aspectos, Clara se parece mucho a mí. Como ella, a menudo me cuesta ser yo misma. Es más fácil interpretar un papel que ser uno mismo, ¿verdad? Y el miedo a no estar a la altura, o peor, a decepcionar… ¿Cómo sentirse «suficiente»? ¿Cómo sentirse válido? ¿Cómo llegar a verse a través de los ojos bondadosos de los demás, en lugar de los nuestros, tan críticos, siempre atentos al más mínimo error?

Cuando no puedo encontrar respuestas a mis preguntas, las invento. Encargo a mis personajes que las busquen por mí. Por mí, y por todos aquellos que también se las plantean.

Escribo para encontrar respuestas, para superar lo que me asusta. Escribo lo que no puedo decir, lo que no sé decir. Escribo para no

quedarme en silencio. Escribo porque lo necesito, sin duda. Porque me gusta.

Escribir es una pasión, es cierto, pero en realidad, es mucho más que eso. Es un sueño, un sueño de verdad, uno de esos que quieres perseguir a toda costa. Algunos lo saben, ya he rozado ese sueño al publicar mi trilogía de fantasía «Du sang sur les crocs». He recorrido ese camino que tanto me atrae. Ahora, me queda seguir avanzando, no detenerme nunca. «La Résidence des Ricochets» es una novela muy diferente a las anteriores. Un reto, un deseo, un desafío. Un descubrimiento. Una revelación. Y un paso más en este camino que me hace soñar.

Escribo, leo, releo, corrijo, me encuentro con los lectores en firmas y ferias, vuelvo a escribir, dedico libros, contacto con librerías, lo intento. A veces tropiezo. Otras veces, salgo fortalecida, más entusiasta que nunca. En cualquier caso, nunca estoy sola: por eso me gustaría agradecer a mis seres queridos, que siempre me han apoyado en este camino.

Gracias, Mamá. Gracias por leer y releer mis historias sin cansarte nunca, por escuchar mis inquietudes y empujarme a superarlas. Siempre ahí para mí, corriges con paciencia y dedicación, crees en mis historias. Me apoyas siempre, me sostienes cuando flaqueo. Gracias. También debo rendir a César lo que es de César: «¡hasta mañana / a dos patas!» no es una maravillosa invención de Zack, ese pequeño trasto te robó ese chiste.

Gracias, Camille. Mini-Dino, hermanita, eres la Chloé de mi Clara interior. Tu entusiasmo y tus ánimos me conmueven. Gracias por leer mis escritos antes que nadie, por darme confianza antes de que los deje volar. Gracias también por prepararme el chocolate caliente para la merienda y por dejarme chupar la cuchara de compota. Gracias por eso y por tantas otras cosas.

Gracias, Clément. Aunque ahora me superes en altura, sigues siendo mi pequeña rana. Enseñas a mi Clara interior a decir «no», te admiro por ello. Gracias por resistir cuando es importante, tienes razón, hay que hacerlo. Y gracias también por dejarme mi sitio favorito en el sofá, eso también es muy importante.

Gracias, Papá, por tu valioso apoyo. Me animas a superarme, siempre. Gracias por creer en mí, por darme ánimos cuando los necesito, gracias por estar ahí para mí. Steph se permitió tomar prestado tu comentario sobre el peligro de la sal para la salud, espero que no le guardes rencor.

Gracias, Mina. Tú también lees y corriges mis historias, ¡persigues los errores con una eficacia impresionante! Gracias por mostrar tanto entusiasmo, por seguir mis avances, por animarme siempre.

Gracias, Pily, por tu presencia afectuosa, siempre cálida y reconfortante.

Gracias, Maric, por tus amables mensajes que siempre me alegran.

Además de mi familia, muchas otras personas también me han acompañado durante esta aventura.

Entre ellas, gracias a mis amigas del colegio, Anaëlle, Manon y Marianna, que me apoyaron pacientemente y me ayudaron en la crucial elección de la portada.

También agradezco a mi editor, David, que creyó en mí y sigue haciéndolo. Gracias por todo lo que haces. Gracias por permitirme cumplir mi sueño.

Gracias también a Laura, que me permite firmar en tiendas y librerías, conocer a mis lectores y descubrir nuevos.

Gracias a los libreros que me reciben en sus tiendas para las firmas, a los organizadores de las ferias por su extraordinario trabajo.

Gracias al equipo de Sudarènes, a quienes cada vez me alegra más reencontrar en las ferias. Con ganas de veros en la próxima.

Y por último, gracias a vosotros, lectores. Algunos de vosotros lo sabéis, «La Résidence des Ricochets» encontró a sus primeros lectores en Wattpad. La acogida que le disteis me conmovió profundamente. Todos vuestros comentarios entusiastas y tan alentadores siempre me llegan al corazón. Siempre recordaré la impaciencia que sentía, cada final de jornada, al publicar el capítulo diario. También gracias a vosotros quise darle una oportunidad a Clara y a los demás de lanzarse a la aventura de la edición. Como

Isabelle, William y Jeremy en «Du sang sur les crocs», ahora me acompañarán en las firmas, para conoceros, para acompañaros durante el tiempo que dure la lectura de esta novela.

Gracias a todos los que creyeron en esta historia, que dejaron que Clara y los demás les tocaran, rozaran sus vidas. Gracias también a los nuevos lectores, a quienes algún día descubrirán esta novela. Espero que esta historia resuene en vosotros, que encontréis en ella dulzura y esperanza. Gracias a todos los que me envían comentarios, sobre esta novela o mis otras historias. ¡Nada me hace más feliz que saber que mis novelas encuentran un eco especial en vosotros! Sobre todo, no dudéis nunca en contactarme para enviarme unas palabras.

Gracias a quienes me han leído, a quienes me leen, a quienes me leerán.

Hasta pronto, quizá.

Contactarme:

¡No dudéis nunca en enviarme un mensaje! Siempre me hace mucha ilusión recibir vuestros comentarios, vuestras opiniones sobre esta historia.

Aquí tenéis dónde podéis encontrarme, o simplemente seguirme en las redes sociales para estar al tanto de las novedades.

Instagram: marielv49

Facebook: Marie le Vaillant - Autor

Wattpad: Az'Arya

Correo: marielv.auteure@gmail.com

¿Te ha gustado la lectura?

Descubre las demás novelas de las ediciones Sudarènes disponibles en formato digital.

© Sudarènes Éditions, 2025 para la presente edición
Traducción: Llúcia Sanchis Tolsà

Sudarènes Éditions
19 rue des cigalons
83400 Hyères
France

Primera edición en francés publicada en 2021 por Sudarènes.
http://www.sudarenes.com/

eISBN: 9782387184115

Toda reproducción o representación íntegra o parcial, por cualquier medio, de la presente obra está estrictamente prohibida.

Este libro ha sido realizado por Primento, el socio digital de los editores.